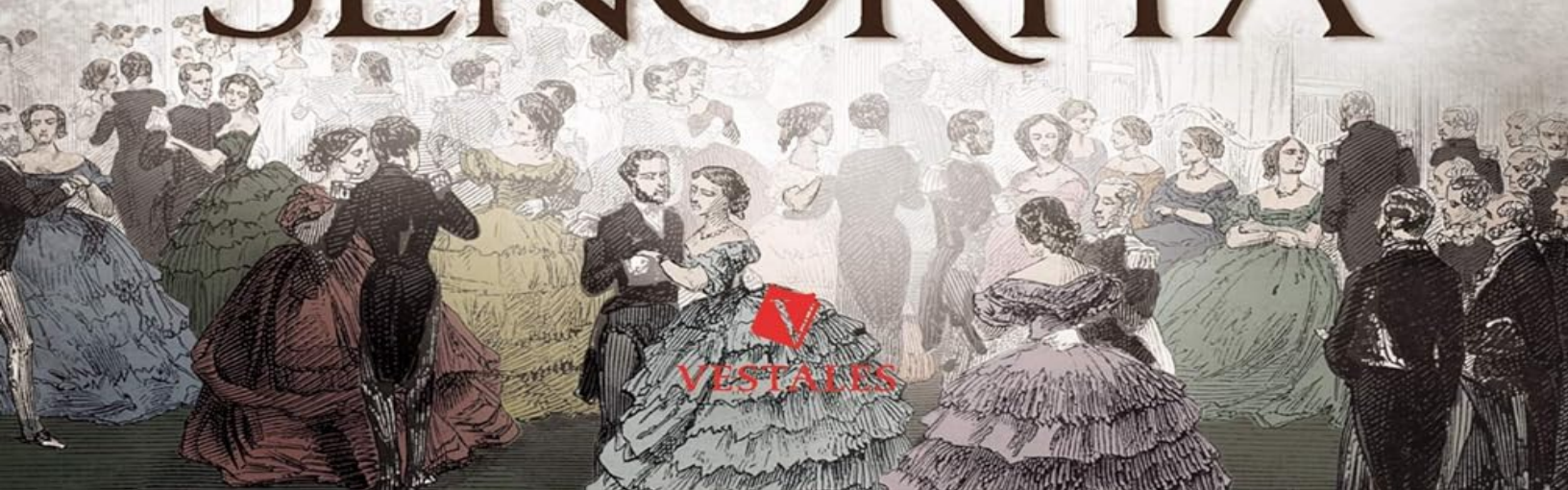


A close-up portrait of a woman with dark hair styled in an updo, wearing a blue floral headband. She has striking blue eyes and is looking directly at the camera with a neutral expression. She is wearing a white lace-trimmed garment.

Laura A. López

UNA PERFECTA SEÑORITA





López, Laura A.

Una perfecta señorita. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-31-7

1. Novelas Históricas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-31-7

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A los dos grandes amores de mi vida,
mi esposo, que me hace crecer cada día
y me apoya en mis emprendimientos;
y mi hija, que es mi aliento de vida.*

CAPÍTULO 1

Claire Baxton se encontraba en su habitación; practicaba sus modales, como lo hacía cada día antes de un evento social.

—“Gracias, caballero” —simulaba mientras ofrecía su mejor sonrisa.

Repasaba sus anotaciones de la escuela de señoritas.

—“Nunca parecer ansiosa por las atenciones de ningún caballero...” Bla, bla, bla... —leía y pasaba a la siguiente hoja—. “Cuando le soliciten un baile, usted dirá ‘será un placer’ y, al terminar, realizará la reverencia correspondiente y se despedirá con un ‘muy amable’”.

Siguió dándole vueltas al cuaderno para ver si se había olvidado de algo.

—¡Bien! Todo está más que listo —murmuró para ella misma.

—¡Claire! —gritó su madre al tiempo que entraba a la habitación.

—Madre, las damas no gritan ni corren —la reprendió cuando la mujer irrumpió tan intempestivamente.

—¡Estoy tan orgullosa de ti, hija! Eres lo que tu padre y yo siempre esperamos de ti: correcta y perfecta.

—No es bueno colocarme tantos calificativos. Puede equivocarse terriblemente, madre.

La señora Danna confiaba en su hija; sabía que jamás la defraudaría.

Desde niña, había demostrado actitudes tranquilas y pasatiempos de damas, como bordar, pintar, tocar el piano y ser una excelente señora. Ella la ayudaba a colocar la casa en orden, pues con un padre y un hermano mayor era difícil tener todo bien prolijo.

—Tu padre y Helmut regresarán pronto de viaje. Debemos procurar que la despensa esté llena, que los muebles y las cortinas estén nuevos, ¡todo!

—Quédese tranquila. El tapicero se encargará de los cortinados dorados para el salón, de los blancos para la biblioteca, los rojos para su habitación, los rosados para la mía y los verdes para Helmut —dijo mientras abría una pequeña agenda—. Y los muebles nuevos vienen mañana; los viejos serán donados a la caridad del padre Christopher. También el tema del hollín de la chimenea está solucionado, y sobró dinero para comprar más brandy de calidad y dos vestidos nuevos para usted y para mí.

—¡Eres brava con el presupuesto, Claire! —la alabó la mujer con los ojos encendidos de emoción ante la capacidad de su hija.

—Siempre trato de que el esfuerzo de mi adorado padre y de mi hermano rinda lo máximo posible. Se pueden hacer cosas muy buenas sin gastar demasiado.

—El hombre que te despose será afortunado, y yo, tan desafortunada por perderte.

—Aún no tengo ninguna propuesta. Al parecer, a nadie le gustan las damas perfectas —comentó al tiempo que se observaba en el espejo.

—Es porque aún no ven el valor en ti, pero ya llegará alguien que pedirá tu mano y conocerá cuánto vales. Entonces, habrá realizado la mejor adquisición de su vida.

—Espero que sea antes de convertirme en una solterona —indicó con una tímida risa.

Claire era muy contenida y comedida en todos los aspectos, y se comportaba siempre como la ocasión lo requería.

No era la belleza personificada, pero era bonita, rubia, con ojos verdes, de buen vestir y buen comer. Además, ostentaba excelentes modales y, al provenir de una familia acomodada, era aceptada dentro de los círculos de la alta sociedad de Londres.

En su segunda temporada, ya estaba pensando en qué había hecho mal, ya que no tenía aún ninguna propuesta. Quizás sus conversaciones aburrían a los caballeros, pero era lo que dictaban los modales y la sociedad: hablar del clima y otras pequeñeces, y siempre escuchar los comentarios de los hombres sobre caballos y política. Las damas jamás hablaban de temas de actualidad del país ni de equinos. Bueno, había que montarlos para acompañar a esos caballeros a las invitaciones, aunque luego todo terminara en que no volvieran a verse.

No podía evitar sentirse un poco frustrada. Seguía todo el protocolo y no conseguía un marido. ¿Qué hacía mal? No lo comprendía.

Tal vez la vida de una dama estuviera destinada a ser aburrida siempre y a que solo los hombres tuvieran el permiso para aventurar comentarios ingeniosos, practicar deportes y salir a cabalgar hasta fundirse con el viento. En cambio, las mujeres vivían del chisme, de las compras, de dar órdenes en la casa, de tardes de té, fiestas de jardín y bailes para cazar maridos.

Ella no se quejaba de nada, ya que le encantaban los acontecimientos sociales. Por más que estuvieran tan llenos de protocolos, desde entrar hasta salir, ella siempre tenía un sitio para descargarse. Había conseguido un lugar donde podía ser ella misma con otras damas de la alta sociedad. Esa noche, sin embargo, no iría al local conocido como “Inferno”. Aunque parecía ser exclusivo para hombres, no era así, sino que podían acudir damas y caballeros de la aristocracia que gustaran de algo “diferente”.

Claire bajó al jardín para realizar algunos trabajos de jardinería. Era uno de sus pacíficos pasatiempos, la ayudaba a relajarse y a no pensar tanto en los pecados que existían en aquel club, donde ella participaba junto a Angel y Constance; sus dos amigas que, al igual que ella, no habían podido aún conseguir marido. Ninguna estaba desesperada; no obstante, una segunda temporada era ya como fracasar.

Debía cubrirse para que el sol no le tostara de más la piel ni se viera “morenita” en el baile de la noche.

* * *

El poderoso magnate de la banca, sir Andrew Hilton, vivía ocupado tratando de captar capitales de inversión para su banco. Como todo hombre sin tiempo, apenas era visto en su casa durante el día y, durante las noches, se la pasaba de una a otra fiesta a las que lo invitaban sus inversionistas. Con casi treinta y cuatro años, soltero y con dos perros que custodiaban su casa, estaba por fin sintiendo la presión de lo que era no tener una dulce y amorosa esposa que le organizara la vida.

—¿Cómo que las bebidas no llegaron en su totalidad?! —exclamó exaltado.

—Sir... Nuestro proveedor avisó con anticipación que no podría cubrir el pedido completo —explicó el mayordomo.

—¿Pues deberían haber pedido lo que faltaba en otro lado!

—Usted no nos ordenó nada de eso, mi señor.

—¿Tengo que ordenarles que respiren para vivir? ¡Era cuestión de sentido común! —bufó mientras se agarraba la frente. El estrés de preparar aquel festejo lo estaba matando.

—Necesita una esposa. Desde que su madre murió, usted no ha sabido qué hacer con la casa.

—Buscar esposa debe de ser más tedioso que organizar esto. No me he estado fijando en ninguna dama en mucho tiempo porque estoy demasiado metido en mis negocios —alegó en tanto bebía un brandy.

—Pero piénselo, solo debe buscar a la mujer que cumpla con sus requisitos. ¿Qué expectativas tiene para una compañera?

—¿Expectativas? Bueno, que no interfiera en mis asuntos, que no me moleste, que se encargue de la casa y de los criados y que cumpla con sus deberes. ¿Es eso demasiado? —preguntó dudoso.

—No, sir, es lo justo. Mi sugerencia... —murmuró el hombre, tras lo cual hizo una pausa—. No crea que me meto en su vida, solo quiero ayudarlo, pero le recomiendo que asista a los bailes de debutantes, veladas musicales y otros acontecimientos sociales. Al verla, usted sabrá reconocer a la joven ideal. Por lo general, las buenas esposas son muy recatadas, no hablan mucho y adoran el trabajo del hogar. La mayoría está preparada para eso, según me dijo mi hermana, que trabaja como ama de llaves de una adinerada familia aquí en Londres.

—¿Qué familia es? —inquirió con interés.

—Baxton. Tienen una hija que está en su segunda temporada, y dicen que es dulce como la miel, ordenada, pulcra, inteligente, cuidadosa y recatada. Es lo que usted necesita, sir. Debería conocerla.

—Mmm... Suena interesante, pero tengo que observarla. Debe ser de mi gusto y también agradable a la vista para los demás, pues no olvides que, en ocasiones, viajaré conmigo por negocios. Debo asegurarme de que sea lo que espero.

—Le garantizo que mi hermana tiene buen ojo para eso.

—Espero que esté en lo cierto. Voy a pensarlo. Retírate, James —le dijo al mayordomo—. ¡Y soluciona lo de las bebidas!

—Con permiso.

Andrew se apretó los ojos con fuerza. Los Baxton eran una familia que tenía mucho dinero y participaba de actividades prósperas. Una alianza con ellos también ayudaría a su propia industria. La dote de la hija debía de ser generosa, y si la niña era como había comentado James, sería una transacción perfecta.

La fiesta se llevaría a cabo dentro de dos días en su casa. Al observar a fondo el salón, los cubiertos, las cortinas y los muebles, se sintió espantado, ¡no!, realmente horrorizado. El mobiliario dejaba mucho que desear, y ya no había tiempo para cambiarlo.

Estaba demasiado ocupado para encargarse de la casa. Como resultado, aquel lugar horrible no solo no era digno de un hombre de su estatus social, sino que podía ser comparado con una mazmorra.

Se sintió aún peor al verse en la apremiante necesidad de encontrar una esposa emprendedora y agradable. Tenía demasiadas cuestiones en la mente y, en ese momento, se agregaba otra preocupación: pensar en la convivencia con una extraña. Pero lo bueno era que nunca estaba en casa, por lo que vería muy poco a su esposa y, si la escogía bien, aquella nunca se lo reclamaría.

Regresó al escritorio para continuar con su plan de negocios expansivo. Pensaba hacer crecer aún más su imperio. También era probable que fueran a aumentar los miembros de su propia familia al agregar a una mujer.

No le hacía mucha ilusión casarse. Era un hombre apasionado, pero por el trabajo. No tenía amantes. Se había abocado durante tantos años a aquel emprendimiento que no sabía lo que era perder el tiempo en conquistar a una muchacha, pero, si iba a entrar al mundo del matrimonio, debía ver eso como una inversión para generar más recursos económicos y obtener una compañía femenina.

* * *

James había salido a buscar la manera de completar las bebidas para la fiesta y así solucionar la metedura de pata con el patrón. Entonces, se encontró con su propia hermana en el mercado.

—Debra, hablé con mi jefe sobre tu señorita.

—¡Sobre mi niña Claire a ese ogro!

—No es un ogro, solo está muy ocupado y, ahora, por fin se da cuenta de que necesita una esposa.

—¡Una empleada querrás decir! Ese hombre nunca está en casa. Mataría a mi dulce muchacha de soledad.

—Si la señorita es tan inteligente como dices, sabrá conquistarlo y no dejarse manipular por él. Está muy solo, Debra. Tiene dinero como para ahogarse en él, pero está más que aislado. No vive, solo busca una salida fácil en el trabajo.

—No estoy convencida. Me parece un hombre muy frío para ella.

—Pues ella parece un libro lleno de reglas, no tiene nada genuino. Son tal para cual: ambos están huecos. Ahora, dime, ¿a qué veladas asistirá tu amable señorita Claire?

—Pues hoy va a un baile, mañana tiene que tocar en la tertulia musical de los Martins y pasado mañana no tiene nada que hacer, ya que su padre y su hermano llegan de viaje.

—Le pasaré esos datos a mi patrón.

—Hazlo, a ver si le interesa un poco, aunque no creo que así sea.

—No discutiré contigo. Solo sé que no tiene malas intenciones.

—Espero que no tome a la dama como un simple negocio o como a una más de sus criadas.

Después de varias horas, James por fin pudo solucionar el problema y regresar a la casa.

Entró a la oficina de su señor, quien estaba de nuevo con la cabeza enterrada en los papeles.

—¿Arreglaste el inconveniente? —preguntó sin mirarlo.

—Sí, sir Andrew. Además, traigo información que puede serle útil para conquistar a la señorita Baxton.

—Das por hecho que ella es la única mujer en el mundo. Te aseguro que hay miles iguales a ella. Para algo van a una escuela.

Su patrón definitivamente se había vuelto muy asocial.

—Pues a usted le convendría relacionarse con el padre, que vuelve en dos días. ¿Qué le parece si los invita?

Andrew por fin le dedicó una mirada atenta.

—Dímelo todo. Me interesa un hombre como Charles Baxton.

James entornó los ojos. Había creído que le interesaría la niña, no el caballero.

—Creo que tendrá que asistir a una velada musical si quiere invitar a la hija a su fiesta.

Él se agarró el mentón en tanto sopesaba el sacrificio por el que deberían pasar sus propios oídos para conseguir que Baxton invirtiera en su banco.

—¿Dónde será la velada?

CAPÍTULO 2

Al día siguiente, iría a la velada musical de los Martins. Estaba decidido a invitar a la señorita Baxton. Esperaba que al menos tuviera todos los dientes en su lugar, pues pondría muchas cosas en juego al pedirle que acudiera, y quizás la joven terminara enamorándose de él, y a él no le agradara. Andrew no era un mal partido: con treinta y cuatro años, era todavía joven, tenía cabellos rubios y ojos ambarinos y estaba en forma, si bien no demasiado. Los negocios le absorbían todo el tiempo, por lo que esperaba que su futura esposa fuera comprensiva y no le reclamara que casi nunca estuviera en la casa. De hecho, no tendría por qué reclamarle nada, pues le daría todo lo que los matrimonios por conveniencia ofrecían.

—¿En qué piensas tanto? —curioseó su amigo Prince, duque de Hamilton.

—¿Qué haces por aquí? —sonrió.

—Andaba por Londres y dije: “¿Por qué no voy a ver si Andrew está en su casa?”. En realidad, no creí que te encontraría. Cuando tu criado me dijo que estabas aquí, pensé que debían de ser tus últimos días de vida. Por eso no dudé en entrar.

—Muy simpático —dijo a carcajadas—. Estoy preparando una fiesta para mis clientes y para captar nuevo capital, mi buen duque, y entre previsiones, me di cuenta de que necesito una esposa.

Prince se agarró del pecho para fingir un infarto.

—¿Quién te ha dicho que necesitas una esposa? —inquirió asustado.

—Yo mismo. Necesito a alguien que se ocupe de mi hogar, de la servidumbre y de mí. También de organizar todo, pues no doy abasto. He descuidado esta casa. Al hacer un recorrido, me di cuenta de que está en condiciones deplorables, y no es por falta de dinero, sino por falta de interés. Si tuviera aquí a una dama que hubiera sido educada para atender una vivienda, manejar criados y ordenar la vida de un ocupado esposo, viviría tranquilo.

—¿Y cuánto piensas pagarle de honorarios?

—¿Cómo?

—Que cuánto le vas a pagar a tu ama de llaves para que duerma contigo —expresó Prince con un tono más seco—. Tú contratarás a una mujer para que trabaje en la casa y en la cama.

—La cama no es tanto de mi interés, pero sí que la casa esté en condiciones de recibir invitados —expuso mientras servía un brandy.

—¿Qué? —repuso, por completo anonadado, el duque—. ¿No te importa si cumple o no bajo las sábanas?

—No mucho. Además, para el tipo de esposa que yo necesito, no hace falta que sea una divinidad en la cama, sino que tenga un porte agradable y que no sea entrometida. Si se siente muy sola por mi estilo de vida, le doy un hijo para que tenga más cosas que hacer y listo. No

creo que sea para tanto. Es un simple casamiento por conveniencia. Ella tendrá su espacio, y yo, por supuesto, el mío. Estos matrimonios son así, Prince. El de mis padres fue así, y estaban bien.

El duque estaba aún un poco espantado porque su amigo quisiera casarse, pero más lo escandalizaba la manera en que quería llevar la vida de pareja.

—¿Y ya tienes a la víctima de tu macabro plan?

—Cuando lo dices así, suena mal, pero es en beneficio mutuo. Piénsalo: ella deja de ser soltera, su única preocupación en el mundo es tener un esposo y una casa de la cual cuidar, y yo solo necesito que atiendan mi residencia y, en lo posible, a mí. Sabes que no paso mucho tiempo aquí porque estoy siempre en el banco. Y sí, hay un nombre que suena fuerte en mi cabeza desde que me lo dijo mi criado. Él me dio una descripción de la dama, y es justo lo que necesito.

—¿Quién es?

—No sé su nombre de pila, pero se trata de la señorita Baxton, hija de un adinerado comerciante que quiero que invierta en mi banco. ¿Qué mejor que convertirnos en familia? Todos salimos ganando: yo desposo a su hija, me quedo con su generosa dote, y el señor Charles Baxton se libra de la muchacha y tiene su dinero seguro al lado de su yerno. Idílico, ¿no?

—Es increíble... ¿Cuánto tiempo hace que planeas casarte con el padre de la señorita Baxton? —preguntó con un deje burlón.

—Como unas cuatro o cinco horas —respondió con cinismo.

—Estás obsesionado con el trabajo. Sé que te resulta placentera la cacería, pero me parece que estás perdiendo tu humanidad con esto.

—¡Mira quién lo dice! ¡El hombre que extravió la decencia y que es considerado un paria en la sociedad por sus constantes amoríos!

—No tengo la culpa. Amo a todas las bellas damas, es mi pecado —dijo mientras le sonreía a Andrew—. Pero ya estoy dejando esa vida de a poco. No puedo abandonarla de golpe, pero estoy llegando a la edad tope para cumplir con mis obligaciones.

—¡Esto sí que quiero verlo! Si la sociedad no te deja asistir a los eventos sociales, ¿cómo se supone que conseguirás una esposa?

—De la misma manera que tú. Buscaré redimir mi reputación con una dama de familia, respetable y decorosa —expresó en tanto se observaba las manos.

—Las jovencitas de familia son lo mejor para limpiar la porquería de los nobles como tú, mi querido amigo. De mí, no pueden decir nada.

—Claro que sí. Piensan que te dedicas a negocios sucios, Andrew. De vez en cuando, deberías asomar tu coqueto rostro a algún salón para que no crean lo que no es.

—¿Negocios sucios? —cuestionó exaltado. Entonces le tocaba a él ser víctima de un infarto—. ¡Soy un hombre honesto y trabajador! ¡A ti te consta!

—Pero ¿qué persona con dos dedos de frente confiaría en la palabra de un caballero con mi reputación? ¿Sabes cuántos lo harían? Cero —se contestó en tanto hacía un círculo con los dedos.

—Es cierto, pero tengo gente que trabaja para mí y, si consigo al señor Baxton y a su hija, esas murmuraciones desaparecerán.

—O hundirás la reputación de esa familia...

—Prince, esa molesta lengua tuya está muy cerca de dormir con los peces. No me hagas enojar, ¿sí?

—¿Que te diga la verdad te hace enfadar? Pues muérete de una úlcera.

Los dos caballeros habían estudiado juntos en Eton; tenían los mismos conocimientos, pero diferente enfoque. El duque se dedicaba a hundirse, y Andrew, a salir a flote. Lo sorprendente era que Prince le había dicho que quería casarse dentro de un tiempo. Esa información parecía difícil de absorber.

* * *

Tras numerosos bailes, Claire se vio aquejada por un terrible dolor de pie. No lo soportaba más, pero le quedaban tres piezas por cumplir, y una dama nunca dejaba su carnet sin terminar.

—Claire, ¿vas a seguir? Ese pie se ve muy mal —dijo Angel.

—Tiene mal aspecto, muy raspado —aseguró Constance—. Va a sangrar.

—Por favor, no me apoyen tanto —aludió con sarcasmo—. Tengo que terminar mi carnet. De lo contrario, dejaría de ser la perfecta señorita Baxton.

—Estás obsesionada con ser perfecta. ¿No ves a donde te lleva? —preguntó la acompañante.

—Constance querida, tú no aprendiste bien los principios del comportamiento en la escuela. Tu lengua rara vez se queda quieta, lo que ha producido que perdieras más pretendientes que la cantidad de dedos que tienes en los pies y las manos —agregó Claire mientras se levantaba para cumplir su baile con una sonrisa.

—No peleemos entre nosotras. Cada una tiene sus puntos fuertes y débiles —expuso Angel.

—Escucha y aprende, Claire, que ella tiene más juicio que nosotras —apoyó Constance sentada como dictaban las normas.

Aquellas tres damas estaban enfocadas en el objetivo de conseguir un marido. Por eso seguían lo que la sociedad dictaba como ideal y adecuado: la educación, la clase y los conocimientos superfluos. Se suponía que eso era lo importante.

Claire se había convertido en lo que sus padres deseaban, la perfecta señorita de la elite social de Londres, acorde a un progenitor adinerado, una madre de descendencia noble y un hermano con una impoluta reputación. Básicamente, eran considerados un ejemplo impecable de familia.

—Señorita Baxton, he venido a reclamar mi pieza —anunció lord Granard.

Ella lo saludó con una reverencia y aceptó la mano que él le ofrecía para bailar la contradanza.

Era divertido bailar con una pareja que definitivamente sabía cómo moverse y que no la pisaba, pero, por más que el hombre supiera bailar, los pies la estaban matando.

Con una forzada sonrisa, continuaba con aquella ceremonia al lado de él.

—Señorita, es gratificante estar a su lado.

—Es usted muy atento, milord. Con una compañía como la suya, es grato compartir estos momentos —respondió con serenidad.

Las normas dictaban que la dama tenía que hacer sentir valioso al caballero, por más que ella tuviera mayor capacidad que él, por lo que la joven debía cuidar que sus verdaderos pensamientos no se convirtieran en palabras. De otro modo, aquellas luego podrían transformarse

en ladrillos que terminaran cayéndosele en la cabeza, como le sucedía a Constance, que no podía controlar su propia lengua.

—Estaría encantado de volver a disfrutar de su amena compañía, señorita Baxton.

—Es muy amable, lord Granard. Mañana, si asiste a la velada de los Martins, podrá disfrutar de buena música. Tocaré una pieza, junto con las demás jóvenes.

—Las veladas musicales suelen descomponer mi salud, señorita, por lo que las evito, sin embargo, con la invitación de tan fina dama, no puedo negarme.

Lord Granard se desvivía en halagos hacia Claire mientras ella le sonreía. Era un caballero agradable, educado y con una reputación inmaculada. Era probable que fuera a convertirse en un buen marido. ¿No era eso lo que ella deseaba? Claro, la clave de la felicidad en un matrimonio por conveniencia consistía en que la mujer cumpliera sus obligaciones de esposa con tranquilidad, y que el hombre se hiciera cargo de las del esposo. En realidad, no era demasiado.

Los padres de Claire eran un ejemplo de matrimonio por interés. Su madre había sido una dama con apuros financieros, y su padre, un floreciente negociante. Ella no había amado a su marido en un principio, pero con el tiempo había aprendido a quererlo y, desde entonces, no podían vivir el uno sin el otro. Esa era la esperanza que la joven guardaba acerca del matrimonio. Debía conseguir que su propio marido no pudiera vivir sin ella, hacerse indispensable para él en todos los aspectos. ¿Cuánto tiempo tardaría en poder mostrarse como ella era en realidad: jovial y llena de energía, con ideas propias y románticas en la mente? Fingía ser una cabeza hueca la mayor parte del tiempo para pescar un buen partido, aunque era probable que se lo estuviera tomando demasiado a pecho y que por eso aún no hubiera recibido ninguna propuesta formal. Lord Granard representaba la ilusión de Claire de alcanzar la meta matrimonial esa temporada. Sabía que, si pasaba a una tercera, su futuro sería oscuro e incierto como una vasija vacía, y ni hablar de una cuarta temporada, que significaría quedarse para vestir santos por toda la eternidad.

Dieron fin a la contradanza, y el caballero le besó la mano como despedida para luego efectuar una reverencia.

—Será un placer verla mañana. Espero que, en algún momento, quedemos en bailar un vals. Me temo que esta vez llegué tarde.

—Gracias, su compañía fue muy grata. Lo veo mañana en la velada musical —dijo en un tono más bajo, ya que nadie debía escucharla invitar a un caballero con tal complicidad.

Él se despidió sonriente, y ella se vio obligada a esperar al siguiente compañero de baile para continuar con la noche mientras Angel y Constance aguardaban sentadas y aburridas en un rincón del salón. Ellas eran señoritas dulces, pero nadie se volteaba a mirarlas.

La noche de Claire por fin acabó. Mejor dicho, finalizó el momento de aparentar ser una niña perfecta. Ya era hora de convertirse en una niña mala.

* * *

Con unos zapatos más cómodos, salió de su casa por la ventana. La complicidad de las sombras le daba un camuflaje imprescindible para llegar hasta Inferno. ¿Quién quería estar en un lugar aburrido como Almack's, dominado por matronas que juzgaban quién era apto para bailar con

quién? Haber sido aceptada en Inferno había sido lo mejor que le había ocurrido hasta el momento.

La segunda planta era donde se encontraban las damas. Desde allí, podían ver a todos los caballeros y decidir si divertirse o no con ellos.

El club protegía la identidad de sus concurrentes, y por eso estaba prohibido descubrir a otros miembros de sexo masculino en cualquier tipo de evento. Si alguien llegaba a hacerlo, era penalizado mediante la exposición a la sociedad como paria. El nombre de las damas era salvaguardado con disfraces y antifaces. Además de que estuviera prohibido el reconocimiento de otras damas, tampoco podía juzgarse su honorabilidad, ni ética, ni moral, y no podían correr chismes sobre las que pertenecían al club. Así, las féminas casadas, solteras o viudas disfrutaban de tomar y fumar a sus anchas en un ambiente social en el que eran aceptadas.

Las damas tampoco debían dar su nombre a los caballeros en caso de involucrarse con alguno, cosa que tenía que ser de mutuo acuerdo.

Cualquiera pensaría que nadie que formara parte de la buena sociedad se adentraría allí, pero era sorprendente cómo la gente podía equivocarse.

CAPÍTULO 3

Había sido la primera de sus amigas en llegar esa noche a Inferno. Las demás damas estaban ya sentadas ahí en tanto bebían y hablaban disparates sobre los caballeros de la planta baja, quienes, entre juegos y tragos, armaban un ambiente festivo.

Algunas de las mujeres casadas estaban ansiosas por bajar para unirse a la sangre fresca de los nuevos caballeros que habían ingresado al club. El lugar estaba atestado de hombres a cara descubierta.

Como bien sabían todos dentro y fuera de ese sitio, el duque de Hamilton era el “Diablo de Inferno”.

Recordó el momento en que un lacayo se había acercado a ella en una velada el año anterior y le había dejado una pequeña invitación para hacerse miembro de Inferno. Si estaba interesada, solo debía responder al empleado con una inclinación de la cabeza.

En una velada posterior, una dama completamente desconocida se había acercado a ella y le había dado las instrucciones para unirse, principalmente las concernientes al juramento de silencio, el requisito más importante para pertenecer a ese lugar.

Al parecer, Inferno había sido creado para corromper las buenas costumbres de la época, a las señoritas vírgenes y a las casadas infelices. Sin embargo, las damas viudas eran las que más disfrutaban de la compañía masculina, libres de toda culpa y pecado. Las casadas parecían más temerosas, pero, al animarse, los salones privados se convertían en un lugar lleno de lujuria y descontrol.

Ella, con lo remilgada que era, no entendía aún cómo había aceptado. Tampoco entendía cómo se habían fijado en ella para atraerla hacia allí. Hasta el momento, Claire no se había animado a sentarse en el regazo de ningún caballero. El día que había intentado adentrarse en el vicio, se había colocado un vestido que dejaba entrever sus virtudes físicas y había bajado al salón. Sin embargo, cuando uno de los hombres presentes le había propinado una nalgada, ella, asustada, había regresado a la silla de la planta alta con el corazón agitado como si fuera a salirse del pecho, mientras Angel y Constance se burlaban de ella.

Constance era la que más lejos había llegado. Se había sentado en el regazo del conde de Grafton y lo había besado con pasión. Angel y ella habían creído creyeron que su amiga entregaría en ese momento su virginidad, pero no había sucedido así. Solo le había encantado el hombre, por lo que no había podido resistirse mucho tiempo a besarlo.

—¡*Ladies*, señoras y señoritas! —clamó una de las damas presentes—. ¡Apoyemos a nuestra querida hermana para que baje a buscar un objetivo! ¡Dice ser infeliz con su anciano esposo!

La dama en cuestión ya se había cambiado el recatado vestido por uno no tan decoroso que dejaba ver un cuerpo proporcionado y agradable a la vista. No habría caballero que se resistiera al llamado de la carne cuando descendiera por las escaleras.

Angel y Constance entraron por la puerta, ambas vestidas con sus capas, y se sentaron junto a Claire.

—¡Buenas noches! —dijo animada Constance mientras llamaba al mozo con las manos—. ¡Vamos, mujer, ve y gózalo! —exclamó en dirección a la muchacha que se disponía a ir a la planta baja.

—¡Por Dios! —la reprendió Angel escandalizada—, modera tu lenguaje.

—¡Bah! No necesitamos fingir nada. Estamos en confianza, ¿o no? —se excusó al tiempo que tomaba tres copas y las colocaba sobre la mesa.

—Sí, pero tampoco hay que perder la compostura. Somos damas, y esa pobre mujer aún tiene miedo de... ¿Va a bajar? —preguntó Angel.

—Es evidente por el atuendo que la preside, ¿no lo crees? —respondió Claire—. En un rato más, cuando lo haga, veremos a quién elige.

—¡Siempre me emociona esto! —se animó Constance.

—¡Ella ya no es virgen!, puede hacer lo que quiera. Nosotras, no. Es obvio que estamos aquí como meras espectadoras, aunque seamos viciosas y pervertidas —comentó Claire.

—¡Yo no soy una pervertida! —alegó Angel para defenderse.

—No finjas. Estás depravando tu alma como nosotras y te irás al infierno, querida, igual que todas aquí. —Constance sonrió para restarle importancia a la afirmación de Angel—. Eres un ángel corrompido.

Claire asentía con la cabeza ante las palabras de su amiga, que no tenía pelos en la lengua para decir lo que pensaba. Angel aún tenía problemas de autoestima. La ocasión en que había bajado para probar también las mieles de la perversión, había caído en manos del mismísimo “Diablo de Infierno”, el duque de Hamilton, quien la había besado apasionadamente, pero ella había huido despavorida, asustada por la intensidad del caballero.

Luego de enterarse de quién era, casi había muerto de pena y desventura. Era el paria de la sociedad londinense, el más sucio de todos los nobles, y Angel no podía involucrarse con alguien de tan baja calaña y de reputación podrida. Desde ese momento, no había regresado a la planta baja.

La mujer a la que las miradas apuntaban tomó valor y avanzó por las escaleras hacia donde los ansiosos caballeros esperaban a ver quién era el escogido.

Caminó con nerviosismo y besó al joven barón de Seaford en los labios. Él había sido elegido por la muchacha para pasar la noche juntos.

—¡También lo habría elegido a él! Pero bueno, se me adelantó —musitó Constance mientras se tomaba de un trago la copa y encendía un cigarro, lo que le habría hecho perder por completo el estatus de dama.

—¡Eres una gallina! No te animarías a bajar ahí y a besar a un caballero para acostarte con él. Conoces el código —la acusó Claire.

—¡Claro que lo sé! Mano en el hombro es “compañía inocente”, y beso es “lo otro” —repuso Constance.

—Te reto a que bajes y beses a un caballero ahora.

Angel, mientras tanto, bebía una copa y utilizaba el cigarro de Constance para encender el propio. No iba a entrar en conflictos irracionales por dos mujeres que no se animaban a participar en esos juegos, al igual que ella. Solo se dedicaría a disfrutar de la conversación de dos polluelos que se creían pavos reales.

Constance iba a replicar, pero se rindió.

—¡Es cierto! No me animo. Debo ser una esposa respetable en el futuro y, sin la virtud, eso no podrá darse.

—Por fin algo de sensatez —dijo Angel en tanto se agarraba la frente.

—Las tres estamos a punto de adentrarnos en un futuro incierto. Yo creo por fin haber encontrado a quien puede ser el esposo ideal, y ese es el conde de Granard. Es perfecto, y debo abocar todos mis esfuerzos a conseguirlo —anunció Claire—. ¿Y ustedes ya le han echado el ojo a alguno?

—Yo no —admitió Angel, llena de aflicción por su porvenir.

—Bueno, a mí me sobran pretendientes. Lo malo es que no puedo mantenerme callada un solo instante y no puedo evitar decirles lo que pienso cuando los veo. Es un gran defecto... ¡Estoy en la nada! ¿Cómo puede ser posible que tres damas de nuestra posición no puedan encontrar marido? —se preguntó Constance.

—Tengo la respuesta. Claire es demasiado perfecta, casi diría... aburrida.

—¡Qué dices, Angel! —se exaltó Claire—. ¡Claro que no!

—¡Es cierto! No haces más que aparentar ser un libro de modales para conseguir un marido. Debes ser más espontánea —expuso Constance.

—¿Tan espontánea como tú? No es lo que mis padres y mi hermano esperan de mí. Debo ser perfecta, excelente, única, como ellos lo desean.

—Déjenme terminar... El punto es ese, Claire: no eres perfecta; nadie lo es. Debes salirte del molde un poco. Estoy segura de que no te acarrearán problemas —comentó su amiga.

—¡No puedo desentonar con mi familia! Además, creo que eres la menos indicada para decirnos qué hacer a nosotras. Tú eres un espantapájaros.

Constance movía la cabeza con vehemencia para mostrar que daba la razón a Claire.

—¡Porque yo quiero que alguien me aprecie por lo que soy en verdad! Además, no estoy tan mal. Me arreglo con frecuencia —manifestó a la defensiva.

—¿Cuántas veces hemos tenido esta misma conversación sin llegar a nada más que pelear entre nosotras? —preguntó Constance.

—¡Todos los días! —dijeron las tres con una sonrisa.

En realidad, sí tenían aquella discusión todos los días. A menudo se criticaban mutuamente para corregirse, pero ninguna era capaz de aceptar los propios defectos.

* * *

Durante la velada musical nocturna de los Martins, varios de los asistentes vieron entrar a sir Andrew Hilton al lugar. Estaban en extremo sorprendidos de que alguien como él apareciera, con todas las murmuraciones que rondaban en torno de sus negocios.

Se creía que se dedicaba al contrabando o que era prestamista por el incremento de su fortuna y el crecimiento del banco, además de que no era un hombre inclinado a socializar con frecuencia. Era frío y vivía en las sombras, por lo que verlo en una adorable velada musical llena de pequeñas debutantes era algo que daba a pensar que el caballero estaría buscando una mujer.

—Sir Andrew. —La señora Martins se acercó para darle la bienvenida.

—Señora, es un placer —agradeció al tiempo que le besaba la mano.

—Por favor, pase a sentarse. El concierto empezará en unos momentos.

Andrew asintió y tomó asiento en uno de los lugares del medio en tanto notaba que la gente lo miraba y se preguntaba a sí mismo por qué habría ido solo. No se habría sentido tan incómodo si alguien lo hubiera acompañado. Debería haberle pedido a algún socio que acudiera con él.

Las miradas no cesaban, pero era un hombre educado, así que jamás osaría perder la cordura y comenzar a acusar a todo el mundo. Ellos no conocían su negocio ni el origen de su fortuna. Estaban dominados por la ignorancia.

La primera presentación estaba a cargo de la honorable Minerva Grimm, una damisela preciosa, pero que tocaba como si tuviera dos manos izquierdas. Andrew lo sufrió con amargura mientras se repetía que nunca más se dejaría convencer por su propio empleado de a someterse a semejante tortura.

Claire también se veía aquejada por dolor de oídos producido por la interpretación en el piano de Minerva, quien debía seguir practicando. No era que Claire fuera presumida, pero su madre se había encargado de que el piano fuera uno de los mayores atractivos de la jovencita para conseguir un marido.

Los temerosos aplausos a Minerva sonaron para confortarla un poco, pese a la cara de vergüenza de la muchacha. Sus padres siempre la abochornaban al obligarla a tocar en público; parecían no registrar que la ejecución musical no era una de las virtudes de la jovencita.

—¡Ahora nos va a deleitar con su talento la señorita Claire Baxton! —anunció la señora Martins.

Andrew miró con atención a la dama rubia que caminaba con elegancia hacia el piano y se sentaba con inigualable gracia.

—Conque usted es la señorita Baxton —murmuró para sí al tiempo que apreciaba a la joven de perfil.

Era hermosa, de gran porte, elegante y, en ese momento, conocería si, además, tenía talento. Solo esperaba que no fuera como la anterior concertista.

Claire comenzó con una melancólica pieza. El público estaba maravillado, y Andrew también, pues tocaba como los ángeles. Incluso se imaginó trabajando en su despacho mientras ella interpretaba alguna melodía en el piano.

Él la observaba mientras tocaba con mucho sentimiento. Era sin duda la mujer ideal.

—¿No cree que lo hace muy bien? —comentó lord Granard a sir Andrew, que estaba a su lado.

—Es muy buena —respondió.

Aquel caballero miraba a la señorita Baxton con una admiración poco usual. Quizás fuera un pretendiente de la dama, reflexionó Andrew.

La magistral ejecución culminó con una reverencia segura de Claire hacia el público. A continuación, miró entre los asistentes y descubrió a lord Granard. Al lado de aquel, un caballero la contemplaba con extraña insistencia.

Andrew se levantó después de que hubiera acabado el número y fue a tomar una bebida con la esperanza de encontrarse con ella para sacarle algunas palabras, pero, al parecer, él no había sido el único en tener esa idea: lord Granard estaba buscándola también.

La muchacha se dirigía a sentarse entre las damas del salón cuando, en el camino, fue abordada por el conde.

—Señorita Baxton. —La sorprendió al acercarse y tomarla de la mano.

Claire le regaló una hermosa e iluminada sonrisa, ante la mirada de Andrew, que cada vez se convencía más del talento, la belleza y la elegancia de la joven, pero tenía un problema: ese conde.

—Milord, es un gran honor tenerlo aquí.

—Solo quería presentarle mis respetos. Es usted talentosa, señorita.

¡Ya tenía a lord Granard en la bolsa! Debía conseguir que el hombre se interesara de manera más profunda en ella, hasta pedirle matrimonio.

—Es muy amable.

—Nada de amable, mi querida. Usted es tan bella como talentosa. Creo que el caballero a mi lado también lo pensó así.

—Pensé que había venido con usted.

—¿Sir Andrew Hilton? No, para nada. Es un hombre poco sociable. Lo conozco de vista y sé que vive en el trabajo, por más que se murmuren otras cosas.

—He escuchado esos chismorreos, pero se trata de algo que nunca sabremos, ¿no cree?

El conde le sonrió con cierta coquetería, mientras Andrew calculaba con frialdad cómo proceder para invitar a la señorita Baxton a su fiesta. Se encontraba en desventaja frente a Granard, porque él parecía haberla visto primero.

—Sin la intención de ofender, quería reservar personalmente su primer baile. Mi interés es sincero. Querría conocerla mejor.

“¡Sí, sí, sí!”, pensó Claire al verlo.

—No es correcto, lord Granard... —respondió ella.

—Eso es lo que me agrada de usted, señorita, y lo que la hace la candidata ideal para una esposa: su recato y comportamiento me son sumamente ventajosos.

Andrew puso los ojos en blanco. Tenía difícil la situación, pues el caballero parecía perturbado por la belleza y la educación de la joven que él había seleccionado como candidata para convertirse en lady Hilton.

—Me siento tan halagada... —Miró al piso. Ya casi estaba casada, y eso la emocionaba. Tanto esfuerzo pronto daría sus frutos.

La gente empezaba a levantarse de los asientos para estirar las piernas antes de las siguientes presentaciones, por lo que ambos debían separarse.

—La veo pronto, debo retirarme. He de confesar que solo he venido por usted —se despidió Granard con otro beso en la mano de Claire.

Andrew, detrás del pilar, esperaba a que el hombre se fuera para poder conversar con la muchacha.

—No sé qué decirle —confesó Claire. No podía gritar de la emoción; no era lo que le habían inculcado.

—Solo diga que sí, y me iré contento.

Ella asintió con una sonrisa.

—Entonces, hasta pronto —repuso y emprendió la marcha.

Claire quedó emocionada, pero no podía demostrar tal exaltación allí, así que salió al balcón.

Sonrió mientras miraba al cielo, agradecida por aquella buena fortuna. Un marido perfecto como el conde era lo que se esperaba de ella.

—Buenas noches —saludó Andrew y la sobresaltó con su voz grave.

—Disculpe, caballero, pero no es adecuado que un hombre esté a solas con una dama soltera —resaltó con la velocidad de un relámpago.

—Siento importunarla con mi presencia, pero déjeme presentarme. —Hizo una pausa para observar de cerca a la candidata—. Soy sir Andrew Hilton, y es un verdadero placer conocerla.

Tomó la mano de Claire y le plantó un beso. Ella la retiró con nerviosismo.

—Un gusto. Ahora, si me disculpa —dijo antes de intentar pasar por al lado del caballero, pero él la detuvo—. ¿Qué hace? No es correcto.

—Lo comprendo, pero ¿es que usted no va a dar su nombre?

Claire miró con altivez los ojos ambarinos de Andrew.

—Soy la señorita Claire Baxton y conozco la reputación que lo precede.

Él sonrió.

—¿Cuál es esa reputación?

—Negocios turbios.

—¿Por qué no me deja demostrarle que son falacias? —la retó.

—No estoy segura de que los rumores sean verdaderos, pero prefiero mantener distancias —concluyó ella, sin ánimo de ofender al hombre.

—Los chismes no son siempre lo que parecen. Tome, para demostrarle lo que le digo. —Sacó una invitación del bolsillo y se la entregó—. Para que asista a la fiesta en mi residencia.

Ella tomó la tarjeta y la observó.

—Está a nombre de mi padre.

—Es de mala educación invitar directamente a una dama.

—¿No es lo que está haciendo?

—Debo excusarme, señorita Baxton, y confesar que no he sido muy partícipe de la sociedad en los últimos años.

Claire bajó la guardia.

—Mi padre vuelve mañana. Le hablaré sobre la invitación.

—Espero verla allí entonces.

CAPÍTULO 4

Sir Andrew Hilton era un caballero sorprendente-mente educado. En las dos temporadas que Claire había vivido, jamás lo había visto, pero sí había escuchado rumores sobre la fortuna y las actividades de aquel hombre.

Al ser una señorita de amplia educación dentro del marco de las estrictas normas de la sociedad, había aprendido el valor del chisme y a juzgar mediante su propio pensamiento qué era verdad y qué no lo era. Para ello, absorbía gran cantidad de información y luego la seleccionaba. La mayor parte de esos cotorreos resultaban ser una tergiversación horrible de los hechos, pero también, otras veces, no estaban lejos de la realidad.

Sir Andrew no tenía apariencia de prestamista, asesino o contrabandista, sino que mostraba más bien un rostro cansino por falta de sueño. Lo asombroso era que no entendía el porqué de tan extraño acercamiento. El hombre no había procedido de modo correcto en esa manera de relacionarse con ella. Se había acercado sin la autorización de la madre de la dama y había desestimado las excusas de Claire. Tal comportamiento dejaba mucho que desear.

Debía dejar de pensar en ese caballero y concentrarse en lo que estaba por pescar: lord Granard, un hombre que encajaba a la perfección con ella. Tenían actitudes similares, los mismos gustos críticos y, lo más importante, no lo había visto en Inferno, lo cual era probable que significara que era un hombre hogareño. Si llegaba a casarse con él, Claire dejaría atrás los lujuriosos placeres de la bebida, así como la curiosidad por saber cómo sería ser besada con pasión por un caballero.

Miró la tarjeta que estaba dirigida a su padre, la dirección y el horario. La invitación contenía muchos detalles que ella habría resuelto de manera diferente. Al parecer, sir Andrew tenía problemas de organización.

Regresó junto a su madre porque, a diferencia de ella, sus amigas no eran muy amantes de las veladas musicales. A Claire le encantaba tocar y hacerse conocer por su talento, ya que ese era un punto a favor para ser la esposa ideal para cualquier caballero. Ella deleitaría a su futuro esposo con música como una buena y abnegada compañera. Para eso estaban las mujeres casadas: para consentir a sus maridos, organizar la casa, los bienes, criar a los hijos, brindarles toda la ayuda posible y ser anfitrionas de los eventos.

—¿Dónde estuviste, Claire? —preguntó su madre.

—Estaba tomando un poco de aire. Tocar me ha hecho sudar, y no quería que se notaran las pequeñas gotas en mi frente o en el vestido —comentó con serenidad.

—¡Es cierto! Se vería horrible, y no quiero que digan absolutamente nada malo de ti. Eres una dama excelente, querida. Pronto conseguirás un marido, solo hay que tener paciencia. Lo bueno se hace esperar.

—Se hace esperar demasiado —inquirió con cierto tono sarcástico.

—Las damas no...

—Ya sé, las damas no deben parecer desesperadas —terminó aquella frase tan escuchada en su madre y en la escuela de señoritas. Estar en casa con ella era casi lo mismo que nunca haber dejado el instituto. Cada momento era una lección: en la mesa, en la hora del té, en la sala, mientras leía, tocaba y hasta para dormir.

—Es bueno que seas consciente, querida, que no se te olvide.

¿Cómo le comentaría a su madre sobre el encuentro oculto con el hombre de mala reputación que le había dado la tarjeta? Era mejor no decírselo, o moriría escandalizada.

Andrew se retiró de la velada musical de los Martins después de haber hablado con la señorita Baxton, lo que había resultado ser una bella y grata sorpresa para sus ojos y oídos. Era elegante, refinada, agraciada en el aspecto físico, con una voz dulce y un talento inmejorable para la música. Con lo poco que había visto de ella, estaba seguro de que era lo que necesitaba. Al día siguiente, en la velada en su propia residencia, comprobaría si ella era o no la indicada para tener sobre los hombros el peso de ser lady Hilton, la esposa de un ocupado e importante hombre de negocios.

* * *

El señor Charles Baxton y su hijo, Helmut, habían llegado temprano a su hogar después de un viaje de negocios.

Al entrar, pudieron observar que se habían hecho cambios en la tapicería y en el cortinaje de la mansión. Charles estaba seguro de que no había sido su esposa quien se había encargado de todo, sino la perfeccionista Claire, que procurado que hasta la última flor fuera colocada de manera ordenada.

—¡Padre! —saludó Claire al tiempo que se acercaba con un enorme sonrisa en el rostro.

—¿Cómo has estado, hija querida? —preguntó cariñoso.

—Extrañándolos —confesó mientras miraba a Helmut.

—Vemos que hiciste cambios aquí —resaltó su hermano, que no era muy efusivo con las muestras de afecto.

—Es un gran detalle de tu parte que lo hayas notado —dijo con suficiencia—. Pensamos que tus ojos debían dejar de ser castigados por tales harapos en las ventanas, así que los renovamos.

—Seguro has sido tú. —Sonrió apenas—. No creo que nuestra madre lo haya hecho. Es muy buena para dar órdenes, pero no para cumplirlas.

—Admiro tu inteligencia, adorable hermano. ¿Le sirvo una copa, padre? Debe de estar muy cansado por el viaje. —Señaló los sillones—. Por favor, siéntese, vuelvo en un instante.

—No hace falta, Claire. Ven y siéntate aquí con nosotros —pidió mientras daba unas palmadas al sitio al lado de él.

Claire se sentía tentada de acudir para recibir un poco de afecto de parte de su padre, pero Helmut estaba ahí y, con lo correcto que era, era probable que fuera a criticarla por tal cursilería.

—Iré a buscar a nuestra madre —anunció Helmut para alivio de Claire, quien, después de que él se retirara, se arrojó a los brazos de su padre.

—Lo extrañé tanto —reveló al tiempo que le besaba el barbudo rostro.

—Yo también. Te traje algunas cosas que te gustarán —dijo mientras le acariciaba el cabello. Estaba tan contenta en brazos de aquel hombre... Pero debía abordar el tema de la invitación.

—Ayer, en la velada musical de los Martins, un caballero se me acercó para dejarme una invitación para usted. —Se avergonzó mientras relataba los hechos.

Charles Baxton frunció el ceño ante tan extraña situación.

—¿Quién era el caballero? Debes tener cuidado con esas cosas. Podrían comprometer tu reputación y, por ende, tu futuro.

—Lo siento. El hombre era un tal sir Andrew Hilton. Muy insistente, por cierto —acotó a modo de comentario.

—Oh, sí, ya lo conozco. Es en verdad obstinado. He recibido innumerables propuestas sobre tasas de su banco para que depositemos nuestro dinero ahí.

—¿Es un banquero? —preguntó intrigada.

—Sí, mi niña, un frío y calculador hombre de negocios, pero muy profesional. Ahora, con este nuevo contrato que he acordado en el viaje, necesitaré otro lugar para guardar las ganancias, y su banco está entre los candidatos.

—¡Pero no conoce lo que se dice de él! —exclamó exaltada.

—Es un hombre ocupado. No tiene tiempo para contrabandear o sacrificar vírgenes.

El rostro de la muchacha adquirió color por las expresiones de su padre, pero más por sus propios pensamientos acusatorios hacia sir Andrew.

—Iremos esta noche a su velada y le daré el sí por fin, después de mucho tiempo. —Sonrió.

Claire debió decir adiós a las esperanzas de acudir a Inferno esa noche por dos motivos: la fiesta del banquero y su hermano Helmut, quien, si descubría lo que hacía, era capaz de matarla.

Helmut apareció con su madre, y Claire se alejó con rapidez para que no juzgaran aquel inapropiado comportamiento, que era un secreto que guardaba con su padre. Él era un hombre muy correcto, pero con la hija siempre se salía del molde. Ella era la más preciada mariposa del señor Baxton.

* * *

La caótica mansión de Andrew estaba a punto de volverlo loco. La ineptitud de los empleados era como una puñalada en su pecho. Él se había visto obligado a terminar de arreglar en persona cuadros, cortinas, copas y muebles para que se generara el espacio adecuado para que la gente pudiera circular sin inconvenientes.

El mayordomo parecía desquiciado entre las idas y venidas con las bebidas y las bandejas de bocadillos que debían ser colocadas en las mesas.

Los músicos bajaban los instrumentos de la carreta y los entraban con dificultad al muy concurrido salón, lleno de empleados aquí y allá que trabajaban de manera desordenada.

Andrew observaba el caos y escuchaba cómo se rompían utensilios cerca de él, lo que le crispaba los nervios.

Como hombre solvente, inteligente y trabajador, debería haberse limitado a descansar y a prepararse para ser un buen anfitrión, pero no, todo estaba patas arriba en la residencia. Debía despedir a todo el personal por no saber organizar ni siquiera un té.

—Ya lo he dicho, una esposa es lo que necesita, señor —expresó James, de pie al lado de él.

Le dedicó una mirada poco amistosa y negó con la cabeza.

—Si tú fueras eficiente, no tendríamos este problema —acusó con sarcasmo.

—No me culpe por su falta de carácter y compromiso para organizar su ocupada vida, sir Andrew. He permanecido durante años con su familia y nunca vi esto tan desordenado. Usted es el problema —replicó el hombre.

Aquello era una bofetada: ¡su empleado se dirigía a él de ese modo! Merecía ser castigado, pero los años y el cariño que le tenía se lo impedían.

—Si no me he casado, es asunto mío. Avisa al personal que, si todo esto no está listo en una hora, se quedarán sin empleo, y eso te incluye —amenazó mientras se dirigía a su habitación para reposar y arreglarse.

James sabía que Andrew no lo despediría, pero debía hacer llegar la amenaza a la servidumbre, que tomaba aquel asunto con demasiada ligereza.

Andrew, ya en su habitación, observó la lista de invitados. Estaban los hombres más adinerados de Londres con sus familias, y él presentaría su propia casa de aquella manera que lo llenaba de vergüenza. Lo único que esperaba era que el señor Charles Baxton se presentara con su familia para poder conocer mejor a su candidata a esposa.

* * *

Los Baxton a pleno acudieron al baile de sir Andrew. El salón de la recepción era soberbio, lleno de objetos valiosos, pero estaba muy desordenado. Observó Claire al entrar. Ninguno de los miembros de la familia pareció notar que los cuadros estaban arqueados, ni que algunas flores y hojas estaban marchitas. ¡Qué bochorno!

Claire empezó a tocarse las manos con nerviosismo porque quería acomodar todo como correspondía.

A medida que iba pasando a otros recintos de la casa, más era la ansiedad que la dama sentía por solucionar lo que ella clasificaba directamente como un cataclismo salvable, pero con un poco de esfuerzo.

La respiración se le aceleraba al ver las copas mal colocadas. Pese a su corta vida, su amplia experiencia en bailes, fiestas y salones le daba la pauta de que quien había organizado aquello no tenía clara ninguna de las normas de etiqueta y protocolo que existían desde tiempos inmemoriales.

—¿Estás bien, Claire? —preguntó su madre al ver cómo lo observaba todo casi temblando.

—¿No ha notado la calamidad de este salón? Puedo ver los dedos marcados en las copas. Siento que va a darme algo.

—Trata de permanecer calmada, ignora esos detalles. Hemos venido a hacer negocios, no a criticar —aconsejó para tratar de tranquilizarla.

La señora Baxton observó una copa. Pudo ver la marca de los dedos que había señalado su hija, y ella también sintió la necesidad de sosegarse.

Claire se acercó a la mesa donde estaban las bebidas, sacó un pequeño pañuelo y limpió el borde del recipiente para poder beber el contenido.

El ambiente del salón era relajante; la música, ideal para que la gente pudiera conversar. Andrew no había dejado de atender a los invitados, aunque ya había visto a quienes en realidad esperaba: los Baxton.

—Disculpen, señores, espero que disfruten la velada. Iré a recibir a los demás concurrentes —se despidió de un grupo de caballeros.

Observó con extrañeza que Claire estaba de espaldas cerca de los aperitivos.

—Señor Baxton —dijo Andrew al acercarse—, sea bienvenido, junto con su familia.

—Gracias, sir Andrew. Se los presento: ella es mi esposa, Danna; él es Helmut, quien encabeza mis negocios e inversiones en estos últimos tiempos; y ella es la señorita Claire, mi hija en edad casadera. —Señaló a la joven, que se dio vuelta con el pañuelo hecho un bollo en la mano.

Nerviosa, la muchacha se acercó hacia donde estaba su padre, quien acababa de presentarlos a todos. Sir Andrew saludó a la señora Baxton con un beso en la mano y a Helmut con una reverencia y un apretón de manos. Era el turno de ella.

—Señorita, es un placer conocerla. —La recibió como si hubiera olvidado que, una noche antes, la había abordado sin permiso.

—Él es sir Andrew Hilton, querida —presentó su padre al caballero.

—Encantada de conocerlo. Excelente velada, señor Hilton —mencionó en tanto extendía la mano enguantada para que él la besara.

—Gracias, señorita. Es un honor que hayan venido con tan poco tiempo de antelación —se excusó.

—No se preocupe, sir Andrew. ¿Qué le parece si hablamos de negocios? —sugirió el señor Baxton.

Los ojos del hombre brillaron de emoción al comenzar a conversar de emprendimientos con aquel hombre y su hijo. Era una noche definitivamente buena para él.

Claire y su madre se mantenían calladas mientras observaban a los hombres dialogar de política y negocios.

Ella no dejaba de mirar el desorden en todas partes. Sintió que caería muerta si no salía a respirar aire fresco.

—Madre, iré un rato a asearme un poco —alegó con una sonrisa, y la señora asintió.

Pero no caminó hacia el lugar donde estaba el tocador, sino que se dirigió con desesperación al recibidor y colocó los cuadros en perfecto orden.

—Señor Baxton, esta alianza comercial merece ser ampliamente celebrada. Ordenaré que empiece el baile.

—Es una brillante idea —festejó el hombre.

—Disculpen el atrevimiento, señores, pero ¿me concederían un baile con la señorita Claire? —preguntó con la esperanza de una respuesta positiva.

A Helmut no le agradaba que un tipo como aquel quisiera bailar con su hermana, y menos que hubiera fijado los ojos en ella. Un hombre tan ocupado como él jamás sería un buen marido para Claire, que anhelaba un sano y normal matrimonio.

—Le concederé una pieza porque estoy de buen humor —alentó Charles.

—Pues, con su permiso, iré a arreglarlo todo.

Andrew se dirigió sin dilación hacia donde había ido la muchacha y observó extrañado que ella estaba ordenando el recibidor y limpiando la mesa de cristal con un pañuelo.

Sin decir una palabra, se le acercó para observar con mayor detenimiento lo que hacía.

Claire podía respirar más tranquila. Unos detalles más aquí y allá hacían más presentable el lugar.

—¡Por fin esto parece decente! Debería despedir a todo el personal que ordenó esto —murmuró sin darse cuenta que él estaba detrás de ella.

—Disculpe, ¿qué fue lo que dijo? —La examinó con detenimiento.

Sobresaltada, la muchacha se dio vuelta con brusquedad. Estaba en problemas.

CAPÍTULO 5

¿Qué iba a decirle a aquel hombre? No podía confesarle que era una maniaca. Eso la descartaría como probable esposa si llegaba a difundirse.

—Si usted hubiera estado aquí... ¿cómo lo habría hecho, señorita Baxton? —preguntó Andrew.

Él había escuchado a la perfección la crítica a su organización. Era una vergüenza haberla visto limpiar la casa. Para eso les pagaba a los empleados.

—¿Disculpe? —indagó contrariada—. No fue mi intención ofenderlo en ningún momento, sir Andrew, por favor excúseme.

—No ha respondido a mi pregunta. Criticar la organización ajena debe ser por una buena causa. ¿Cómo lo habría hecho usted?

La joven era de tez blanca de por sí, pero se había vuelto un fantasma por la vergüenza, descubierta nada más y nada menos que por el dueño de la casa.

Él no tenía una expresión enojada en el rostro, pero tampoco parecía muy contento. La miraba en tanto esperaba una contestación que se dilataba demasiado.

—Sea sincera, no se sienta presionada. No la voy a lacerar socialmente. Estoy interesado en su franca opinión —dijo para intentar que ella no se cohibiera.

—De nuevo le ofrezco mis disculpas. Solo corregía unas ligeras imperfecciones, eso es todo.

—Señorita mía, soy un mal anfitrión y soy consciente de mis defectos. La pregunta que le hice es tan solo para ayudarme a mejorar. Siempre hay ojos que pueden ver mejor el trabajo de los demás antes que uno mismo. Está comprobado que uno difícilmente se encuentra defectos —explicó mientras le ofrecía el brazo para que ella lo agarrara.

—Jamás fue mi intención ofenderlo, pero, si quiere escuchar mi sincera opinión, se la daré. Una dama siempre debe expresarse con la verdad.

—La escucho —incitó mientras la llevaba al salón.

—Empezaré por las tarjetas. Fue una mala presentación. La tinta manchaba bastante el papel, hasta dejarlo casi... impresentable.

—¿Impresentable? —preguntó con ganas de hacerse un ovillo en el piso. Había quedado en la más absoluta vergüenza ante la dama a la que buscaba convertir en su esposa.

—¡Pero no se sienta mal! —expuso al ver el rostro decepcionado del hombre—. Creo que han sido solo las altas expectativas que tenía, sir Andrew. Usted dice ser un hombre de negocios. Su organizadora debería haberlo asesorado mejor. Solo es eso.

—¿Y qué hay de la fiesta? ¿Qué le parece? —indagó y se dispuso a aguardar la estocada final.

—Los músicos son excelentes; la comida, muy buena, la bebida es de calidad y las copas... Déjeme decirle que las copas estaban marcadas con dedos. Deben ordenarse con guantes. Quizás debería llamar la atención a su personal —sugirió sin darse cuenta de que ya había dicho hasta lo

que no debía.

—Le he pedido a su padre que me conceda un baile con usted, señorita Baxton, y ha aceptado. ¿Querría compartir conmigo la siguiente pieza?

—Estaré encantada, sir Andrew —respondió con una inclinación de cabeza y se dejó guiar por él a la pista.

Los músicos tocaban una agradable melodía. Andrew se había quedado callado después de escuchar las “amables” opiniones de la muchacha.

—A pesar de todo lo que me dijo, no respondió a la pregunta central, señorita.

—¿Acerca de cómo lo habría hecho yo?

Él asintió.

—Pues habría utilizado otra pluma, para empezar. Después, habría despedido a la persona que dejó huellas en las copas y también en el vidrio de la mesa de la entrada. Los cuadros, los habría dejado bien enmarcados... y habría quitado las ramas marchitas de los arreglos.

Si le daba más cuerda, estaba seguro de que la mujer no terminaría de hablar.

—Tiene usted un excelente ojo.

—Lo siento, discúlpeme el atrevimiento, no es mi intención ofenderlo.

Él le sonrió.

—Solo quiere despedirme.

—¿Cómo? —preguntó confundida.

—Fui yo quien ordenó las copas. También coloqué los cuadros y los adornos; no todos, pero estoy seguro de que los que tenían las ramas marchitas cayeron en mis manos. Como usted supondrá, no soy muy detallista. Tampoco tenía alguien que me asesorara, pues los empleados de esta casa solo hacen lo que les pido. Dispénseme, señorita Baxton —se disculpó.

¡La mala influencia de Constance se había hecho presente en ella! Más que sincera, se había mostrado abusiva.

—¡Lo siento tanto!

—No lo sienta, señorita, es importante mejorar cada día. Es por eso que he decidido buscar una esposa. Necesito a alguien que... me ayude.

¿Había dicho “esposa”? ¿Por qué se lo contaba a ella? Antes que nada, Claire estaba segura de que su propia lengua la había descartado como candidata. Tampoco moría por que él la cortejara. Un hombre con una reputación un tanto bizarra no era algo que le apeteciera. ¿Y si el caballero revelaba la indiscreción de ella? ¡Sería un escándalo! Adiós a las oportunidades de casarse.

—Desde que escuché sobre su reputación, he quedado interesado en conocerla y evaluarla como una candidata para esposa.

¿Qué? ¡Pero si ayer lo había visto por primera vez!

Andrew se dijo que, por la mirada asustada de la dama, seguramente pensaba muchas cosas negativas sobre él.

—Déjeme demostrarle que esos rumores que corren sobre mi asocial comportamiento son infundados. No estoy acostumbrado a las salidas, soy un hombre con vastas ocupaciones; es por eso que no se me ve con frecuencia y que se conoce muy poco sobre mí, hasta el punto de que se ha llegado a pensar que realizo sacrificios humanos. ¿No le parece ridículo?

—¡Claro! —aceptó con culpa. Ella era una de las que había creído eso—. Sir Andrew, disculpe el atrevimiento, pero ¿ha dicho que soy candidata?

—Así es. Soy un hombre directo y, según las reseñas recibidas sobre su persona, usted es la esposa ideal para un caballero como yo, aparte de lo beneficiosa que podría ser nuestra unión para usted, para mí y para su familia.

¿Directo? Había dibujado una línea recta entre la crítica y el... “¿Quiere ser mi esposa?”. Ella comenzó a evaluar al caballero por el rostro. Era muy guapo, pero se veía bastante cansado. Las ojeras le delataban la falta de sueño, y las arrugas en la frente evidenciaban un constante ceño fruncido. No parecía un individuo que gustara de las actividades relajantes, como asistir a veladas y cosas por el estilo. Era un hombre calculador, cada movimiento era pensado con un objetivo, y eso no le desagradaba a Claire, sino que la hacía suponer que era metódico y poco arriesgado, por lo que un futuro junto a aquel caballero podría ser bastante seguro y confiable en términos de economía y estabilidad.

—Me siento halagada de que me crea una candidata a esposa ideal, pero esas cuestiones deben ser tratadas con mi padre.

—No se preocupe, no me saltaré el protocolo esta vez. Por eso le pedí un baile con usted a su padre, de manera que usted no pudiera negarse —dijo para demostrar que estaba un paso más adelante en la cuestión.

—Es muy inteligente. Además, ¿sabe que, después de esta pieza, debe devolverme a mi padre y no volver a solicitar un baile con prontitud? —pronunció, abocada a hacerle conocer cuáles eran las reglas del juego. Se sabía de memoria todo el burocrático procedimiento para la conquista de una dama. Si el caballero estaba interesado, pasaría por todas las pruebas de fuego.

—Estoy un poco oxidado en lo que a cuestiones sociales se refiere, pero creo que con usted podré ponerme al día. Maneja el protocolo a la perfección. He de darle mis felicitaciones por atenerse a las reglas, pues denota una personalidad ordenada y obediente.

¿Era impresión de ella o estaba saliendo airosa del juego con sir Andrew?

—Otro halago que no merezco, pero lo aceptaré honrada. —Sonrió mientras efectuaba una reverencia al culminar la melodía.

Andrew procedió de la misma manera y luego la llevó junto al padre y su hermano.

—Gracias por concederme la pieza con su adorable hija, señor Baxton. Ha sido un verdadero placer.

Helmut lo miraba con cierta desconfianza. Le parecía bastante zalamero el comentario sobre su hermana.

—Ha sido un honor, sir Andrew —se despidió Claire.

El dueño de casa hizo una inclinación de cabeza a los Baxton y se retiró para atender al resto de los invitados.

Las afirmaciones de la muchacha sobre la organización de la velada le habían abierto todavía más los ojos: necesitaba una esposa con urgencia y ese era el momento adecuado. Los Baxton habían decidido hacer negocios con él, nada podía fallar.

Después de que todos los invitados se retiraron, la casa había quedado sucia y desordenada.

Andrew caminaba por el lugar en el que la señorita Baxton le había revelado aquellos profundos pensamientos en voz alta cuando descubrió sobre la mesa un impoluto pañuelo con las iniciales “C. B.” bordadas en él.

Sin que nadie de la servidumbre lo notara, se metió el trozo de tela en el bolsillo y luego subió a su habitación para cambiarse y acostarse.

Tras colocarse la ropa de dormir, sus dos perros subieron a la cama para acompañarlo en el sueño. Él se llevó pequeño lienzo perfumado de la muchacha a la nariz y percibió el dulce aroma de los lirios.

—Huele a una gran oportunidad.

* * *

Claire tuvo un incómodo viaje en el carruaje. Su hermano turnaba la mirada entre ella y su padre hasta que se decidió a decir lo que tenía atorado en la garganta.

—Me parece que sir Andrew es un excelente negociante, pero no lo creo capaz de ser un buen esposo para Claire —manifestó sin un ápice de remordimiento.

—Nadie dice que el caballero pretenda a Claire —objetó su padre.

—¿Acaso lo ha visto bailar con otra dama que no haya sido Claire en toda la velada? Que, por cierto, parecía haber sido preparado por monos adiestrados —aludió con desagrado.

—El hombre lo organizó todo, Helmut, no tenía quien lo ayude —comentó ella sin darse cuenta de que lo estaba defendiendo.

—Querida hermana, ese caballero es un prospecto excelente para ti, no lo niego, pero creo que no serías feliz a su lado. Es calculador, meditabundo, metódico y no tiene un ápice de espontaneidad.

—Si es por eso, estamos él y yo en igualdad de condiciones, querido. No me ha propuesto matrimonio, y tampoco creo que lo haga. De todos modos, estoy pendiente de otro caballero que es probable que pida mi mano.

—¿Y quién es ese otro caballero? ¿Por qué tu madre no me lo comentó? —preguntó el señor Baxton.

—Solo hemos bailando en un par de ocasiones y hemos hablado después de una velada musical —se justificó con premura para que no se viera afectada por su propia lengua indiscreta.

—Debemos asegurarnos de que no sea un noble que esté en la ruina. Tienes una dote bastante atractiva para los cazafortunas —advirtió el joven con mala intención.

—Es lord Granard, y estoy segura de que no se muestra galante solo por mi dote —repuso con los brazos cruzados.

—¡Claro! —rio cínico—. ¡Yo sería tu tapete por la mitad de ese dinero!

El carruaje se detuvo, y Claire bajó con su típica elegancia, pero con más apuro por librarse de aquel cizañero hermano suyo.

Se arrojó sobre la cama y se quitó los zapatos con rabia. Sacó todo lo que tenía en el bolso, pero no estaba su pañuelo. Parecía ser que lo había perdido en la fiesta.

—Mi pañuelo —se lamentó con tristeza.

No es que tuviera pocos, pero ese era su preferido, de lino muy fino y delicado. Su padre se lo había traído de un viaje. En esos momentos, seguramente estaría siendo usado como trapo de cocina por los poco inteligentes empleados de sir Andrew.

* * *

Por la mañana, Claire tenía la idea de practicar de nuevo su dicción para evitar cometer los garrafales errores en los que había incurrido la noche anterior con sir Andrew. Él, a lo mejor por educación, le había dicho que pensaba en ella como una candidata para esposa, ¿pero quién querría a su lado a una mujer con la lengua suelta? Nadie. Por eso Constance seguía soltera y con un futuro poco promisorio.

Salió al jardín con su cuaderno de anotaciones sobre palabras prohibidas que no debía volver a repetir y, dentro de ese vocabulario, incluyó el término “sinceridad”.

Pasó un largo tiempo anotando casi todo lo que le había dicho a sir Andrew. Al menos, ella esperaba que el hombre no fuera un chismoso y que lo ocurrido no saliera de la intimidad de aquel baile. De lo contrario, si eso llegaba a oídos de lord Granard, el interés del caballero por ella podría verse frustrado, y no deseaba que eso sucediera. Todas las esperanzas de la joven de salir casada de esa temporada dependían de ello.

—Señorita Claire —la interrumpió una doncella.

—Dime.

—El señor Baxton la necesita en la biblioteca.

—Ya voy.

La muchacha levantó la pequeña tela que estaba cubriendo el césped donde ella se sentaba y fue hacia la biblioteca. Tocó la puerta y se quedó en silencio para escuchar.

—Adelante —oyó decir.

Al abrir la puerta, vio a un caballero de espaldas. Era sir Andrew Hilton.

CAPÍTULO 6

Claire contempló al caballero que, con rapidez, se levantó de la silla en la que estaba acomodado y se dio vuelta para observarla.

Él miró complacido a la preciosa dama. Había llegado con la intención de devolverle el pañuelo, pero no quería hacerlo. Estaba de pie ahí sin saber qué decir.

—Señorita Baxton —saludó en tanto se acercaba para besarle la mano que no estaba sosteniendo el cuaderno.

—Señor Hilton, qué agradable sorpresa —dijo con cortesía.

—Sir Andrew ha venido para conversar un poco sobre negocios, querida. Estamos esperando a que Helmut baje.

—Los caballeros siempre están debatiendo sobre transacciones. Son cosas que a las damas no nos incumben, pero la parte que sí nos interesa es que estén cómodos mientras hablan —comentó con amabilidad—. ¿Querría un aperitivo, sir Andrew?

—Lo que usted tenga para ofrecer está bien.

—Disculpe, padre, iré a buscar unas bebidas. Con permiso.

Él hizo una inclinación de cabeza, y ella se retiró hacia la cocina.

—Claire es una dama educada a la perfección —comentó el señor Baxton.

—Coincido plenamente con esa afirmación. Con tal gracia y educación, no sé cómo es que aún no se ha casado.

—Esa es una de las cosas que también nosotros nos hemos preguntado. Quizás no hemos hecho nuestro mejor esfuerzo al mostrar a nuestra hija. El competitivo mundo del matrimonio es como los negocios.

—Es un hecho que, efectivamente, también es un negocio.

—He oído sobre un caballero que, al parecer, está interesado en ella, pero debemos averiguar sus orígenes y fortuna. No podemos dejar que se junte con un cazador de dotes. La idea es casarla y hacerlo bien, que no solo por ser una Baxton crean que podrán darse el lujo de conquistarla para sacarnos rédito económico.

El padre de Claire era un hombre inteligente; a eso se debía el origen de su riqueza. Pese a no tener un título, era un hombre poderoso, moderno y visionario, y eso era lo que a Andrew más lo hacía admirar a aquel posible futuro suegro. Sin embargo, lo que más le molestó fue descubrir que tenía “competencia”. ¿Quién era el caballero que pretendía unirse a la señorita que él había escogido?

—Si se trata de la parte económica, yo puedo ayudarlo a averiguar sobre ese caballero. Solo necesito saber quién es.

—Es lord Granard. Hasta el momento, solo he escuchado sobre su intachable reputación, pero no podemos estar seguros, pues hay quienes son muy hábiles en guardar las apariencias.

Así que lord Granard era el hombre que la pretendía. Averiguaría todo sobre ese caballero.

* * *

Claire vio más relajado a sir Andrew ese día. Lo que todavía no entendía era por qué su padre la había llamado. ¿Habría sido solo para saludarlo? Resultaba extraño.

—Mi padre está con una visita muy importante. Quiero que todo esté organizado correctamente para ser servido de manera personal. Recuerden colocar los aperitivos como corresponde. Quiero también tres vasos de brandy y, por favor, usen guantes; que no tengan una sola marca, ya saben lo quisquillosa que soy, tal como mi madre. Además, Helmut estará presente.

Los empleados corrieron de un lado al otro al escuchar el nombre del joven Helmut, ya que lo consideraban casi como un demonio de las críticas. Era la señorita Baxton en el cuerpo de un hombre, pero con la mirada más fría que hubieran visto. El joven era demasiado rígido con las costumbres y no perdonaba un solo error.

—Tienen ocho minutos para colocar todo —avisó en dirección a la sala.

—Buen día, hermanita. ¿Vino sir Andrew? —preguntó Helmut al tiempo que se abrochaba los gemelos en la camisa.

—Buen día. —Le entregó una sonrisa y caminó hacia él para colocarle con destreza el corbatín—. Te están esperando en el despacho.

—Es extraño que ese caballero haya venido tan temprano aquí sin tener una cita con mi padre, y lo más curioso es que él lo haya recibido —razonó con seriedad.

—Nuestro padre es generoso y, al tratarse de otro hombre de negocios como él, habrá decidido escucharlo, eso es todo. Ya está —anunció al terminar de arreglar a su hermano—. Ve con ellos, no los hagas esperar.

El heredero Baxton caminaba como si de un general se tratara, demasiado recto para ser un individuo normal.

Incluso ella misma se daba cuenta de que la familia tenía un problema con la perfección, que querían alcanzar a toda costa, pero ¿por qué?

Andrew observó al serio Helmut, que, al parecer, nunca sonreía. ¿Sería buena idea emparentarse con alguien así? ¿Y si tenían hijos y alguno salía con aquel talento de no parecer vivo? Habría que arriesgarse.

—Sir Andrew, es una verdadera sorpresa verlo en esta casa. Ya estoy empezando a pensar que dormimos bajo el mismo techo, pues lo vi anoche y luego aquí, hoy —mencionó el muchacho con el humor ácido de siempre.

—Joven, disculpe el atrevimiento de haber forzado a su padre para que me recibiera. Sin embargo, no puedo dejar de admirar sus negocios. Además, como usted ya sabe, seré el tesorero de su nuevo emprendimiento. Algo tan innovador como el ferrocarril es sin duda de mi interés.

—Comprendo a la perfección. Es solo que pensé que había venido para conocer más a mi adorada hermana—expresó con una mirada escrutadora.

El señor Baxton también le dedicó un vistazo de interés.

—Con respecto a eso...

El toque de la puerta lo interrumpió. La señorita Baxton apareció con bocadillos y unas bebidas.

—Disculpen la intromisión, caballeros —se excusó.

—Adelante, querida, pasa. Estábamos deseosos de que esas delicias nos ayudaran a pensar mejor, ¿no es así, sir Andrew? —preguntó el padre de la muchacha para motivar a la visita.

—Por supuesto, señor. —Sonrió mientras la admiraba.

Claire se fijó en la encantadora sonrisa del invitado, que no le quitaba la vista de encima, al igual que Helmut, que no apartaba los ojos del banquero.

—¿Preferiría un aperitivo dulce o salado, sir Andrew? —indagó al tomar un pequeño plato.

—Salado, por favor, señorita Baxton.

Ella le sirvió lo que había pedido y, a continuación, se digirió a su padre y a su hermano, cuyas preferencias ya conocía.

En la cocina, se habían esmerado por agradar a Helmut, pero parecía que nada lo hacía feliz.

—Puedes retirarte, Claire. Aquí trataremos asuntos meramente de incumbencia varonil —dijo su hermano cortante como un cuchillo al rebanar el pan.

—Claro. No duden en tocar la campanilla si necesitan algo —replicó como si la voz se le fuera por cómo le había hablado Helmut.

Andrew notó el mal trato que había recibido la muchacha y cómo la había afectado.

—Con permiso.

Al terminar de despedirse, cerró la puerta y, tras ello, perdió la compostura y salió corriendo hacia su habitación.

—¡Hija querida! —la llamó su madre al verla trotar hacia las escaleras—. Camina con tranquilidad.

Eso la puso de peor humor. ¿Es que no podía dejar de ser ella misma ni un momento?

Se arrojó a la cama para llorar. ¿Por qué Helmut era tan frío? Él jamás perdía la compostura, pero esa vez la había humillado frente a una visita, alguien que probablemente la pretendía. Con un hermano como ese, ¿quién querría emparentarse con ellos? Tal vez Helmut Baxton fuera la razón por la que no estaba casada todavía.

* * *

—Disculpe, joven Baxton, pero creo que su hermana es un poco sensible a esa clase de tratos —pronunció Andrew a modo de comentario.

—Ella, estimado señor, está preparada para ser la esposa de cualquier caballero que tenga una agenda apretada o que sea un hombre de negocios, como tal, debe estar acostumbrada a que la traten de esa manera. Su amabilidad es indiscutible, pero estuvo mucho tiempo de más aquí.

—Estoy de acuerdo contigo —repuso su padre, lo que sorprendió a Andrew.

El señor Baxton parecía más abierto y racional; eso dejó frío al pretendiente.

Después comenzaron a conversar sobre el ferrocarril y todos los cambios que traería consigo como medio de transporte terrestre. Afectaría el costo de vida, agilizaría el traslado y abarataría otros gastos e insumos cotidianos necesarios.

Claire, después de haberse recuperado de la humillación que Helmut le había provocado, regresó al jardín para continuar cavilando cómo hacer bien las cosas.

Colocó su pequeña tela en el césped y se sentó con el cuaderno en la mano.

Los caballeros, mientras tanto, abandonaron el despacho. Sir Andrew iba rumbo a la salida cuando la vio sentada, pensante.

—¿Qué hace la señorita Baxton en el césped? —preguntó.

—De seguro está leyendo algún libro; es uno de sus buenos hábitos. Puede pasar a despedirse si gusta —consintió Charles Baxton con la intención de que el caballero fuera junto a la muchacha.

—Con permiso —se despidió antes de alejarse para dirigirse a ella.

Helmut y su padre se quedaron solos. Charles había mantenido la compostura frente a Andrew, pero una vez que el invitado se retiró, pudo hablar con su hijo.

—¿Por qué le hiciste eso a tu hermana? —preguntó sin rodeos.

—El hombre no le quitaba la vista de encima, debíamos despacharla. ¿No se ha fijado en que la estudia con minuciosidad?

—No soy ciego, pero lo que queremos es que ella se case. Ese caballero, pese a ser un hombre demasiado ocupado para mi gusto, es un buen candidato para Claire. Sabemos que el dinero le sobra, por lo que no es un cazador de dotes.

—En eso estamos de acuerdo. Veremos qué tan profundo es su interés por ella. Lo pondré a prueba —decidió.

—Además, nos pasará información sobre lord Granard. Nadie mejor que él para enterarnos de las finanzas de ese conde.

—Obstaculizar a la competencia... —rio Helmut—. Es un excelente jugador.

* * *

—Bien... Repite, Claire —se dijo a ella misma—: “No más indiscreciones que pongan en peligro tu futuro”, “no más indiscreciones que pongan en peligro tu futuro”.

Repetía una y otra vez esas palabras para que le quedaran bien guardadas en la mente.

—¿Qué murmura, señorita? —preguntó Andrew al acercarse a ella.

—¡Oh! —exclamó mientras intentaba ponerse de pie para hacer el correspondiente saludo.

—No se levante, por favor, le haré compañía unos minutos antes de irme —dijo sonriente—. Tengo una duda.

—¿Duda? ¿Cuál? —investigó en tanto cerraba el cuaderno.

—¿Cómo hace para que su ropa no se manche con el césped? —indagó con honesta curiosidad—. Las damas perfeccionistas de su clase comprarían otro vestido.

—Tiene usted razón, pero yo soy un poco más económica —aclaró—. Tengo una tela entre el césped y la falda —confesó.

—Es algo muy inteligente, un rasgo que cualquier caballero cuidadoso tendría en cuenta al momento de fijarse en una dama.

Claire sintió como si el estómago le diera un vuelco.

—Qué cosas dice... —dijo mientras tragaba saliva.

—La economía, para algunos caballeros, es de vital importancia, señorita. Detrás de todo gran hombre, siempre hay una gran mujer —afirmó condescendiente.

Claire no sabía de qué color ponerse, si blanca del susto por lo directo que era o roja de la vergüenza al sentirse halagada.

—Ha resultado ser bastante galante, señor —comentó con la mirada gacha.

Él colocó una rodilla sobre el césped y le tomó la mano.

—Usted merece mis favores, señorita Baxton. —Depositó un beso en el dorso—. Con su permiso, debo retirarme. Espero volver a verla pronto.

—Hasta pronto, sir Andrew —murmuró, apenas audible. Estaba a punto de desmayarse.

El hombre se levantó con la calza manchada por el césped.

—¡Mire su rodilla! —se exaltó con sentimiento de culpa.

—Es la diferencia entre usted y yo. Usted sería un excelente complemento, señorita Baxton. Me retiro.

El caballero se alejó, avergonzado por haberse ensuciado frente a la dama. Debería gastar dinero para comprarse otra. Si tan solo hubiera sido más inteligente, como ella, y le hubiese pedido una pequeña tela, no habría pasado tal incomodidad.

Después de que Andrew desapareciera de su vista, Claire agarró el cuaderno y comenzó a abanicarse. Las palabras del hombre habían hecho que sintiera mucho calor.

—¿Lo ve, padre? —comentó Helmut al observar a Claire luego de que Andrew se hubiera ido.

—Vi a un caballero educado con una señorita decente —respondió.

—¿Y por qué está Claire apantallándose?

—En el jardín hace calor, mucho calor.

* * *

Andrew pidió al lacayo que lo acompañara al despacho.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor? —preguntó el hombre.

—Quiero que vayas al banco y pidas información sobre las finanzas del conde de Granard. Lo quiero todo —ordenó.

—Ahora mismo.

—Y otra cosa: que busquen a Prince.

—Por supuesto; con permiso.

El banco sería sus ojos en el aspecto económico, y Prince, en el aspecto moral. Si el hombre andaba metido en cosas relacionadas al libertinaje, Prince era la persona indicada para descubrirlo. Gracias a aquel club exclusivo, lo sabía todo de todos.

CAPÍTULO 7

Prince llegó antes que el informe del banco.

—Andrew querido... —bromeó con una sonrisa al darle la mano.

—Necesito de tus habilidades nocturnas. —Le señaló un asiento.

—Para eso, sí que soy bueno.

—Necesito saber sobre un tal lord Granard —explicó—. Creo que ese caballero pretende a la señorita Baxton.

—¿A tu próxima adhesión a la plantilla de personal del banco Hilton? —se burló el duque.

—No estoy de broma. Esa dama es justo lo que estoy buscando. Me he tomado el tiempo para observarla con detenimiento, y cumple con los más altos estándares para convertirse en la esposa de un ocupado banquero. Es bella, talentosa, inteligente, decente, nada impertinente y, sobre todo, es económica... muy económica.

Prince quería que los oídos se le pudrieran al escuchar a Andrew hablar así de una dama. No había nada de malo en aquello, pero aquel amigo parecía querer a una mujer perfecta para que supliera al hombre imperfecto que era él. Aunque lo tenía todo, dinero, posición, reputación y educación, no era atento con las damas, no les prestaba atención a sus necesidades. Era un hecho que no trataba con ninguna desde hacía años. Estaba convencido de que Andrew se había vuelto virgen otra vez.

—No es por ser aguafiestas, pero ¿estás en verdad seguro de que necesitas casarte solo para tener una empleada de más alta categoría? Para eso están las amas de llaves.

—Mira, Prince, no quiero una empleada; tan solo quiero a una mujer que administre lo que tengo y que me atienda como lo hace cualquier esposa convencional. No pido nada descabellado. Y la señorita Baxton es lo que quiero. La necesito, preciso empaparme de sus dotes, y este tal conde de Granard se está convirtiendo en una molesta piedra en mi zapato que se clava con regularidad.

—Las informaciones que yo manejo sobre ese caballero son nulas. No tiene actividad social nocturna. Fue invitado a formar parte de Inferno, pero rechazó el ofrecimiento con educación.

—Entonces, es una blanca paloma. Estamos iguales. Ahora, lo que necesito saber es si es un cazador de dotes o no. Espero que lo sea, así me lo quito más rápido de encima.

El mayordomo entró al despacho para dejar el informe que el patrón le había pedido acerca del estado contable del pretendiente. Las noticias no eran buenas: el conde no solo no era un cazafortunas, sino que era muy rico, sus tierras eran productivas, gastaba muy poco y tenía una cuenta apartada con una jugosa dote para cada una de sus hermanas.

—¿Malas noticias? —preguntó Prince.

—Muy malas. El hombre tiene mucho dinero —explicó desanimado.

—Bien, pues depende de ti sacárselo de encima a tu adorada señorita Baxton.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Conquistarla, ganarte su afecto. Eso se consigue con lindas flores, paseos, vestidos, joyas y atenciones, muchas atenciones. Eso hará la diferencia entre tu cortejo y el de otro caballero.

—¿Todo eso? Pensé que conseguir una esposa era más simple —confesó—. Si yo se lo propusiera directamente, ¿crees que resultaría? Espera, no lo formulé bien. Quiero decir que, si le pregunto al señor Baxton si me concedería la mano de su hija, ¿crees que accedería?

—Andrew... Solo conquistala, y ella estará ansiosa por que pidas su mano. Tendrás todo lo que desees: una obediente esposa enamorada.

Él meditó la palabra “enamorada”. ¿En serio deseaba que ella se sintiera así por él? No necesitaba una esposa enamorada, pues el amor no era un requerimiento para los matrimonios por conveniencia, y eso se lo dejaría muy claro cuando la muchacha aceptara ser su esposa.

—No es menester que esté enamorada. Solo debe ser lo que necesito y ya.

—¡Bien, bien! —se rindió Prince. No podía competir contra la terquedad de su amigo, lo conocía a la perfección.

—Ahora debo ver qué hacer con ese caballero. Lo observaré para saber si en realidad representa un problema.

—Pues primero debes saber por dónde estará tu dama para no caer en el error de ir a la fiesta equivocada.

—Tengo a alguien que puede acceder a esa información —comentó Andrew sentado al tiempo que le acariciaba la cabeza de uno de sus perros.

* * *

El almuerzo en casa de los Baxton transcurría bastante silencioso. Claire no le dirigía ni una mirada a su hermano por la manera en que la había tratado frente al banquero.

—Con permiso, padre, voy a retirarme a mi habitación. —La muchacha se levantó de la mesa.

—Yo aún no he terminado —explicó Helmut con la mirada fija en ella—. Siéntate.

Ella volvió a tomar asiento sin que su padre o su madre intercedieran por ella.

—No me gusta que ese caballero se tome tantas libertades contigo —expresó el muchacho mientras se limpiaba la boca con la servilleta.

—¿A qué libertades te refieres? —inquirió con fingida tranquilidad.

—Helmut —le advirtió su padre, molesto.

—¿Por qué no decir lo que veo? —preguntó—. De nada ha servido la cara educación que ha recibido si la va a desperdiciar en un hombre con una pálida estima, como sir Andrew Hilton.

—Pero ¿de qué hablas? El hombre no me pretende.

—Nuestro padre es, al parecer, el más interesado en venderte por unas tasas más altas para sus depósitos bancarios. ¿Qué te parece, Claire? Que no te sorprenda que el hombre pida tu mano para que nuestro padre gane más dinero. Los negocios son sucios cuando involucran a damas como tú, cuya educación deja mucho que desear, hasta el punto de que casi permites que se meta entre tus faldas con esa amabilidad.

—¡Cuida tu lenguaje, Helmut! —reclamó su madre—. ¿A qué se refiere, Claire? No fuiste educada para dar libertades a nadie.

—Todos en esta casa te tienen pavor, Helmut, incluso nuestra madre y los criados —replicó al tiempo que se levantaba de la silla—. ¿Por qué eres tan frío con todos?

—Soy educado, hermana, mantengo la distancia con todo lo que no sea beneficioso para mí. Los criados son empleados, no mis amigos.

—¡Tú no tienes un solo amigo y nunca encontrarás a una mujer que se case contigo por cómo eres!

—Una mujer educada como yo es lo que necesito, no ligeras como tú.

Claire agarró la copa y le tiró el contenido en la cara.

—Retírate —le exigió él en tono bajo.

Ella caminó educadamente hacia las escaleras para subir a su habitación.

—¿Lo ven? Es una impertinente. Así me agradece que la corrija, pero ya no la ayudaré más —dijo Helmut en tanto se secaba el rostro para continuar con el postre.

—¿Qué te sucede? —preguntó su padre—. Desde que volvimos, te has vuelto loco con ella. No veo ningún defecto en tu hermana y mucho menos en que el banquero le pida la mano.

—¿No habíamos aspirado a algo más para ella? —increpó Helmut—. Sus estándares han bajado, padre. ¿Tan bien le ha endulzado el señor Hilton el oído que va a regalarle a nuestra Claire?

—Nadie ha pedido su mano y, además, sir Andrew Hilton es un hombre rico, jamás le faltará nada a tu hermana a su lado. Entiendo que estés preocupado por el futuro de ella, pero no es como para que la insultes —dijo su madre—. Ve a pedirle disculpas.

—No soy una persona que se equivoque en sus apreciaciones. Sé que ese hombre tiene algo entre manos, y no me gusta. Además, para estar seguros, yo averiguaré por mi lado sobre ese tal lord Granard. —Se levantó de la mesa para ir junto a su hermana.

Tocó la puerta de la habitación y entró.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con agresividad.

—Me comporté de manera burda contigo, pero es porque, al parecer, solo yo veo los peligros de tu educada amabilidad —se justificó mientras se acercaba al borde de la cama—. ¿Qué piensas tú del matrimonio de nuestros padres?

—Que son felices. Su matrimonio es perfecto. Mantienen las distancias y la cortesía.

Helmut negó con la cabeza.

—Es bonito, ¿verdad? ¿Estás segura de que quieres eso? —examinó calmado.

—¿Tú no lo deseas?

—Cuando yo me case, si algún día lo llego a hacer, será solo porque algo de esa dama llamó mi atención... Una chispa.

—Pero pensé que a ti te gustaría una mujer perfecta como tú.

—Las mujeres perfectas quizás tengan esa chispa de la que hablo, y tú la tienes —señaló.

—Helmut, no seas tan cruel conmigo.

—A veces digo cosas que no deseo, pero que, de haberlas dicho con bellas palabras, no habrían tenido el resultado necesario. —La besó con cariño—. Descansa, esta noche tenemos un baile.

El muchacho salió de la habitación, y ella quedó desconcertada. Le resultaba muy raro pensar que Helmut albergaba sentimientos en ese frío pecho, pero aquel beso demostraba que tenía mucho más que solo maldad en el corazón.

* * *

—¿Qué haces aquí, James? —preguntó Debra al verlo entrar en la cocina.

—Sir Andrew necesita saber dónde estará esta noche su adorada señorita Baxton.

—¡Ahora es la “adorada señorita Baxton”! El joven Helmut no quiere a tu patrón para nada.

—Eso no detendrá a sir Andrew, te lo puedo asegurar. Es un hombre inteligente.

—Pues, si es tan inteligente, que busque por otro lado esa información. Yo no soy su informante.

—Vamos... Tú quieres que tu hermosa patrona se case, y mi patrón quiere contraer matrimonio. Las posibilidades de que la señorita Baxton encuentre un pretendiente a esta altura de la temporada son nulas.

—La señorita se merece algo bueno por soportar a su hermano. Espero que tu jefe cambie. Estará esta noche en la velada de los Mortimer.

—Mortimer... Excelente. Sir Andrew estará complacido —repuso James mientras tomaba uno de los panecillos recién horneados.

No tardó demasiado en pasarle la información al señor Hilton y en prepararle toda la vestimenta para la noche. Parecía que el hombre estaba en verdad interesado en las dotes de la señorita Baxton, que, él mismo sabía, eran muchas. La joven se ocupaba con eficiencia de la residencia familiar, mucho más que su madre, según le había contado su propia hermana. Además, trataba al personal con justicia y nunca mostraba mala cara ante nada. Era bastante contenida, y ya se imaginaba que, con sir Andrew, esa cualidad le duraría por siempre. El hombre nunca hacía nada indebido, estaba metido en el despacho casi todo el día, sin amistades aparte del disoluto duque. Si tan solo la señorita Baxton supiera que el caballero estaba dejando un poco de lado los negocios para convertirla en su esposa, estaba seguro de que sería la mujer más feliz del mundo.

* * *

El baile de los Mortimer se caracterizaba por ser uno de los más esplendorosos y en el que más peticiones de mano se efectuaban. Toda dama estaba interesada en que su matrimonio se acordara aquella noche.

—¿Creen que lord Granard vaya a pedir mi mano esta noche? —consultó Claire a sus amigas.

—Si apenas han bailado, ¿qué te hace pensar que quiere casarse contigo? —respondió Constance.

—Déjala soñar, que no tiene precio —dijo Angel.

—A ti, el único que podría pedirte matrimonio esta noche sería lord Peine para tu cabello. Así no conseguirás marido. Serás muy culta y educada, pero en arreglo personal estás aplazada —comentó Constance.

—Deja el veneno, ya se lo hemos dicho muchas veces, y ella no quiere entender. Aún sueña con el amor. Acabará convirtiéndose en la amante de algún noble cuando tenga veintisiete años. Él le regalará una casa y le dará hijos bastardos, así como lady Daria, que tiene casa e hijos, pero el marido... ¿Nunca está? ¡Es obvio que es amante de un hombre rico!

—Conseguiré ese matrimonio. De lo contrario, me convertiré en un demonio.

—Señorita Baxton —saludó lord Granard al acercarse a ella.

—Milord. —Hizo una fina reverencia.

—Señoritas, buenas noches —se dirigió a las otras damas con una inclinación de cabeza—. Querida señorita Claire, solo quería comprobar que usted no hubiera olvidado nuestro acuerdo.

—Soy una dama de palabra. El primer baile es suyo.

—Entonces, ¿me daría el placer de concederme el baile en este instante?

Sonrió y le ofreció la mano. La dama adoraba el galanteo que el conde expresaba para con ella.

La pista estaba llena de parejas danzantes, no le importaba estar un poco apretados mientras bailaban.

Andrew entregó su tarjeta en la entrada y, con un refinado bastón, caminó hacia el salón. Se veía imponente y elegante, lo que había llamado la atención de múltiples damas, pero él estaba enfocado en una en particular, que se encontraba bailando con un hombre al que ya estaba comenzando a odiar.

—¿Por qué demonios el hermano tan poco agraciado no aleja a ese hombre de ella? —se preguntó en voz alta.

—Porque el hermano poco agraciado decidió darle una oportunidad a usted, aunque ahora mismo se lo está cuestionando —respondió Helmut, que había aparecido por detrás de él.

—Joven —dijo Andrew en tanto intentaba no verse nervioso, a pesar de que el interlocutor era bastante intimidante.

—Sir Andrew, es evidente que su interés por Claire es creciente. Solo le sugiero que cuide lo que hace, ya que lo estaré observando —le advirtió—. Y lo de la oportunidad va en serio, no la desperdicie.

Helmut se retiró para dejar que el hombre respirara en paz. De seguro el hombre con el que la había visto bailar aprovecharía algún lugar oscuro para comprometer a la dama.

Con el ceño fruncido, caminó para abrirse paso entre la gente hasta encontrarlos en un solitario balcón, donde conversaban.

—La luna es tan bella como usted esta noche, señorita Claire —dijo galante el conde—. He de confesar que mis intenciones para con usted son las mejores, y mis ánimos están más que dispuestos para convertirla en mi esposa.

La muchacha no podía emitir palabra. La emoción estaba matándola, y a Andrew, lo estaba matando la rabia, por lo que ya estaba barajando una idea que, en ese mismo momento, decidió poner en marcha para deshacerse del conde de Granard.

CAPÍTULO 8

Sonrojada hasta el último pedazo de piel, dejó que lord Granard le tomara la mano y se la besara con discreción.

—He de responder que me siento halagada por ser merecedora de sus palabras.

—Señorita Baxton, disculpe mi timidez. Expresarme con soltura no es algo que se me dé con facilidad —se excusó—. Aún no le he dicho mi nombre de pila. Soy Hugh. Fue una total descortesía de mi parte estar intentando cortejarla sin habérselo revelado cuando yo ya conocía el suyo.

—Creo que solo es un detalle, lord Granard.

¿Dijo que era tímido y que intentaba cortejarla? Era una noche de revelaciones para ella. Esa temporada, terminaría casada con un hombre apuesto y de dulce timidez. Debía ir dejando de manera paulatina sus pocos vicios, pues él necesitaba una esposa dulce, comprensiva, atenta y un poco menos introvertida que él. Aunque tampoco quería asustarlo ni que pensara que le habían vendido gato por liebre al cambiar por completo su manera de ser.

—No quiero importunarla más con mi presencia, señorita. Debo llevarla de nuevo al salón, pues no deseo que su reputación se vea comprometida por mi causa.

—Usted no me importa. Al contrario, su presencia me agrada.

—Qué más diera este humilde servidor por poder bajarle este cielo y las estrellas, mi bella señorita. Nada menos que eso es lo que usted merece.

Alguien debía pellizcarla para saber si aquello era real. ¡Claro que era real! Hugh Granard era palpable, podía sentir su propia mano ir directamente hacia los labios de él para ser besada. Era su caballero perfecto. De seguro Helmut ya lo habría investigado y, si no aparecía ahí para despacharlo, sería porque estaba limpio.

—Milord, hace que me avergüence frente a tales palabras. Le ruego que deje descansar mi sangre para que no se sonrojen mis mejillas con tanta asiduidad —expresó al tiempo que se esforzaba por no parecer emocionada por las atenciones del conde.

Andrew miró el cielo e intentó encontrar aquello tan especial que percibía su adversario, pero nada; solo veía el firmamento y los astros, nada que no fuera normal. Deberían sacarle el cerebro al caballero y llevarlo para que lo estudiaran. Ya no necesitarían comprar cadáveres para esas investigaciones, pues él mismo donaría uno si aquel sujeto no se alejaba de su valiosa señorita Baxton, aunque ella no parecía muy disgustada con las atenciones que le profesaba el aristócrata. Más bien, parecía indiferente, pero le regalaba contadas sonrisas.

—Volvamos dentro, lord Granard. No llamemos la atención por nuestra desaparición —sugirió la muchacha.

—Es una de las cosas que más me agradan de usted: es correcta, y eso resulta ventajoso en todo momento —dijo con una sonrisa.

Hugh se desvivía en atenciones hacia Claire. El hombre en verdad estaba enamorado de la excelencia de la joven, que encajaba a la perfección con los ideales que tenía de un hogar tranquilo y una esposa cariñosa y poco exigente. Eso era lo que había ido a buscar a Londres desde Yorkshire, la residencia principal del condado, y parecía ser que no regresaría solo, sino que retornaría con aquella mujer como esposa y la exhibiría orgulloso de su gracia y belleza.

Después de que lord Granard la hubiera dejado en el salón, Claire se encaminó con total normalidad hacia sus amigas.

—¿Qué escondes? —preguntó Constance.

—Esta noche las espero en Inferno. ¡Les voy a contar todo! Esta dama frente a ustedes está casi comprometida. Si quieren más detalles, deberán acudir. —Sonrió emocionada tras el abanico.

—¡No puedes dejarnos así! —reclamó Angel.

—¡Claro que puedo! Así las presiono para que vayan a compartir conmigo la felicidad.

Andrew no le quitaba los ojos de encima a Claire, quien se encontraba sentada con gracia mientras hablaba con otras damas.

Se cuestionó unos minutos la posibilidad de invitarla a bailar o no. Lord Granard no se había acercado a pedirle otra pieza al padre, por lo que él iría rápidamente a solicitarle el permiso.

—¡Sir Andrew! —saludó efusivo el señor Baxton mientras que Helmut no parecía tener ni una débil sonrisa que ofrecer. Quizás salía sonriente solo en los cuadros. Particularmente, le parecía desagradable que siempre estuviera pensativo y que observara con tal profundidad a las demás personas, como lo hacía con él.

—Señor Baxton, joven Helmut —habló incómodo por la escrutadora mirada del último.

—¡Brindemos por los buenos y largos negocios! —propuso el hombre.

—De seguro sir Andrew está deseoso de que usted tenga una larga vida, padre —alegó con una cínica sonrisa al tiempo que levantaba la copa.

¿Cómo es que lo había adivinado? Hacer negocios con Helmut sería como ir directo al matadero en cada reunión. Ese rostro parecía decirle de manera constante cuánto lo odiaba, aunque quizás fueran solo figuraciones suyas.

—Salud por los buenos negocios y larga vida para su padre. Muy larga vida —añadió Andrew con una provocadora inclinación hacia Helmut.

—¡Salud! —exclamaron los tres al unísono.

El joven Baxton sabía que Andrew le había respondido desafiante la indirecta de que jamás harían negocios juntos. El porqué era simple para él, pero, al parecer, nadie más podía verlo. Entendía los convencionalismos sobre los cuales estaban basados ese tipo de matrimonios, pero aquel caballero buscaba demasiado su propia conveniencia. Estaba haciendo negocios con su padre a la vez que intentaba ganarse una esposa, y si Charles no accedía a unir sus destinos comerciales con él por la oferta en sí, lo haría de un modo u otro por la propuesta matrimonial que le haría a su hija.

—Señor Baxton, quería pedirle que me conceda un baile de nuevo con su bella hija. Creo que lord Granard ya se me ha adelantado... —comentó a sabiendas de que aquello no había ocurrido así.

—Ese caballero... Su actitud cada vez me parece más sospechosa —manifestó el hombre—. Sin embargo no me pidió ningún baile con ella, por lo que es obvio que la habrá convencido con alguna argucia.

—He pecado de indiscreto, señor, excúseme.

—No se preocupe, puede usted bailar con ella sin inconvenientes. Estoy seguro de que el otro caballero es un cazador de dotes —expresó enojado Charles—. Ya que estamos conversando, le consulto sobre lo que me prometió, ¿cuándo lo tendrá?

—Dentro de unos días. No podemos tomar a la ligera la actitud de este caballero —sugirió Andrew.

—Vaya usted con mi hermana —ordenó Helmut—. Mi padre y yo debemos hablar con el señor Richmond.

—Claro, con permiso —dijo Andrew a modo de despedida.

—¿Por qué siempre eres grosero con él, hijo? Es un buen hombre.

—Me da mala espina. Después de que él traiga el informe que le hemos pedido, yo le presentaré el mío.

Andrew se dirigió hacia donde la señorita Claire iluminaba a las compañeras con una sonrisa. Era en verdad bella, no podía negarlo. Entendía el interés de Granard por convertirla en condesa. Los dos buscaban la perfección de aquella dama.

—Señorita Baxton —se presentó al acercarse a donde ella se encontraba.

—Sir Andrew —respondió sorprendida al verlo.

—Damas —saludó con una inclinación a Angel y Constance—. He venido para invitarla a bailar una pieza.

—Será un placer —manifestó en tanto le concedía la mano.

—¿Cómo puede ser que, de no tener ningún pretendiente, haya pasado a tener dos? ¡Debo preguntarle qué hace! —puntualizó Constance mientras veía cómo ambos se metían entre las parejas.

—Es la más equilibrada de nosotras. La solución es obvia: tú debes cerrar la boca, y yo debo arreglarme. ¡Santo remedio! —afirmó Angel en tanto observaba risueña a su amiga.

Andrew llevaba del brazo a Claire para danzar y se sentía cómodo y hasta orgulloso al exhibirse con la dama.

Hugh, mientras tanto, observaba cómo el banquero invitaba a la señorita a la pista. El porte de pavo real de aquel hombre empezaba a ponerlo de mal humor. Hasta hacía poco, era el único que había querido cortejar de verdad a esa dama, pero, unos días atrás, había aparecido ese caballero de mirada escrutadora que la analizaba como si la joven se tratara de un artículo en venta. La soberbia y frialdad de ese hombre eran demasiado para ella.

—Imagino que fue con mi padre a pedirle el baile —comentó Claire con una sonrisa diligente.

—Dije que procedería correctamente con usted, y eso estoy haciendo, a diferencia del conde de Granard —acusó.

—Lo de lord Granard es un hecho aislado, sir. Le debía un baile de unas noches atrás, y una dama debe cumplir con sus compromisos —mintió. No tenía manera de explicar lo ansiosa que se había mostrado ante la propuesta del otro caballero.

—Me parece que es usted una dama comprometida con su palabra, pero es muy arriesgado para su reputación, mi querida señorita.

¿La estaba acusando de ligera? El dulce rostro de Claire cambió a uno cauteloso hacia sir Andrew, quien al parecer era incluso más perfeccionista que ella en las relaciones sociales.

—¿Ha estado observándome, sir? —preguntó con pasividad.

—Le he hablado acerca de que usted me parece perfecta como esposa. Creo que es de suponer que la observo —respondió con una sonrisa.

—Es bueno saberlo. Si no es Helmut quien tiene los ojos en mi nuca, es usted.

—Creo que su hermano no está tomando con seriedad el trabajo de cuidarla, pero es mejor que así sea. Es un poco...

—¿Poco amigable? —preguntó con cierta sonrisa relajada—. Si a mí, que soy su hermana, no me aprecia lo suficiente, ¿cómo cree que será con usted o lord Granard?

—Es una buena pregunta. Puedo asegurarle que no me estima en demasía.

—Y yo puedo afirmar que tiene sus razones. —Sonrió mientras efectuaba una vuelta en la danza.

Andrew se relajó ante cierta distensión por parte de Claire. Estaba seguro de que estaba en la dirección correcta para adquirir a su dama perfecta. Lord Granard debería ir preparando sus alas para volar.

* * *

—¿Cómo diablos hiciste para conseguir dos prospectos tan apuestos, Claire? —preguntó ansiosa Constance.

—Mucha paciencia y poca imprudencia —dijo sonriente—. Lord Granard es tan atento... Todo lo que sale de sus labios es un sueño perfecto.

—¿Estás enamorada? —exclamó animada Angel.

—No sé, nunca me he enamorado, aunque sí he soñado con algo así. Pero, seamos sinceras, los matrimonios por amor son considerados una aberración.

—¡Qué bella aberración! —suspiró Angel.

—¿Cómo puedes hablar de algo que no conoces? —escrutó Constance.

—Los criados... Ellos no tienen dinero, pero sí amor.

—Has consumido demasiado té, amiga, tómate algo más fuerte. Te hace falta una bofetada de realidad —contradijo Constance.

—Extrañaré nuestras reuniones aquí, en Inferno. Después de que me case con lord Granard, cumpliré mi sueño de formar mi propio hogar ideal. Se ve que él puede llegar a ganarse mi afecto —sonrió, sonrojada como una infante.

—Estoy segura de que te enamorarás de él. ¡Qué emoción! —gritó Angel.

—¡Más bebida! Al demonio, yo buscaré un amante. Las oportunidades positivas son tan reducidas para mí que han empezado a hacerme perder la esperanza. ¡Hasta Angel, que es un esperpento, tuvo una invitación! En cambio, a mí me ignoran como si tuviera lepra... ¡La vida es cruel! La solución es tener valor, bajar y buscar el amante perfecto —se quejó Constance en tanto observaba a través del vidrio la cantidad de posibilidades que temía aprovechar.

—Ya habrá algo para nosotras. Festejemos por nuestra amiga —propuso Angel mientras levantaba la copa—. ¡Por Claire y su brillante futuro con un elegante prometido!

—¡Salud! —exclamaron las tres y se terminaron de un trago la bebida.

* * *

Días después.

Andrew había dejado Londres para ir a Essex para atender sus negocios con el conde de esas tierras, quien no era muy sociable y, como no le gustaba el ajeteo de Londres, vivía aislado en una de sus propiedades.

En la residencia de los Baxton, nadie podía creer que lord Granard estuviera sentado frente a Charles con intenciones de pedir a Claire en matrimonio.

—¡Dios bendito, señorita! —musitó la doncella muy contenta al entrar a la habitación de Claire.

—¿Qué sucede?

—Un caballero, un tal conde de Granard, está en el despacho de su padre.

—¡No puede ser! —exclamó con un pie ya en la puerta—. ¿Sabes a qué vino?

—No lo sé. ¿Quiere que vaya a espiar?

—¡Oh, mi Dios! ¡No es correcto, no es correcto, pero ve! ¡Rápido! No te pierdas ningún detalle.

La doncella bajó las escaleras como tromba y pegó una oreja a la puerta.

—Dígame, ¿qué lo hace diferente a cualquier otro caballero como para que le otorgue la mano de mi hija?

—Señor Baxton, no pude solicitar la mano de su hija con anterioridad debido a que no soy muy abierto con la gente, pero sabrá que, tanto mis parientes como yo, nunca hemos tenido ningún escándalo. Siempre fuimos una familia acomodada y muy unida.

—¿Está al tanto de la generosa dote de mi hija? —preguntó serio Charles.

—Soy consciente, señor, pero no estoy interesado en el dinero; es algo que, por bendición, tengo, pero sí estoy interesado en los valores de la señorita Baxton. Sería una amorosa y atenta esposa. Eso es lo que estaba buscando y encontré en ella.

El hombre no parecía estar atraído por la fortuna de Claire. El señor Baxton se mostró confundido.

—Hay muchas damas con dotes mejores que las de mi hija, milord.

—Como le he dicho, no estoy interesado en su dote. No quiero comprar una esposa, quiero ganármela.

Después de un buen tiempo de debate, el hombre terminó aceptando a lord Granard y no solo para cortejar a Claire, sino como el prometido oficial de la muchacha.

La doncella, emocionada, subió hasta la habitación de Claire, que iba de un lado a otro mientras esperaba a la mujer.

—¡Ahora sí se me muere, señorita!

—¡Habla!

—Usted... usted...

—¡Yo qué! —exclamó exasperada.

—¡Es la prometida del conde de Granard!

CAPÍTULO 9

—Pues así quedamos, lord Granard. Espero que pronto podamos anunciar el compromiso — dijo el señor Baxton al estrecharle la mano.

Al parecer, habían concretado un excelente negocio, aunque, para Charles Baxton, aquel caballero aún no podía cantar victoria. A pesar de que ya le había otorgado el permiso para que la cortejara, dependía del informe de sir Andrew para que todo fuera más seguro y formal.

Hugh se retiró contento de la mansión de los Baxton. Había conseguido lo que había ido a buscar. Pronto, ya no regresaría solo a su residencia, sino que lo haría del brazo de una bella y talentosa mujer que no le era indiferente.

Arriba, Claire no dejaba de abanicarse. El sueño de la muchacha estaba a un paso de hacerse realidad. Casada y realizada; esposo, hogar, hijos... ¡Todo sería perfecto!

Manejaría la casa de manera que su esposo estuviera orgulloso de ella. Prepararía las mejores fiestas. Ya lo tenía planeado, pues había tenido mucho tiempo para soñar con cómo sería la vida de casada.

Sus padres habían sido un ejemplo para ella y Helmut: una antigua noble casada con un joven rico como Charles Baxton. La relación de ellos era cordial y amable, nunca habían discutido. Su madre se encargaba con tranquilidad del hogar, y aunque a veces se desesperaba al verse rebasada por alguna situación, era ideal para el papel de esposa de un hombre ocupado como su padre.

Cuando él regresaba de algún viaje, ella lo tenía todo listo. Helmut y Claire siempre estaban elegantes y almidonados para recibir a su padre, que con cortesía le ofrecía a cada uno su afecto, aunque nunca lo hiciera en público. Claire lo amaba, y él la consentía en secreto. Ni Helmut, ni su madre lo sabían. Era una pequeña intimidad que ambos guardaban. Al estar juntos, su relación no era cortés, sino cariñosa, afectuosa y divertida, pese a que el señor Baxton no parecía muy alegre cuando los demás lo observaban. Helmut había adoptado el mismo porte estirado, pero ni en la privacidad del hogar familiar era agradable. Constantemente parecía haberse metido limón en la boca, pues mostraba una actitud agria y desinteresada hacia todo lo que lo rodeaba.

—Señorita... señorita —murmuraba la doncella que la sacó de esos pensamientos profundos—. El lord ya se retiró. Su padre estaba solo hasta que su hermano Helmut llegó con mala cara como siempre.

—Eso no es novedad. Puedes irte —ordenó con calma.

La doncella salió y cerró la puerta. Después de unos segundos, Claire se puso a bailar y a dar brincos de emoción. No podía creer que todos aquellos esfuerzos estuvieran dando frutos. Se sentía extasiada.

Se arrojó a la cama mientras sonreía como una tonta hasta que recordó que probablemente sir Andrew quedara decepcionado al no poder siquiera cortejarla. Estaba bastante interesado y, pese a que ella de cierta manera le temía a la reputación y a la fría educación del banquero, el caballero le parecía agraciado y sincero, torpe pero honesto.

No podía comparar a sir Andrew con el conde. Hugh le llevaba una ventaja bastante amplia, pues la atención y la anticipación eran fundamentales en el mercado del matrimonio. Lo que le había sucedido a sir Andrew era algo que podría haberle ocurrido a cualquiera que no estuviera seguro de lo que quería: ¡se le habían adelantado!

* * *

—¿Que usted aprobó un cortejo? —preguntó Helmut algo irritado.

—El conde me pareció un caballero sincero y muy interesado en las aptitudes de tu hermana —respondió el señor Baxton.

—¡Cualquiera estaría deslumbrado por la dote de Claire! ¡Claro que debe de estar interesado!

—Afirma tener dinero, hijo. Por el carruaje y su vestimenta, presumo que es verdad. Además, la reputación de su familia es buena.

—Padre, las apariencias engañan, recuérdelo. Yo podría decirle que tengo un elefante en el jardín para poder congraciarme con usted, y resultaría una mentira. ¡No me fío de nadie!

—¿Por qué te pones así? —preguntó—. Es una propuesta sensata para tu hermana. Es la primera y probablemente la última que reciba. Lord Granard no me desagrada, aunque debo admitir que habría preferido que sir Andrew pidiera su mano.

—¡Ese es otro! No me fío de ninguno... Y mire este rostro, padre —dijo Helmut en tanto se señalaba—. No es casualidad que tenga esta cara poco amable. Espanté a muchos de este modo, en tanto que solo hacían falta cinco minutos de ausencia para que usted, con su corazón de alcachofa, entregara a Claire a un... ¡quién sabe qué!

—Ten cuidado de cómo te diriges a mí, jovencito. Soy paciente con tu actitud, pero estás empezando a molestarme. Además, soy yo el padre de Claire, por lo que acatará mis órdenes siempre.

—Dilate esta cuestión lo más que pueda, padre. Que Claire se moleste conmigo me importa poco. Al regresar de este viaje que voy a hacer sin usted, quiero que aún no hayan anunciado el compromiso. Dejaré gente que investigue a Granard y al banquero; ninguno es santo de mi devoción. Otra cosa: usted puede ser el padre de Claire, puede obligarla a casarse por interés o puede dársela a un don nadie, pero aquí estoy yo para oponerme a algo que me parece incorrecto. Usted y mi madre le han pintado un mundo de mentiras, y a mí también. Basaron nuestra vida en falsedades, por eso somos así, los perfectos Baxton. ¿Tienen vergüenza de la verdad? Yo abriré los ojos de Claire.

—¿De qué hablas? No pensé que injuriarías de esta manera a tus padres. ¡Vete!

—Con permiso. Por lo menos la educación me sirve de algo: para acatar órdenes.

* * *

Andrew había tenido que soportar hacer negocios con el conde en Essex, pero todo había valido la pena, pues había logrado hacer aflorar su industria de manera segura y tranquila.

Debía volver a concentrarse en conseguir las atenciones de Claire Baxton. Durante aquella estancia fuera de Londres, había imaginado la casa del conde con ella dentro mientras tocaba una pieza cerca de la ventana que daba al jardín trasero seguido por una extensa pradera.

Ese momento sublime de música y perfección de la naturaleza hacía que la señorita Baxton fuera la dama ideal para él. Mientras él trabajaba para sustentarla, ella estaría encantándolo con su presencia, arte y educación.

Ya podía divisar su propia residencia bajo la leyenda de “Hogar, dulce hogar”. Sería un gran cambio con respecto a esa casona que, al entrar, siempre encontraba vacía.

Al abrir la puerta, los perros corrieron a recibirlo.

—Al menos los tengo a ustedes —murmuró al tiempo que acariciaba la cabeza de cada uno de ellos.

—Sir Andrew, bienvenido —lo saludó mayordomo.

—Gracias, James. —Le entregó el abrigo y el sombrero—. ¿Pudiste averiguar dónde estará la señorita Baxton estos días?

El hombre primero dudó en decirle lo que su hermana le había contado el día anterior, pero de nada serviría ocultarlo. Sir Andrew debía buscar otra candidata.

—Estará, dentro de dos días, en la velada de los duques de Somerset.

—Excelente. Creo que debería hablarle al padre de la señorita Baxton. Durante mi estadía en Essex, he pensado en esa dama y estoy convencido de que es la que deseo como esposa —comentó con una sonrisa mientras se dirigía hacia el despacho—. Creo que debería invertir en comprarle un piano, pues toca como los ángeles...

—Señor... Hay algo que no le he dicho.

—¿Qué es? —inquirió mientras se servía una copa de brandy.

—El señor Baxton autorizó al conde de Granard para que corteje a la señorita Baxton.

—¿Qué? —preguntó incrédulo—. ¡Eso no es posible, debían esperar mi informe!

—Pues creo que tardó demasiado.

—¡Al diablo! —exclamó al tiempo que arrojaba el vaso contra la pared. Se agarró de la cintura mientras caminaba nervioso de un lugar a otro, sin decir una sola palabra.

Estaba a punto de perder a la dama que le rondaba los pensamientos, la que había logrado agradarle, la que podía complementar su penosa existencia, todo por culpa de un tramposo como Granard, quien había aprovechado que la competencia estaba lejos para alzarse con el trofeo. Pero, si de jugar sucio se trataba, él era un profesional. Ya había hecho muchas cosas para arruinar a la competencia y había salido victorioso. Era solo cuestión de la supervivencia del más fuerte y del más inteligente.

—Quiero a Mike y al contador, el señor Polenski, aquí en mi despacho —ordenó mientras se sentaba en la silla.

Sir Andrew nunca cambiaría. No podía creer que fuera a acudir al señor Polenski y al matón de Mike para que le solucionaran un problema como ese.

—Otra cosa: continúa averiguando sobre ella. Aún no está dicha la última palabra.

* * *

Hugh había solicitado permiso para dar un paseo a caballo con Claire, y ella estaba que moría de emoción. El traje de montar color esmeralda que llevaba puesto era el ideal para esa ocasión.

—¡Los guantes! ¡Los guantes! —apresuraba Claire a la doncella—. Una dama no debe hacer esperar a un caballero.

—Aquí están, señorita —dijo la empleada mientras le entregaba la prenda.

Claire examinó los pasillos de la casa con gran ansiedad y una sonrisa en el rostro. Mientras tarareaba una canción, bajó jovial las escaleras, pero comenzó a sentir frío al ver que Helmut la observaba. Recuperó la compostura lo mejor que pudo.

—Buen día, hermano —saludó con una reverencia.

—Eres un títere que habla solo; eso no se ve ni en las ferias —respondió con acidez—. Tu... pretendiente está esperándote en la sala con los titiriteros.

—Basta, vete a tu viaje. He oído que mi padre prácticamente te ha desheredado.

—Dile a la chismosa doncella que eso no ocurrió, solo es un malentendido. Cuando él me dé la razón, todo se arreglará. Ahora me voy, y recuerda que...

—Una dama jamás debe verse ansiosa por un caballero —replicó Claire.

—No. Sé tú misma —aconsejó Helmut al darle un beso en la mejilla para después colocarse el sombrero.

Salió con rapidez, sin darle tiempo a ella para reaccionar ante esa muestra de cariño que la hizo lagrimear.

—Señorita Claire, la esperan —avisó la doncella.

* * *

Ya en Hyde Park, Andrew, junto con su fiel James, estaba intentando subirse a un caballo que acababa de comprar.

—Señor, puede caer y desnucarse —advertía temeroso James—. Usted no monta desde hace años.

—Lo aprendido nunca se olvida —pronunció en tanto trataba de parecer seguro sobre el caballo.

—Va a matarse.

Podía ser cierto, caerse y romperse el cuello era algo casi seguro, pero debía observar qué hacían Granard y Claire y que pareciera casual. James había averiguado que la feliz pareja saldría a un típico paseo para que el pretendiente pudiera alardear de estar cortejando a la ideal señorita Baxton.

Los vio aparecer a lo lejos. La doncella venía caminando tras ellos. El verde le sentaba de maravilla a la señorita Claire, que estaba sentada de manera impecable, con una postura y clase que podían distinguirla de cualquier dama. Lord Granard no se veía mal al lado de ella, y eso particularmente le molestaba más. Ambos se veían elegantes y educados, él con una tímida sonrisa, y ella con las mejillas sonrosadas por los probables halagos.

—Ya siento náuseas —dijo Andrew.

—Es mejor que nos vayamos, los caballos no son lo suyo. Le conviene ir a ocuparse de sus negocios —expuso el mayordomo para intentar persuadirlo.

—No, iré a saludarlos.

James se agarró la cara mientras veía cómo, a duras penas, se mantenía sobre el equino.

Iba temeroso, pero debía parecer seguro. El patrón había perdido varias habilidades al estar siempre negociando, y eso también incluía las aptitudes para el cortejo, actividad que, al parecer, Granard efectuaba de modo correcto.

Andrew fue en sentido contrario a Claire y Hugh y observó a la dama como si se sintiera sorprendido.

—Señorita Baxton, qué placer verla en esta gloriosa mañana —saludó con una reverencia.

—Sir Andrew, ¿cómo ha estado? —preguntó de manera educada.

—Un poco cansado. Tantos viajes resultan extenuantes.

—Espero que se recupere. Quizás algunos téis lo ayuden a recobrar fuerzas.

—Es una buena idea, señorita. Lord Granard, es un placer saludarlo —dijo Andrew en tanto intentaba controlar al inquieto caballo.

—También es un placer. Supe que usted fue a ver al huraño conde de Essex —comentó.

Andrew le sonrió. ¡Era obvio que lo sabía! Por eso estaba en ventaja y con un pie en el altar con la que debería ser la futura lady Hilton.

—No es tan malo como lo pintan. Yo he escuchado que usted estuvo haciendo excelentes negocios —comentó Andrew, que aún intentaba controlar a la bestia.

Hugh entendió el juego de palabras que había empleado sir Andrew, él también podía participar de ese teatro.

—Estuve haciendo la inversión de mi vida —replicó sonriente Hugh.

El conde había resultado ser un provocador, pero lo haría entrar en razón con unas simples palabras.

—Hay inversiones que pueden resultar peligrosas cuando existen otros interesados que desean lo mismo que usted —sugirió Andrew.

Claire los miraba con la sensación de que estaba siendo ignorada por ambos. Al parecer, estaban hablando de negocios, así que era mejor permanecer callada y sonriente.

El caballo de Andrew estaba demasiado inquieto, y no podía hacer nada para calmarlo.

—Es cierto, siempre hay otros inversores, pero esto se basa en la mejor oferta —objetó Hugh, que observaba lo incómodo que era para su contrincante mantenerse sobre el equino.

Claire también se daba cuenta de lo inexperto que era Andrew como jinete. En cualquier momento, terminaría siendo arrojado varios metros por el aire.

—Señor, su caballo está un poco nervioso —notó Claire—. Está tomando las riendas de manera incorrecta. Déjeme mostrarle cómo se hace.

—Yo lo haré, señorita —se ofreció Hugh.

—Creo que solo le entró una piedra entre los cascos. Lo haré revisar al regresar a casa, no hace falta que se moleste, milord. —Andrew se sentía avergonzado.

—Solo tome las riendas así —indicó y le mostró con su propio caballo cómo debía hacerlo.

Andrew lo pensó mejor y sopesó que era conveniente no seguir pasando tal bochorno por no saber cabalgar, así que decidió hacer caso a los consejos de un buen jinete como Granard.

Estiró las riendas como le había indicado el conde, pero el corcel se alzó en dos patas y lo arrojó del lomo, lo que hizo que el caballero cayera de espaldas en el césped.

—¡Sir Andrew! —exclamó James al ver que su patrón se había desplomado en pleno parque frente a todas aquellas almas chismosas de la sociedad.

El hombre se puso de pie con rapidez, pero la vergüenza que había pasado ya estaba ahí. Ninguna mujer en su sano juicio querría casarse con un caballero tan inútil, con quien no podría dar ni una vuelta por el parque.

—¿Se encuentra bien, señor?

—No debería haber tomado las riendas con tanta fuerza —sugirió Hugh con una mirada divertida.

Claire, con cierto enojo hacia el conde, bajó del caballo sin esperar que nadie la ayudara y fue hasta Andrew.

—Déjeme verlo, espero que no se haya golpeado demasiado. Esa caída fue muy brusca. Siéntese en el césped. Creo que deberá comprarse una calza nueva —dijo con una sonrisa.

—¿Qué hace, señorita? Por favor, no se moleste, fui muy torpe.

Sabía que estaba mal, pues las reglas de la sociedad dictaban que ella debía permanecer como si nada hubiera sucedido, como lo había hecho Granard, pero ella, por algún motivo, no podía hacerlo.

Hugh, asombrado por la actitud que había tomado Claire, bajó del animal y se quedó de pie tras ella en tanto observaba cómo la joven se preocupaba por sir Andrew.

El objetivo del conde había sido librarse de la intromisión de sir Andrew. Sin embargo, había resultado peor el remedio que la enfermedad, pues la señorita Baxton estaba violando el protocolo por ver si el banquero estaba en buenas condiciones.

—Son solo raspones, señor —afirmó sonriente.

—Gracias, le pediré a James que me ayude.

—Deje que yo lo arregle —expuso ella sin esperar a que él terminara de expresarse—. Usted es el mayordomo, supongo. Vaya por el carruaje para llevar a sir Andrew. De paso, hágalo en el lomo de este caballo y no vuelva a dejar que el señor se suba a una bestia de estas sin el debido cuidado. También encárguese de que preparen compresas para limpiar la herida y vendas para los codos. Vaya.

El hombre, con una sonrisa en la cara, asintió.

Andrew no podía dejar de observar lo rápido que Claire había solucionado ese pequeño inconveniente. Si con una caída había conseguido que diera órdenes en la residencia Hilton, ¿qué conseguiría si se arrojara de un puente?

¡Debía dejar de pensar en sandeces!

—Señorita Baxton, debemos continuar —le recordó Hugh para hacer notar que su tiempo era bastante limitado.

—Es cierto. ¿No le molesta que lo dejemos solo, sir Andrew?

—De ninguna manera, señorita. Agradezco sus atenciones y su preocupación; y la de usted también, lord Granard —expresó Andrew en tanto efectuaba una reverencia hacia ambos.

—Que se recupere pronto —culminó Claire mientras volvía a montar el caballo con la ayuda de Hugh.

—Hasta pronto —se despidió el conde, y la pareja partió para continuar el paseo.

Después de que ambos se hubieron perdido, Andrew se recostó en el césped y pensó en que todas las maldades que tenía planeadas serían por una buena causa. Necesitaba a esa mujer para él.

Hugh y Claire dejaron los caballos atados a una rama cerca de un banco, y la doncella se quedó a poca distancia de ellos para observarlos.

—Creo que el día es muy hermoso, señorita Baxton.

—Es un día atípico en Londres, despejado. Uno siempre debe aprovechar que existe este tipo de clima. Dios nos bendice de vez en cuando sin un día mojado —contestó.

—Estoy muy orgulloso de usted, señorita.

—¿Orgulloso? —preguntó extrañada.

—No le importó su propia reputación con tal de ayudar a otros. Eso solo hace acrecentar mi admiración por usted.

—Disculpe mi inapropiado comportamiento, pero no podía dejarlo ahí abandonado. Pobre, se veía tan perdido. Haría lo mismo por cualquiera que estuviera en esa situación desfavorable. Solo espero que muy pocas personas hayan sido testigos de aquello. La sociedad no siempre ve con buenos ojos esta clase de actos tan espontáneos.

—Es cierto, pero yo aún sostengo que estoy muy complacido con su proceder —murmuró Hugh mientras intentaba agarrar las manos de Claire.

—Milord, no se exceda —interrumpió la doncella.

—Disculpe —replicó el conde con una sonrisa.

CAPÍTULO 10

—Suba con pasos lentos —indicaba James mientras ayudaba a su patrón a ascender por las escaleras hacia la habitación.

—Se nota que la señorita Baxton no es doctora. Si solo tengo raspones en el codo, ¿por qué entonces me duelen las posaderas? —reclamó Andrew.

—Usted sacó barato el capricho, señor, pero cuénteme, ¿cómo le fue?

—Aparte de la vergüenza y del dolor en el trasero, muy bien.

—La señorita Claire le ha dejado todo listo aquí —explicó al abrir las puertas del cuarto, donde ya lo esperaban para curarlo—. Creo que es muy mandona, pero sería una excelente patrona.

—Si ella no ordenaba esto, era probable que fuera a morir de alguna infección. Extraño a mi madre a veces. Siempre lo tenía todo listo.

—Ella ya no está. Ahora, debe enfocarse en buscar una esposa.

—No tengo otra candidata en mente, solo a la señorita Baxton, y ella será mi mujer. Esta vergüenza se la cobraré caro a ese conde. Me caía muy bien, pero ahora seré implacable.

—¿En serio le caía bien?

—¡Claro que no! Aunque me caía menos mal que en este momento. No entiendes el sarcasmo, James. —Se sentó con una mueca de dolor.

Luego de que lo hubieran curado, con mucha frialdad, comenzó a observar el informe que les había pedido al contador y a Mike.

—“¡Es una vergüenza, conde de Granard, quinientas libras en su cuenta! ¡Es usted un cazador de dotes!” —ensayó en voz alta con los papeles adulterados que le pasaría al Señor Baxton—. “¿Y qué tenemos aquí? ¡Claro! La dulce señorita Lilibeth Collins, con una dote más sustanciosa que la de la señorita Baxton. ¡Qué interesado, milord!”

La sencillez del plan era única. Le haría creer al señor Baxton que el conde de Granard era un oportunista cazador de dotes y, si el hombre se mostraba duro por haber dado su palabra a aquel caballero, tan solo comprometería al candidato con la multimillonaria señorita Collins, hija de un magnate de las minas en América.

Él mismo aplaudía la maléfica solución. Le daría una esposa diferente a la que en un principio había querido y listo, todos felices. Él se quedaría con la señorita Baxton, y el conde de Granard, con la señorita Collins. Era un genio para las argucias.

* * *

A la mañana siguiente, Andrew estaba recuperado de la vergonzosa caída del caballo. Con aquellos certificados falsos en la mano, se sentía confiado de conseguir que el señor Baxton suprimiera el compromiso entre la dama y el conde, lo que haría que él pudiera cortejarla sin inconvenientes. Al poco tiempo, le pediría la mano y celebrarían una boda digna de un banquero y la hija de un adinerado comerciante.

—Adelante, sir Andrew —invitó el mayordomo al hacerlo pasar—. El señor lo espera en su despacho.

Andrew, tras el mayordomo, fue guiado hasta aquel cuarto, donde encontró al señor Baxton de pie cerca de la ventana con los brazos atrás.

—Pase, lo estaba esperando.

—Buen día, señor.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó Charles al enfrentarlo.

—El informe sobre el conde de Granard —repuso, y le pasó el papel.

—Creo que es un poco tarde. He aprobado que corteje a mi hija —replicó mientras tomaba lo que Andrew le ofrecía.

—Después de esto, estoy seguro de que no querrá que él continúe con tal plan.

Charles Baxton miró los números, y los ojos se le desorbitaron.

—¡Quinientas libras! —exclamó con enojo—. ¡Es un malgastador! Aquí dice que debería recibir cuarenta mil libras por año por sus tierras productivas y, a estas alturas, cuenta solo con quinientas.

—Lo que significa que es un cazador de dotes, señor. La dote de su hija no le durará ni un año.

—¡Entonces piensa servirse de mí y llevarme a la ruina al unírseos!

—Es lo más probable.

El padre de Claire negó con la cabeza y se sentó mientras se agarraba la frente.

—No puedo hacer nada, mi hija ya está al tanto de su próximo compromiso con él, no puedo hacerle esto —se lamentó.

—¿Entonces usted dejará que su futuro yerno se aproveche de su fortuna? —preguntó Andrew con fingido asombro.

—Soy un hombre de palabra y, ante mis errores, corresponde que me haga cargo de ellos. Para que mi hija tenga la vida que ha tenido hasta ahora, haría lo que fuera.

Sabía que el señor Baxton era un hombre íntegro, por eso la admiración que guardaba por él. Andrew quería algún día imitar esa manera de ser, aunque, con lo que estaba haciendo, se encontraba muy lejos de considerarse una buena persona. Pero, si no luchaba por sus objetivos, ¿quién lo haría por él?

—Helmut me lo advirtió, me lo dijo hasta el cansancio —volvió a lamentarse en tanto caminaba hacia Andrew y lo agarraba del hombro—. Usted era el candidato ideal para mi querida Claire. Lo nuestro sí habría sido una gran unión de familias y negocios, es una verdadera lástima.

El hombre continuaba asombrando a Andrew, quien, al parecer, era apreciado por el señor Baxton.

—Nunca es tarde para cambiar de opinión —sugirió.

—Sin mi palabra, no sería el hombre que soy hoy, señor —culminó Charles.

El banquero, antes de irse, observó la mansión por si Claire asomaba su hermosa figura antes de que debiera retirarse, pero no sucedió.

Estaba ansioso por que llegara la noche y poder decirle a la muchacha que su querido pretendiente era solo un arribista de los tantos que abundaban en Londres. No le temblaría la voz ni el pulso para arrojar a la competencia al suelo y pisotearla. Lo que le había enseñado el mundo de los negocios a tan corta edad era que debía jugar sucio en algunas ocasiones. Como bien decía el dicho: “En la guerra y en el amor, todo vale”.

* * *

Claire, del brazo de su padre y de su madre, entró al salón de los duques de Somerset. Estaba sigilosamente pendiente de si veía al conde, pero todavía no había llegado.

—Buenas noches, señores y señorita Baxton —saludó Andrew.

—Es un gusto verlo, señor —respondió Charles.

—El gusto es mío —halagó mientras sentía un verdadero alivio, dado que lo expresado era verdad al no ver a Helmut Baxton con su rostro de tirano—. Señorita Claire, quisiera solicitarle frente a su padre amablemente un baile. Sé que tiene un caballero que la corteja, pero bailar es solo diversión y, como su pareja no ha llegado, creo que podríamos compartir tan solo una pieza.

—Estaría encantada si mi padre lo aprueba —contestó.

—Puedes ir, querida.

Andrew le ofreció el brazo a la muchacha, y ella lo aceptó para caminar juntos al centro del salón.

—¿Se encuentra mejor después de la caída? —preguntó mientras tocaban los acordes.

—No me recuerde tal vergüenza, señorita.

—Eso puede sucederle a cualquiera.

—Es una suerte que mi ego esté intacto después de eso.

—Qué cosas dice... —repuso ella con una sonrisa ante la broma.

—Es una pena que esté siendo cortejada por el rufián del conde de Granard. Iba a hacerle una propuesta al regresar de mi viaje, pero me encontré con la poco grata noticia de que usted ya estaba comprometida —comentó Andrew.

—Lo siento, pero no me parece que el conde sea un rufián. Su reputación es excelente, no conoce el significado de un escándalo, es un hombre intachable —defendió a Hugh—. Y con respecto a su propuesta, es aún mayor la pena para usted, claro está, ya que deberá continuar en busca de una esposa.

—Soy partidario de la filosofía de que, si a uno le cierran las puertas, puede meterse por la ventana.

—No comprendo.

Ambos se movieron por inercia hasta finalizar la danza. Andrew le volvió a ofrecer el brazo para que lo tomara.

—Venga conmigo y le contaré algo que la hará desistir de querer casarse con el conde — sugirió con aire misterioso.

No había cosa que le pudiera hacer renunciar a aquello. Sir Andrew debería aceptar el rol del perdedor.

CAPÍTULO 11

Andrew y Claire caminaban juntos hacia donde había menos invitados. Él no quería que se quedaran a solas, pero necesitaba cierta privacidad para poner en marcha el plan.

Claire no entendía el porqué de la rivalidad entre Hugh y Andrew. Hugh se había comportado con malicia al hacer que el caballo tirara a sir Andrew, y ahora el otro quería vengarse. Hombres... ¿Quién los entendía?

—Me veo en la obligación de salvarla de un mal matrimonio, señorita —la encaró.

—¿De qué está hablando? —preguntó con el ceño fruncido.

—El conde es un farsante, no es quien dice ser.

—Que usted se haya caído del caballo por un desafortunado consejo de lord Granard no lo habilita a referirse de esa manera tan poco ortodoxa a un caballero de su clase —lo defendió Claire.

—Veo que la tiene engatusada, señorita.

—Solo soy justa, no más que eso, y sobre todo, respeto a mi pretendiente. Le ruego que no vuelva a calumniarlo en mi presencia. De lo contrario, todo tipo de contacto entre nosotros dejará de existir.

—Aún no le he dicho lo más importante —insistió.

—Hable, lo escucho.

—El conde está en la quiebra —afirmó con seguridad.

Claire lo miró con expresión de desconfianza.

—Eso no es posible. Si así fuera, Helmut no habría dejado que se me acercara. ¿Cómo sabe eso?

—Señorita Baxton, me siento insultado. Soy un banquero, es mi obligación manejar las cuentas de mis clientes.

—¡Pues también me parece que debería ser discreto con los asuntos privados de ellos! —enfaticó con vehemencia.

—Su padre me había pedido ese informe. Es una pena que se lo haya dado tarde. Ahora, depende de usted ser un salvavidas para el conde, aunque le aseguro que su dote no durará ni un año al lado de un hombre que gasta de manera tan compulsiva.

Ella abrió su abanico y lo agitó con rapidez. Lo que sir Andrew le decía no podía ser cierto.

—No es posible. Creo que usted ha tomado a mal la equivocación del conde y ahora busca desprestigiarlo ante mí. Admita que este es un duelo que usted ha perdido.

—Señorita Baxton, no necesito desmerecer a la competencia. Puede que haya perdido la oportunidad de cortejarla, pero eso no quita que quiera lo mejor para usted. A mi lado, usted sería una mujer respetable, rica, dueña de un hogar; no estaría solventando deudas de juego, ni mendigando dinero a su padre cuando el conde se gaste la dote.

Claire estaba por completo sorprendida. No podía articular palabra en favor de su pretendiente.

—Estoy seguro de que, cuando encuentre una dama con una dote más alta que la suya, la dejará plantada.

—¡Basta! ¡No es cierto! —masculló Claire—. Conozco a milord. En cambio, no sé nada de usted. Es un tenebroso personaje que salió de su cueva para buscar una esposa. ¡Se murmura lo peor de usted, flamante banquero! Agradezca que una dama como yo le dirija la palabra, aunque creo que, después de esto, lo mejor será que no volvamos a tratarnos, señor. Sentía pena de su soledad, pero veo que puede inventar lo que sea con tal de no perder un excelente negocio, ¿o va a mentir y decirme que sus intenciones hacia mí son las más puras y desinteresadas? ¿Es simple coincidencia que usted haya aparecido cuando mi padre estaba considerando depositar su fortuna en su banco y que, a los pocos días, usted me pretendiera como esposa? Quería ganarse el favor de mi padre al pedir mi mano, ¿no es así?

—Iba a hacer negocios con él ya fuera que me casara o no con usted. No iba a hacerle ningún favor, pese a que una unión entre nosotros sería ventajosa para ambas partes. En cambio, piense en su compromiso con el conde. Sería una eterna dificultad para su padre y hermano.

—Tenemos suficiente dinero para comprar un pequeño país y, en caso de que milord de verdad esté en la quiebra, mi padre y mi hermano ayudarán a que sus finanzas vuelvan a estar al día. Si tiene tierras productivas y solo malgasta el dinero, todo tiene solución. Yo puedo manejarlo —aseguró con suficiencia—. Que su economía esté arruinada no es un problema. En cambio, usted, que parece un vampiro, no puede limpiar su criminal reputación con solo casarse con un apellido como el mío.

Andrew comenzaba a sentirse bastante enojado. La dama tenía una salida para todo, por lo que no le quedaba otra opción más que montar el siguiente paso, que sin duda quitaría al conde del camino.

Con esa actitud, lo único que Claire había conseguido era mantener incluso más interesado a Andrew. La determinación y los planes de la joven para salvar al conde denotaban inteligencia y buen razonamiento, al igual que confianza en sus propias habilidades.

—No insistiré más, señorita Baxton. He cumplido con advertirle lo que sabía. Ahora depende de usted tomar el camino correcto.

—Gracias, sir Andrew. Si me permite, regresaré junto a mi padre. Que pase una buena noche —murmuró con cierto enfado detrás de la fachada de cortesía.

—La llevaré.

—No es necesario, conozco el camino. Hasta luego, señor.

Claire caminó con elegancia hacía el salón, pero no se dirigió hacia donde la esperaba su padre, sino que se adentró en un rincón alejado de los invitados, donde intentó recuperar la respiración tras aquel sofocante enfrentamiento. Si su padre era consciente de esa información, seguro despacharía al conde, y ella no quería que eso sucediera, ya que estaba encantada con las atenciones y la educación del caballero. Si la quiebra era inminente, como una buena esposa, lo ayudaría a levantarse y lo apoyaría como mejor pudiera. Ser una Baxton tenía sus ventajas: la inteligencia estaba en la sangre, pese a que se esforzaba por no mostrarla en demasía, dado que a los caballeros no les gustaba que las damas fueran más perspicaces que ellos. Pero, cuando se casara con lord Granard, le demostraría que era más de lo que él creía.

Después de calmarse, salió erguida y decidida. Continuaría como si no hubiera escuchado nada.

* * *

Andrew se quedó en una parte oscura del balcón con una copa de brandy en la mano. Estaba pensando cómo hacer para comprometer a la señorita Lilibeth con el conde.

Una joven de cabello castaño muy lacio salió del salón, paseó la mirada por todas partes y luego arrojó sus zapatos a un costado.

—¡Libertad por unos minutos! ¡Londres apesta! —exclamó antes de escupir por el balcón ante la estupefacta mirada de Andrew.

La muchacha, luego, se abrió una parte del vestido y simplemente aflojó el corsé.

—¡Aleluya, me estaba asfixiando! —rio mientras giraba con libertad.

—¡Lilibeth! —gruñó su madre enojada—. ¡Compórtate como una dama!

—¡Estaba muriéndome adentro! Solo hago esto por ustedes. De lo contrario, estaría en el campo arreando ganado.

—Pues, si lo haces por nosotros, vuelve adentro. Esto es importante para tu padre. Para esto te estuvimos pagando institutrices durante estos cuatro años, para que dejes de ser una salvaje. Debes saber lidiar con nuestra nueva clase social. Ser aceptadas es primordial para los negocios de tu padre. Deberías estar conversando con la señorita Baxton o la señorita Payne. Recuerda que la señorita Albright no es un buen ejemplo de compostura.

—¡Pero si se ven tan aburridas! La señorita Baxton parece una momia, y la señorita Payne... ¿será que tiene liendres en esa cabellera? La única que me llama la atención es la señorita Constance Albright. Parece tan macabra.

—¡Lo tienes prohibido! Ahora ven, voy a ajustarte el corsé. Luego irás y te comportarás como una dama, y deja esa iguana que tienes entre tus pechos en el carruaje.

—¡Pero *Camell* tiene frío!

—¡No discutas conmigo! Nuestro tiempo de campesinas ha terminado. Colócate los zapatos y entra al salón. Ya te dije, hay muchos caballeros. El conde de Granard...

—Madre, ese caballero es aburrido. Menos mal que no está el joven Baxton, que parece otra momia, pero el banquero... se ve interesante. Al parecer, es contrabandista y mata vírgenes.

—¡Lilibeth! Admito que el joven Baxton es un poco desagradable, pero piensa en tu padre.

—Disculpa, pero si yo me casara con él, me preocuparía más por mí. A lo mejor me chupa la sangre mientras duermo. Insisto en que Andrew Hilton es mejor.

—Siempre te gusta lo malo. ¿Qué haré contigo? Cuando tu padre lo sepa... —susurraba la señora Collins mientras entraba al salón para dejar sola a su hija, que se acomodaba los zapatos.

—Los buenos son demasiado aburridos. Prefiero a los malos —dijo en voz alta mientras caminaba hacia el centro del salón.

Ninguna había notado al supuesto contrabandista en la parte oscura del recinto. Definitivamente, si era pretendido por la señorita Collins, se iría a su propia casa corriendo o moriría de algún infarto producido por la sinceridad de la dama.

En lo que estaba del todo de acuerdo era en que Helmut Baxton era una momia chupa sangre, pero no podía concordar con que la señorita Claire fuera aburrida. Y con respecto al conde de Granard, necesitaba emociones en su vida, y esa señorita sería una bendición para él, pero ¿cómo los juntaría?

En su mente, ya empezaba a surgir la idea que lo convertiría en un triunfador. Si a la señorita Lilibeth le atraía su pésima reputación, usaría esas dotes de “mal hombre” para sacar al conde del camino.

* * *

Hugh llegó al salón, buscó sin demora a la señorita Baxton y se acercó a ella con lentitud.

—Claire, disculpe la tardanza, tuve asuntos que atender.

—Milord, no se preocupe. Entiendo que tiene asuntos que requieren de su presencia.

—Es usted muy comprensiva. ¿Le gustaría dar una vuelta por el lugar?

—Vayamos —contestó para tomarlo del brazo.

Caminaron alrededor de las parejas que bailaban con gracia. Mientras recorrían la pista, ambos vieron a Andrew sentado solo en tanto contemplaba la danza.

—¿Cree que sir Andrew está bien luego de la caída?

—Más bien creo que se golpeó la cabeza con mucha fuerza —comentó Claire.

—Pensé que usted simpatizaba con él.

—Me parecía un hombre solitario que necesitaba un poco de compañía, pero creo que prefiere estar sin nadie —contestó.

—¿Bailamos luego de esta pieza? —preguntó Hugh.

—Muy bien. No creo que en este momento sea adecuado entrar, mire a aquella dama —señaló Claire con discreción.

—Creo que es nueva. Se ve que no conoce mucho de bailes.

Lilibeth se movía animada en la pista. Pese a no ser una bailarina experta, amaba los bailes, las fiestas y todo lo que fuera diversión, y aquella danza la entretenía. Movía los pies de un lado al otro hasta que uno de los zapatos se le salió y fue a parar directamente en el rostro de un músico de la orquesta, lo que cortó por completo el baile.

—¡Lo siento tanto! —masculló mientras corría a recoger el calzado.

La gente murmuraba acerca de la nueva rica que había llegado a Inglaterra desde América con planes de progreso.

—¡Esto es una catástrofe! —exclamó Claire.

—No, mi querida señorita, esa dama es una catástrofe.

—Es mejor que nos abstengamos de bailar cuando ella se encuentre cerca.

—Totalmente de acuerdo.

Andrew observó a la avergonzada Lilibeth, que salió corriendo del salón. Había pasado el bochorno de su vida.

La joven no podía controlar sus acciones. Quería que aquello fuera una fiesta de verdad, pero todo era muy aburrido y ensayado. Sabía que Londres era así, pero no se había imaginado hasta qué punto.

Andrew dejó su copa en el salón y siguió a Lilibeth. Se haría amigo de esa señorita.

—¡Maldición y condenación! ¡Compórtate, Lili, hazlo por tu padre, por sus sueños! —se reprochaba en voz alta—. ¡*Camell*, me siento... sola!

La iguana de ojos desviados salió del escote de la muchacha. Aquel animal de sangre fría era el único amigo que tenía allí.

—¿Crees que encontraré un caballero que quiera a una salvaje de esposa? —le preguntó al animal.

—Las posibilidades de que ese reptil le conteste son muy pocas —expresó Andrew al asomarse por el balcón, lo que asustó a la muchacha, que se apuró a ocultar a la mascota.

—Acostumbro a hablar sola. Usted está molestándome.

—Valore que estoy aquí. Soy el único que no corrió despavorido por su torpeza.

Lilibeth sonrió por el extraño chiste.

—Sabía que usted era especial. Ya que también es rechazado, ¿qué le parece si somos amigos?

—Déjeme presentarme.

—Ya lo conozco. Yo soy Lilibeth, encantada. ¿Cuándo me muestra esos negocios turbios? —preguntó mientras le ofrecía la mano.

—Señorita, no tengo negocios turbios. ¿No teme por su reputación al hacer amistad con un hombre soltero?

—No, vengo de una cultura diferente. Me encantaría hacer amigos, pero aquí es difícil.

—No se preocupe, estamos en las mismas condiciones. También me cuesta hacer amigos —contó mientras estrechaba la mano de la dama.

CAPÍTULO 12

—La gente de Londres es muy cerrada con quienes no conoce. ¿Usted en serio se dedica al contrabando y mata damiselas? —preguntó sin mucho tacto a Andrew.

Él se limitó a sonreír. No podía ser tan crédula, ¿o sí? Debía de serlo si creía semejante chisme sobre él. Robar y asesinar no eran lo suyo, aunque esas dos ideas ya se le estaban pasando por la mente desde que el conde se había convertido en una pequeña y molesta piedra en el zapato del banquero.

—Lamento decepcionarla, señorita Collins, pero no realizo ese tipo de trabajos. Jamás he herido a una mujer, salvo con mi indiferencia. Soy igual que cualquier otro inglés.

—A mí me parece encantador con una reputación tan macabra. Es misterioso, y los misterios me encantan.

“¡Oh, no!”. A Andrew no le gustó el brillo que tiñó aquellos verdes ojos. La muchacha era demasiado directa, indiscreta y aventada para convertirla en su esposa. Sin duda era bonita, pero no tenía ni una gota de juicio.

—Mi querida señorita Collins...

—¡Llámeme Lilibeth, o Lili, ya somos amigos! —sugirió ansiosa.

—No me parece co...

—¡Por favor, deje lo correcto a un lado solo cinco minutos! Desde que llegué, no he hecho más que estar callada. No puedo hacerlo más tiempo, soy muy intensa como para quedarme en silencio, siento que me asfixio... ¡Solo necesito a alguien con quien hablar! —expresó casi sin poder respirar por la cantidad de palabras que le salían de los labios.

—Disculpe, creo que debo... regresar a atender algunos asuntos pendientes... que... dejé en casa —se excusó mientras buscaba el reloj en el bolsillo del chaleco.

—¿Es en serio? Su presencia me parece tan agradable que me costará dejarlo ir. ¿Usted busca esposa? —curioseó.

—¡No! —gritó—. Digo no, señorita. Tengo muy poco tiempo como para dedicarme a tales búsquedas.

—Si le interesa, yo estoy disponible...

El plan de Andrew se encaminaba al completo fracaso. Debía convencer a la muchacha de que el conde de Granard era el candidato ideal, y no él mismo. Si eso seguía así, se vería obligado a soltar a los perros para deshacerse de ella.

—Es usted muy amable, pero conozco a alguien que sí está buscando una esposa y que es un excelente compañero —agregó.

—Mmmm... ¿Quién? —preguntó desinteresada.

—El conde de Granard.

Ella entornó los ojos.

—Mi madre insiste en que ese caballero es particularmente bueno, cosa que yo no creo, pues lo veo demasiado rígido. También quiere que intente conquistar al joven Baxton, pero... me da un poco de miedo. No creo que pudiera mostrarme como soy con él.

—Esa última percepción es correcta. Sin embargo, puedo asegurarle que el conde es su mejor opción. Solo parece rígido, pero en realidad es un hombre muy osado y divertido —mintió sin escrúpulos.

—¿De verdad? No lo aparenta.

—Al igual que usted finge para encajar, él también lo hace. Solo piénselo.

—Lo haré. ¿Lo volveré a ver? —inquirió esperanzada.

—Claro —respondió con recelo.

—¡Gracias, gracias, gracias! —gritó mientras lo abrazaba con fuerza.

Él intentó quitársela de encima antes de que alguien los viera y terminara comprometido con la descompostura en persona.

—De nada. Señorita Collins, suélteme por favor, no queremos que, como amigos que somos, nos encuentren en una situación escandalosa. No sería bueno para mis negocios ni para su reputación —sugirió con seguridad.

—¡Oh, claro, solo estaba feliz! Mi primera amistad, y es un hombre. Solo debo mantenerlo en secreto, ¿no lo cree?

—Estoy por completo de acuerdo con usted, es una decisión sensata.

—¡Me ha llamado “sensata”! Si mi madre lo supiera, caería desmayada de la emoción porque alguien se haya referido a mí de ese modo.

—Debo irme. Nos vemos pronto, muy pronto —se despidió Andrew antes de partir con muchas ganas de alejarse.

—¡Adiós! —exclamó emocionada Lilibeth, con la mirada cargada de diversión. Estaba extasiada con su nuevo amigo, tan guapo y muy divertido. Era una pena que no buscara una esposa.

Andrew ni siquiera se detuvo para despedirse de los organizadores del evento. Estaba huyendo de la persona más exasperante que había conocido en la vida y que sería la mujer ideal para su “amigo”, el conde de Granard. ¡Qué vida le esperaba! Claro, si lograba que ella se interesara en él, aunque no hacía falta que ninguno estuviera particularmente cautivado por el otro. Lo único que precisaba era una mente calculadora para unir polos opuestos. Aquello era ciencia... La ciencia de la maldad.

* * *

A Claire no le importaba lo que Andrew le había dicho sobre Hugh. Él era perfecto, y no había modo de desprestigiarlo frente a ella. Podía decirse que estaba comenzando a enamorarse de él. Con aquellos modales absolutos y aquella educación y atenciones que adoraba, ¿qué era el dinero al lado de un caballero así? Un simple e insignificante detalle. Si lord Granard era un apostador, ya vería la manera de restringirle los gastos.

No se había animado a preguntarle si era cierto que era un cazador de dotes. Le parecía una falta de respeto horrible y un mal comienzo en el cortejo, aparte de que desconfiaba de las palabras del celoso y resentido sir Andrew.

Al salir de la fiesta y verificar que todos en su casa estaban durmiendo, la joven se vistió y se dirigió a Inferno. Debía festejar a lo grande, y hacía días que no se escapaba a divertirse un poco con las amigas.

—¡Viniste! —exclamó Angel al tiempo que recibía con un abrazo a Claire.

—¡No podía faltar al festejo de mi compromiso, que está totalmente confirmado!

—¿Con el conde ese? ¿Debo decir “hurra”? —preguntó Constance.

—Sí, amiga —respondió Angel con los ojos abiertos de manera amenazante. No podían echar a perder el momento de su amiga.

—¡Uy, es tan divertido! Imagino todos tus días a su lado. ¡Felicidades! —Sonrió forzada.

—Sé que en verdad te alegras, pero ¿qué está mal? —inquirió Claire.

—¿Dónde quedó el “voy a mostrarle quién soy en realidad”? ¿O piensas fingir y reprimirte toda la vida? ¡Eres una mujer ansiosa de salir del molde y ser tu misma!

—Si tengo que aparentar toda la vida para ser feliz, lo voy a hacer. Dejaré esta diversión de Inferno, como ustedes deberían hacer cuando consigan un caballero que las pretenda.

—¡Yo no lo haré! Arrastraré a mi prometido a las profundidades de la perversión y la pasión —sostuvo Constance.

—Creo que Claire tiene razón. Deberíamos hacerlo al conseguir un pretendiente. Es bonito ser libres aquí, pero recordemos que, al casarnos, seremos propiedad de nuestros esposos —comentó Angel.

—¡Es injusto, dos contra una! —Constance cruzó los brazos.

—Todas perseguimos el mismo objetivo, casarnos y ser felices. A veces, quizás, ser felices signifique renunciar a ciertas cosas que nos gustaban para conseguir otras que nos otorgarán más satisfacción. Piénsalo, amiga —insinuó Claire.

—¡No estoy de acuerdo! —gruñó Constance, y luego sonrió antes de beberse el trago que había pedido.

Constance era un hueso duro de roer. No podía callar sus convicciones y era rebelde, pero se comportaba. Como las demás, estaba infestada por el pensamiento del matrimonio, aunque tenía una idea diferente a la del resto.

* * *

Durante el día, en el banco, Andrew no lograba concentrarse en los negocios. Estaba demasiado pendiente de que sus planes salieran como esperaba y no había podido dormir por la ansiedad de concebir la estrategia correcta.

La inocencia de la señorita Lilibeth era la mayor ventaja con la que contaba. Haría lo que fuera por su “nuevo amigo”, estaba seguro, por lo que valdría la pena el sacrificio de pasar una noche más al lado de ella. Soportarla un día no resultaba tan horrible como lo sería la vida misma

del conde, que se vería obligado a aguantarla hasta que la muerte los separara, un tiempo demasiado largo.

Después de un improductivo día, regresó a su casa.

—La señorita Baxton estará esta noche en la mascarada de lady Suffolk —informó James.

—Una mascarada... Consígueme un antifaz —ordenó Andrew mientras entraba a su despacho para dejar unos papeles.

—Señor... Usted no ha sido invitado a esa velada —repuso el mayordomo.

—Esa es una desventaja. Pídele a Prince que venga, estoy seguro de que a él lo invitaron, ya que se trata de un baile de máscaras, y él es un duque con mala reputación. Y... averigua si la señorita Lilibeth Collins asistirá. Necesito que esté presente. Voy a librarme de ese conde esta misma noche. Debo dormir y concentrarme en mis negocios de una buena vez. Tiempo perdido es dinero ocioso que no capturo.

Aunque a Prince no le gustara, terminaría asistiendo. Si no se mostraba dispuesto, Andrew lo arrastraría por las malas. Nadie lo haría desistir de sus objetivos. Tener una esposa había resultado ser algo muy complicado. Esperaba que, al estar casado, su vida fuera menos movida y más tranquila.

* * *

Prince, con mala cara, traspasó la puerta del despacho.

—¡Esta es la última vez que me molesta James! La próxima, te quedas sin mayordomo —amenazó.

—¿Resaca? —preguntó jovial Andrew.

—De las peores. ¿Qué quieres?

—Una invitación que es probable que tú tengas.

—No sé ni qué tengo en casa. Sabes que no asisto a ningún acontecimiento, pues no soy bienvenido.

—Es una mascarada, y necesito que me acompañes.

—No fuiste invitado —se burló—. Creo que algunos perderán privilegios en tu banco.

—Soy un hombre de negocios, solo... reduciré los intereses en sus depósitos y les aumentaré los gastos.

—Nunca pierdes.

—No.

—Pues sí tengo esa invitación.

—Me acompañarás.

—Ni pensarlo. Quiero dormir. Tuve una noche larga en Inferno.

—Vamos, Prince, prometo que te divertirás.

—¿Con los mismos de siempre? No lo creo.

—Verás por primera vez al correcto sir Andrew Hilton hacer una maldad.

—Suenas interesante.

—Lo será. Préstame una máscara.

CAPÍTULO 13

El salón estaba precioso, decorado con un motivo de máscaras venecianas. Había elegancia y mucho color en ese lugar.

Claire llegó con un vestido celeste y un antifaz a juego. Los señores Baxton tenían máscaras iguales para no confundirse con otros.

Hugh había llegado temprano y aguardaba pendiente a ver a Claire y adueñarse del primer baile de la dama. La compañía de la joven era exquisita, y ya le urgía que la familia diera la aprobación para comenzar con los preparativos para el matrimonio.

—Tengo claustrofobia. Este lugar se me hace pequeño —dijo Prince mientras se desajustaba el corbatín.

—No exageres, es solo un salón abarrotado de gente.

—Me siento morir. Solo la curiosidad me trajo aquí. ¿Puedes conseguirme un abanico?

—Basta, ayúdame a encontrar a la criatura más llamativa y poco educada del salón.

—¡Aquella! —Señaló a una dama que se rascaba el escote.

—Sí, es ella —afirmó Andrew.

Ambos se acercaron a la muchacha.

—Señorita Collins, ¿me recuerda? —inquirió.

—¡Sir Andrew! —exclamó en tanto miraba alrededor—. Sígame, hay que ser discretos.

—Perfecto —respondió mientras la acompañaban a cierta distancia.

—¿Viste esos senos? ¡Ese hombre será afortunado! —aseguró Prince.

—¿Cómo es que somos amigos? Yo no estoy pendiente de los pechos que revolotean por todas partes, me volvería loco. No tengo tiempo para mirar esas cosas.

—¡Te falta una mujer! Tengo muchas que pueden ayudarte a volver al sendero correcto.

—Estoy buscando una esposa, no una cualquiera.

Lilibeth salió al jardín y se ubicó tras los arbustos.

—¡Qué alegría verlo! ¿Y el caballero?

—Él prefiere no ser presentado, señorita Collins. No es asiduo a las fiestas, pero puede llamarlo “Diablo”.

—¡Qué bello sobrenombre! Es un placer, señor Diablo.

—El placer es mío, señorita Lilibeth —condescendió Prince al tiempo que le besaba la mano.

—Señorita, estaba pensando en algo que suelen hacer los amigos para divertirse —comentó Andrew.

—¿Qué es? —preguntó ansiosa.

—Un juego de retos.

—¡Amo los desafíos! ¿Qué haremos?

—El suyo será romper la compostura de cierto caballero, el conde de Granard.

—¡Eso es imposible!

—En eso consisten los retos, señorita Collins —la animó Prince.

—No estoy segura... ¿Cómo lo haré?

—Solo háblele —respondió Andrew.

Ella solo debía acercarse; él y Prince se encargarían del resto.

Regresaron al salón para prepararlo todo.

Hugh y Claire bailaban animosos. Efectuaban el cambio de parejas y los pasos a la perfección. Casi le daba pena tener que romper esa unión.

—Buenas noches, señores Baxton —saludó.

—¡Sir Andrew! —exclamó al verlo—. Tengo novedades para usted.

—Espero que sean excelentes noticias —expresó sonriente—. ¿Y su hija?

—Se encuentra bailando con su... pretendiente —respondió avergonzado por el yerno que se llevaría.

—¿Le incomodaría que ella compartiera alguna pieza conmigo?

—De ninguna manera. Estaríamos encantados de que lo hiciera.

La pareja se encaminó hacia donde estaba el señor Baxton, y vieron a Andrew ahí.

—Buenas noches —saludó Claire con frialdad.

—Mi querida señorita, milord, es un placer verlos —expresó.

Claire pensaba en el cinismo de aquel hombre. “Un placer verlos”.

—El placer es nuestro. —Hugh inclinó la cabeza para saludar.

—Milord —llamó el señor Baxton—, venga conmigo, por favor, quiero presentarle a algunas personas.

El señor Charles se llevó a Granard y a su esposa para saludar a otros caballeros con los que hacía negocios, con lo cual dejó solos a Andrew y Claire.

—Que tenga una buena noche —dijo la muchacha para intentar escapar.

—Espere... Antes de condenarme, concédame una pieza —pidió en tanto la tomaba de la mano.

—Disculpe, señor, pero estoy agotada.

—Entonces, unos minutos para hablar.

—¿Quiere seguir hablando mal del conde? Pierde su tiempo.

—Que la realidad la enfrente y me crea culpable es algo doloroso, señorita Baxton. Cuando caiga la venda que tiene sobre los ojos, podrá acudir a mí.

—No me haga ser maleducada. Cuido mi reputación con mi vida, y que me vean constantemente cerca de usted no ayuda mucho.

—Es una mascarada.

—Sir Andrew...

—No quiero verla sufrir. Escúcheme, solo recuerde mis palabras: usted sabe que su dote es una de las más grandes, pero lo que desconoce es que hay alguien que casi podría duplicarla si así lo quisiera.

—¿Qué insinúa?

—Que su pretendiente... quizás... pueda ir tras el pez más gordo.

—¡No puedo creerlo! Eso no sucedería. La mujer a quien usted se refiere es una... ¡paria!

—Lo siento, pero es una posibilidad. Los negocios son así.

La muchacha hizo una reverencia y, con enojo, dejó a Andrew solo mientras ella buscaba un lugar solitario para sacar sus demonios.

Hugh se fijó en que Claire se había ido con celeridad y había abandonado al banquero.

—Con permiso... —dijo antes de apartarse de los presentes. Quería saber qué sucedía.

Cerca, Prince y Lilibeth lo observaban todo.

—Es ahora, señorita. Creo que debería aprovechar el momento.

—¿Piensa que resultará? —preguntó dudosa.

—Estoy seguro de que, con ese consejo, perderá la compostura y le sacaré una sonrisa.

Lilibeth se abrió paso entre el gentío hasta llegar al presuroso conde.

—¿Puede ayudarme? —preguntó ella con calma.

—Disculpe, pero...

—¡Por favor, me duele mucho!

—Estoy un poco ocupado, señorita, puede pedirle ayuda a su familia.

—Ninguno de ellos está desocupado, y... siento mucho dolor y no me puedo quitar esto.

Hugh bufó. Era un caballero al fin y al cabo.

—Está bien.

—Sígueme —expresó mientras agarraba la mano de Granard para arrastrarlo hasta un lugar oscuro.

—Señorita, por favor, ¿que desea? Estoy un poco corto de tiempo.

—¿Puede desatarme el corsé? Me lo colocaron mal.

—De ninguna manera —se negó.

—¡Ayúdeme... o le hago cosquillas! —amenazó.

—¿Qué?

—Solo debo conseguir una sonrisa y asunto arreglado, démela.

—¿Está loca? Yo me voy —anunció Hugh antes de salir enfadado del pasillo oscuro al que había sido arrastrado por esa mujer.

Caminaba hacia luz del salón cuando, de repente, todo se le nubló y cayó al suelo.

Lilibeth escuchó el gemido del conde al ser golpeado.

—¿Está bien? —preguntó ella al tiempo que intentaba levantarlo del suelo para buscar ayuda, pero se pisó el dobladillo del vestido, que se rompió y la dejó solo con las enaguas. Para empeorar su mala suerte, no pudo sostener el peso del hombre, por lo que se desplomó en el suelo y luego él acabó sobre ella.

—¡Ayuda! —pidió con premura para que atendieran al casi inconsciente conde de Granard.

Uno de los mozos se acercó y los observó. El hombre parecía estar sobre la dama en una situación comprometedor, por lo que se apuró a llamar a sus patrones, los marqueses de Suffolk.

Hugh, al recobrar la conciencia, se agarró la cabeza y descubrió que estaba aplastando a una dama. Se levantó a gran velocidad y observó las prendas de ella.

—¡Estoy en problemas! —exclamó al notar las transparencias de la joven.

—No se preocupe, todo estará bien. ¡Gané el reto! —Sonrió feliz al verlo totalmente sin compostura y nervioso.

—¡Usted! —Señaló con furia a Lilibeth.

—¿Qué sucede? —indagó el marqués de Suffolk.

—El conde de Granard perdió la compostura, solo eso —explicó la inocente Lilibeth.

Prince estaba escuchando todo mientras pensaba que no podía existir mujer más tonta, ingenua y crédula en el universo.

—¡Qué! —masculló Hugh, que se quitó la máscara y contempló el negro futuro que lo esperaba ya casi a la vuelta de la esquina.

—¡Qué escándalo, milord! Esto no puede quedar impune —aseguró la marquesa—. ¡Clayton, haz algo!

—La dama... ¿Quién es la dama? —indagó el marqués.

—¡No lo sé! ¿Quién es usted? —le preguntó el conde.

Ella se levantó el antifaz.

—Lilibeth Collins —respondió—. ¿Hay algún problema? El caballero solo iba a ayudarme con el corsé, que estaba muy ajustado.

—¡Clayton! —exclamó la marquesa en tanto hacía ademán de desmayarse.

El marqués efectuó una seña al mozo para que se acercara.

—Llame a los padres de esta dama y llévelos a mi despacho —ordenó—. Con mucha discreción.

—Sí, señoría.

—¡Espere, no puede llamar a mis padres! ¡Puedo explicarlo todo! —exclamaba Lilibeth mientras caminaba con el maltrecho vestido.

—Es mejor que se quede callada, señorita Collins, o puede empeorar nuestra terrorífica situación. Ya ha explicado demasiado —aconsejó Hugh al tiempo que se pasaba la mano por el cabello.

—Pero... no entiendo...

La inocencia de la jovencita no le dejaba ver que estaba metida en un serio problema. A ella solo le preocupaba el regaño de sus padres.

Prince soltó el pequeño palo que tenía en la mano y caminó hacia Andrew.

—Servido —comunicó.

—Excelente. ¿Qué tal estuvo? —preguntó Andrew.

—Ese hombre morirá de un infarto antes de la noche de bodas. Esa mujer es tan... No sé si tonta o demasiado buena.

—Creo que es demasiado inocente. Ahora, debemos esperar los resultados.

—Reza por que no te delate.

—No lo creo. Somos amigos secretos, ¿recuerdas? Esa muchacha debe estar agradecida, pues le conseguí uno de los mejores partidos de Londres. Sola no iba a poder lograrlo, pero... para eso estamos los amigos, ¿verdad, Diablo? —se burló Andrew.

—Soy Demonio, no Diablo —corrigió—. Pero tienes razón. ¿Vamos a festejar?

—No hay que cantar victoria hasta que el conde deshaga el compromiso y pida la mano de la adorable Lili.

CAPÍTULO 14

Claire aún seguía muy enfurecida.

Estaba dispuesta a pedirle a su padre que le pusiera un alto a sir Andrew para que la dejara disfrutar tranquila con su quebrado y educado pretendiente.

—¿Puedo pasar? —preguntó la muchacha tras meter solo la cabeza en el despacho de su padre.

—Adelante, querida —contestó él con una sonrisa—. ¿Qué te trae a visitarme?

Ella caminó con rapidez hacia él y se arrodilló para tomarlo de las manos.

—Deseo hablar con usted. Nunca le he pedido nada, pero ahora me veo en la necesidad de solicitar su ayuda y de utilizar sus influencias para mi beneficio.

—Te escucho, hija. Por ti, lo que sea, mi niña.

Ella sopesó la mejor manera de comunicarle lo que deseaba sin ofender los intereses que tenía con Andrew.

—Quiero que aleje al señor Hilton de mí, padre. Él se ha mostrado muy cruel con respecto a lord Granard y...

—Cariño, perdón que te interrumpa, pero sir Andrew solo quiere lo mejor para ti.

—No es cierto, busca lo mejor para él. Es un hombre muy frío.

—Él me recuerda ciertos aspectos de mi juventud. La gente cambia con el tiempo, cariño. Todo eso terminará cuando te cases y tengas tu propia familia. Sir Andrew está deslumbrado por ti, puedo verlo.

—Ese caballero me confesó con desapego sus intenciones de hacerme su esposa, pero el conde me resulta más agradable y cálido. No importa que no tenga dinero. Sé que usted y Helmut lo ayudarán a sobreponerse de esta mala administración —confió.

—Claire querida, por ti lo haré, y lo sabes. Helmut es quien se opondrá. No es muy generoso con los demás, lo conoces bien.

—Lo sé. Confío en que él se tragará su veneno con respecto al conde y también espero que sir Andrew se ahogue con su ponzoña.

—Trata de comprenderlo. Sir Andrew no forma parte de la sociedad hace mucho. Acaba de incorporarse, y es notable que le cuesta establecer vínculos sociales. No conoce las maneras de conquistar damas como tú y es un poco salvaje.

—Es educado, pero lo he dicho, es frío.

Un golpe en la puerta los interrumpió.

—Señor Baxton, el conde de Granard pide hablar con usted —expresó el mayordomo.

—Hágalo pasar —ordenó y despachó al mayordomo—. Hija, déjame hablar con él.

—¡Claro! —exclamó emocionada. Era probable que el conde se hubiese presentado para solicitarle un paseo por el jardín o por el parque.

Claire besó la mejilla de su padre, y salió caminando con ligereza para que el conde no se cruzara con ella. Debía ir a arreglarse.

En su habitación, buscó un vestido de paseo que fuera bonito, unos listones a juego, zapatos, un sombrero para no sufrir el calor y, por supuesto, una sombrilla.

* * *

Hugh le entregó el sombrero al mayordomo y pasó al despacho de Charles Baxton, a quien debía comunicarle la nueva situación.

—Buen día, milord. ¿Algo de beber? —ofreció el dueño de casa.

—Gracias, señor, pero lo que vengo a informar no es grato para las relaciones que pensábamos constituir —anunció con el rostro lúgubre.

—¿A qué se refiere? —preguntó preocupado.

El conde daba vueltas por el estudio mientras juntaba el valor suficiente para decirlo.

—No podré cumplir mi palabra de casarme con su hija —soltó con dificultad.

—¿Qué está diciendo?

—Le ruego que me perdone, pero fui descubierto en una lamentable situación con una señorita. Debo aclarar que fue accidental, pero, en fin, por la reputación de la joven, me veo obligado a desposarla.

Charles Baxton se levantó enfurecido del sillón.

—¿Qué cree usted que le diré a mi hija? Ha jugado con las ilusiones de una dama —expuso Charles—. ¡Cuánta desfachatez ha tenido para comunicarme tal acto desvergonzado de su parte! ¡No pudo controlar sus bajos instintos!

—Por mis escrúpulos es que le explico esta situación, señor. Su hija es mi ideal de esposa, y con gusto cumpliría mi palabra, pero esta dama, al igual que yo, terminó de manera desafortunada la noche. No es la mujer con la que pensé casarme, y es probable que nunca la acepte, pero es mi deber, para defender la reputación de mi familia, responder a las circunstancias.

—¡Su deber era con mi hija! Ahora debo frustrar sus esperanzas. ¿Quién sabe si podrá levantarse de esta decepción? ¿Cómo seré capaz de hacerlo? —se lamentaba el señor Baxton. Amaba tanto a aquella jovencita y se veía en la difícil situación de sepultar sus ilusiones para siempre.

—Si me permite, le revelaré mi decisión en persona —ofreció Hugh.

Charles no quería ver sufrir a su hija. Sabía que aquel sería un golpe terrible. Su primer y único pretendiente la abandonaría por otra mujer.

* * *

Claire ya estaba lista. Si el conde le pedía salir, ella solo tendría que aceptarlo sin hacerlo esperar. Ese sería otro beneficio de tenerla como esposa.

—Señorita, su padre ha pedido que baje —anunció la doncella.

De manera obediente, bajó las escaleras. Los señores Baxton la esperaban sentados frente al conde, que se acercó a ella para tomarla de la mano.

Hugh sentía tener que separarse de la mujer que había elegido como esposa.

—¿Le gustaría salir a dar un paseo por el jardín? —preguntó el caballero.

—Claro, milord, si mi padre lo aprueba —afirmó mientras miraba al susodicho, quien, con una inclinación de cabeza, consintió.

Ella tomó el brazo de lord Granard y salió sonriente de la sala rumbo al jardín.

Su madre, al ver que desaparecían, se abrazó a su esposo por más que estuviera rompiendo los preceptos de frialdad y compostura.

La joven pareja caminó en silencio por las sombras que ofrecían las plantas del jardín hasta llegar a un banco bajo un enorme árbol.

—El día está muy bonito. Londres raramente ofrece un día así, ¿no lo cree, milord? —preguntó Claire.

—Así es, señorita. Siéntese por favor.

Ella sonrió y aceptó.

—Señorita Claire, debo ser honesto con usted.

—Tiene mi atención —expresó con tranquilidad, aunque por dentro estaba llena de emoción. Quizás aquella fuera una declaración de amor.

—Nunca me he quedado sin palabras, pero no sé cómo decirle esto...

—Solo dígalo, siéntase en confianza.

—No puedo continuar cortejándola. Ha ocurrido un lamentable suceso.

—¿Cómo dice? —preguntó confundida.

—Anoche, durante la fiesta, en mi afán por ayudar a una dama, caí en uno de los más antiguos y viles trucos para conseguir marido, por lo que tuve que pedir la mano de otra muchacha para salvar su reputación y la mía.

Claire sintió la noticia como una puñalada en el pecho. Hugh estaba comprometido con otra, pero ¿con quién?

—Diga algo, señorita Claire —pidió él al verla callada.

—¿Quién es la dama? —preguntó en un tono de calma absoluta.

—La señorita Collins.

El puñal se hundió por completo en el corazón de la muchacha. Solo le venían a la mente las malvadas palabras de sir Andrew al contarle sobre la elevada dote de Lilibeth Collins y que el conde de Granard era un cazafortunas.

—Estoy decepcionada, milord, profundamente herida en mi orgullo. ¿Cómo el dinero puede más que la educación y la compostura? Mi dote era considerable y, con mi padre, lo habríamos ayudado a salir de su penosa situación financiera para que no tuviera que comportarse de esta manera tan descarada y alevosa.

—¿De qué habla, señorita? ¿Cuál situación? Mis finanzas son óptimas —se defendió.

—No hace falta que mienta, milord. La razón de su compromiso con esa estadounidense burda y corriente es evidente, no puede existir más que interés de su parte. Le ruego que me disculpe, debo retirarme. Le deseo un feliz enlace y también que sus vergüenzas sean pocas.

Claire se levantó con una inclinación de cabeza.

—Señorita Baxton, espere —la atajó Hugh y la tomó de la mano—. Usted es la mujer que mis convicciones desean. Con profundo dolor, debo dejarla ir. Encontrará un buen hombre. Lo merece.

La muchacha quería acabar con el parloteo barato del conde, así que se soltó, le dio la espalda y caminó hacia su casa.

Pasó cerca de la sala, realizó una venia para saludar a sus padres, y subió a su habitación.

Al cerrar la puerta, un llanto incesante de frustración y dolor se apoderó de ella. Todas sus ilusiones estaban puestas en ese caballero, y él la había decepcionado de la peor manera.

Sir Andrew tenía razón, y ella había sido una maleducada cegada por la compañía y las dulces y falsas palabras del conde, que la habían atraído como abeja a la miel.

Después de todo lo que había sucedido, quizás el señor Hilton no quisiera volver a verla. Para colmo, una vez que se corriera la voz sobre el matrimonio del conde con la señorita Collins, toda Londres sabría que ella había sido abandonada por otra.

¿Cuánta más humillación podría sufrir después de eso? Ninguna. Ser comparada aquella la torpe y ordinaria estadounidense era como ser enterrada viva. Nada podía mortificarla más que eso. Esa mujer era el claro ejemplo de que, aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Podía desparramar sus millones para comprar un esposo, pero jamás dejaría de ser una pobre ignorante. Había algo que el dinero no podía comprar, y eso era la clase.

Esa noche, Inferno sería el único refugio de Claire. Al fin y al cabo, no se casaría, así que en las sombras podría continuar siendo quien quisiera.

* * *

Claire no tardó mucho en arreglarse, dirigirse a las caballerizas y salir lo más rápido posible.

No les había avisado a Constance ni a Angel sobre las novedades con respecto a su estado de soltería. Ya lo sabrían pronto al ver publicado el compromiso del conde.

Se hundiría sola, abandonada en su aislamiento. Al llegar al distinguido club, pidió la mesa de siempre, con vista a la planta baja, e hizo una seña a un mozo para que se acercara.

—Una botella de oporto y lo más fuerte que tenga para olvidar —ordenó.

El empleado cumplió el pedido con celeridad. Se acercó con una copa, la botella y una pipa.

—¿Una pipa? —preguntó confundida.

—Pidió algo para olvidar. Esto es lo mejor que hay.

Claire asintió y comenzó a beber con lentitud. No era asidua a consumir alcohol en demasía. Sintió curiosidad por el efecto que la pipa podría tener, por lo que la encendió.

Al cabo de unos minutos, comenzó a sentirse alegre y diferente. Estaba animada mientras miraba de un modo especial la planta baja.

Se levantó a duras penas con una sonrisa en los labios como una tonta, verificó que no pudiera ser reconocida y bajó las escaleras.

Observó a uno de los caballeros, que estaba de espaldas, y le tocó el hombro para solicitar su compañía.

—Fue elegido para ser mi compañero esta noche —comunicó al hombre.

Él la tomó del brazo y se la llevó a uno de los salones privados, donde podrían hablar con tranquilidad.

—Siéntese, por favor —pidió el caballero.

—¡Yo quiero bailar! —afirmó Claire demasiado contenta.

Él asintió y la tomó de la cintura.

—¿Cree que la sociedad apesta, caballero? —preguntó para iniciar la conversación.

—Por completo. —Sonrió adulator.

—¿Sabe? De nada sirven los buenos modales y la reputación. Al final, las mujeres vulgares se alzan con los mejores partidos... ¿Qué mujeres le gustan a usted?

—Las libertinas, por eso tengo este club —aseguró el hombre—. Ser el Diablo de Infierno tiene sus ventajas. En realidad, no busco mujeres libertinas corrientes, sino que disfruto de sacar a la luz a la libertina que tienen dentro.

—Eso suena tentador. —Sonrió mientras giraba—. Su perfume me es tan conocido... Quizás usted sea de los que creen que yo no sería una buena esposa.

—Al contrario, creo que usted es la candidata más apta para cualquiera con buen juicio e inteligencia.

—¿Lo conozco de algún lugar? Su modo de ser, al igual que su aroma, me resultan conocidos.

—Usted no conoce a libertinos como yo —aseguró—. Solo le están jugando una mala pasada el opo y el opio.

Ella sonrió como si de un chiste se tratara.

—Estoy segura de que lo conozco.

Él le devolvió la sonrisa y le pasó un vaso lleno.

—Me temo que me confunde.

—Ya he bailado con usted, pero llevo dos temporadas, así que no sé quién es. Tal vez si me dejara mirarlo sin esa máscara... —señaló Claire al tiempo que se bebía el contenido del vaso.

—¿Quiere saber quién soy? En efecto, la conozco y, no hace mucho, tuvimos que despedirnos.

Ella se acercó para levantarle el antifaz, pero se desvaneció antes de poder hacerlo.

—Es por su bien, señorita Baxton. No quiero que se lleve un susto —explicó mientras la sostenía de la cintura para que no se cayera.

CAPÍTULO 15

El caballero misterioso la tomó en brazos para recostarla sobre un sillón del salón de compañía. Luego, salió al pasillo y se encontró con otro hombre.

—Necesito que la lleven a su casa —ordenó.

—Es ella, ¿verdad? —interrogó.

—Sí, mi querido duque, es ella, la señorita Baxton.

—¿Te reconoció?

—No. Además, es difícil que lo haga. Quiero que la lleven a su casa con mucho cuidado y que la coloquen en algún lugar dentro. Por nada del mundo la dejen afuera. Con lo drogada que está, mañana no recordará nada.

—No habrá sido que te pidió que la besaras y por eso quedó inconsciente, ¿verdad?

—No, ya cálmate. Es una pena que sea tan bonita y que esté tan triste y fuera de sí.

—Este no es un lugar para ella, pero tú decidiste que lo fuera al invitarla a convertirse en miembro.

—¡No quiero escucharte! —gruñó antes de salir de la habitación.

—¡No quieres escucharme porque te digo la verdad!

—Prince, comienzas a ponerte denso y demasiado decente —señaló el enmascarado, tras lo cual le arrojó el antifaz y entró al despacho.

—Soy tu conciencia atolondrada. —Sonrió mientras le devolvía la máscara.

—¿Qué tal el negocio? Lo he dejado abandonado, me falta tiempo —justificó.

—¿Tiempo? Siempre estás en Londres. Es raro que vengas a supervisar el club.

—Sabes que los intereses me mueven. Parece que hubiese venido exclusivamente para que la señorita inconsciente no se metiera en problemas.

—Le resultaste atractivo. Te eligió entre varios.

—Mmm... Solo fue suerte que cayera en mis manos y no en las de otro.

—No es la primera vez que acusan a Inferno de alterar el orden y las buenas costumbres.

—Las buenas costumbres son relativas, siempre lo son.

* * *

Andrew estaba con la ansiedad a flor de piel. Quería escuchar que sus planes habían dado resultado; eso debía de haber sucedido. Ya casi se sentía como un ganador.

Quería aparecer por la casa de los Baxton, pero eso solo sería apresurar las cosas. Tenía un viaje que hacer pronto, pero no pensaba irse sin despedirse de la señorita Baxton para saber cómo había terminado todo.

Dio vueltas en la cama toda la noche. Se le hacía difícil conciliar el sueño.

—Buen día, señor —saludó James al entrar a la habitación para dejar la jofaina y unas toallas limpias.

—¿Es normal que no haya podido dormir? —preguntó Andrew.

—Cuando hace algo malo, no puede descansar. Anoche lo escuché llegar muy tarde —afirmó James.

—Si por cosas malas te refieres a alterar gravemente la vida de cierta señorita, sí, hice algo muy malo, y sí, también llegué tarde. Me quedé en el banco, lo tenía muy abandonado, y ya sabes que no me es fácil dejar el control total en manos de otras personas. Me gusta que todo vaya bien, a mi manera.

—A este ritmo, no alcanzará los cuarenta años —acusó el empleado.

—Esto es tu culpa.

—Disculpe, pero no tengo nada que ver —se defendió James.

—Te lavas las manos. Si tú no hubieras insistido con que necesitaba una esposa, ni siquiera estaría volviendo tarde del trabajo y menos viendo si mis malévolos planes para quedarme con ella han dado resultado.

—La señorita Baxton no es la única mujer.

—¡Es la única capaz de afrontar la responsabilidad de ser la esposa de un exitoso banquero! —lo interrumpió—. Es perfecta para el puesto.

—Pienso diferente. Espero que no sea demasiado rígida.

—No lo creo. Además, opino que hace falta mano dura en esta casa —sugirió con la mirada fija en él.

—Solo un poco. ¿Ya va a levantarse?

—No tengo nada productivo que hacer en la cama. Prepara mi traje para ir al banco y un baño —ordenó.

—Sí, señor—respondió James.

Relajado en el agua caliente con aroma de rosas y otras esencias, siguió pensando en Claire y en lo enojada que se veía cada vez que él trataba de convencerla de algo que deseaba.

Los pensamientos del caballero fueron más allá del simple rostro enfadado de la señorita Baxton. Se la imaginaba sin ropa en esa misma bañera con él.

Era la primera vez en mucho tiempo que imaginaba a una joven de ese modo. Había dejado de lado el hábito de buscar mujeres como el que exhibía Prince. Ellos habían sido compañeros de andanzas durante varios años, pero Andrew había ido perdiendo el interés por falta de tiempo debido a que su padre le exigía que estuviera a su lado para aprender el negocio familiar. Al final, había resultado ser mucho mejor que él en la empresa.

Debía frenar aquellos pensamientos libidinosos. No podía tener esas inclinaciones con respecto a una señorita tan correcta como Claire Baxton. No podía imaginársela en una situación tan lujuriosa. Era una mujer decente.

Se levantó de la bañera avergonzado. Hacía tiempo que no experimentaba tanta excitación con solo un pensamiento. Necesitaba abocar todas las energías en el trabajo.

* * *

—¡Mire, señora Baxton! —Debra señaló hacia el sillón de la sala.

—¡Oh, Claire! —murmuró su madre al acercarse—. Pobre niña. Ha olvidado los modales por la decepción.

Claire estaba profundamente dormida en la sala de la casa.

—¡Charles! ¡Charles! —llamó la señora, y el hombre no tardó en bajar.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Claire se durmió en la sala. ¿Puedes subirla a su habitación? —pidió.

—Mi niña —expresó con dulzura el hombre al tiempo que la tomaba en brazos.

Charles subió con su hija a cuestras para depositarla en la cama, pero ella se despertó.

—¿Qué sucedió? —dijo Claire al observar que su padre la cargaba.

—Te dormiste en la sala.

—¿En la sala? —se extrañó. Lo último que recordaba era haber estado en Inferno con un caballero que ella había escogido y, luego, todo se había vuelto negro.

—Seguro fue culpa de la decepción por el despreciable conde de Granard.

—No me lo recuerde, padre.

El caballero la dejó en la cama y se sentó a su lado.

—Querría poder evitarte este momento, hija mía. Eres demasiado buena para sufrir.

—Ya habrá otras oportunidades. ¿No es así? —preguntó con una mirada profunda.

Lo único que Charles Baxton no podía soportar era ver sufrir a sus hijos. Ambos eran lo más importante para él.

—Claro, cariño. Pediré, si lo deseas, un baño para ti y que te traigan el desayuno a la cama.

—¿Lo haría por mí? —inquirió sorprendida.

—Por supuesto. Y no te preocupes por lo que vaya a pensar tu madre, yo hablaré con ella —afirmó, tras lo cual, le dio un beso en la frente.

—¡Gracias, padre!

Él, con una sonrisa, se fue retirando con lentitud de la habitación. Claire no podía creer que le dejaran tomar el desayuno en el cuarto. ¡Cuánta emoción la embargaba al tener aquella pequeña privacidad!

—¡Mi ropa! —exclamó al darse cuenta de que sus padres pudieron haberla visto con la vestimenta que usaba en Inferno, pero enseguida se observó y descubrió que llevaba uno de sus vestidos sencillos.

No entendía cómo había sucedido. ¿Y si el hombre enmascarado la había desvestido y había abusado de ella?

Esa idea la asustó, pero no se sentía extraña, así que resolvió quitar esa posibilidad de su cabeza.

Caminó hacia la ventana. El día estaba nublado, tan gris como el ánimo de ella al recordar que debería retomar los esfuerzos para conseguir esposo.

Hugh había sido el único que le había llamado la atención. Sin embargo, había resultado ser un farsante que solo seguía el dinero.

* * *

—Debra, pide que preparen el carruaje. Acércame el sombrero y el bastón, voy a salir —ordenó el señor Baxton mientras se colocaba los guantes.

—¿A dónde vas, Charles? —preguntó su esposa.

—A resolver la vida de Claire.

—Pero no todo está perdido. Podrá encontrar otros pretendientes.

—El rumor de esta humillación podría hundir la reputación de nuestra hija. ¿Quién querría a una mujer abandonada? Sería como una leprosa en la sociedad, y tú sabes que no son generosos.

—Ambos lo sabemos, Charles. Nunca aceptaron que un hombre sin fortuna como tú desposara a la hija de un marqués por amor. —Sonrió en tanto acariciaba el rostro de su esposo.

—Sufrimos mucho, y no quiero que nuestros hijos pasen por lo mismo, pero creo que Helmut lo ha descubierto. Era cuestión de tiempo, siempre ha sido muy curioso e inteligente.

—Fue difícil engañarlos a todos con nuestro matrimonio frío y distante, incluso a nuestros hijos, pero lo hicimos para que se amoldaran a la sociedad y no se vieran aquejados por lo que yo no había podido controlar: mi propio carácter.

—Ellos no cometerán los mismos errores de echarse a la sociedad encima por no seguir las reglas —afirmó el señor Baxton antes de besarla en los labios, para salir luego a esperar el carruaje.

Charles se sentó en el coche.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó el cochero.

—Al banco Hilton.

—A la orden —aceptó, y azuzó a los caballos para partir.

* * *

Andrew estaba sepultado entre papeleo, solicitudes de préstamos, embargos y nuevos socios. Necesitaba más gente en el banco. La operativa era mayor que hacía algunos años, por lo que era lógico que no le alcanzara con la misma cantidad de personal. Debía contratar más asistentes.

Un golpe en la puerta lo enfureció.

—¡Adelante! —gruñó de mala gana.

—Tiene una visita, sir Andrew —informó su asistente.

—¡He dicho que no quiero recibir a nadie, estoy muy ocupado! ¿Es difícil entender eso? —respondió sin mirarlo.

—Es el señor Baxton, señor—anunció.

Eso llamó la atención del caballero, que abandonó todo lo que estaba haciendo y se acomodó el corbatín y las mangas de la camisa.

—¿Qué esperas? ¡Hazlo pasar! —rugió como un animal—. ¡No lo hagas esperar!

—¿Quién lo entiende? —murmuró al tiempo que salía a buscar al señor Baxton.

La puerta se volvió a abrir después de un momento.

—Buen día, sir Andrew —saludó el padre de Claire—. Sé que es un hombre bastante ocupado y que lo estoy molestando, pero seré breve.

—Buen día, señor. Usted jamás molesta —indicó con una sonrisa mientras le cerraba la puerta en la nariz al asistente.

—¿En qué puedo ser de utilidad, señor?

—Como sabrá, mi hija Claire estaba prácticamente comprometida con el conde de Granard, pero ayer recibimos la lúgubre revelación de que no se casará con ella, sino con la señorita Collins.

—Cuánto descaro. Quise ayudar a su hija al advertirle sobre él.

—Lo entiendo a la perfección. Espero que pueda perdonar las groserías que la muchacha le haya dicho.

—Eso, para mí, está olvidado.

—No quiero que la reputación de Claire esté en boca de los mal hablados de esta sociedad, por lo que quiero pedirle, si no está ofendido, que corteje a mi hija —resolvió Charles.

—Para mí sería un honor hacerlo. No hacía falta que me lo pidiera. Esta misma tarde iré a verla.

—Estoy complacido de que no haya perdido el interés por ella.

—En lugar de eso, estoy más decidido a hacerla mi esposa —sentenció Andrew con una genuina sonrisa en el rostro.

Con el señor Baxton de su lado, tendría a la mujer que deseaba con él y también al socio perfecto, salvo por aquel impertinente hijo. Esperaba que a Charles le quedaran muchos años de vida para evitar los encuentros a solas con Helmut.

* * *

Un carruaje con un emblema conocido se detuvo frente a la mansión de los Baxton. De él, bajó un caballero alto y fuerte, de cabello oscuro y ojos verdes.

Tocó la puerta, y el mayordomo le abrió.

—Buen día, milord, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Busco a Helmut Baxton —respondió el joven.

—El joven se encuentra de viaje.

—¿Quién se halla en la casa? —preguntó amable.

—La señora y la señorita Baxton.

—¿Podría anunciar a lord Dexter Baxton, conde de Inverness?

—Pase por favor, milord —invitó el mayordomo.

Claire y su madre se encontraban en la sala, ocupadas en hacer bordados cuando el mayordomo llamó la atención de ambas.

—Señora, señorita... lord Dexter Baxton pidió ser anunciado.

—¿Dexter? —preguntó la mayor—. Dígale que pase.

El hombre atravesó la entrada y las observó con detenimiento.

—Señora. —Sonrió mientras se acercaba y le tomó la mano.

—Bienvenido, milord.

Luego, Dexter se dio vuelta para observar a Claire.

—Buen día, señorita. Cada vez que la veo, está más hermosa —la reverenció.

—Bienvenido. ¿Hace cuánto que no nos veíamos? —preguntó Claire con el rostro dudoso.

—No hace tanto, mi adorable señorita, no tanto. —Sonrió pícaro y agradable.

CAPÍTULO 16

—Ah, claro, el velorio del tío John —recordó Claire.

—Efectivamente. ¿Siguen siendo ustedes tan serios? —preguntó Dexter mientras contemplaba a las damas—. Creo que, entre familia, deberíamos ser un poco más extrovertidos.

—Querido sobrino, siempre se mantiene la compostura, incluso con la propia familia —respondió la señora.

—En especial después del alboroto que tuvimos tiempo atrás, ¿no es así? Somos los Baxton más escandalosos —resaltó Dexter.

—No diga eso, milord —expresó Claire.

—El hecho de que mi hermano haya matado por accidente a su prometida y de que luego haya querido quitarse la vida no es tan perturbador —se burló—. En fin, vine a traer noticias justamente sobre mi hermano, Dante.

—¿Qué sucedió con él? Estaba internado en Bedlam —recordó la señora.

—Logró su objetivo: acabó con su vida —respondió con la pasividad de un típico Baxton ante las situaciones desesperadas. Ni una sola expresión señalaba su estado de ánimo.

—¿Cómo? —preguntó Claire sin detenerse en la falta de sentimentalismo de su primo—. Se suponía que lo iban a tener vigilado y que usaría otro nombre para proteger su identidad.

—¿Proteger su identidad? No, querida prima, era para evitar el escándalo de la locura del conde de Inverness. Toda esta situación se lleva bajo la más absoluta cautela —comentó—. Ahora soy el heredero y, en caso de que algo me sucediera, saben que Helmut me sigue en la línea de sucesión; luego está Patrick, nuestro primo de la rectoría de Inverness.

—Todo eso lo tenemos en cuenta, sobrino.

—Su muerte saldrá en los periódicos como el fin de una larga enfermedad. Patrick oficiará una misa en la rectoría de Inverness por su alma.

—¿Pero cuándo murió? ¿Y el velorio? —preguntó Claire.

—Murió hace poco más de una semana. Patrick se encargó de todo el papeleo para que nuestra reputación no se viera afectada. Como es clérigo, puede hacerlo sin levantar sospechas.

—Pobre Dante, era un joven tan amable e inteligente. Es una verdadera pena —se lamentó la madre de Claire.

* * *

Charles había regresado de la breve y provechosa visita al banco en la que había conseguido que su hija no perdiera a otro pretendiente. Él mismo deseaba que Andrew Hilton la cortejara. La torpeza y el exceso de preocupación del banquero por el trabajo le recordaban a como él había

sido en los primeros tiempos mientras levantaba el imperio Baxton.

Miró el blasón del carruaje estacionado frente a su residencia. Esa visita era extraña y poco bienvenida.

El dueño del hogar pasó hasta donde se encontraba el mayordomo, quien le informó que su esposa y Claire conversaban con su sobrino. Abrió la puerta y pudo observar sorpresa y consternación en los ojos de la familia.

—Dexter —afirmó Charles al verlo.

—Tío. —Se levantó y lo saludó con una inclinación de cabeza.

—A mi despacho —ordenó.

—Sí, tío —obedeció—. Disculpen.

—Ve, querido —respondió la señora Baxton.

Claire y su madre inclinaron la cabeza para despedirlo.

Sin conocer mucho a sus primos, Claire se sentía profundamente triste. Un Baxton era un Baxton. No eran demasiados, por lo que cada uno de ellos contaba.

Charles abrió la puerta del despacho e invitó a pasar al caballero, a quien le señaló un sitio para que tomara asiento.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó el mientras miraba con reprobación a Dexter.

—¿Por qué la alteración? —inquirió burlón.

—Eres un paria, no quiero que estés cerca de mis hijos.

—No he venido con malas intenciones, sino para informar sobre Dante y su suicidio —contó con seriedad.

—¿Cómo pudo hacerlo si lo tenían controlado? —increpó.

—Es lo que comenzaré a investigar. Mi hermano no pudo haberlo hecho. Alguien lo mató —aseguró.

—¿Matarlo? Él estaba deprimido, por eso tomó esa decisión.

—Querido tío, Dante no pudo haberlo hecho, estoy seguro, alguien más fue. Y ahora vendrá a buscarme a mí —afirmó con más gravedad—. Debo decirle con sinceridad que creo que Helmut tuvo algo que ver.

—¡Inconcebible! ¿Por qué mi hijo estaría interesado en matar a sus primos? —inquirió enfurecido.

—El título —replicó Dexter en tanto colocaba las manos sobre la mesa—. Es el tercero en la sucesión y, desde que mi hermano murió, ha ocurrido también un atentado contra mi vida.

—Helmut no es un ambicioso. Tú, en cambio, quizás hayas acabado con tu propio hermano para quedarte con el título y para que respeten tu libertina y vergonzante existencia —le reprochó Charles.

—Ahora soy el portador del título, es cierto, pero nunca lo quise. Basé mi existencia en que nunca lo obtendría, por lo que en este momento me veo en la penosa obligación de buscar una esposa para concebir un heredero —admitió frustrado—. He aquí el motivo de mi visita.

—Es un “no” definitivo —concluyó tajante el señor Baxton—. Claire ya está comprometida con sir Andrew Hilton.

—Mi prima era una buena opción para el matrimonio. Es tan extraño que sea tan bella y esté en su segunda temporada —comentó con una sonrisa ladina en el rostro—. Ya que no la puedo cortejar, tendré que buscar otras opciones.

—Lejos de aquí. Y quítate a mi hija de la cabeza —gruñó enojado—. Ella jamás se casaría con un paria como tú.

—Se parece mi santa madre, tío. “¡Dexter, eres un paria!”, me gritaba todo el tiempo, incluso desde el lecho de muerte. —Sonrió al recordarlo.

—Eres un cínico.

—No, ahora soy un caballero, un Baxton responsable —respondió con seguridad—. Me guste o no, ustedes son la única familia que me queda, y espero que nos podamos tratar más. Olvide las apariencias y recíbame. Tío, ayúdeme a descubrir qué sucedió con mi hermano. Si Helmut no tuvo nada que ver y yo soy sospechoso de esa dudosa muerte, pido esclarecimiento para ambos. Por ahora, todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario.

Dexter, por una vez en la vida, tenía razón, y Charles estaba seguro de que su hijo no tenía nada que ver en aquel asunto y lo demostraría.

* * *

Salió del banco al mediodía para prepararse. Tenía una cita con el destino, y ese destino era la talentosa señorita Baxton.

Tener el apoyo del padre de la muchacha era un elemento clave para convertirse en su yerno. Era probable que Helmut tuviera que aprender a tolerarlo como cuñado.

Después de arreglarse y de darle órdenes explícitas al mayordomo, salió rumbo a la casa de su adorada señorita, la única que dominaba constantemente los pensamientos del banquero, cosa que le sucedía con frecuencia cuando deseaba algo con fervor. Una vez que lo obtuviera, estaba seguro de que todo se calmaría y las aguas regresarían a su lugar. Todos esos pensamientos lujuriosos contra su extraoficial prometida seguro irían aplacándose cuando le diera el sí.

Al entrar a la residencia Baxton, escuchó la melodía armónica de un piano que se veía resaltada por la diestra habilidad de Claire. No podía evitar imaginarse oír esa clase de sinfonías mientras él se afanaba en el despacho, lo cual juntaría dos pasiones como el buen gusto y el trabajo.

—Lo único que puedo decirle, prima mía, es que toca como los mismos ángeles. —Dexter le sonreía con coquetería. De pie al lado del piano, con una mano atrás y la otra en el bolsillo del saco, tenía una pose relajada y despreocupada.

—Es estimable, si se consideran sus antecedentes, que aprecie la música con clase —opinó Claire mientras seguía tocando—. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Londres?

—La sutileza de su rechazo hace mella en mi interior, prima —admitió con burla—. Vine a conseguir una esposa.

Claire erró una nota ante la extraña sensación de que ese extravagante primo tuviera intenciones ocultas. Iba a darse vuelta para replicar algo, pero entonces vio a Andrew Hilton firme en la puerta del salón.

—¡Sir Andrew! —exclamó con más efusividad de la necesaria; era una sorpresa verlo después de cómo ella lo había tratado la última vez.

Andrew miraba con desaprobación al hombre junto al piano que se deleitaba con las habilidades de la que era ya casi su prometida. Una punzada de celos lo invadió mientras su mente maquinaba la manera de deshacerse de él como lo había hecho con el conde.

A pesar de que la señorita Baxton estaba tocando, no pudo evitar escuchar que el primo buscaba esposa.

—Usted debe de ser sir Andrew Hilton, del banco Hilton —comentó Dexter al tiempo que se le acercaba con seguridad—. Me ha ahorrado la fatiga de ir a buscarlo.

Andrew no podía evitar la irritación que sentía al escuchar la voz del caballero. El rostro de aquel hombre era serio y sin mucha emoción, por lo que le resultaba difícil comprender su ánimo.

—El mismo. Dispénseme, caballero, pues no lo conozco. ¿Sería tan amable de proceder a la presentación?

—¡Sir Andrew! —lo recibió el señor Baxton con una palmada en la espalda—. Veo que aún no conoce a mi sobrino Dexter, conde de Inverness.

—Inverness... —murmuró en tanto intentaba hacer memoria sobre aquel condado.

—Seguro tiene demasiados clientes —gorjeó Dexter—. Ya tendremos tiempo de conocernos.

—Claro... Está por demás decirles que hoy he venido para conversar con la señorita —explicó Andrew mientras observaba a Dexter, todavía con recelo. Los matrimonios entre primos eran algo común que, por cierto, él no quería presenciar.

—¿Conmigo, señor? —preguntó avergonzada y con cierto miedo por lo que le fuera a decir. ¿Y si había ido a burlarse del fallido compromiso?

—Pueden ir. Claire, vayan al jardín, una doncella los acompañará —ordenó Charles.

Ella asintió con la cabeza y miró a Andrew, que extendió el brazo para llevarla afuera.

—Qué caballero tan poco agradable. Me recuerda a Helmut —expresó socarrón Dexter.

—Tú eres quien me recuerda a Helmut —lanzó a su sobrino.

—Tío querido, yo tengo sangre en las venas. Hay una diferencia entre una escultura de yeso y un ser humano. Mi estimado primo fue esculpido por los ángeles, pero olvidaron darle un poco de vida.

—Pueden ser parecidos, pero mi hijo es intachable —sentenció con seguridad.

Dexter se sentó al piano y comenzó a ejecutar una melodía. Era disciplinado, como el resto de los Baxton, sin embargo no había optado por un comportamiento inmaculado, sino por los escándalos y la desobediencia.

* * *

—¿Tiene una extensa familia? —preguntó Andrew en tanto la guiaba. Se sentía curioso por saber más. La lista de pretendientes indeseables parecía hacerse más larga.

—Tengo tres primos. Son los últimos Baxton que quedan, no somos muchos —respondió cohibida y abochornada al recordar su propio comportamiento—. Mejor dicho, dos.

La doncella los seguía unos pasos más atrás con la estricta orden de cuidar a la dama.

—¿Qué le sucedió al tercero?

—Murió hace unos días.

—Mis condolencias, señorita —murmuró.

—Gracias. Era el hermano de mi primo, el que acaba de conocer.

—Por su tono, deduzco que tendré que tratar con él.

—Con profundo pesar, creo que los intereses de Inverness están en su banco —comentó con una risa cantora.

—Esas pueden ser buenas noticias —replicó al tiempo que le indicaba que se sentara en la banca.

Ella tomó asiento, y luego él la acompañó.

—Sir Andrew, yo quería...

—Disculpen la molestia —los interrumpió Debra—. Necesito de la doncella unos minutos.

—Pero... Señora Debra —reclamó al recordar que le habían encargado la misión de cuidar a la señorita de la casa.

—Regresarás en un rato. —Tiró de ella hasta llevársela de ahí.

—¿Qué quería decirme? —preguntó Andrew, al tiempo que la miraba con fijeza.

—No es correcto quedarnos solos. —Se levantó para regresar a la casa, pero Andrew le tomó la mano.

—No se vaya. Dígame, señorita Claire.

—Siento haberme comportado de un modo tan testarudo con usted. Solo quería ayudarme y ahorrarme sufrimientos que, al fin y al cabo, terminaron aconteciendo —se disculpó—. Perdóneme por mis palabras. Quedé muy avergonzada de mi propio comportamiento.

Él sonrió y se levantó para quedar frente a ella. Le escrutaba el rostro, en el que veía la sinceridad del arrepentimiento ante la dolosa negativa de días atrás. A medida que el silencio se extendía entre ellos, Andrew sentía la terrible necesidad de acercarse al rostro de la joven y calmar aquella expresión de culpa.

—Dígame algo —presionó temerosa.

—Mis intenciones para con usted no han cambiado pese a su preferencia por el conde de Granard —confesó Andrew mientras le tomaba la otra mano para llevarse ambas a los labios.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con expectación. Por más que sabía a qué se refería, no era lo mismo presumirlo que escucharlo.

—Quiero cortejarla, señorita Claire. Me haría el caballero más afortunado de Inglaterra si aceptara ser la esposa de este entusiasta banquero. ¿Me permite ganarme sus atenciones?

En sus más recónditos y desconfiados pensamientos, jamás había imaginado que sir Andrew tuviera semejante arsenal de palabras preparadas para dejarla muda de la sorpresa.

—¿No está enojado por mi rechazo? —inquirió con los ojos a punto de salirse del rostro.

—Entiendo su actitud. No soy lo que usted desearía, pero déjeme demostrarle que, aunque no sea lo que anhela, sí soy lo que necesita. —Le besó de nuevo la mano—. A mi lado, tendrá lo que siempre soñó.

Las palabras del caballero resultaban en verdad tentadoras para una señorita casadera. Podría ser tan feliz con él como con otro. Además, no podía darse el lujo de afrontar otra temporada cuando se le presentaba la oportunidad de tener un hogar propio. Su marido no sería el conde de Granard, pero sí sir Andrew, quien era aún joven, atractivo e inteligente, aunque la frialdad de aquel banquero con frecuencia la dejara pensando. Él no era el más afectuoso de los hombres, pero era eso o quedarse solterona.

—Acepto, sir Andrew. Su cortejo es bienvenido.

CAPÍTULO 17

¡Lo había conseguido! Tenía a la señorita Baxton donde quería. Ya le daban ganas de estrujarla con fuerza. Pensó que había perdido la oportunidad de cortejarla, pero no había sido así, sino que acababa de conseguir una prometida de manera poco común. Ningún conde ni nadie podría arrebatársela.

—Cuánta complacencia, señorita. Me siento halagado de que me haya aceptado. —Sonrió de modo genuino.

Seducida por la educación y gesticulación de sir Andrew, le devolvió la sonrisa con la misma intensidad.

Ese momento era el más íntimo y silencioso que habían tenido desde que se habían conocido. Las sonrisas fueron desapareciendo para dar lugar a otras sensaciones, y Andrew se acercó con lentitud hacia el rostro de Claire.

“¿Va a suceder?”, pensó ella al ver que casi rozaba el rostro con el de él. Por fin tendría el beso de un pretendiente.

Cuánta ansiedad por saber lo que se sentía. Andrew era bien parecido y notablemente inteligente. Pese a la tremenda torpeza del caballero para conseguirla como esposa, la perseverancia, al parecer, daba sus frutos.

¿Se dejaría besar? ¿Y si era una prueba para comprobar los principios que debía tener una dama, entre ellos, no besar a cualquiera? Esas preguntas rondaron por la mente de Claire durante milésimas de segundo mientras Andrew se aproximaba para unir sus labios. No quería que pensara que ella era una mujer fácil.

Andrew, desde hacía un tiempo, estaba ansioso por un poco más de contacto con la señorita Baxton. Besarle la mano había sido solo el principio de ese deseo. Ya no solo la veía como la perfecta esposa y la joven que lo ayudaría a fortalecer sus negocios, sino también como mujer. Le había parecido bonita al verla por primera vez, pero en ese momento la consideraba hermosa. Lo hacía desear besarla hasta dejarla sin aliento, pero no sabía cómo lo tomaría ella. A lo mejor, se asustaba y daba por terminado el cortejo.

Aquello iba a acontecer. Estaban a punto de tocarse los labios. Andrew pensaba que pronto experimentaría el placer de esa unión, pero, antes de que eso sucediera, ella desvió los labios para entregarle la mejilla.

Claire había decidido que no empezaría esa relación como una cualquiera. No importaba la ansiedad que sintiera por ser besada, no podía darse el lujo de perder otro pretendiente.

—Ningún beso hasta que no estemos comprometidos de manera oficial —aseguró Claire todavía con los labios de Andrew pegados al rostro.

—Por favor, disculpe mi atrevimiento —se excusó él con prisa. ¿Cómo había podido malinterpretar tanto aquella situación? Ella parecía desear el beso, al igual que él. Sin embargo, con aquel gesto, le había dejado muy claro que ella no cedería y que no debía volver a intentarlo —. No volveré a hacerlo, señorita Baxton, dispense mis malos modales. No fue mi intención propasarme con usted.

—Espero que no vuelva a ocurrir. No quiero que tenga una impresión equivocada sobre mí. No soy como las damas que usted de seguro frecuentó en su momento —justificó Claire al suponer que él sería como los demás caballeros mujeriegos.

—De nuevo, perdone las libertades que intenté tomarme con usted. Pese a estar avergonzado, puedo sentirme orgulloso de que sea usted una dama que se haga respetar —loó Andrew para intentar despertar un gesto de aprobación en el rostro de la preciada dama.

—No tiene por qué disculparse, es mi severidad la que debería perdonar. Quizás no utilicé las palabras adecuadas para que no sufriéramos estas consecuencias incómodas.

—Culpe a mi falta de decoro, señorita. No he estado muy al pendiente de los modos de conquista, por lo que, a lo mejor, mi falta de experiencia puede verse reflejada en mi proceder tan despreciable —explicó.

En parte era cierto, no sabía qué hacer, y la mala interpretación sobre las intenciones de Claire había sido culpa de su inexperiencia con damas de clase.

Andrew en aquel momento se había dado cuenta de que no estaba preparado para conquistar a una mujer. No tenía ni una pizca de imaginación para el romance. Los años encerrado en la oficina detrás de los papeles le habían quitado su esencia como ser humano y lo habían convertido en una máquina de producir dinero que dejaba de lado las satisfacciones, como eran la compañía de amigos o de una fémina.

En los momentos en que la señorita Baxton había revivido los pensamientos lujuriosos en su mente, no había sabido cómo lidiar con ellos, y tampoco a quién acudir para pedir un consejo. Prince era un ser perdido por completo en el placer, y James, su empleado, de seguro lo tildaría de depravado por albergar esos bajos instintos hacia una dama respetable.

—No se preocupe, sir Andrew, no soy quién para juzgarlo. He cometido injusticias con usted, ambos cometimos errores, y lo más prudente es que empecemos de vuelta a conocernos.

Claire recordó que ella había sido insensiblemente injusta con Andrew al profesarle todo tipo de improperios poco dignos de una dama hacia un hombre de tal clase y posición.

Él era muy distinto al mentiroso y ambicioso conde de Granard; se había mostrado persistente y honesto al soportar la malicia que había salido de sus pálidos labios. Por más que fuera un caballero con cierta frialdad en su ser, eso lo atribuía directamente a la antipatía que expresaba hacia el resto de la sociedad. Era tan solo un hombre huraño que debía salir y conocer el mundo, y quizás ella pudiera ayudarlo sin levantar sospechas sobre su propia manera oculta de distenderse.

—Aún tengo mucho que conocer de usted, señorita, pero lo que he visto hasta ahora es un aliciente y un vaticinio para un matrimonio excelente. —Sonrió más confiado mientras le tomaba la mano.

—Emmm...

El carraspeo incómodo de la doncella lo hizo recular en aquel contacto íntimo. No podía engañarse, buscaba tocar de cualquier manera a Claire. A ese paso, terminaría loco. Necesitaba un consejo.

—Amy, ¿puedes llevar bocadillos al salón de música? Le enseñaré a sir Andrew algunas cosas —ordenó Claire.

—Sí, señorita, ahora mismo —respondió la doncella.

Ella se levantó de la banca.

—Sígame, tocaré para usted —lo invitó antes de darle la espalda y encaminarse de vuelta hacia la casa.

Él la siguió mientras pensaba en que disfrutaría de la melodía que esas manos eran capaces de crear. Por más que el incongruente y lascivo comportamiento que había mostrado casi lo arruinara todo, pudo notar que la señorita Baxton no guardaba rencores.

Ambos oyeron cómo el piano comenzaba a sonar en la sala. Dexter estaba inspirado, aún continuaba interpretando variadas melodías. Al escuchar que colocaban la bandeja en la mesita cerca de los sillones, el concertista se dio vuelta y vio a la doncella retirarse y a su prima entrar con el banquero.

—Han regresado muy pronto —expresó con una sonrisa.

En ese instante, Andrew se sintió horrorizado. El primo era idéntico al joven Baxton, o al menos esos gestos, la sonrisa cínica y el tinte oscuro tras él lo eran.

—Quería deleitar al señor Hilton con una pieza clásica e inspiradora —comentó Claire para que se apartara del piano.

—Será un honor quedarme y escuchar cómo exalta sus pasiones hacia el caballero, querida prima —expuso Dexter con una satírica expresión en el rostro que daba a entrever que conocía los sentimientos secretos de la joven—. La música es el puente de todas las pasiones, es bastante jubilosa y un poco peligrosa —añadió al tiempo que se levantaba del taburete.

—Creo que no entiende bien el concepto de “deleite”, primo. La música es magnánima, todos deberían poder disfrutar de ella solo con el ánimo de honrar a los sentidos con las más finas sinfonías —aclaró Claire ante el indecente pensamiento de él.

—Absuélvame si en algún momento especulé algo que difiriera de lo que quiere demostrar a través de las notas. —El joven Baxton sonrió y se dirigió a uno de los sillones para acomodarse—. Siéntese, amigo, el regocijo nos espera. Mi prima es una erudita del arte musical.

Claire estaba molesta por la interrupción de Dexter. Se había invitado a sí mismo y, para colmo, le había insinuado que tenía fervores ocultos por sir Andrew, con lo cual había dejado ver aquel arte como una vulgaridad abrasiva para que los hombres carnales se complacieran.

—Si me disculpan, iré a buscar algunas partituras —indicó con la vista en Andrew—. Por favor siéntese.

Él tomó asiento en un sillón alejado de Dexter mientras veía cómo Claire se retiraba.

El joven se levantó con premura y se sentó junto a Andrew, quien se asustó por aquel acercamiento.

—Sir Andrew Hilton, hombre de negocios y de dudosa reputación, pretende a una Baxton —comentó en tanto se miraba las uñas—. ¡Cuánta candidez de mi adorada prima hacia usted! Si mi querido Helmut estuviera aquí, estoy seguro de que le marcaría la bota en donde termina la espalda.

La mirada de Andrew era de total estupefacción.

—¿Qué dice? —preguntó completamente sorprendido.

—¿A quién le gustaría saber sobre las pasiones de su hermana hacia su prometido? Fui bendecido al no tener hermanas, pero, como no soy Helmut, tenga confianza.

—Dispénseme, pero no lo comprendo.

—Veo que usted no es lo que comentan. Tengo buen ojo para los disolutos de apetito desenfrenado, como mi querido duque de Hamilton —expuso Dexter—. Usted solo fue víctima de su propio olvido, pero tengo la solución a sus problemas.

—A medida que lo escucho, me siento más confundido.

—Mi buen banquero, joven y poderoso. ¿Hace cuánto que no disfruta de la compañía de una fémina? Está reprimido —afirmó el muchacho mientras lo contemplaba con fijeza.

—¿En qué se basa para llegar a semejante conclusión?

—Puedo asegurarlo sin duda con solo verlo. —Sonrió con desfachatez—. Su calza no es capaz de mentir.

El rostro de Andrew se tiñó de rojo por la vergüenza. Miró la prenda, y sí, era incuestionable aquello de lo que hablaba el hostigador Dexter.

—Esa ansiedad latente puede tener una solución, y es algo así como mi prima, pero menos decente. —Estalló en una carcajada—. Excúseme por mi comportamiento, pero soy la oveja negra de la familia. Solo quiero ayudarlo a liberar tensiones.

—Si usted fuera un buen familiar, no estaría proponiéndole al pretendiente de su “adorada prima” que buscara dónde “liberar tensiones” —agregó Andrew con severidad.

—No me malentienda, pero estoy seguro de que una mujer como Claire jamás saciaría a un caballero. Es demasiado recta. Terminará aburriéndose y, luego, buscará alimentar las bajas pasiones en otro lado —enfaticó Dexter.

—Sus fastidiosos comentarios están de más. Le solicito que retire las palabras dichas sobre su prima, que es una mujer decente.

Dexter no tenía más expresión que el cinismo. Constantemente demostraba su descaro y su ser disoluto.

—Estaré para servirle siempre que desee diversión. Sé dónde hallarla —continuó con indecencia.

—No estoy interesado —refutó con absoluta seguridad.

—¡Prince no ha hecho un buen trabajo! —se burló al regresar al piano e interpretar una demente pieza.

Solo por el señor Baxton y la señorita Claire, no se cuestionaba el hecho de pertenecer a aquel círculo poco selecto de familiares. Dexter ocultaba cosas detrás de ese comportamiento poco sociable. Se notaba que amenazaba de manera constante la tranquilidad de la familia. Quizás pudiera averiguar qué pretendía aquel pariente.

—Futuro primo, hablemos sobre mi hermano. ¿Qué sabe sobre él? —preguntó Dexter mientras continuaba tocando el piano.

CAPÍTULO 18

Enfurecida, pero sin hacerlo evidente en el rostro, Claire tocó la puerta del despacho de su padre.

—Adelante —rugió la voz del otro lado.

Ella entró e hizo una reverencia.

—Claire querida, supongo que vienes por tu primo.

—Está en lo correcto. Todavía no se ha ido —comentó.

—No.

—¿Por qué? —preguntó con más ímpetu del necesario.

—Porque me ha pedido cobijo, y no se lo puedo negar.

—¡Pero si tiene dinero, es un conde!

—Tu primo está siendo amenazado de muerte. No nos queda más opción que ayudarlo a seguir con vida. Si a él lo matan, tu hermano heredará el título de conde de Inverness, al igual que los peligros que al parecer trae consigo —enfaticó Charles—. Helmut podría ser víctima de alguien sin escrúpulos, por lo que es mejor mantener con vida a Dexter para que tu hermano continúe tranquilo.

—Pero... ¿y el suicidio de Dante? —inquirió Claire pasmada.

—Parece ser que fue un asesinato, querida. Me temo que, por esos motivos, tendrás que soportar a tu primo aquí.

La muchacha sintió el alma descender hasta el infierno. Soportar a ese pendenciero familiar por cuidar la vida de Helmut tendría que valer la pena.

—Esas son las razones por las que debemos tolerar a tu primo.

—¿Y si solo le asignamos escoltas? —preguntó Claire nerviosa mientras se estrujaba las manos.

—Nadie se animaría a atacarlo aquí, ni tampoco a tu hermano. Es mejor que se quede.

—Debía intentarlo —se dio por vencida con una sonrisa—. Pero deberá ponerle las cosas claras sobre quiénes mandan aquí. ¡Está usando mi piano! Iba a tocar una pieza para sir Andrew, pero él no se movió del salón.

—¿Y dónde está él ahora?

—Con Dexter.

—Perderás a otro pretendiente si lo dejas mucho tiempo con tu primo. No es muy decente, y sir Andrew es alguien que no ha de encajar muy bien con una persona tan conversadora. Si no quieres que te lo espante, ve a salvarlo.

Un chillido salió de entre los labios de la asustada Claire. No quería volver a pasar por aquel momento lamentable de ser abandonada.

Se agarró la falda para dedicarle un saludo a su padre y luego salió con rapidez. Debía ir más despacio o caería y se quebraría algún hueso.

* * *

—También tengo mi dinero en su banco, pero no quiero que junte mi fortuna con la de mi hermano —afirmó Dexter.

—Si su hermano ya no está, y usted es el nuevo conde, lo mejor es unir ambas cuentas, ya que le pertenecen a lord Inverness —sugirió Andrew.

—¡Lord Inverness! ¡Suena agotador! —gruñó al tiempo que golpeaba las teclas del piano para luego levantarse con presteza—. Pero me consuela saber que no lo seré durante mucho tiempo. —Sonrió guasón.

—Usted es joven.

—Ser joven no asegura una larga vida. Lo único que tengo que hacer es engendrar a alguien que lleve el título. Es penoso, ¿no? —comentó, pero sin la misma sonrisa ni el rostro cínico, sino más bien preocupado—. Seré honesto con usted, vine aquí para buscar una esposa, y no cualquiera, pero bueno... Usted se adelantó.

Andrew sintió que el corazón se le había detenido. No era lo mismo suponer que tenerlo por seguro. Él iba a replicar, pero Dexter continuó.

—¡No se preocupe, seguro mi prima tiene amigas! —musitó al observar que la muchacha entraba al salón—. ¿No es así, Claire? —preguntó en tanto la miraba.

—¿Qué cosa? —contestó confundida.

—Le estaba diciendo a mi querido amigo sir Andrew —Dexter sonrió al ver el ceño fruncido del invitado ante la palabra “amigo”— que usted tiene conocidas entre las que puedo elegir una esposa.

¿Sus amigas? ¡No, claro que no! Pobres, la vida no les sonreía, y menos lo haría al lado de su primo.

—Oh, sí, por supuesto —mintió.

—¿Y tus partituras? —interrogó Dexter con la sospecha de que ella había ido a buscar la manera de deshacerse de él.

—Recordé que las tenía aquí —volvió a mentir. Si aquel primo se quedaba un año en esa casa, se convertiría en una mentirosa compulsiva.

—No se preocupe, señorita Baxton —dijo Andrew mientras se levantaba del sillón para acercarse a ella—. Me deleitará en otra ocasión más propicia.

—Señor, ¿usted ya se retira? —preguntó preocupada por lo que pudiera haberle dicho aquel bocón.

—Pasaré un momento junto a su padre y luego me iré. Regresaré pronto. —Le tomó la mano y la besó, no sin cierta incomodidad, pues el primo no parecía darse cuenta de que estaba de sobra en aquel momento.

—Entonces, lo esperaré. —Lo reverenció con una sonrisa.

—Con permiso —se despidió de Dexter con una inclinación de cabeza que el caballero correspondió.

Al ver que Andrew se retiraba, el rostro del joven Baxton volvió a tornarse cínico.

—Supongo que estropeé su momento mágico —se burló.

Ella le dio la espalda con rapidez y se acercó a cerrar el piano.

—Este piano es mío. Si quiere usarlo, deberá pedir permiso —le advirtió Claire con enojo.

—¿Por qué tanta malicia? —chasqueó—. No seas egoísta, prima. Ya que compartiremos este piano, te invito a que toquemos una pieza juntos. También soy magnífico en la música, es mi arte.

—¡Petulante! —masculló enojada.

—Aprendamos a llevarnos bien.

—¿Llevarme bien con usted? No estoy interesada en eso. Solo lo tolero porque mi padre tiene una generosidad incansable, a pesar de que usted es un paria y una mala influencia para alguien decente como yo.

El joven se acercó y la tomó con fuerza de los hombros.

—Escúchame, Claire, tu decencia es tan transparente como un charco de lodo. Las señoritas recatadas no andan por la madrugada en clubes, ni llegan inconscientes a su residencia en brazos de un hombre como el Diablo. Piénsalo, prima...

El rostro de la muchacha estaba pálido como una nube. ¿Cómo sabía Dexter aquello?

—¡Quita esa cara! —expresó mientras golpeaba con cuidado y varias veces el brazo de Claire, que parecía ida—. Yo sugeriría que esa clase de damas hicieran revisar si su virginidad está intacta. No sea que le vayan a vender al prometido gato por liebre.

—Yo...

—¡Usted no tiene nada que ver con esa calaña de mujeres, prima! —se mofó—. Creo que ahora la he convencido de que el ladrón juzga por su condición. Amo la falsa moral, y la suya me resulta tan refrescante.

Ella quería que se la tragara la tierra.

—¡Cállese si no quiere que...!

—¿“Si no quiere que lo mate”? ¡Bah! Eso es trillado, si ya estoy huyendo de la muerte. Le juro no abrir el pico si usted me ayuda a conseguir una mujer decente como esposa. Muy a mi pesar, le repito que quiero terminar la obligación que tengo y luego morir tranquilo —se sinceró—. Sin desperdicios, prima. Helmut estará más seguro si yo me mantengo con vida y con un heredero en camino.

—¡Está chantajeándome!

—¡Corrección! Estamos negociando. No hablo, y usted me ayuda. El beneficio es mutuo. Ah, y otra cosa, lo de su virginidad lo dije solo para martirizarla. —Se carcajeó y la dejó sola.

El futuro de Claire pendía de un hilo. No debía perder el cortejo con sir Andrew fuera como fuera. De lo contrario, quedaría soltera de por vida.

—No vas a echar a perder todo, Dexter, no lo harás —masculló con los puños cerrados en tanto se hundía las uñas en la piel. Estaba decidida a que no le arruinaran el futuro. Era una pena por Angel o Constance, pero una de ellas debería resolver el problema.

—Y otra cosa: invité a sir Andrew a la misa por el alma de Dante. Creo que la acompañará —contó y se retiró.

* * *

Pensativo y preocupado por las palabras del primo raro de Claire, Andrew no sabía qué pensar de él. Por momentos, parecía agresivo e impulsivo, y luego, una mera víctima de las circunstancias de ser heredero de aquel fallecido hermano.

En cualquier caso, él se prepararía. Esa vez haría las cosas bien: pediría la mano de la señorita Claire de manera formal y se iría de viaje. No más sorpresas desagradables, como Granard o ese primo incestuoso.

Golpeó la puerta del despacho de su futuro suegro. Cómo se relajaba en aquel oasis al escuchar a alguien tan inteligente y preparado como el señor Baxton, todo un innovador.

—¡Adelante! —invitó Charles.

—Con permiso, señor —dijo Andrew con medio cuerpo dentro.

—¡Pasa, hijo, por favor, siéntate! —lo recibió entusiasmado—. Te mostraré los nuevos acuerdos que he hecho. Serán muy fructíferos.

—Me encantaría ver esos convenios —correspondió Andrew—, pero primero hablemos de su hija. No voy a andarme con rodeos, señor Baxton. Conoce, incluso más que yo mismo, mi interés en una alianza. Así, más que lazos de negocios, tendríamos un vínculo familiar.

—Soy consciente de ello. Nada me haría más feliz que convertirlo en mi hijo —respondió el señor Baxton.

—He de decirle que portaría el título con todo honor. Mi admiración por usted es enorme —confesó sonriente—. Y mi cariño por su hija ha aumentado, por lo que quiero desposarla. Con esto, estoy seguro de que entiende que mis intenciones son las mejores. Le reiteraré lo que le ofrezco a su hija: un nombre, una casa para dirigir, recursos económicos sin límites y una familia. Creo que eso es elemental para un excelente matrimonio.

—No me cabe duda de que usted podrá enamorar a mi hija y ella a usted. Solo deben conocerse mejor.

—Su hija tendrá todas mis atenciones, no le faltará nada en absoluto, se lo prometo.

—Pues... tiene mi bendición para casarse con ella.

—Al fin puedo estar tranquilo. Podré ir a mi viaje con la seguridad de que nadie vendrá a solicitar la mano de su hija, cosa que resultó muy desafortunada la última vez que me vi obligado a irme.

—No se preocupe, esta vez será diferente —aseguró.

—¿Entonces puedo anunciar el compromiso? —preguntó animoso.

—Claro que puede hacerlo cuando guste. Sea bienvenido a los Baxton. —Charles se levantó y abrió los brazos hacia Andrew para abrazarlo.

El joven banquero hizo lo mismo y correspondió el fraternal apretón del suegro. Lo único que no le agradaba era ganarse un hermano y un primo.

* * *

Después de tres días, Andrew realizó la publicación del compromiso. En tres meses, serían marido y mujer.

—¡Claire! ¡Claire! —gritaba su madre al tiempo que subía las escaleras con el periódico que le había arrebatado a su esposo—. ¡Despierta, que tu prometido vendrá a buscarte para ir a la misa de tu primo!

—Es mi pretendiente, madre —corrigió mientras la doncella le colocaba el corsé—. Ya estoy casi lista... Amy, ¿acaso quieres matarme? ¡Me estás dejando sin aire! Rezaremos por mi primo, no iremos a mi velorio.

—¡Mira esto! —dijo la señora Baxton al colocar el periódico frente a la cara de Claire. Ella lo tomó y lo leyó. ¡Oh, qué bien, era definitivo!

—¡Estoy comprometida! ¿Estoy comprometida? No recuerdo que este caballero me haya pedido matrimonio —reflexionó con los brazos cruzados.

—Pues lo habló directamente con tu padre, son íntimos.

—¡Amy, afloja este corsé porque necesito respirar! —reclamó enojada—. ¡Pero ni me lo pidió! No tengo ningún anillo.

—Eso está solucionado, cariño —respondió su madre con un pequeño paquete en la mano—. ¡Esto acaba de llegar con esta edición del periódico!

Claire no podía creerlo. ¿Ese hombre que ni siquiera era capaz de ofrecerle una sortija en persona sería su esposo? Bueno... Peor era nada.

Tomó de mala gana la pequeña caja y la abrió.

Las tres mujeres casi cayeron muertas ante el tamaño de la piedra.

—Es... es... —A Claire no le salían las palabras. ¡Era maravilloso! Observó el zafiro con unos pequeños diamantes—. Es increíblemente bonito. Lo que no tiene de educación, lo compensa con buen gusto —declaró mientras apoyaba el anillo sobre la mesita de noche y continuaba buscando las partes faltantes del atuendo.

Jamás diría que estaba impresionada por el regalo. Prefería fingir desinterés y sostener que lo merecía, aunque por dentro quería gritar era lo más bello que había visto, si bien también lo más frío.

—Póntelo —mandó su madre.

—¿Sobre el guante? No sea impaciente. Ahora, déjeme terminar de arreglarme, que mi prometido no tarda en venir —solicitó con sorna.

* * *

Andrew y Prince se preparaban para salir. Irían por separado al acontecimiento.

—Gracias a ti, seguro que la futura lady Hilton debe de estar contenta —aventuró Andrew mientras daba una palmada en la espalda a su amigo.

—Claro. Solo te dije que tenías que darle un anillo porque lo habías olvidado —respondió—. Te sugiero que no veas el comprobante, puede ser un poco chocante.

—Es demasiada burocracia para conseguir una prometida. Además, confío en tus gustos para esas cosas, ya que eres bueno para seducir damas. No me había acordado del anillo porque estaba ocupado en el banco, donde averiguaba sobre las finanzas de tu amigo Dexter y sobre los extraños desembolsos que ha estado realizando.

—El muchacho no esconde nada, déjalo en paz —sugirió Prince.

—Y más extraños me resultaron sus ingresos.

—Deja eso, no es competencia para ti. Ya atrapaste a tu señorita Baxton.

—Es cierto. ¿Crees que debería arreglar la mansión en estos meses antes de casarme?

—No, para eso estará tu ama de llaves, digo tu esposa —replicó sarcástico.

—Siento tu veneno. No soy tan cruel.

—Sí, claro —le dijo con aún más cinismo.

—Basta... Sube a tu carruaje y vete.

Prince partió sin dilación hacia las afueras de Londres, a las tierras del conde de Inverness, mientras que Andrew pasaría por Claire para acompañarla.

* * *

Ya estaban listos y a la espera del flamante prometido. Claire no había dejado de ser observada con mucha entereza por los criados que, curiosos, deseaban admirar el anillo.

—¿Acaso piensas comerte mi dedo, Amy? —preguntó a la doncella.

—Disculpe, señorita, pero es tan hermoso. ¡Ahí viene su prometido!

Claire miró al elegante caballero vestido de negro que bajaba del carruaje. Se veía apuesto con el sombrero y el bastón. De cierto modo, el enojo que sentía hacia él fue desapareciendo con calma.

—Buen día, señorita Baxton —saludó antes de besar la mano en la que llevaba el anillo. Sí, Prince se había lucido con aquella joya de compromiso—. Ese precioso zafiro podría dejarme ciego.

—Debe agradecerse a mi prometido fantasma. Hoy me enteré de que estaba comprometida —reclamó con amabilidad.

—Disculpe, mi querida, pero, como siempre me ha dicho que esas cuestiones debía verlas con su padre, no hice más que acatar sus órdenes —respondió sugerente.

Ella lo tomó del brazo y caminó con él hacia el carruaje. La doncella avanzaba tras ellos.

Él la ayudó a subir, pero, antes de terminar de meterse en la carroza, ella se quedó quieta y lo observó.

—Sir Andrew, si va a comprometerse, debería contárselo a la dama en cuestión, pues es la más interesada, ¿no lo cree?

—¿Me perdona si efectúo la pregunta ahora?

—No sé de qué serviría, pero lo escucho —contestó mientras entraba al coche.

Andrew subió y se sentó frente a ella.

—Señorita Claire Baxton, ¿acepta casarse conmigo?

—Mi respuesta está en el periódico de hoy. Cómprelo y léalo —respondió sonriente.

CAPÍTULO 19

El viaje hasta la finca de Inverness no era muy largo, y la compañía en el carruaje no hablaba demasiado, solo sonreía.

—¿Puedo saber el motivo de su sonrisa, sir Andrew?—preguntó Claire con la intención de participar de aquella gracia.

—Usted. Decirme que compre el periódico para ver su respuesta fue un comentario ganador —confesó—. Tiene un poderoso sentido del humor.

Claire se sonrojó al escuchar aquellas palabras. Nunca la habían considerado graciosa. Por el contrario, siempre había carecido de jocosidad, pues no era esperable que una dama casadera tuviera ese tipo de réplicas. La joven se sintió en la necesidad de comentar algo sobre sus habilidades para llevar un hogar y mantener una economía saludable para el futuro esposo.

—Yo... —iba a replicar la joven cuando sintieron un golpe brusco en el carruaje, y ella fue a parar directamente a los brazos de él.

La doncella se había sostenido del respaldo, y Andrew se aferró al asiento con tranquilidad mientras Claire caía sobre su pecho. Ella tenía las piernas abiertas sobre el regazo de él, por lo que se le podían ver las medias, y el cabello se le había desacomodado por la fuerza con la que había sido arrojada.

Respiraba con dificultad. Estaba sobre un hombre, sujeta de aquel fuerte pecho y con unas extrañas sensaciones en el cuerpo.

Otro movimiento brusco hizo que Andrew tuviera que sostener a Claire de la cadera, cosa que, al minuto, lo excitó.

Aquello era producto de que una mujer le hubiera mostrado las medias y le hubiera tocado el pecho despeinado. Surgía otra manera de ver a la señorita Baxton que era de lo más excitante. Estar casado con ella le traería interesantes beneficios a su anatomía.

El carruaje se había quedado definitivamente recostado de un lado, y Claire respiraba con dificultad mientras sentía el aliento de Andrew en el cuello. Era una situación deliciosamente pecaminosa nunca antes experimentada.

—Ya estamos prometidos —insinuó Andrew para que ella recordara lo que le había dicho con respecto al beso.

—Lo sé, ¿qué quiere decir con eso?

—Que ya tengo permitido besarla —explicó mientras se acercaba a la boca de la muchacha.

Pegó los labios a los de ella con dolorosa lentitud. El sabor del brandy de Andrew y del lápiz labial de Claire conformaron una combinación poderosa. Las respiraciones entremezcladas por el susto y la excitación fueron sofocantes. Ambos, al parecer, buscaban llenar los pulmones, pero con el aire del otro.

Claire se dejó besar a la vez que le seguía el paso con torpeza, pero con gran disfrute. Sentía que el corazón le saltaba del pecho mientras la piel se le ponía de gallina y eléctricas sensaciones y fuertes oleadas de calor le recorrían la columna.

Andrew hacía años que no acariciaba otros labios con los propios. Había olvidado por completo lo que significaba ese contacto íntimo. Besar a aquella correcta señorita era como un fetiche. Al imaginar toda esa rectitud en la cama, la excitación se le encendió aún más.

Distintas impresiones los embargaban con intensidad. Andrew apretó con fuerza la cadera de Claire con la mano para presionarla más contra su propio cuerpo. Ella abrió los ojos como platos por la sorpresa, pero hizo caso omiso a la voz de la conciencia, que le indicaba que se detuviera. Colocó los brazos alrededor del cuello de Andrew, y continuaron besándose con avidez.

—¡Señor! —gritó escandalizada Amy al ver que el caballero estaba casi devorándose a la señorita.

Aquel chillido les recordó que no estaban solos y sofocó la pasión del momento.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó la doncella al ver que Claire se alejaba con la respiración muy agitada y se acomodaba la ropa sin perder a Andrew de vista—. ¡Voy a acusarlo con la señora Baxton! —amenazó la criada en tanto abría el carruaje.

—¡Espere! —exclamó Andrew para que la doncella no se fuera—. ¿Cuánto?

—¿Cuánto qué? —preguntó confundida.

—Por su silencio.

—¡Mi silencio! ¿Está intentando comprar mi conciencia? Tengo órdenes de cuidar a la señorita Baxton, y denunciarlo por aprovechador es parte de mi trabajo.

—Estoy intentando comprar su silencio, no su conciencia. Esa es un poco más cara que la lengua —expresó el caballero mientras buscaba unas monedas en el bolsillo.

Claire no decía ni una palabra. La intención de Andrew de comprar la circunspección de Amy la había sorprendido, pero que confesara de manera abierta tal plan resultaba más increíble todavía.

—Ni siquiera busque el dinero. No voy a perder mi trabajo por unas simples monedas —contestó la doncella.

—¿Cómo es su nombre? —le preguntó él.

—Amy.

—Bien, Amy, ¿usted quiere ver comprometida la reputación de su señorita por un chisme como ese? Imagine que se lo cuenta a la señora Baxton y que, por accidente, alguien inescrupuloso las escucha... Podría verse afectado el nombre de mi futura esposa. Espero que piense bien en lo que está en juego —planteó—. Cabe destacar que usted permanecerá con la señorita Baxton cuando se case conmigo. Es mejor que empecemos nuestra convivencia con el pie derecho.

La doncella miró a Claire, quien asintió para que aceptara el trato.

—Lo hago por mi señorita, no por su dinero. Guárdelo —ordenó antes de salir del carruaje y dejarlos a solas.

—¿La ayudo? —preguntó Andrew dispuesto a socorrerla para sacarla del carruaje recostado.

—Por favor —contestó mientras le ofrecía la mano.

Él la tomó con suavidad y tiró con delicadeza para llevarla fuera.

—¿Se encuentran bien, señor? —investigó el cochero.

—Estamos bien. ¿Qué sucedió?

—Caímos en un hoyo profundo, y es probable que la rueda se haya roto.

—Eso es bastante inoportuno —acotó frustrado—. Evalúa los daños y, si hay que reparar la rueda, toma uno de los caballos y ve al pueblo más cercano. Mientras tanto, buscaré un refugio para la señorita Baxton. Si viene algún carruaje, podemos pedirles que nos acerquen a algún lugar.

—Sí, señor Hilton —obedeció el hombre.

—¿Trajo sombrilla, señorita?

—Sombrero y sombrilla —contestó con serenidad.

—Pues las tomaremos y buscaremos un sitio donde no nos dé el sol —decidió el caballero.

Era una fortuna que nunca dejara de llevar tales objetos. Siempre había sido una mujer muy precavida y sabía que de algo le serviría alguna vez. Claire extrajo sus pertenencias del carruaje y tomó el brazo de su prometido. No tuvieron que caminar demasiado gracias a que una sombra tupida se extendía cerca de una pradera en la ladera del camino.

Andrew buscó con la mirada un lugar donde pudieran sentarse, pero no halló ninguno.

La dama se alejó y cerró los ojos mientras sentía la brisa calurosa de la mañana.

—No se preocupe —lo tranquilizó Claire—. Aquí tengo una tela lo bastante grande para que los dos nos sentemos. No queremos dañar nuestras prendas, ¿verdad?

Tras aquellas palabras, extendió el lienzo y se sentó. Andrew se acercó a ella con lentitud para acompañarla.

—Esto me recuerda a cuando usted estaba en su jardín —comentó.

Ella se sonrojó con rapidez. También recordaba ese momento. Había sido una de las veces en que le había dicho que la pretendía como esposa.

—Desde ese momento, ha cumplido su cometido.

—Señorita Baxton, siempre he sido un hombre decidido y fiel a mis convicciones. Quien persevera, triunfa —comentó con una sonrisa.

Amy turnaba la mirada entre el carruaje y los recién prometidos. No se fiaba de las intenciones del apuesto sir Andrew para con la señorita Baxton. En algún momento, había pensado que lidiar con un banquero tímido sería fácil, pero no había resultado así. Le esperaban tres largos meses en los que se vería obligada a salvaguardar la integridad de su señorita.

El silencio se había apoderado otra vez de ambos. Ninguno se animaba a comentar sobre el beso.

—Gracias —dijo Claire para romper la quietud.

—¿Por qué? —preguntó él confundido.

—Por cuidar de mi reputación.

—Es lo menos que puedo hacer después de haberme excedido con usted —contestó en tanto intentaba que ella no lo tomara como un libidinoso—. Le prometo que no volverá a ocurrir.

¿Que no volvería a ocurrir? ¿Podía aquella afirmación producirle la frustración que sentía? A lo mejor, sir Andrew pensaba que ella era una mujer ligera, o peor, que no le había gustado el beso.

—Es una sabia decisión. No es correcto que algo así vuelva a darse —apoyó Claire con expresión de molestia.

—Será como usted disponga. —El hombre sonrió e inclinó la cabeza hacia ella.

“Otra vez, otro error”, pensó al verla enfadada, porque en verdad se veía molesta, y estaba seguro de que era por haberse tomado aquellas libertades. Tenía la capacidad única de arruinarlo todo, pero al menos aquello lo había arrancado de las fantasías con respecto a los modales de la señorita Baxton. El sabor a inexperiencia de la joven, así como la sorpresa e indecisión que había mostrado, lo hacían sentir como si estuviera de cacería tras una presa.

—¡Señorita, sir Andrew! —gritó la doncella, que caminaba con rapidez hacia ellos—. ¡Un carruaje viene hacia acá!

—Eso es bueno. —Claire sonrió y quiso levantarse sola, pero Andrew le ofreció la mano para que la tomara.

—La ayudaré, señorita.

—Gracias —dijo ella sin mirarlo al rostro.

Se sentía enojada por la actitud de él. No era una profesional de los besos, así que era normal que a él no le hubiera gustado, pero seguía siendo muy frustrante. Sin embargo, estaba la otra cara de la moneda: que él hubiera malinterpretado el momento en que se había dejado llevar por la mujer descarada que llevaba dentro.

El hombre solo había querido besarla con simpleza, y ella había abusado de la buena fortuna para probar un beso que resultó apasionado y lleno de promesas. Solo que debía entender una cosa que el banquero había sido demasiado sutil para decirle: con las palabras “no volverá a ocurrir”, él debía haber querido indicarle que se comportara como una dama.

Llena de vergüenza por ese pensamiento, aceleró el paso hasta colocarse cerca de la doncella y así soltarse con agilidad de él.

Aquella actitud había dejado a Andrew de pie allí, solo, en tanto observaba la tela en la que habían estado sentados.

Recogió el paño, lo dobló y luego se lo guardó en el bolsillo del saco. A ese paso, se convertiría en un coleccionista de los objetos de su futura esposa sin que ella lo supiera.

—Es una pena que tu carruaje se haya accidentado, prima —insinuó Dexter al sacar la cabeza del coche.

Andrew los alcanzó y vio que el muchacho estaba hablándole a Claire. Todos los sentidos del banquero se colocaron en alerta, por lo que se acercó y, sin más que decir, agarró a la joven de la cintura con suavidad.

—Milord —saludó Andrew de modo educado.

El corazón de Claire galopaba incansable ante el contacto caluroso de su prometido. ¿Cuánto más ardor podía generar aquel hombre de hielo?

—¿Los llevo? —preguntó Dexter—. Mis tíos se fueron por otro camino. Este es un poco peligroso, pero me trae recuerdos, así que vine por aquí. Es una suerte, ¿no es así?

—Nuestro cochero fue a reparar la rueda; quizás vuelva pronto —contestó Andrew.

—Tardará bastante, pues es pesada y el caballo del tiro iba incómodo; lo vi de camino. Piense en este sol abrasador y en la piel de porcelana de mi querida prima.

Andrew Hilton no era un hombre violento, pero la ocasión hacía al ladrón, y aquel primo era tan cínico y descarado que necesitaba una lección. No le sorprendía que aquel sujeto estuviera al borde de la muerte. Era una verdadera lástima que no hubieran cumplido ya con el objetivo de hacerlo desaparecer.

—Por la señorita Baxton, iremos con usted —decidió.

Los tres subieron al carruaje y fueron con Dexter hasta la finca. El joven los observaba de reojo: uno sentado al lado del otro: la doncella, Claire y su prometido. A ninguno le caía bien, pero ¿qué más daba?, su oficio era ser odiado.

El carruaje se detuvo, y fueron bajando con tranquilidad.

—Esa es la capilla de Inverness, un lugar donde nunca entro —confesó con una sonrisa.

—Eso lo podemos notar —dijo mordaz Andrew sin poder resistirse.

—Nunca tienes el placer de deleitar al Señor con tu presencia. Bienvenidos a mi humilde morada —habló una voz desconocida.

—Claire, ¿recuerdas al primo Patrick? —preguntó Dexter mientras señalaba al hombre que estaba tras ellos con prendas de oficio.

—Era muy pequeña cuando lo vi por última vez —respondió—. Es un gusto volver a verlo —saludó al tiempo que le ofrecía la mano para que la besara.

—Sea bienvenida, prima, y también su prometido. Esta mañana hemos desayunado con la flamante noticia de su compromiso —comentó al recibirla en tanto miraba a Andrew con desaprobación.

—Gracias —contestó con sequedad el caballero al ver que el hombre tenía el mismo porte que el hermano de Claire. Al parecer, todos en esa familia eran iguales.

Otro carruaje se posicionó frente a la capilla. De él, bajó la corpulenta figura del duque de Hamilton, que, con una amable sonrisa, se acercó a todos.

—Es un placer saludarlos a todos —señaló Prince mientras se aproximaba a Claire—. Mis felicitaciones por el compromiso con mi amigo sir Andrew. Bonita joya, lo que evidencia un gusto exquisito por parte de su prometido.

Él tomó la mano de la dama, quien no quería ser saludada por ese paria que había aparecido allí en tanto alegaba ser amigo de Andrew Hilton.

—Ser clérigo te sienta bien, Patrick —se burló Prince.

—Es gratificante que haya venido, excelencia. El sermón de hoy será como un indulto a su alma —replicó.

—Bien, bien, échanos mucha agua bendita, a ver si cambiamos. Pasemos, que nuestros tíos están esperándonos.

Entraron a la capilla, se sentaron en la primera fila y se dispusieron a escuchar.

—Estamos aquí reunidos los amigos y familiares de Dante Baxton, al que muchos recordaremos por su carácter noble y correcto, ceñido siempre a la moral y las buenas costumbres. Un Baxton generoso, buen amigo y hermano, juicioso con sus empleados y arrendatarios. Jamás se dejó llevar por el camino del pecado y la perdición por el que muchos transitan...

—¿Crees que lo dice por mí? —preguntó Prince a Dexter.

—Estoy seguro de que es una indirecta para mí —le respondió.

El señor Baxton los observó con desaprobación para que se callaran.

—Aquí no solo elevaremos nuestras oraciones por el alma de nuestro querido Dante, quien rogamos que haya ingresado dentro de los jardines del Señor, sino también por Dexter, que ha quedado con la pesada carga del título, para que se maneje con inteligencia y transite el camino de la salvación.

El sermón duró dos largas y agobiantes horas para todos, en especial para Dexter y su amigo, el duque de Hamilton. El clérigo no se había reservado ningún tipo de comentario sobre la corrección del camino del joven Baxton.

Al salir del recinto, Claire fue abordada por su primo Patrick.

—Mi querida, ¿me permite unas palabras?

—Claro. Aprovecho para felicitarlo por su sermón.

—Muchas gracias. Sé que tu matrimonio está por concretarse y quería darte algunos consejos para la santidad de tu unión.

La muchacha entregó una sonrisa nerviosa a aquel primo. Lo último que en realidad quería era un enlace santo, deseaba uno en el que ella pudiera tener un poco de libertad.

CAPÍTULO 20

—Sobre tu prometido, tengo mis reservas —opinó Patrick—. Sir Andrew no es una mala persona, solo un poco asocial —justificó.

—No entiendo cómo mi tío pudo comprometer a su única hija con un hombre del cual se rumorea que tiene pactos con Satanás para obtener riquezas.

—Ese rumor es nuevo —comentó nerviosa.

—Para ti es nuevo, porque acabas de conocerlo, pero ya es algo que hace tiempo se comenta. El caballero te lleva una ligera ventaja de edad y te supera por demás en experiencia.

—¿Y eso qué tiene? Es normal que los hombres tengan un poco más de recorrido que las damas.

—Querida, su experiencia hará que tú tengas que responder como una esposa obediente a sus lujuriosas y pervertidas intenciones, y debes recordar cómo son las costumbres santificadas.

El rostro de la joven ardió ante la vergüenza. Además, ella esperaba un poco de esas “lujuriosas y pervertidas atenciones” por parte del banquero y rezaba por que, en su matrimonio, pudieran llevarse bien.

Estaba ansiosa por saber qué se sentía ser una mujer completa, conocer lo que era la vida en la cama. Su madre no le había contado aún lo que debería hacer en la noche de bodas, aunque sabía lo básico: acostarse, subir las faldas, abrir las piernas y soportar. Al menos eso era lo que comentaban las viudas del club sobre el matrimonio.

—Recuerda que, como una verdadera mujer de religión, debes someterte al coito solo para tener hijos —aconsejó Patrick.

Los ojos de Claire se abrieron en demasía ante la impresión que le había causado la advertencia.

—Las mujeres lujuriosas arden en el averno, Claire, recuérdalo. El sexo debe producirse solo con fines reproductivos.

—Disculpa, Patrick, pero no he hablado de esto con mi madre y no tengo la intención de debatir sobre estas cuestiones, por más que sea un vicario.

—Solo cumplo con mi obligación como encargado de la rectoría. Los Baxton siempre se han guiado por los correctos preceptos religiosos.

—Lo comprendo a la perfección. Si me disculpa, iré junto a mi madre.

—Vaya, querida. Ahora debo aconsejar a su prometido.

Claire caminó con premura hacia su madre, pero no dejaba de observar a Patrick, que fue hasta donde Andrew conversaba con el duque de Hamilton.

—Ahí viene el autodenominado “emisario de Dios” —se burló Prince—. Puede ser todo lo religioso que quiera, pero sé que me odia.

—No sé por qué, pero creo que tampoco le agrado.

—Caballeros —saludó—. Disculpe si me dirijo en esta ocasión solo al señor Hilton.

—Estoy complacido de que no intente hablarme a mí. —Sonrió y se alejó de ambos.

Patrick miró al elegante caballero que desposaría a su prima.

—Un hombre que ni siquiera sabe montar y tiene una dudosa reputación es quien desposará a la única mujer Baxton —murmuró con cierto desprecio—. Es una pena que mi tío haya tomado tan pésima decisión, pero debo aceptarlo.

—Me agrada su honestidad, aunque me parece una falta de respeto dirigirse a una persona que usted no conoce de esa manera. Son solo rumores los que corren acerca de mi ocupada vida.

—Después de llevar aquella existencia impía de prostitutas junto a un condenado al infierno como es su amigo, no creo que sean rumores y, más bien, sospecho que usted y él son los amos de aquel lugar de perdición en Londres —acusó Patrick.

—Tengo muchos negocios, pero mis fuentes son honestas. Cabe resaltar que el club Inferno, al cual nunca he asistido, es solo de mi querido duque. No tengo ningún vínculo, ni económico, ni moral, con aquel sitio.

—No le creo, pero le advierto que ese antro de pecado tiene sus días contados... aunque eso no viene al caso de lo que quiero hablarle.

Andrew sacó un reloj del pequeño bolsillo del chaleco.

—Hable —masculó con impaciencia.

—Se trata de sus libidinosas intenciones para con mi prima. Ella es una dama de religión, por lo que deberá tratarla como tal y no intentar arrastrarla a su mundo de pecado y degeneración.

—¿A qué se refiere?

—Ella es pura de cuerpo y alma. No intente corromper sus pensamientos con su indecorosa actitud y recuerde que el coito debe llevarse a cabo solo con fines de herencia. Consulte su fecha cada vez que le plazca para tener un heredero a la brevedad y no intente hacer pecar a mi prima con la lujuria que usted arrastra desde la juventud. Ella es una dama, no lo olvide.

—Eso no es de su incumbencia, Patrick. La señorita Baxton será mi esposa y responderá como tal. Será respetada en todos los sentidos. No la obligaría a nada.

—Es una advertencia: no intente inducirla a su mundo oscuro e impío —enfaticó.

—Creo que hemos hablado lo suficiente. La señorita Baxton y yo debemos regresar a Londres —declaró Andrew para tratar de escapar aquel hombre.

—Fue un placer. Dios se apiade de su alma —concluyó el vicario antes de dejarlo ir.

Andrew transformó las manos en puños. ¿Quién se había creído aquel hombre para opinar de ese modo y acusarlo de ser el dueño de Inferno?

Él quería tener a Claire de todas las maneras que la libido le permitiera. Sin embargo, le quedaba la duda de si ella estaría dispuesta a hacer realidad esas fantasías.

* * *

—¿Está bien? —preguntó Claire al ver distante a su prometido una vez dentro del carruaje de regreso.

—Estoy bien, señorita, solo meditaba sobre la religión.

—¿Usted asiste a la iglesia? Mi familia y yo vamos con regularidad.

—Con suerte recuerdo que Dios existe. Mis ocupaciones son muchas, y mis descansos, pocos —recordó.

—Su vida espiritual está un poco descuidada —opinó la joven—. Quizás, cuando nos casemos, asistamos juntos. Siempre es importante mantener el espíritu liviano.

—Estoy de acuerdo. Creo que tendremos más tiempo para eso cuando estemos casados.

Ella sonrió al ver que él estaba dispuesto a compartir la costumbre de la misa junto a ella.

Después del viaje y de haber recuperado el carruaje, Andrew tomó a Claire de la mano para ayudarla a bajar.

Aquel contacto hizo que ambos se miraran directo a los ojos. Se sentía la tensión por la implícita caricia que él le hacía mientras la tomaba. Era suave, delicada y muy discreta, lo que hizo que Claire respirara de modo acelerado.

—Espero volver a verla pronto, señorita Baxton —murmuró para despedirse.

—Podríamos pasear por el parque mañana —comentó esperanzada Claire.

—Tengo un viaje de negocios. Volveré en unas semanas.

—Oh, claro, lo olvidaba, es usted un hombre muy ocupado —opinó decepcionada.

Él se acercó a ella con rapidez hasta colocarse frente a frente. Aquel acercamiento denotaba cuán alto era. La mirada de él descendió hasta la de ella para contemplarle los ojos, y luego los labios, de manera intercalada, al igual que Claire lo hacía.

La inquietud comenzaba a sentirse entre ambos, y Claire, con un movimiento involuntario, fue colocándose en puntas de pie para alcanzar los lejanos labios de su prometido en tanto entreabría los propios para recibirlo.

Andrew bajó y la besó.

Ambos mantuvieron las manos a los costados del cuerpo para reprimir los deseos de acariciarse mutuamente.

—¡De nuevo! —masculló Amy al verlos—. Al parecer, perderá su fortuna, señor, si intenta sobornarme otra vez.

No les importó la interrupción de la doncella. Ambos habían disfrutado del inocente contacto.

—Hasta pronto, señorita Baxton.

—Adiós, sir Andrew —se despidió antes de entrar a la residencia.

Él aguardó a que desapareciera. Lo esperaban un baño helado y mucho trabajo.

Claire subió a su habitación, donde encontró una nota que los criados le habían dejado sobre la cama.

Claire:

¡Estás comprometida y no les dijiste a tus amigas!

Te esperamos en donde arden las almas.

Constance

—Oh, yo también me acabo de enterar de que estoy comprometida —susurró con humor.

Esa noche no faltaría. Los días de la joven en Inferno estaban contados.

* * *

—¡Bah! Ese desgraciado lo consiguió —gruñó el Diablo mientras golpeaba el escritorio.

—Lo supiste desde la mañana y ahora te quejas —acusó Prince.

—Quiero la cabeza de ese mentiroso aquí. Al final logró quedarse con ella —se lamentó.

—Aún se puede evitar.

—¿Quieres que su hermano le diga que su prometido es un farsante mentiroso?

—Helmut Baxton es el único que puede evitarlo.

—¿Sabes qué haré? Atormentarlo —sonrió con maldad—. Envía los verdaderos números de Granard al joven Baxton.

—¿Tanto odias a Andrew?

—Es un mentiroso. Jugó sucio con la competencia.

—Sabes que yo cooperé; la señorita Lilibeth es bonita.

—La belleza no siempre va acompañada de inteligencia.

—No te lamente por tu suerte, mi buen Diablo, le pediré a Orfeo que toque algo para relajarte en el salón.

—Avísame si viene Claire Baxton. Quiero darle el pésame.

—No te expongas. Es arriesgado mostrarte demasiado.

—Solo haz lo que te pido, Prince, no lo pienses demasiado. Ve y disfruta.

* * *

Las amigas de Claire la esperaban en la mesa de siempre. Ella se acercó y sonrió.

—¡Eres malvada! No nos hiciste partícipes de tu compromiso —acusó Angel.

—Eso es un detalle. Quiero lo importante: ver ese dedo. Un banquero debe de poder regalar una joya preciosa —expuso Constance.

Claire les mostró la mano para que las jóvenes se deleitaran.

—¡Es hermoso y sofisticado! —opinó Angel.

—Obsérvalo bien, amiga. Es algo que tú y yo nunca portaremos —afirmó Constance.

—Si yo pude, ustedes también. Sean positivas.

—Soy tan positiva que decidí dedicarme a la caridad para practicar para cuando me quede a vestir santos —se lamentó Constance.

—Siempre tan negativa —comentó Angel.

—Pues no es negatividad, es realidad —contestó en tanto agarraba la botella para servirse, aunque al final decidió llevársela directo a la boca—. Ser bella no es una ventaja, aunque ser muda lo sería. Sin embargo, callarme no es una opción para mí, por lo que me quedaré soltera, no por gusto. Declararé desierta la búsqueda de pretendientes.

—Ni se te ocurra. Tengo a alguien que encajará contigo —reveló Claire con una maliciosa sonrisa.

—¿Quién? —gritaron ambas amigas.

—Dexter Baxton, mi primo.

—Nunca te escuché hablar de él —dudó Constance.

—Es que no recuerdo a todos los parientes que tengo. Debo presentártelo. Lo haré el día de mi casamiento.

—¡Por favor! ¿No puede ser antes de que empiece mi caridad?

—Te llevarás una sorpresa con él. Es todo lo que tú deseas.

—Tengo dudas... —advirtió Angel—. ¿Aprecias a tu primo o quieres deshacerte de él?

—Lo aprecio tanto que quiero deshacerme de él. También de mi hermano Helmut y de Patrick, mi primo que es vicario. Ese iría bien contigo, Angel.

—Suena interesante.

—Para mi pesar, tendré que invitarlo a la boda, aunque no me agradaron sus consejos sobre el matrimonio santo —agregó Claire.

—La idea es arrastrar a nuestros futuros esposos al Edén... del pecado —afirmó Constance.

—Por favor, ¿no era que esto era algo temporal hasta conseguir marido? —consultó la amiga.

—Esa era la idea, yo, como ya conseguí uno, tendré que dejarlas —confirmó Claire.

—Estás en tu derecho de ser una mujer decente junto al hombre sombrío que tienes de prometido —habló con sorna.

—Sir Andrew no es tan malo, aunque sí un poco... reservado e indirecto —opinó al recordar aquellos calurosos besos y enrojeció al instante.

La puerta de la segunda planta se abrió, y entró la figura del mismo Demonio.

—¡Oh, Dios mío, por favor, que no me reconozca! —exclamó asustada Angel al ver al duque de Hamilton observar a las damas que estaban allí.

—Solo dale la espalda. Debe de estar buscando compañía —opinó Constance.

—¡Su atención, mis queridas damas! —llamó Prince—. ¿Quién de ustedes se atreve a pasar una noche conmigo?

Casi todas las mujeres levantaron la mano, salvo las tres muchachas que nunca habían pasado por el rito de iniciación con un caballero.

—¡Uf! Son demasiadas. Me encantaría atenderlas a todas, pero soy un servidor de calidad y no de cantidad —aseguró en tanto las miraba—. Me tomaré la libertad de tocar el hombro de la dama afortunada.

Demonio fue dando pasos hacia donde estaban ellas tres.

—¡Viene hacia aquí! —gritó Claire al ver los ojos asustados de Angel y la sonrisa burlona de Constance ante el miedo de su amiga.

—El Demonio viene a buscarte, Angel —la asustaba Constance.

—¡Por Dios, no! ¡Por favor, no! ¡No! ¡No! —susurraba mientras cerraba los ojos con fuerza hasta que sintió una mano en el hombro.

—Acompáñeme —ordenó Prince.

—Ella no está disponible —objetó Claire.

—Son las normas de Inferno. Tiene poco tiempo para venir —ordenó Prince con decisión y luego se retiró.

Angel se levantó del asiento.

—¡Me voy, no regresaré nunca aquí! —aseguró al tiempo que temblaba.

—No digas eso. Estoy segura de que solo quiere asustarte —trató de convencerla Constance, su amiga negaba con la cabeza.

Claire se retiró: no estaba dispuesta a arriesgar su único pasaje al matrimonio: su virginidad.

* * *

Temprano en la mañana, el mayordomo recibió un sobre con un sello desconocido dirigido al joven Helmut.

El hombre llevó la carta al despacho que compartía el joven Baxton con su padre. Quedaría ahí hasta que regresara de viaje, si bien nadie sabía cuándo sería aquello. Entró al lugar y escuchó un ruido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Dio vuelta la silla y allí se encontró a Helmut sentado y vestido con elegancia.

—Deja el sobre y vete —ordenó.

El hombre obedeció y cerró la puerta al retirarse.

El joven abrió el sobre y miró el contenido. Indignado, se levantó del asiento y sintió la necesidad de romper esos papeles, pero aquella era una prueba contundente de que su futuro cuñado era un hombre de mala fe. Eso podría servirle para chantajearlo. Estaba seguro de que el banquero no querría tener problemas con su ilustre suegro.

CAPÍTULO 21

Andrew había estado fuera casi un mes, la boda se aproximaba y él aún no había revisado ningún detalle, ya que para eso estaba su prometida, a la que vería apenas saliera de ese descanso.

—Sir Andrew —interrumpió James, que se encontró con el patrón recostado en la cama con unos papeles—, si va a reposar, hágalo sin llevarse el trabajo a la cama.

—Lo siento, solo estaba viendo cómo ajustar algunos números. El matrimonio se acerca, y quiero que la señorita Baxton tenga la boda que desea —comentó en tanto colocaba los archivos a un lado.

—A usted le sobra dinero, señor, solo tiene que sacarlo del bolsillo y asunto arreglado.

—Eso es lo que haré, pero con la cabeza fría. Con los números, no se juega. —Sonrió—. Prepárame un conjunto, iré a ver a la señorita Baxton.

—A la orden —obedeció James y se dirigió hacia el armario repleto de elegantes prendas—. Ahora que recuerdo, la habitación que le pertenecía a su madre es la que ocupará su esposa, ¿no es así?

—¿En qué condiciones se encuentra?

—Lamentables. Huele a viejo, la chimenea está llena de hollín y la cama sufrió un ataque de termitas: está cayéndose a pedazos.

—¡Y cómo es que me dices esto ahora!

—Se lo dije hace meses, antes de que buscara esposa, pero creo que no me escuchó porque estaba demasiado concentrado en su despacho.

—¡Demonios! —masculló al tiempo que negaba con la cabeza—. Pues tienes dos meses para dejarla en condiciones habitables para mi futura mujer, que pasará mucho tiempo en ese lugar.

—Entonces dígame por dónde empiezo.

—¡Es tu trabajo, para eso te pago! De lo contrario, me asignaría dinero por hacer eso —se quejó—. ¡Cuánto descaro! Espero que la futura lady Hilton te ponga en tu sitio, dado que a mí ya no me respetas.

James continuó las labores con una sonrisa por haber desatado la ira de aquel impaciente patrón.

Durante el viaje a la casa de los Baxton, Andrew intentó calmarse y olvidar las provocaciones del mayordomo. No tenía nada listo, nada, solo una prometida y dinero. Lo único que deseaba era que aquella unión saliera mejor de lo que había salido su primera fiesta, donde la flamante dama lo había atacado duro y sin piedad con sus opiniones.

En la residencia Baxton, Helmut observaba a su primo utilizar el piano de Claire.

—No pierdes el toque —opinó con la mirada en la ventana.

—Es interesante que algo como eso venga de tu honorable lengua, primo —respondió Dexter, que lo observaba—. ¿Sigues tú después?

—Si quisiera contagiarme algo, tocaría ese piano después de ti —declaró sereno—. Pediré que lo limpien bien para que Claire pueda volver a usarlo. No quiero que le pegues algo a mi hermana.

—No seas agresivo. No seamos enemigos. Somos familia.

—¿Familia? Está claro que mi concepto de “familia” difiere del tuyo. Insinuaste que yo maté a Dante para quedarme con el título, se lo dijiste a mi padre y ahora estás aquí como una costra pegada bajo mi techo, donde te refugias porque sabes que ya hueles a cadáver si sales de aquí. ¿En qué te metiste esta vez, Dexter?

El interpelado dejó de interpretar melodías, se levantó como si nada y colocó una mano sobre el brazo de Helmut.

—No lo creerás, pero no estoy metido en nada. Y tienes razón, estoy vivo gracias a la generosidad del tío.

—Y la mía, no lo olvides, porque me conviene que continúes vivo, que tengas diez hijos y me dejes en paz. No estoy interesado en el título.

—Eres cruel, diez son demasiados.

—Nunca son demasiados cuando se trata de que yo no reciba esa herencia. El resto es problema tuyo.

Ambos escucharon que alguien golpeaba la puerta, pero no hicieron mucho caso y continuaron con la discusión.

* * *

—¡Señorita Claire! ¡Señorita Claire! El novio cadáver ha venido a verla —avisó Amy, que miraba a la joven, quien, con afán perfeccionista, le hacía unas modificaciones a un vestido.

La muchacha se pinchó el dedo con la aguja, aunque ni siquiera se quejó, solo cerró los ojos con fuerza y esperó a que dimitiera el dolor. Las damas no debían gritar por más que se hubieran lastimado.

Después de casi un mes, volvería a ver a sir Andrew. Estaba ansiosa por estar con él.

—No seas irrespetuosa con él, Amy, solo es muy serio.

—Una sonrisa a veces no le haría mal. Siempre que lo veo tiene ese mismo rostro, igual que su hermano, el joven Helmut. Su primo sí es más agradable —comentó la doncella sonriente.

Ella dejó lo que estaba haciendo y se arregló para bajar. Esperaba que no se le notara la impaciencia en el rostro y los gestos, pues no quería dar una imagen de jovencita enamorada, lo que no era.

* * *

—Pase, sir Andrew, la señorita Baxton lo atenderá en breve —indicó el mayordomo al invitarlo a pasar al recibidor.

—Gracias —contestó.

Claire no tardó casi nada en bajar. La vio entrar por la puerta con aquel rostro que no dejaba denotar ningún tipo de emoción.

Aquella debía de ser la mujer perfecta: regia, soberbia, hermosa, cargada de compostura y refinada, atributos que a él le agradaban en una dama. Pero debía seguir el consejo que le había dado Prince acerca de ser un poco más atento, lo que podía iniciar con algunos halagos.

Aquello le resultaría difícil, pues había adulado más números que mujeres en la vida. Había llegado el momento de ser autodidacta.

—Buen día, señorita Baxton, disculpe el atrevimiento de venir sin avisar —se excusó.

—Sea usted bienvenido, sir Andrew. Ha transcurrido casi un mes sin verlo ni saber de usted —comentó la joven con cierto filo en las palabras.

—Le pido con la mayor vehemencia que me disculpe. No soy de los que acostumbran a escribir, pero creo que podré compensar mi falta de entereza para esas prácticas románticas con esto —declaró al tiempo que desplegaba unos hermosos aretes de diamantes cuyo precio casi le habían producido un paro cardíaco, aunque su prometida lo merecía.

“¿Un presente entregado por el propio Andrew Hilton?”. Eso era digno de verse, pensó Claire mientras tomaba los aros desde el estuche que había sacado el caballero de la chaqueta.

—Es un detalle muy considerado de su parte, uno bastante soberbio —observó con dulzura.

Hasta el momento, él se había mostrado excelente para regalar cosas, pero aquel rostro flemático no denotaba emoción al entregar el presente. Ambos eran idénticos en el afán de ocultar expresiones y sentimientos, lo que era probable que augurara un matrimonio interesante si ambos lograban descubrir que quizá coincidían en algún detalle.

—Puede usarlos en nuestro casamiento. Desearía vérselos puestos —comentó Andrew.

—Debo ver primero si lucen elegantes —repuso Claire.

Un verdadero autodidacta debía llevar el aprendizaje a otro nivel, a la práctica. ¿Qué tan pecaminoso sería colocárselos para probarlos?

—Puedo ponérselos y darle mi opinión acerca de cómo le quedan si lo desea —propuso Andrew.

Si bien Claire pensaba que aquel debía de ser un ofrecimiento inocente, la propuesta parecía tener un significado implícito que oscurecía los pensamientos de la dama. Definitivamente, Inferno le había degenerado la mente.

Ella asintió para afirmar que deseaba aceptar la propuesta que Andrew le había hecho.

Él agarró las delicadas joyas y, con la poca experiencia que tenía, le colocó la primera. Todo parecía marchar con tranquilidad hasta que el caballero se fijó en el delicado, hermoso y elegante cuello de su prometida. Sin pensarlo dos veces, lo rozó con el dedo anular, que descendió con lentitud y suavidad. Aquella tersura obscena lo deleitaba y acrecentaba sus deseos licenciosos hacia la inocente y comedida señorita Baxton.

Claire sintió un estremecimiento que le recorrió la espina en cuestión de segundos y le hizo experimentar una sensación única y agradable, de placer y plenitud, ante aquella pequeña caricia que se había dado probablemente sin mala intención.

—Si gusta, sigo con el otro —volvió a proponer Andrew con corrompidos pensamientos.

Claire no sabía qué responder. Quería declarar ganadora a la indecencia que la dominaba, pero no debía hacerlo. Sir Andrew no había hecho nada con la intención de despertar la libido de ella, sino que solo había querido ser amable, por lo que no debería aprovecharse aún de él. En algún momento, vería la manera de pervertirlo.

—Yo querría... —dijo Claire mientras se daba vuelta hacia él, pero en el camino se dio cuenta de que no estaban solos. Helmut los estaba mirando.

La joven se alejó con rapidez al ver la impertérrita mirada de su hermano y se colocó en posición de obediencia, con la cabeza gacha.

—Sir Andrew, qué placer volver a verlo —comentó Helmut mientras se acercaba a ellos y observaba con detenimiento la posición del caballero—. Le pido que pase para conversar un poco en mi despacho... ahora.

El tono autoritario de la petición no daba lugar a dudas. El joven Baxton estaba allí para amargarle la existencia.

—Disculpa, pero mi prometido ha venido para verme a mí —aclaró.

—¿Acaso he preguntado tu opinión o te he consultado algo? No des tus apreciaciones si no te las piden. Son cosas de caballeros —refutó su hermano con absoluta insensibilidad.

—Joven Baxton... —lo enfrentó Andrew al oír tales palabras hacia la dama, que no había hecho más que comentar lo obvio.

—Si tiene algo que decir, acompáñeme al despacho. Claire seguirá aquí, luego la haremos llamar —mandó Helmut en tanto caminaba hacia el estudio, lo que obligó al banquero a seguirlo.

—Disculpe —murmuró sir Andrew antes de ir tras su futuro cuñado. No lo hacía solo para escuchar lo que le tenía que decir, sino para defender a su prometida ante la grosería que aquel hombre acababa de cometer.

Ella quedó impasible hasta que sintió que la doncella le tocaba el brazo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó.

—Claro. Iré a mi habitación. Espero no ser molestada hasta que sir Andrew salga del despacho —respondió antes de darse vuelta para regresar a su cuarto.

* * *

Andrew cerró la puerta después de entrar, mientras que Helmut se sentó en el sillón del señor Baxton; le indicó que tomara asiento, pero él continuó de pie.

—Siéntese, Andrew. Supongo que ya puedo llamarlo así, dado que seremos parientes —sugirió con frialdad.

—No me quedará mucho tiempo.

—Lo hará porque yo se lo pido. Le conviene escucharme —habló en tono amenazante.

—A usted le conviene escucharme —respondió Andrew—. No vuelva a tratar a mi prometida de esa manera tan hiriente y sin sentido. Es una dama.

—Trato a mi hermana como quiero, ya que está bajo mi cuidado, aunque, muy a mi pesar, usted se comprometió con ella en mi ausencia. Yo jamás lo habría permitido —escupió.

—Su padre lo consintió.

—Mi senil e inocente padre cayó seducido por el parecido que ve en usted consigo mismo, salvo que mi padre era un hombre honesto y lo sigue siendo, cosa que no puedo decir de usted —aseguró con una serenidad que probablemente vaticinaba una tormenta.

—Soy una persona honesta —replicó.

Helmut rio por lo bajo con la misma expresión farsante de Dexter hasta desatar una escalofriante carcajada mientras abría un sobre que tenía sobre el escritorio.

Sacó dos hojas y las posicionó sobre el mueble.

—¿Sobre qué reporte basó mi padre la decisión de que usted desposara a mi hermana? ¿Aquel en el que se indica la quiebra de lord Granard o el que refleja su absoluta riqueza? —interrogó punzante el muchacho.

Andrew no parecía asustado por la acusación.

—Negocios son negocios —argumentó con firmeza.

—Debo felicitarlo por su... tenacidad para aniquilar a la competencia y conseguir a la mujer que desea, y de manera muy notoria, pues la anatomía lo delata. Espero no volver a sentirme insultado al pedirle que se siente después de haber estado con mi hermana.

—Son aspectos a mejorar —respondió con solidez mientras observaba a Helmut como si hubiera perdido la batalla.

—“Son aspectos a mejorar” —repitió el joven socarrón en tanto se levantaba del asiento—. Aún hay tiempo de impedir este matrimonio y volver a juntarla con Granard.

—Milord desposará a la señorita Collins.

—¿Y eso qué? Puedo acabar con usted y su reputación con un simple chasquido de dedos. Si les muestro estos papeles a mi padre y a mi hermana, usted será historia. Y por la señorita Collins, no se preocupe, podemos hacerla desaparecer con facilidad si Claire dijera que desea casarse con el conde.

—No ganará esta puja —se opuso Andrew con decisión en tanto adquiría una postura de presión—. ¿Sería usted capaz de exponer la reputación de su hermana frente a la sociedad al acabar con nuestro compromiso? Recuerde que, para los Baxton, lo más importante es su reputación. No la ensucie con esto y acepte la realidad: seremos cuñados y socios de negocios.

—No puede ganarlas todas —respondió Helmut sin sentirse amenazado.

CAPÍTULO 22

Su prometido había tardado tanto que ya las lágrimas de Claire se habían secado, y sus ojos habían dejado de estar hinchados.

Bajó para ver si su hermano no había expulsado a Andrew por alguna ventana o por la misma puerta.

—¿Aún no han salido? —preguntó a Dexter, que estaba sentado con uno de los libros de política de su padre.

—Me parece una epifanía que usted me pregunte algo, prima —pronunció sin apenas despegar los ojos del libro—. Llevo ya más de un mes aquí, y no me ha dirigido la palabra, salvo para pequeños impropiedades educados.

—No lo tome a mal, pero prefiero mantener las distancias. No tenemos mucho en común.

—Disiento por completo con esa afirmación. Tenemos más afinidades de las que piensa.

—¿La música?

—El arte de las notas, el sentimiento sublime de culminar una pieza... Ese es nuestro principal factor común.

—¿Y el resto?

—El prestigioso apellido Baxton. ¿Quién lo diría?

—Prestigioso del lado de mi padre. Usted deja mucho que desear.

—Entramos en un terreno fangoso, prima —señaló—. Soy el único de la familia que ha sido auténtico, si bien un auténtico sinvergüenza. Mi sinceridad es envidiable en comparación a otros miembros de falsa moral de esta familia tan perfecta.

Claire se alejó de a poco para esperar en otro sitio.

—Me refiero sobre todo a usted, sin ánimos de ofenderla, claro está. También me he sentido presionado por el apellido toda la vida. Es asfixiante —recordó en tanto contemplaba perdido una de las ventanas del salón—. Y me temo que este apellido será un estigma por siempre, el estigma del buen comportamiento, de la clase y, por supuesto, del trabajo, pese a cierto escándalo que casi hunde la reputación de la stirpe. Fue una pena que no ocurriera. —Sonrió cínico.

—En esta familia, no hay escándalos —aseguró Claire—. Salvo usted.

—Y cuando su ingenuo prometido se entere de que su novia es un murciélago nocturno y no precisamente de la fruta, ¿qué cree que sucederá? La admiro, es usted muy tenaz y desvergonzada.

Ella recordó por qué no le dirigía la palabra a su primo. Tenía la lengua demasiado larga y podía meterla en problemas.

Mientras tanto, Andrew y Helmut seguían en la lucha por quién era más prepotente.

—¿Cree que nosotros, los Baxton, no podemos cubrir el matrimonio de un miembro de la familia? —preguntó Helmut cargado de indignación.

—Es suficiente con el aporte de la dote. Quiero colocar a disposición de su hermana mis recursos para que los gaste a voluntad.

—Guárdese su dinero.

—No me importa lo que diga, mi prometida es su hermana, y el trato es con su padre.

El joven Baxton se levantó del sillón y le abrió la puerta a Andrew para que se retirara.

—Eso lo discutiremos después —acotó en tanto lo invitaba con una mano a salir.

Sin sentirse para nada ofendido, Andrew aceptó la bofetada que su futuro cuñado le había dado con aquel gesto. Luego, sintió la puerta cerrarse con fuerza tras la espalda.

—Pedante —murmuró mientras caminaba para solicitar ver de nuevo a Claire.

No se había dejado intimidar por las amenazas de Helmut, pese a que tenía muchas más agallas de lo que había pensado. Aquel Baxton representaría un peligro hasta que no estuviera casado con Claire. Todavía corría el riesgo de perder su más perfecto trabajo: haber conseguido a la muchacha. Le había costado demasiado tener que deshacerse de Granard como para que Helmut lo trajera de vuelta al juego.

—¡Casi primo! —expresó Dexter al colocar una mano en el hombro de Andrew—. ¿Cómo le ha ido con Helmut? Es más agrio que un limón y más asqueroso que queso rancio, ¿no le parece?

—No está bien hablar así de los parientes, pero, como aún no lo soy, tiene mucha razón.

—Qué placer que tengamos algo en común. Mi prima está en el salón contigo, llamaré a su doncella —avisó.

El comportamiento tan raramente amable del extravagante primo de los Baxton no hacía más que alimentar las dudas del banquero sobre la verdadera esencia de esa familia. Estaba convencido de que ese personaje tan peculiarmente extrovertido era un virus contaminante en esa casa.

Andrew agradeció con un gesto de cabeza antes de pasar al salón que le había indicado. Al entrar, vio a la señorita Baxton ocupada en contemplar el recinto y en colocar cada objeto en una alineación simétrica. No se había dado cuenta de su presencia y tarareaba una canción mientras circulaba con gracia como un picaflor de flor en flor.

—Señorita Claire —interrumpió, lo que hizo que ella perdiera la concentración y se asustara. Todo rastro de espontaneidad desapareció de ella.

—No lo oí llegar —se excusó con la mano en el pecho.

—Disculpe mis modales. Creo que tengo mucho que aprender —justificó con una sonrisa.

Ella asintió, y ambos se quedaron en silencio. Después de unos segundos, Andrew sacó un papel para dárselo.

—Señorita, no nos conocemos lo bastante bien, pero supongo que para eso está el matrimonio —opinó—. Aunque sí conoce una parte de mí que no le agradó, como fue la fiesta que organicé...

—¿A qué viene eso? —preguntó al agarrar el documento que él le tendía.

—A que dejo en sus manos la organización de nuestra boda. No quisiera avergonzarla al hacerlo yo. No soy muy bueno para esos menesteres. Creo que usted la arreglará de manera ejemplar.

El papel tenía un montón de números un poco corridos por la tinta, pero no eran muy difíciles de distinguir. Se podía ver lo generoso que sir Andrew estaba siendo con la ceremonia.

La sonrisa que Claire tenía en el rostro la delataba. Amaba organizar cosas y disfrutaría hacerlo con su propio matrimonio. Le haría ver con claridad a su futuro esposo que ella era de verdad económica y que tenía un gusto refinado. No se arrepentiría de haberla escogido.

—Me siento halagada... No lo defraudaré —contestó Claire para aceptar la responsabilidad.

—Sé que no lo hará —repuso en tanto se acercaba a ella para tomarla del mentón.

Después de aquel momento que habían compartido, estaba deseoso de besarla. Sentía un calor intenso cada vez que estaba cerca de ella y no sabía qué sería de él una vez casados.

A Claire le latía el corazón a gran velocidad, parecía subírsele por el pecho hasta la garganta por la ansiedad de ser besada.

—¿Le molestaría si me tomo el atrevimiento de besarla?

—No.

Con aquella lentitud agobiante, Andrew por fin unió los labios a los de ella después de mucho tiempo. La joven cada vez se sentía mejor al hacerlo. Ya no pensaba que el conde fuera el prometido perfecto ni que el banquero fuera torpe y frío; él era mucho más que eso.

Con el dedo anular, Andrew le recorrió la yugular con calma. Solo podía tocar esa zona porque, si iba más abajo, no sabía si podría detenerse, aparte de encontrarse en terreno hostil. Sería catastrófico que lo descubrieran en una situación tan comprometedora con ella.

Al recordar al hermano de Claire, fue perdiendo la libido con lentitud hasta soltarla.

—Debo retirarme, señorita Baxton. Vendré a verla dos veces por semana, o quizás tres, depende de mis negocios. Debo ponerme al día con muchas cosas.

—No se preocupe, tómese su tiempo —sugirió mientras esbozaba una sonrisa.

—Será hasta pronto, entonces. —Efectuó una reverencia y retrocedió. Mientras se disponía a salir, sin querer, pisó a Amy.

—¡Auch! —gruñó la doncella.

—Lo siento mucho —se disculpó ante la mirada de odio que aquella le dirigió.

—¡Mi dedito, señorita Baxton! —lloriqueó la empleada.

—No llores y ven aquí, mira esto —dijo Claire, quien le enseñaba el papel.

—¡No entiendo!

—Voy a organizar mi boda con el dinero de mi prometido.

—¡Gástese la vida! —sugirió la doncella.

—Amy, quiero un esposo que me valore, no alguien que tenga miedo de darme una libra.

—Tal para cual, tacaños... —susurró por lo bajo.

—¿Qué dijiste?

—¡Nada, señorita!

* * *

Los dos meses siguientes pasaron volando. Andrew había cumplido con visitar a Claire dos veces por semana durante dos horas como máximo.

Las visitas eran breves por causa de Helmut Baxton, quien parecía un enorme buitre a punto de arrojarse sobre él para sacarle los ojos, pero eso no había sido todo. También se había inmiscuido en los planes de la boda al solicitar que Patrick Baxton fuera el clérigo, a lo que el banquero se había opuesto rotundamente. El futuro marido se había visto en la necesidad de efectuar varias maniobras para que la boda se produjera en la abadía y así poder casarse frente a un obispo que a él le pareciera correcto.

El resumen de gastos que le había pasado Claire lo había puesto de excelente humor, y todo se había hecho en tiempo y forma. Con respecto a las cosas de las que él se tenía que encargar, ella ya se las había dejado preparadas en bandeja de plata.

Claire se observaba en el espejo. Había conseguido marido en la segunda temporada cuando pensaba que tendría que acudir a una tercera. Andrew la había salvado de eso, y estaba muy contenta.

—Te ves tan hermosa —la halagó su madre al observarla con el vestido marfil que llevaba a puesto.

Su hermano le había conseguido las telas más bellas y se había comportado con amabilidad durante todo ese tiempo de organización, salvo por la pésima idea de que Patrick fuera el que los casara.

—Es precioso. —Sonrió agradecida.

—Déjame colocarte los aretes. Sir Andrew tiene un gusto exquisito para las joyas.

—No cabe duda, madre.

—Ahora debemos hablar de la noche de bodas —anunció la señora con seriedad.

Claire metió aire en los pulmones y luego exhaló.

—Estoy lista.

—Bien, no sé por dónde empezar... El hombre, mi querida, es un poco brusco la primera vez. Mi consejo es que te quedes quieta y que cooperes lo más que puedas. De lo contrario, te dolerá bastante.

—Madre, está asustándome —comentó atemorizada. Toda su vida, se había imaginado que el sexo era placentero y que aquello que decían por ahí era mentira.

—Solo es la primera vez. Quizás después lo disfrutes —la tranquilizó—. Esperemos que tu esposo no sea tan fogoso. Tu padre era como sir Andrew, muy ocupado, y casi nunca estaba, por lo que pasé muchas noches sola. Debes acostumbrarte e intentar no tomarle demasiado cariño a la intimidad con un hombre tan atareado. Después de eso, me quedé embarazada de Helmut con rapidez para no estar tan sola —recordó la señora con melancolía—. ¡Tal vez no sea ese tu caso, hija! —intentó enmendar al ver la cara de sorpresa de la hija.

—Gracias, creo que la conversación fue muy educativa. Bajemos, quiero ver que todo esté preparado para la fiesta en el jardín.

Las dos mujeres llegaron al hermoso y bien decorado recibidor. Se veía bastante imponente, lleno de flores y telas.

—Helmut querido, el corbatín se te movió un poco —señaló la señora Baxton antes de colocarle de manera correcta la prenda.

—Se ve muy elegante, madre. —La besó en la mejilla y luego miró a Claire, que estaba deslumbrante—. Habría deseado algo mejor para ti, hermana.

—Sir Andrew es bueno para mí —contestó con tranquilidad.

—¿Cuándo es que serás tú misma? ¡Ni siquiera lo llamas por su nombre! —se exaltó Helmut.

—Él no me lo ha pedido. Quizás con el tiempo.

El joven tomó del rostro de la muchacha.

—Eres mucho más que solo un libro de modales y educación. Aún estás a tiempo.

—¿A tiempo de qué? ¿De quedarme soltera? No lo deseo. Sir Andrew es amable e inteligente. Eso basta.

—¿Y qué hay de los sentimientos?

—No hacen falta. Con el tiempo, el cariño nacerá, así como sucedió con nuestros padres. No entiendo por qué me hablas de esto si tú eres la persona más fría que conozco. ¿Qué sucede contigo?

—Aún sigo siendo frío, son vicios que aprendí aquí y que no puedo sacarme —comentó—. Te creí más inteligente, pero tu cabeza está hueca, como todas las señoritas de la sociedad. Incluso puedo asegurar que es la más vacía de todas.

No iba a llorar más por las palabras de Helmut. Ya había derramado demasiadas lágrimas. Ese día, haría oídos sordos.

* * *

—Quédese quieto, sir Andrew, no puedo colocarle el frac.

—Todavía es temprano —dijo mientras leía el periódico—. James, ¿han traído las cosas de la señorita Baxton?

—Sí, señor. Una doncella lo está acomodando todo.

Amy estaba intentando colocar las pertenencias de la dama en la habitación, pero era imposible, ya que olía a pintura fresca y había mucho polvo.

—¿A dónde ha venido a parar, señorita? —se lamentó, dado que era igual que su ama, bastante exigente.

Andrew se encaminó a la habitación.

—¿Todo bien, Amy? —preguntó al ver que sacudía todo.

—Le aseguro que la señorita... Mejor dicho, su casi esposa, despedirá a todo el personal. Estas condiciones son inaceptables para ella.

—Dile que empiece por despedir a James. Me haría un gran favor —agregó con una sonrisa y se alejó de ahí.

Después de esa pequeña discusión con la doncella, Andrew se dispuso a salir de la residencia con Prince.

—¿Listo para limpiar tu vida? —indagó con tranquilidad.

—No va a cambiar en demasía.

—Tendrás a una mujer aquí contigo. Tu cotidianidad cambiará definitivamente.

—Sé que la señorita Baxton no será un problema. Es un dechado de virtudes.

—Demasiadas virtudes —dudó Prince al recordar que ella era miembro de Infierno.

Llegaron a la abadía, y ambos se colocaron cerca del altar.

—¿Crees que voy a evaporarme si me quedo mucho tiempo aquí? —preguntó el duque mientras metía un dedo entre el corbatín y el cuello. Sentía que aquel ambiente lo oprimía.

—No eres ningún demonio real, cálmate —tranquilizó Andrew en tanto esperaba a Claire, que debía entrar en unos instantes.

Al verla llegar, el banquero quedó maravillado. La dama se veía como un ángel dorado en aquel vestido decente y poco revelador. Claire dejaría de a poco los tonos pasteles para ir a los matices más fuertes, que eran más apropiados para las mujeres casadas. La joven no pudo evitar que el corazón le diera un salto repentino de emoción al pensar que estaba por casarse con él, pero no todo podía ser color de rosa: en la primera fila, estaban sentados Helmut, Dexter y Patrick Baxton, observando a Andrew sin disimulo. El novio estaba seguro de que había conseguido una familia de enemigos.

Claire llegó junto a él y fue entregada por su padre. No podía explicar todas las sensaciones que experimentaba. Estaba emocionada. Sin embargo, sentía inquietud al dejar a su amado padre y las noches con sus amigas, Angel y Constance. Estaba aliviada, pero, a la vez, sabía que extrañaría esa vieja vida.

—Queridos hermanos, estamos reunidos para dar inicio a la ceremonia de matrimonio...

* * *

Luego del rito en el que se convirtieron en marido y mujer, al salir de la abadía, todos se dirigieron a la casa de los Baxton a festejar.

Andrew y Claire llegaron primero. Ella quería mostrarle todo lo que había preparado para la ocasión.

—Mis felicitaciones, lady Hilton —la congratuló—. No me esperaba menos de usted.

Claire, al escuchar ese “lady Hilton” de los labios de su esposo, sintió que aquello ya era algo real. Era una mujer casada.

—Gracias, sir Andrew —contestó animosa.

Los invitados comenzaron a llegar, mientras los lacayos los iban orientando hacia los lugares donde debían ubicarse.

Claire estaba alejada de su esposo, ocupada en atender a las damas que querían observar el vestido y las joyas, mientras Andrew se hallaba rodeado por los caballeros, incluyendo a su cuñado y sus primos políticos.

Andrew salió del salón donde bebía con los hombres. Se disponía a buscar a su esposa, ya que le habían indicado que debían bailar la primera pieza como marido y mujer, pero sintió que alguien lo tomaba de la mano para llevarlo hacia un rincón.

—¿No era que no estaba interesado en el matrimonio?

—¿Señorita Collins? —preguntó pasmado.

—Quiero agradecerle por ayudarme a conseguir un prometido. Sé que no es el más amable de todos, pero es mejor que estar sola —contó sonriente Lilibeth—, y mejor que estar con el joven Baxton.

—Es bueno saber que lo suyo con el conde de Granard prospera —contestó Andrew.

Ella se arrojó al cuello del banquero y lo abrazó con fuerza, de modo que los cuerpos se pegaron en una situación indecente y comprometedora.

—¡Gracias por ser mi amigo!

—¡Señorita Lilibeth, suélteme por favor! Si alguien nos ve, podría complicarse nuestra situación.

—¡Oh, claro, lo siento tanto! Toda la efusividad está mal vista aquí. —Sonrió al alejarse.

—Debo dejarla. Tengo que bailar con mi esposa.

—Es tan afortunada. Lo felicito.

Aquella era la viva imagen de la inocencia. La muchacha no se había dado cuenta de la jugada que le había hecho al conde para librarse de él.

—Que disfrute, señorita —se despidió para regresar por donde había llegado. Buscaría otro camino para hallar a su esposa.

Lilibeth salió sonriente de aquel rincón sin mirar por dónde iba, lo que hizo que chocara directamente con alguien.

—¿Qué estaba haciendo aquí sola, señorita Collins? —indagó Hugh.

—¡Hughy! Estaba saludando a mi amigo sir Andrew por su matrimonio.

—¿Tu amigo?

—Sí, gracias a él estamos comprometidos. Qué amable, ¿no te parece?

El rostro del conde se ensombreció. Lilibeth, en su inocencia, le contó con lujo de detalles todo lo que había sucedido. Claro que no era amable; era un maldito tramposo. Pero se las pagaría. Acababa de confirmar las sospechas que tenía de que él había estado tras aquel lamentable acontecimiento del compromiso con esa estadounidense salvaje que lo llamaba “Hughy” con aquel tono extraño y vulgar. ¿Qué sería de él cuando su madre y sus hermanas vieran a la futura condesa de Granard?

—Quédese con sus padres, señorita —ordenó antes de alejarse de ella.

—Hughy, ¿por qué eres así? —Se acercó para tomarle la mano, pero él la rechazó.

—Usted no es ni remotamente lo que deseo como esposa. No siento aprecio por su persona, y parece que no lo comprende. La quiero lejos de mí.

Ella, en lugar de ofenderse, se acercó más y se le colgó del cuello.

—Eres más apuesto cuando afirmas odiarme, pero sé que no es cierto. —La joven lo besó sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

Él la empujó y luego se retiró al tiempo que la miraba con desprecio. En tanto pensaba en lo desgraciado que sería su propio futuro, observó a la hermosa lady Hilton. Era cierto que no superaba en belleza a Lilibeth, pero aquella mujer era la perfección, lo que él esperaba, la que cumplía con sus expectativas.

Caminó para abordar a Claire.

—Lady Hilton —la interrumpió.

Al escuchar esa voz, la dama se volteó de manera inflexible.

—Sea bienvenido, milord —dijo mientras le ofrecía la mano con soberbia para que la besara.

—Se ve encantadora. Su esposo es un hombre afortunado.

—Teniendo en cuenta que impidió que mi reputación quedara arruinada gracias a su impropio comportamiento y posterior abandono, él es un caballero en toda regla.

—Seguiré excusándome durante la eternidad por ese triste acontecimiento. Usted siempre será lo que deseé.

—No sabe cuánto sufrí la decepción por su comportamiento, milord...

Andrew vio a Claire con el conde. Él le sostenía la mano mientras le hablaba.

—¿Qué te parece mi invitado, cuñado? —preguntó Helmut con malicia.

—¿Tú hiciste eso?

—Es solo el principio. Las mentiras tienen patas cortas, Andrew —rio ladino antes de dejarlo solo, loco de celos y con el riesgo de perder a su esposa si ella se enteraba de que él había truncado el compromiso con el conde de Granard.

CAPÍTULO 23

El cuñado de Andrew no iba a salirse con la suya. Helmut Baxton debía de tener algunos trapos sucios. Solo debía encontrar algo de lo que acusarlo antes de que lo echara de cabeza frente a su flamante esposa.

Andrew caminó con seguridad hacia donde se encontraba Claire y se colocó directamente tras ella para tomarla con delicadeza de la cintura en el acto más posesivo que jamás había efectuado en la vida.

—Milord, es un placer verlo —saludó Andrew.

—Lo mismo digo —respondió el conde con una ligera inclinación de cabeza—. Estaba felicitando a lady Hilton por la boda.

—Puede hacerlo y soltar la mano de mi querida esposa —advirtió con frialdad.

—Disculpe, siempre me sucede esto cuando veo a la señorita, perdón, a milady —tentó Hugh.

—Querida, debemos bailar el vals —avisó Andrew en tono severo.

—Lo había olvidado, lo siento. Déjeme hacer unos arreglos, señor. Mis disculpas, fue un placer saludarlo. Con permiso. —Se retiró Claire con celeridad.

Al ver que su esposa se iba, Andrew miró a Hugh con furia.

—¿Qué pretende al aliarse con Helmut Baxton? —interrogó de manera agresiva.

—No estoy aliado con nadie. Solo deseo desenmascararlo frente a la mujer que lo cree un hombre de bien.

—Si no se hubiera interpuesto en mi camino, no habría tenido que deshacerme de usted.

—Deshacerse de mí... —repitió sin humor—. ¿Haciendo que despose a esa mujer extraña y sin un ápice de juicio?

—La señorita Collins es rica, su dote acrecentará sus arcas, milord. Los matrimonios unen fortunas. No le irá tan mal.

—¡Yo quería casarme con Claire Baxton! Llevaba meses intentando encontrar el momento ideal para declararle mis intenciones. Después de observarla tanto tiempo, me di cuenta de que era perfecta.

—Solo puedo alabar su buen ojo con respecto a mi esposa —se burló.

—¡Va a pagarlo! —amenazó Hugh al tiempo que tomaba a Andrew del saco.

—¡No le tengo miedo! Acéptelo, ella ahora es lady Hilton y está muy lejos de su alcance —gruñó al tiempo que sujetaba las prendas de Hugh.

Era probable que aquello fuera a terminar en golpes. Ambos estaban ardiendo de rabia.

—Mi buen Andrew, no es bueno ser poco educado con tus invitados —intervino Prince, colocando ambas manos entre los dos caballeros.

—¡Ni siquiera es mi invitado!

—¡No cante victoria! No podré recuperar a Claire, pero lo hundiré.

—Caballeros, ninguna mujer vale que nuestros trajes se arruguen —opinó el duque.

—¡Largo de mi fiesta!

—Me quedaré a disfrutar de su corta victoria —sentenció Hugh tras soltarse en tanto colocaba las prendas de nuevo en condiciones.

A Andrew le chirriaban los dientes. Pocas veces era impaciente y se dejaba llevar por tales arranques, pero saber que Helmut Baxton lo odiaba y que haría lo que fuera por ensuciarlo frente a su esposa lo ponía de mal humor, y el conde no hacía más que acrecentar aquellas inseguridades con respecto a Claire, pues ella había estado completamente ciega por él.

—¿Qué sucede, Andrew? No eres alguien que se deja provocar con facilidad.

—¡Odio a los Baxton! Salvo a mi suegro. Helmut invitó a lord Granard para molestarme. Piensa delatarme a mi esposa.

—Esto no sucedería si hubieras sido sincero y hubieras conquistado a la señorita Baxton sin artimañas.

—¡Culpa a mi ignorancia! No he sabido más que sacar a la competencia del camino, sea con mañas o sin ellas. No sé nada de mujeres, ¡nada! Ahora estoy casado, y me gusta la mujer que desposé, pero no sé por dónde empezar.

—Sé auténtico —aconsejó su amigo—. Tómala esta noche, con tranquilidad, lentitud y frecuencia.

—Me preocupa la cuestión religiosa —reveló Andrew al pensar en lo que le había dicho Patrick Baxton sobre tener relaciones—. Ella sigue los principios de la fe a rajatabla, lo que significaría que...

—No pienses en eso. No creo que lady Hilton aborrezca tu compañía. Estoy seguro de que te rogará para que la visites cada noche.

—Sir Andrew, su esposa lo espera cerca de la orquesta. Dice que van atrasados para el baile —avisó uno de los empleados.

—Gracias —contestó Andrew y se dirigió hacia el salón.

Claire estaba hablando con un par de damas a las que él ya había visto con anterioridad en otros acontecimientos.

—¿Quién es la señorita de cabello rizado? —preguntó Prince, sorprendido por el estrambótico peinado de la dama.

—Aquella es Angel Payne. Proviene de una familia bastante acomodada en Londres. Su padre es comerciante, se dedica a la explotación de minas de carbón.

—Interesante. Solo que el nombre no hace acopio con el mío.

—¡No puede ser, estás buscando esposa!

Prince lo miró enfurruñado, pero no contestó nada. Era cierto que, en los planes del duque, figuraba la idea de casarse a la brevedad. La edad y las obligaciones lo habían llevado a la necesidad de contraer matrimonio con una mujer, de preferencia tonta y muy sumisa. Así podría continuar con las andanzas en Inferno. Tan solo la llenaría de hijos y asunto arreglado, ella no tendría que pensar en dónde estaba su esposo.

* * *

—¿Dónde está ese primo tuyo que querías presentarme, Claire? —indagó Constance.

—Solo busca al que se parece a Helmut.

—¡Hay dos! ¡Dime que no es el que está vestido de vicario! —se desesperó.

—Ese es Patrick, mi otro primo.

—Te nacen primos o los tenías muy ocultos —comentó Angel.

—Los mantenía escondidos. No me siento orgullosa de ellos, y menos de Dexter. Patrick es un clérigo extraño encargado de la vicaría de Inverness.

—Demasiada información. Estoy ansiosa por conocer a tu primo —comentó Constance mientras contemplaba a Dexter con absoluto descaro.

—¡Al menos disimula, amiga, por favor! —rogó Angel, mientras que Dexter, alertado por cómo lo observaban, se fijó en la dama.

—Ahí viene Andrew.

—¡Iremos a verte a tu nueva casa pronto, y no omitas ningún detalle de esta noche! ¿Oíste? —presionó Constance.

—Lo prometo. Ahora váyanse, es el momento de danzar —dijo Claire para despachar a las amigas.

Las dos se alejaron de ella, y Andrew llegó.

—¿Me mandó llamar? —preguntó con humor.

—Estamos atrasados, señor. Debemos bailar, luego servir los platillos, compartir el brindis y después...

—Irnos a casa —completó.

—En... En efecto, ir a nuestra casa —consintió Claire con las mejillas sonrojadas. Esperaba que no se notara que lo único en lo que pensaba en ese momento era en la noche de bodas.

—Pues cumplamos con la agenda —animó Andrew antes de tomarle la mano para colocarla a la altura adecuada para empezar.

Toda la atención estaba dirigida a los recién casados. Desde murmuraciones sobre la reputación de Andrew hasta lamentaciones porque la perfecta señorita Baxton se había casado con el hombre más sombrío, misterioso y adinerado de Londres. La expectativa de las matronas para con Claire era la caza de un duque, pero ella había terminado casada con un simple baronet; con dinero, es cierto, pero, como aseguraban las malas lenguas, aquella fortuna provenía de negocios sucios.

La música comenzó con unas notas en el piano que un hombre bastante diestro comenzó a tocar.

Se colocaron en el centro del salón, y Andrew la tomó de la cintura. Ese contacto hizo que cada uno de sus poros estuviera atento, sintió como si el aire le faltara y suspiró mientras bailaban al compás de la música.

—No me queda más que estarle agradecido, lady Hilton —expresó él sonriente—. Solo alguien perfecto como usted podría haber organizado un evento como este con tanta pulcritud.

—Hace usted que me sonroje —dijo Claire, quien no se refería a esas palabras en específico, sino a la sensación de las manos del caballero al subir y bajar con lentitud por la cintura de ella al ritmo del baile—. ¿La está pasando bien?

—Debo serle sincero. No estoy de acuerdo con la presencia del conde aquí por lo que hubo antes entre ustedes —admitió Andrew.

—Nunca pasó nada entre ese caballero y yo. Lo invité por insistencia de mi hermano. Según él, están haciendo negocios.

—Estoy al tanto de esos negocios y le puedo asegurar que no le traerán ganancias a ninguno de ellos.

—Es una verdadera pena.

Luego de que la pieza de la pareja terminara, los demás invitados se sumaron al centro del salón para bailar algo más movido que un romántico vals.

Dexter caminó entre los asistentes como un felino al acecho en tanto buscaba a la preciosa señorita que lo había llamado con esos ojos azules.

Ahí estaba ella, coqueta y con ánimo sinvergüenza. Podía oler a las de esa clase a varias leguas de distancia.

—¿Cree que sea posible que las costumbres llamen? —preguntó Dexter al colocarse tras Constance.

La dama se dio vuelta al escuchar la voz de un hombre que, al parecer, se dirigía a ella sin seguir ninguna norma de cortesía.

—Buenas noches, caballero —saludó con la mirada baja y luego la subió hacia los ojos del hombre—. Las costumbres no llaman, salvo que sea entre sujetos de una misma calaña.

Él sonrió con indecencia. Desde que estaba en Londres, no había salido a ningún evento social. Jamás se habría imaginado que, en ese primer baile, encontraría a alguien que contestara algo que él no esperaba.

—Imagino, entonces, que compartimos el estilo de vida, señorita...

—Albright. Constance Albright —completó.

—Señorita Albright, incluso su apellido suena del todo grosero para mis indecorosos oídos. No se oye como una dama moralista y conservadora.

Era la primera vez en las dos temporadas que llevaba que un caballero se le acercaba con un ánimo diferente, aunque presentía que saldría corriendo al escucharla hablar como siempre lo hacía.

—¿Por qué no me invita a bailar? —pidió.

—Prefiero que mi libido sea alimentada de manera rápida, no de un modo penitente al tomarla de la cintura en una danza sin sentido para consentir a los curiosos y especuladores de tan chismosa sociedad.

—Debería ofenderme por ser rechazada con tan poca fineza, pero me resulta sumamente interesante conocer más sobre esa... libido que afirma no poder satisfacer con solo tocar mi cintura.

—Cuánta curiosidad noto en usted, señorita Albright.

—Y yo he advertido su falta de educación desde que se me ha acercado, señor...

—¡Disculpe, no me he presentado! Qué manera tan pésima de iniciar una conquista. Soy Dexter Baxton, conde de Inverness, para mi maldición. —Sonrió.

—Estoy interesada en conocer las maldiciones. Culpe a mi curiosidad.

—Definitivamente perfecta... —rio satisfecho—. ¿Le interesa alternar con un libertino, cínico, sinvergüenza, mentiroso, petulante y arrogante caballero, heredero de la mala suerte y de la muerte?

—Estaría encantada —contestó Constance y tomó la mano que Dexter le ofrecía.

* * *

Después de servir los platillos, Andrew ya estaba sinceramente cansado, mientras que Claire parecía no sentir fatiga. Él solo quería llegar a su casa y acostarse con ella. Llevaba meses sufriendo con cada beso que podía robarle frente a Amy, a la que, por supuesto, ubicaría en la habitación más lejana de la mansión. No quería que interrumpiera nada.

Claire estaba inmersa en lo que amaba. Era el centro de atención de aquel lugar, halagada por todos por la impecable organización.

Ella se acercó a él con una copa en la mano.

—¿Se encuentra bien, sir?

—Un poco cansado —comentó.

—Espere, dejo arregladas unas cosas, y podremos retirarnos.

Una sonrisa genuina se formó en el rostro de él. Por fin regresaría al oscuro lugar de donde había emergido solo para buscarla a ella.

Claire finiquitó todo lo que pudo y encargó a su madre lo que faltaba.

—Ya sabe qué hacer —murmuró.

—Lo sé, querida. Deja que te acompañemos a la salida con tu esposo —sugirió la señora.

Después de una despedida tranquila con los invitados, llegaba el turno de la despedida familiar.

A Andrew no le molestaba compartir ese momento con sus suegros, pero sí con los demás. Al menos, el primo descarado no estaba presente.

—Recuerda todos los preceptos cristianos para un matrimonio saludable —enfaticó Patrick mientras la seriedad de Helmut parecía irse por la borda al escuchar aquel sermón hacia Andrew. Cualquiera cosa que hiciera hervir al banquero, a él le encantaba.

—Lo tendremos en cuenta... primo —contestó Andrew al tiempo que ayudaba a Claire a subir al carruaje.

—Hijo, vengan a vernos pronto —lo invitó el suegro.

—Será un placer, señor —respondió mientras le sonreía a Helmut como si estuviera dándole un puñetazo.

El muchacho solo puso los ojos en blanco y los despidió.

* * *

Claire estaba casi temblando de los nervios dentro del carruaje. Ya no había nadie que pudiera interrumpirlos.

—Bien... Por fin solos —comentó Andrew nervioso en tanto miraba hacia cualquier otro sitio.

—Es un alivio —manifestó Claire.

—Mi casa está... Perdón, *nuestra* casa está un poco descuidada. Solo se le hicieron las refacciones básicas para que, cuando usted llegara, decidiera lo que le gustaría tener dentro de su casa, lady Hilton.

—Gracias por haber pensado en mí para solucionar esos inconvenientes. Lo haré encantada. Mi madre dejaba todo en mis manos.

—Es agradable oír que hice lo correcto. No tenía sentido efectuar tantos cambios cuando quizás a usted no le agradaran y termináramos gastando el doble.

—No se preocupe, conmigo no tendrá inconvenientes. —Sonrió emocionada.

Tendría su propia casa, empleados, recursos y un esposo. ¿Qué más podía desear? Tenía todo lo que había anhelado desde que la habían educado para ser una perfecta esposa.

El carruaje ingresó a través de los portones de la fastuosa mansión. Él nunca había entendido por qué sus padres habían comprado una casa tan grande si no eran una familia numerosa. Implicaba un tremendo gasto de mantenimiento. Incluso sin estar en las mejores condiciones, costaba bastante dinero. Una gran cantidad de empleados debían tener todo limpio y ordenado, aunque él nunca se había fijado si eso se llevaba a cabo.

Andrew tomó la mano de Claire para guiarla dentro del hogar y presentarle al servicio doméstico.

Aquella mansión era en verdad sombría y solitaria. Una docena de criados los esperaban en la recepción.

—Ya conoce a James —mencionó antes de presentar al resto.

—Sí, un placer, James —saludó ella.

—Es un honor recibirla, lady Hilton.

—Quisiera conocer al resto del personal —solicitó Claire con la mirada fija en Andrew, quien dirigió la propia al mayordomo para pedirle asistencia, pues él no conocía a ninguna de las personas que trabajaban en la casa.

—Disculpe, milady, pero es mejor que eso lo haga mañana. Probablemente esté exhausta —comentó el hombre para salvar a su patrón.

—James tiene razón. Vaya a su habitación, la doncella debe de estar esperándola.

—Es verdad. Iré cuando me indiquen dónde queda —respondió Claire.

—James la guiará mientras yo dejo algo en el despacho.

Ella hizo una reverencia antes de subir las escaleras tras el mayordomo.

Cuando quedaron fuera de su vista, Andrew miró a la mujer de mediana edad que llevaba puesto un delantal.

—Disculpe, señora, ¿cuántos meses lleva trabajando para mí y bajo qué cargo? —curioseó.

—Hace diez años que trabajo para usted. Soy la cocinera —respondió.

—¡Oh! Interesante. Sus platillos son deliciosos —respondió para zafar de la incómoda situación en la que él mismo se había metido.

En lugar de ir hacia el despacho, subió a la habitación para pensar en cómo abordar a su esposa en la noche de bodas.

* * *

—Esta de aquí al lado es la habitación de sir Andrew —describió James.

A Claire se le hacía costumbre sonrojarse por cada cosa que tuviera que ver con su reciente marido.

—Y esta es la suya —indicó al tiempo que abría la puerta para encontrarse con la doncella, que dormía tirada en el sillón.

—Amy —la llamó Claire.

—¿Qué, qué? —respondió mientras caía del asiento.

—Puede dejarnos a solas.

—Sí, milady —obedeció James, tras lo cual cerró la puerta y se dirigió a la habitación del baronet.

La joven miró los aposentos y sintió el olor de la pintura que aún no había terminado de secarse.

—He abierto las ventanas, señorita. ¡Lo siento! Milady...

—Ya veo que todavía siguen abiertas —comentó mientras pasaba un dedo sobre los pocos muebles, y luego por las cortinas—. Tendremos mucho trabajo aquí, Amy.

—¿No está horrorizada? —preguntó sorprendida.

—No. Este es un verdadero desafío. Una vez que convirtamos esta mansión en un palacio, será un gran triunfo. —Sonrió mientras se quitaba los anillos que tenía sobre los guantes.

—La ayudaré a cambiarse. —La doncella extrajo un camisón un tanto escandaloso que le había regalado Constance.

—¡No voy a usar eso! No quiero que mi esposo piense que soy una ligera.

—Pero... es lo más bonito para su noche de bodas.

—Busca otra cosa —ordenó. Aún no podía tomarse confianzas con sir Andrew.

* * *

Andrew traspasó la puerta de su dormitorio y descubrió que allí lo esperaba James, que estaba acomodando un pantalón y una camisa de lino para que él pudiera cambiarse y verse un poco más al natural para su esposa.

—Le preparé estas prendas, señor. Le darán un aire relajado para su primera noche con una mujer después de tantos años. Estábamos ansiosos por que al fin sucediera —contó su hombre de confianza.

—¿Y eso? —preguntó mientras se dejaba sacar las ajustadas prendas.

—La servidumbre habla... Pensaban que usted y el duque de Hamilton, ya sabe...

—Quiero pensar que por te refieres a algo así como pactos satánicos o asesinatos de vírgenes.

—Prácticas entre caballeros, sir —lo corrigió.

—¡Cuánta ridiculez! —se indignó—. ¿Acaso el personal de esta casa no debería limitarse a trabajar en vez de hablar a espaldas de su patrón? Tú deberías presentarme a la gente que trabaja para mí en esta morada.

—Pero usted debería conocerlos. Los contrató su madre mucho antes de morir.

¿En dónde tenía la cabeza? No conocía a sus propios empleados, y también resultaba que la gente creía que era el amante del duque de Hamilton. Vivía en una burbuja.

—Ya está listo. Recuerde lo que le dijo su amigo el duque sobre que debe ser más espontáneo. Deje eso de “lady Hilton” o “milady”.

—¿Y si no quiere que la llame por su nombre?

—Usted es su esposo, y ella debe obedecer. Si usted quiere que ella se llame Marie, así será —afirmó James.

El baronet respiró con profundidad en tanto recordaba la cantidad de consejos que le habían dado los demás para esa noche. Casi todos habían insistido en que se olvidara de los nervios y solo se dejara llevar.

* * *

Claire ya estaba cambiada, y Amy le estaba trenzando el cabello con una lentitud agobiante.

—Ya está —anunció la doncella.

La dama cerró el cuaderno donde anotaba todo lo que había aprendido y lo que debía recordar.

Entonces, ambas escucharon que la puerta de comunicación se abría. La figura de Andrew apareció en la habitación. Se veía un poco más relajado que en la fiesta.

—Puede retirarse, Amy —ordenó Andrew—. Deseo también que se encierre en su habitación. Mi esposa la llamará cuando precise de sus servicios.

—Sí, señor —acató mientras lo observaba, fresco y galante con aquellas prendas. Salió mientras le echaba pestes al nuevo patrón por su carácter amargado.

Quedaron solos, y Andrew se acercó al tocador donde ella estaba sentada. Colocó una rodilla en la alfombra y tomó la punta del cabello trenzado de Claire para llevárselo hasta la nariz.

—Su cabello huele a jazmines —dijo con voz ronca al tiempo que aspiraba el aroma de la rubia cabellera.

—Gracias, sir —aceptó el halago nerviosa.

—Llámeme Andrew —concedió.

—Andrew... —pronunció a la vez que soltaba el aire contenido en el pecho por la inquietud y la ansiedad de ese acercamiento.

Él le colocó las manos en el cuello para sentir la suavidad y el calor de su piel.

—He estado deseándola desde hace tiempo —le susurró al oído—. Si me deja, querría convertirla en mi mujer desde este mismo instante.

“¡Que lo haga ya!”, pensó Claire al cerrar los ojos.

—Yo le pertenezco, Andrew —fue todo lo que contestó, y esas palabras fueron más que suficientes para que él la ayudara a ponerse de pie, sin vergüenza de que ella viera su hombría creciente.

Él la rodeó y se colocó de nuevo tras ella en tanto le hacía sentir aquella dureza contra la parte baja de la espalda.

Claire, en lugar de asustarse, sintió que el calor se acrecentaba en su vientre.

Andrew la dio vuelta para que quedara frente a él y luego se lanzó directamente a devorar con pasión los labios de Claire, a quien ya no le importaba respirar, sino solo ser poseída por ese hombre.

Ella le colocó las manos en la nuca y respondió con avidez a sus deseos.

Con la evidencia de la excitación a punto de perforarle la prenda inferior, Andrew tomó a Claire de las piernas y la alzó para colocarla alrededor de su cintura y llevarla sin dilación a la cama al tiempo que gozaba de cada caricia que ella le ofrecía.

Dejó los labios de la joven y pasó a entretenerse en el cuello de ella con una crueldad que la hacía gemir de placer. A ella, el cuerpo no dejaba de transmitirle oscuras sensaciones. Lo único que entendía era que quería tenerlo dentro para que la llenara por completo y así aplacar ese calor.

Andrew se fue desprendiendo de la ropa hasta quedarse desnudo mientras Claire lo observaba con atención. Era la primera vez que veía un hombre así y, aunque era vergonzoso, la excitaba.

Él la sentó en la cama y le sacó el camisón.

—Hermosa —susurró más para sí que para Claire al ver aquella blanca y preciosa figura. Era un manjar con el que estaba a punto de deleitarse.

La recorrió primero con la mirada, luego con las manos y, por último, con los labios, al tiempo que sentía cómo ella se estremecía bajo su cuerpo.

Claire se doblaba ante el intenso placer de ser acariciada de aquella manera. Sentía que moriría, pero aún faltaba lo mejor.

Andrew se le acercó a los labios y luego la colocó en la posición adecuada en tanto la besaba por última vez antes de hacerla suya para siempre.

CAPÍTULO 24

Acostumbrada a trasnochar, Claire no había podido dormirse luego de pasar aquella primera noche fuera de la casa familiar y al lado de su esposo.

Ella estaba de espaldas a Andrew, tapada de pies a cabeza. Al parecer, el cansancio lo había vencido después de que hubieran intimado unas cuantas veces.

Por fortuna, había sido como varias de las damas habían comentado en Inferno: placentero y delicioso; aunque también las otras tenían razón en que era doloroso. Sin embargo, el disfrute había superado la molestia. En ese momento, solo pensaba en la siguiente vez que él fuera a visitarla por la noche. Quería volver a experimentar todas esas sensaciones al lado él.

Después de pensarlo tanto, la había vencido el sueño.

Andrew no sabía la hora, solo que no había cenado y que el hambre lo había despertado.

Miró a su lado y descubrió que no estaba solo, cosa que, en un primer momento, lo asustó y lo llevó a que mirara a todas partes en busca de respuestas para explicar la aparición de una mujer en aquella cama. Entonces recordó que se había casado y que esa no era la habitación de él.

Con una sonrisa plena, apartó un poco la sábana que cubría el cuerpo de Claire y observó en detalle la figura de la muchacha.

Estaba muy contento porque su esposa era hermosa y, ¿por qué no decirlo?, ardiente. Había podido sentir cómo disfrutaba de cada roce y caricia que él le daba mientras la tomaba sin ninguna prisa.

Se quedó unos minutos así, pero el estómago lo devolvió a la cruda realidad de que ni él, ni ella habían cenado. Claire estaba dormida de manera demasiado profunda para despertarla. Además, esa era la habitación de ella, así que él sobraba allí.

Ahí fue cuando recordó cómo debían proceder al ser marido y mujer. Ese era el espacio personal de su esposa, y él no tenía derecho a invadirlo, sino solo cuando iban a tener relaciones.

Se levantó y comenzó a recoger sus prendas del suelo, aunque no se tomó la molestia de colocárselas.

No importaba lo cómodo que estuviera, aquel no era el lugar que le correspondía. Andrew tenía su propia habitación, y era allí donde debía permanecer.

Abrió la puerta que comunicaba ambos cuartos y echó un último vistazo a su mujer para luego cerrar la portezuela con mucho sigilo.

Arrojó las ropas en la cama, se tomó la cara y tocó la campanilla del servicio para que James fuera a atenderlo.

Claire, desde su propia habitación, escuchó el tintineo del llamado de Andrew, pues era la única recámara pegada a la suya. Eso la hizo dejar el mundo de los sueños para verse desnuda en una cama vacía.

Alcanzó el camisón, que estaba arrugado en el suelo, y sin importarle ese detalle, se lo colocó para no sentirse más extraña de lo que ya se sentía.

James apareció en el cuarto de Andrew Hilton con una bandeja de minutas y un poco de vino.

—¿Cómo sabías que iba a pedirte algo de comer? —preguntó Andrew sentado.

—Cuando usted se desvela por trabajar hasta tarde y luego se da cuenta de que debería haber comido es cuando suena la campanilla —justificó—. El hambre le recuerda que es humano.

Colocó la fuente sobre la mesita al lado de la cama y se alejó.

—¿Requiere que lo vista, señor?

—No es necesario —respondió, y luego se quedó en silencio, pensativo—. ¿Crees que debería ofrecerle a Claire algo de comer? No hemos cenado.

—¿Quiere que despierte a su doncella para que se acerque a consultarle? —sugirió.

—Me parece justo. Por fin será requerida en algún sitio —comentó antes de tomar la copa de vino.

James agachó la cabeza, retrocedió hasta la puerta y salió para dirigirse al área donde se ubicaban los aposentos de la servidumbre de la casa.

Se acercó a la puerta que correspondía a la nueva mujer en el servicio.

—¿Quién es? —gruñó la doncella.

—El ayuda de cámara de sir Andrew.

Amy abrió la puerta un poco y lo miró con un ojo.

—El señor le sugiere que vaya a ver si su patrona necesita algo de comer —dijo.

—Supongo que el vampiro de su patrón ya no se encuentra junto a milady —consultó con malicia.

—Él no es ningún vampiro, solo es un hombre ocupado, para su información, y en este momento está preocupado por el estómago de milady. Si usted también pudiera hacer lo mismo... —solicitó—. Si ella necesita comer algo muy elaborado, despertaremos a la cocinera, y si no, tenemos bastante en la alacena.

—Nadie va a convencerme de que mi nuevo patrón no es un vampiro —sentenció antes de encaminarse hacia las habitaciones de los recién casados.

Amy echó todo tipo de maldiciones mientras subía a ver a Claire. Nunca le molestaba que ella le pidiera las cosas, pero sí le fastidiaba tener un patrón como sir Andrew, que la quería mantener lejos; no importaba lo atractivo y adinerado que fuera.

Entró a la habitación y encontró a la joven sentada con un vaso de agua.

—Milady —la interrumpió.

—¿Amy? ¿Qué haces aquí?

—Su esposo ha solicitado que confirme si usted necesita algo de comer.

—¿Él lo solicitó? —preguntó con una emoción que la embargaba por dentro, pero con un rostro que parecía desinteresado.

—Más bien creo que el mayordomo fue el que se acordó de que su patrón se casó con una mujer viva —comentó Amy, lo que hizo que Claire recordara que su esposo era un hombre correcto. De seguro la servidumbre estaba adiestrada para cubrir todas las necesidades. No tenía razones para sentirse especial.

—No tengo hambre. Ve a dormir —ordenó Claire.

—Sí, milady.

La doncella se retiró, y ella se levantó a recorrer la habitación.

¿Qué estaba pensando después de aquella noche? ¿Que sir Andrew iba a ser atento? Lo había considerado por un segundo y se había emocionado, pero la realidad era un poco diferente. Esa noche, él le había prestado bastante atención y se había preocupado por que ella estuviera satisfecha, pero era probable que tal actitud no saliera de esas cuatro paredes.

* * *

Durante la mañana, Andrew se despertó temprano, como era su costumbre, y esperó que James le hubiera preparado el baño y las prendas para ir a trabajar.

Tocó la campanilla varias veces hasta que apareció.

—¿Necesita algo, señor? —preguntó al asomar la cabeza.

—¿Que si necesito algo? ¡Claro que sí: necesito que mi baño y mi ropa estén listos! —se quejó con ironía.

—Se los prepararé en un minuto, aunque ¿podría preguntarle a dónde irá?

—De todos modos lo harás —respondió sarcástico—. Adelante.

—No estará pensando en ir al banco, ¿o sí?

—¡Claro que estoy pensando en ir al banco! ¿Qué se supone haga yo en esta casa?

—Está recién casado, hace menos de veinticuatro horas —le recordó.

—¿Y eso qué?

—Que se supone que usted debería estar disfrutando de las dulzuras del matrimonio con su nueva esposa —contestó James mientras ponía los ojos en blanco.

—Es cierto —suspiró—. ¿Lady Hilton ya se despertó?

—Aún duerme, al igual que su doncella. Están acostumbradas a descansar hasta tarde.

—Entonces, me toca esperarla para el desayuno —se rindió.

Al estar casado, quizás tendría que reducir el tiempo que dedicaba al trabajo, aunque todo dependía de si su esposa aceptaba sus atenciones y compañía.

* * *

Claire tocó varias veces la campanilla de la habitación, pero Amy no aparecía. Debía de estar roncando profundamente, ya que ambas solían levantarse muy tarde. Sin embargo, ella estaba casada, y la actividad en la casa debía de ser pesada. En ese lugar faltaban demasiadas cosas.

—Milady —bostezó la doncella.

—Amy, ya no estamos en la casa Baxton. Esta es la residencia Hilton, así que el horario es diferente, y hay más obligaciones.

—Pero milady... —Volvió a bostezar—. Está de luna de miel. No debería siquiera estar pensando en salir de la habitación.

—No sabía que la luna de miel había que festejarla sola —expresó con ironía y luego se dio cuenta de lo que había dicho—. Prepárame un baño y alguno de los vestidos nuevos que compramos. Que sea de un color bonito, no más tonos pasteles.

—Como ordene —obedeció.

* * *

Andrew no soportaba estar en la habitación sin hacer nada, por lo que bajó al despacho y buscó asuntos pendientes para acabarlos, pero encontró los papeles de la asignación de gastos mensuales. Había incluido un nuevo concepto, “esposa”, y había aumentado el presupuesto para que no faltara nada de lo que Claire quisiera. De acuerdo a los gastos de ese año, haría una nueva proyección para el siguiente y evaluaría qué tan razonable era lady Hilton con las compras.

Al terminar aquel quehacer, pidió a un lacayo que fuera a buscar a su asistente al banco para que le trajera algunos papeles a la casa para distraerse un poco.

A las ocho, el asistente apareció con el pedido, y él lo recibió gustoso.

—Buen día, sir Andrew. Aquí tiene lo que pidió. —Le entregó los informes.

—Gracias. Necesito que hoy me cubras en el banco, pero... el señor Collins es mío, yo negociaré con él. Si va a buscarme, le das una excusa para enviarlo aquí o conciertas una cita para cuando yo esté presente.

El asistente puso los ojos en blanco.

—Entendido, señor —aceptó y se dispuso a marcharse.

—¿A dónde crees que vas? No seas holgazán. Aquí te anoté todos los pendientes —dijo al pasarle un papel lleno de órdenes.

El joven le dio una ojeada y, con los ojos desorbitados, miró a su jefe.

—No salgas del banco hasta terminar esos pedidos, incluido el de conseguir a alguien que me brinde información sobre mi cuñado.

—Sí, sir —volvió a afirmar con la intención de retirarse, pero el baronet lo detuvo otra vez.

—No lo olvides: terminas y vas a tu casa. Todo lo bueno requiere esfuerzo —pronunció Andrew mientras le daba unos golpecitos en la espalda.

Henry se retiró con una sonrisa nerviosa. Siempre que sir Andrew no iba al banco, tenía el doble de labor. Debía cambiar de trabajo pronto.

* * *

Claire se había perdido por el gran caserón, no sabía en qué ala de la casa se encontraba.

Entró a una de las habitaciones para mirar por la ventana y utilizar la calle para ubicarse e ir por el camino correcto.

Al recorrer el cuarto, se sintió casi morir asfixiada por la cantidad de polvo que se desprendía cuando el viento ingresaba.

Tosió un buen rato, los ojos se le enrojecieron, y las lágrimas se le salían por no poder evitar los ataques.

—¡Dios bendito! —exclamó al sacar la cabeza por la ventana para respirar aire fresco.

Era definitivo: empezaría con el pie izquierdo en aquella casa porque debería despedir al personal de limpieza. Aquello ya no era suciedad, era una calamidad.

Observó que, por el portón principal, salía un joven de cabellos negros que mascullaba lo que posiblemente fueran improperios en contra de alguien. Al menos, mirar por la ventana la ayudó a no perecer en ese dormitorio y a encontrar la salida de ese laberinto.

Se sintió realizada al toparse con las escaleras que llevaban al recibidor.

—Buen día, milady —saludó mayordomo con amabilidad.

—Buen día, James —respondió.

Dudaba acerca de si debía consultarle o no por Andrew, quien quizás aún estuviera descansando.

—Sir Andrew se encuentra en su despacho.

—¿Tan temprano? —se sorprendió.

—Es madrugador. No falta al trabajo, pero, por usted, se ha quedado aquí el día de hoy —anunció.

Ella quiso sonreír al saber aquello. Tal vez su esposo tuviera planeado algo para ellos.

—¿Y el desayuno? ¿Lo ha tomado ya?

—La cocinera lo está preparando.

—Dígale a sir Andrew que pase a esperar el desayuno, por favor. Mientras, iré a la cocina y veré qué dispone el personal.

—Sí, señora —obedeció James con una reverencia para luego ir hacia donde estaba su patrón.

—Bien... ¿Dónde estará la cocina? —se interrogó Claire en voz alta. No podía pasarse todo el tiempo entre preguntas sobre dónde estaban las cosas en su propia casa.

* * *

James tocó la puerta y pasó al despacho. Vio que Andrew sostenía varias hojas en una mano mientras, con la otra, anotaba unos números en un libro.

—Señor, su esposa pide que pase al comedor para tomar el desayuno.

Andrew levantó la vista y bajó los lentes.

—¿Justo ahora?

—Me parece que no la debe hacer esperar, o creará que usted carece de modales.

—Estoy empezando a arrepentirme de haberme casado, y no por culpa de Claire, sino por la tuya, que no dejas de recordármelo cada vez que me ves.

—Es que usted es distraído, puede llegar a olvidarse de que ya no vive solo.

—Ya me lo estoy por anotar en la frente —aseguró mientras caminaba hacia la puerta para dirigirse al comedor.

La joven había aprobado el desayuno sin modificar nada, pero había ordenado que cambiaran por completo la manera en que estaba arreglado el comedor.

Cuando Andrew llegó allí, los empleados retiraban los manteles y cubiertos.

Él miró hacia un costado y se encontró con su esposa, que llevaba un vestido color esmeralda y daba órdenes a sus holgazanes criados. Se veía hermosa e imponente.

Claire tomó una de las copas que estaban sobre la mesa y le pasó el dedo con los guantes blancos.

—Señora Martins, este tampoco pasó la prueba. Por favor, busque otras copas. Sir Andrew no debe de tardar en venir —comunicó al devolverle la vajilla, y luego se dio cuenta de que ya no estaban solo ella y los empleados, sino también el señor de la casa.

Un rubor le subió hasta las mejillas al ver que él le sonreía.

—Buen día, sir Andrew —lo saludó con una reverencia.

Él se acercó, le tomó la mano que no tenía enguantada y se la besó.

—Andrew —corrigió—. Buen día, Claire. Le he pedido que me llamara “Andrew”.

—Es la costumbre. Disculpe. —Le sonrió.

—Veo que ya está poniendo un poco de orden. Nunca vi tanto movimiento en este comedor.

—Siento haberlo mandado llamar. Todavía no está lista la mesa —explicó.

—No importa, me sentaré a esperar —dijo para tranquilizarla; ella asintió y fue hacia las copas nuevas con un contoneo de caderas que hizo que su marido volviera a desearla.

Aquel vestido resaltaba todas las partes más bellas de la joven, por lo que era probable que no pudiera concentrarse en el desayuno, sino en comérsela con los ojos.

Se sentó para observar cómo colocaban todos los utensilios y servían la comida bajo la estricta mirada de Claire.

—Está todo listo —comentó ella al tomar asiento al lado de su esposo.

Los empleados se retiraron para dejarlos solos.

El silencio los rodeaba. El único sonido que se oía era el de los cubiertos que tintineaban al golpear los platos.

—Claire —la llamó Andrew.

—Dígame.

—Deseo que pase a mi despacho. Querría enseñarle algo —comentó en tanto se limpiaba los labios con la servilleta.

—Podemos pasar luego de terminar el desayuno si gusta.

—Así lo haremos. —Sonrió mientras veía cómo ella, con esos exquisitos modales, bebía un vaso de limonada.

Andrew se levantó de la silla y luego corrió el asiento de Claire para tomarla del brazo y guiarla hasta el despacho.

Ambos entraron, y el banquero cerró la puerta después de que la joven se adentrara al centro del estudio.

—Este es un lugar un poco lúgubre —aseguró ella mientras se acercaba al escritorio.

Andrew acortó distancia entre ambos, se colocó tras ella y le acarició los brazos.

A Claire se le iba a salir el corazón. De nuevo experimentaba aquellas apabullantes sensaciones.

—Está plenamente autorizada a hacer todos los cambios que crea convenientes —le mencionó al oído, lo que hizo que ella cerrara los ojos mientras él aprovechaba para pegarse más a su cuerpo.

—Se-serán pe-pequeños cambios —pronunció apenas, al tiempo que sentía que él le deslizaba los labios por el cuello, lo que la hacía respirar con dificultad.

—¿Le molestaría si la beso de nuevo? —preguntó mientras bajaba las manos hacia las faldas de Claire.

Los pensamientos de ella se encontraban nublados por su demonio interior, lo que dilató una contestación rápida, pero debía decirlo.

—No, hágalo —pidió mientras él llevaba la cabeza de ella hacia atrás y se apoderaba de aquellos labios con mucha pasión.

Luego, la volteó y la recostó en el escritorio mientras pensaba en que combinaría sus dos placeres: mujer y trabajo.

CAPÍTULO 25

Claire se colocó la falda de manera correcta después de que su apasionado esposo hubiera retozado en ella. Tenía la cabeza gacha con la esperanza de que Andrew no pensara lo peor de ella por la facilidad con la que se entregaba a sus brazos. Pero no podía evitarlo, había deseado conocer desde hacía mucho lo que significaba ser una mujer.

Satisfecho, Andrew se alejó de ella y se dirigió hacia el sillón tras el escritorio. Se colocó bien las prendas para luego sentarse.

—Claire —la llamó sereno—, tome asiento por favor.

Ella se sentó con la elegancia y la gracia que la caracterizaban.

Andrew sacó el presupuesto del cajón del escritorio y se lo pasó.

—Como sabrá, Claire, como lady Hilton, usted tiene derecho a usufructuar nuestras posesiones a voluntad —comentó—. Sin embargo, aquí tenemos un presupuesto mensual asignado establecido con claridad. He creado dos objetos nuevos de gasto; uno de los cuales, por cierto, no había incluido en demasiados años.

—No tengo problema en cumplir con lo que me piden —afirmó—. Puedo respetar un presupuesto tan bien como si lo hubiera hecho yo misma.

—Es bueno saberlo. Es una de las razones por las que hoy usted es mi esposa —confirmó—. Me resulta sumamente atractiva la austeridad de una dama de su clase.

—Gracias. ¿Podría continuar con la explicación?

—Disculpe por haber desviado la conversación —dijo antes de retomar el tema—. Como le iba diciendo, aquí —señaló en el papel— está el monto mensual fijado para lo que usted necesite: vestidos, guantes, joyas, sombreros, sombrillas, abrigos, animales, cortes de cabello, horquillas y similares —manifestó.

Claire se acercó al documento para observar la suma, y la pose dejó expuesto lo que protegía el escote.

—Es una cifra interesante —comentó con una sonrisa. En realidad, pensaba que Andrew sería mucho más tacaño, pero estaba siendo demasiado generoso, casi al punto de convertirse en un despilfarrador—. Podría hacer que sobre dinero de esa asignación o quizás reducirla un poco, ¿no le parece? —preguntó con la vista en su esposo, que estaba perdido en el busto del vestido y observaba sin vergüenza alguna lo que se escondía allí.

—¿Sir Andrew? —llamó para que le respondiera.

Él salió de aquel trance y observó el rostro de la dama.

—¿Qué? —contestó, ido.

—Le preguntaba si no quiere usted reducir el monto de mi asignación. Me parece muy alto.

—¡Oh, no, no, no! Está muy bien así. Quiero que mi esposa siga teniendo la vida a la que estaba acostumbrada. Me encantaría verla con más vestidos favorecedores como este. Cómprese la cantidad que guste —se entusiasmó más de lo debido.

Claire se fijó incómoda en el escote del corsé y levantó un poco el cuerpo del escritorio, con las mejillas sonrojadas.

Andrew quería golpearse en la frente. Solo le faltaba un mazo, y sería un cavernícola completo.

—Y el otro gasto es de la casa —habló para intentar olvidar el pequeño y vergonzoso incidente con respecto a los favorecedores vestidos de su esposa—. Creo que esta es la parte que más le interesa, ya que será su hogar para siempre. Desde que mi madre murió, no ha habido nadie que se encargara de este caserón. Tengo mis ligeras sospechas de que el personal no está cumpliendo con sus labores. Claire, este será su territorio, y puede disponer de él como considere adecuado.

La joven tomó el papel y se lo acercó al rostro.

—En sí, ¿qué incluye este monto?

—Refacciones, pintura, muebles, nuevas alfombras, cortinajes, utensilios y todo lo que se refiera al hogar.

Ella miró los números con bastante seriedad, y no solo los que correspondían a sus propias asignaciones. Turnaba los ojos entre el documento y Andrew Hilton.

El banquero estaba sintiéndose observado por demás. Cambió de postura al pensar que quizás ese fuera el problema, pero ella continuaba escudriñándolo.

—¿Está todo bien? —consultó al verla callada.

—Correcto. Solo tengo una duda. —Hizo una pausa—. ¿Dónde está el presupuesto para eventos sociales y recreación?

—¿Eventos sociales y recreación? —preguntó, desconcertado acerca de qué representaba aquello.

—Usted es un hombre importante. Debería organizar las mejores veladas y codearse con la aristocracia y la plena burguesía, que está en auge cada vez en mayor número. Ese es el secreto para conseguir los mejores clientes y contactos —explicó—. Me parece imperdonable no considerar este tipo de gastos.

—Milady, ya sabe que no me fue muy bien cuando organicé un baile —justificó—. Usted misma pudo corroborar las imperfecciones laceriosas para sus ojos.

—Eso quedó en el pasado. —Sonrió—. Yo lo organizaré todo en cuanto estén terminadas las refacciones del hogar, pero necesito que lo incluya en su tabla.

—Será como usted pida. ¿Qué suma desea que estipule? —preguntó para tomar nota en un cuadernillo.

—Disculpe —se excusó Claire; tomó la pluma, la colocó en el tintero y, con gran precisión, agregó el valor al total del papel—. Este —señaló— incluye la recreación.

—Me parece un monto un poco elevado —dudó—. Por favor, explíqueme lo que significa la recreación, Claire.

—Viajes —dijo sin más.

Andrew dejó escapar una sonrisa.

—Eso está aquí. —Señaló un renglón donde decía “visitas”.

—¿Visitas?

—Cuando estoy muy interesado en conseguir un cliente determinado, lo que hago es concertar una cita y luego viajo para visitarlo y cerrar el negocio.

—¿Hace cuánto que fue de viaje por última vez?

—Antes de que nos casáramos.

—No me refiero a sus viajes de negocios, sino a los de ocio.

El baronet pareció meditarlo. Al parecer, había recordado alguna ocasión, pero luego negó con la cabeza.

—Pues nunca me he detenido a pensar que había viajes diferentes a los de trabajo —respondió sincero.

No sabía si sentir pena por él o golpearlo por tonto. El hombre no sabía lo que era tomarse un descanso.

—Bien, ahora ya está determinado. —Sonrió conforme—. Comenzará a tomarse tiempos libres.

El corazón de Andrew se aceleró. ¿Tiempos libres? ¿Qué diablos? ¿Tiempo ocioso sin producir dinero y solo gastándolo? Esa mujer lo mataría en una semana.

Le dedicó una sonrisa nerviosa. Estaba seguro de que su esposa sería viuda muy pronto a ese paso.

—¿Necesita algo más? —preguntó Claire.

—No. Creo que, por hoy, es suficiente —contestó perturbado.

—¿Le molesta que me lleve esto para transcribirlo?

—Quédeselo —respondió.

—Gracias. Iré a conocer la mansión. ¿Usted me guiará? —indagó animada.

—Es mejor que lo haga James. Conmigo se perdería.

—Claro, comprendo —aceptó.

La dama salió del despacho del banquero para buscar al personal de la casa. Debía ocupar la mente en algo que no fuera Andrew y aquella fría actitud. Todo había estado bien hasta que prácticamente la había echado del despacho. ¿Qué hacía mal con él?

* * *

Andrew Hilton tocó la campanilla con impaciencia para llamar a James.

—Señor. —Apareció el hombre en la puerta.

—Mírame —indicó—. ¿Crees que me falta un viaje de ocio?

—Sin duda.

—Sabía que tú... ¿Qué? ¿Estás del lado de la mujer que me inventó un nuevo gasto llamado “eventos sociales y recreación”? ¡Recreación! ¡Imagina mi cara cuando lo dijo!

—Milady tiene razón. Está usted muy tensionado.

—¿Tensionado? —gruñó casi asustado—. ¡Solo quiero regresar al banco!

—Creo que está exagerando, sir Andrew. Ayer, el duque tuvo que sacarlo casi a rastras de ahí. Necesita tener una vida que no sea solo el banco y dormir.

Andrew se agarró la cara. Se había comportado como un hombre de la prehistoria con Claire. Por eso ella se había ido con prisa. Ya se estaba pareciendo a Helmut Baxton. Debía hacer algo para compensar esa idiotez.

—James, enseñale la casa a mi esposa. No dejes ningún lugar sin mostrar.

—Sí, señor —obedeció—. ¿Se le ofrece algo más?

—No —respondió tosco.

* * *

James había comenzado por mostrarle el primer piso, la biblioteca, el recibidor, el salón de baile, el salón principal, el comedor, un salón de juegos y una pequeña terraza que estaba en desuso y que daba al jardín.

—Qué bello lugar —opinó al contemplar el parque, que parecía ser lo único bien cuidado por ser lo que se veía desde la calle—. Es una pena que estos muebles estén podridos. ¿Cómo pudo ocurrir esto?

—Milady, sir Andrew no es un hombre que tenga mucho tiempo y nunca utiliza este espacio. Sale con el sol y vuelve con las sombras.

—Me recuerda a mi padre cuando yo era pequeña —rememoró con melancolía—. Lo esperaba despierta hasta muy tarde, y no llegaba. Mi madre me decía al día siguiente que él había vuelto del trabajo de noche. Siempre lo justificaba. Todos los días, la misma rutina, hasta que eso terminó... Pero, bueno... ¿Por qué no guardaron esos muebles? No hay razón para haberlos dejado a la intemperie.

La madre del patrón, al parecer, era igual de rara que él.

—Debemos cambiarlos todos —anotó—. Pintura nueva para la terraza, muebles nuevos y una que otra decoración.

—Sí, milady —aceptó James.

Lady Hilton era igual a sir Andrew: ambos andaban con sus pequeños anotadores de un lado a otro. Eran la prueba de que Dios los hacía y el diablo los juntaba.

—Aquí empieza la segunda planta, señora —indicó James.

A ella ya la estaban matando los pies, y estaba destrozada por el cansancio tras haber recorrido todo ese lugar mientras anotaba sin poder parar de estornudar a causa del polvillo. Debería colocar mano dura en aquel sitio en el que nadie hacía lo que debía. Ya no más mantener a holgazanes.

James le mostró las otras ocho habitaciones, aparte de las dos que les correspondían al baronet y a ella. Después, le enseñó la salita para los niños, el salón de música y una segunda biblioteca.

—Aquí, sir Andrew jugaba cuando era niño —recordó James—. Cuando era un joven normal, tenía esa biblioteca solo para él. Se lo veía siempre por cada rincón de la casa. Le daba vida a este hogar.

Claire escuchaba con atención lo que relataba sobre Andrew y observó cómo el viejo empleado parecía prestar mucha atención al patrón.

—¿Y el salón de música? —preguntó.

—Está lleno de violines, violonchelos y violas, pero nadie los usa.

—¿Sir Andrew sabe tocar alguno de ellos?

—Él era un excelente artista, un violinista sobresaliente. Sus maestros hablaban solo maravillas sobre sus habilidades. Le enseñaban todo, desde modales, materias básicas y experimentadas, arte, música y economía. Y fue entonces cuando su padre lo obligó a meterse en el negocio familiar, y él tuvo que dejarlo todo. Sir Anderson era un hombre ocupado cuyo título de baronet no lo hacía feliz. Sus tierras eran productivas, pero no era suficiente. Era ambicioso. Invirtió toda su fortuna en crear el banco Hilton y, a partir de ahí, no dejó de hacer dinero. Luego, arrastró al joven amo, que en aquel entonces era como un hermano para el duque de Hamilton.

—¿Y qué sucedió después? —preguntó, metida por completo en el relato del pasado en tanto se imaginaba la niñez de su esposo.

—Fue dejando todo y a todos de lado porque su padre le exigía que debía llevar las riendas de la empresa con absoluta dureza. Él mismo tenía que hacerlo todo. Debía aprender. Así fue como llegó el día de la muerte de sir Anderson, y sir Andrew asumió la conducción del banco y logró que creciera más y más hasta convertirse en lo que es hoy su vida.

Claire tocó con los dedos los empolvados instrumentos. El pobre Andrew llevaba años de vacío en el corazón, como ella misma. Lo único a lo que en realidad amaba era al piano. Todo lo demás, lo había hecho para obedecer a sus padres, para ser la mejor, para ser perfecta. Debía tener los mejores modales, la mejor educación y la mayor gracia. Sin embargo, siempre se había preguntado si alguien se preocupaba en verdad por su esencia.

Helmut era de piedra, a su madre no la veía con frecuencia, pues siempre estaba ocupada, y su padre le dedicaba migajas de tiempo, aunque ella sentía que esos minutos eran reales y los cuidaba con afán para que ni su hermano, ni su madre la sorprendieran en esa situación de cariño.

—Déjeme sola un momento por favor —pidió a James.

—Disculpe si me excedí con usted, milady. Espero que me perdone y que no le cuente nada a sir Andrew. Él nunca quiere hablar de eso.

—No se preocupe... Solo quiero estar un rato sola.

James obedeció y cerró la puerta.

Ella tomó uno de los violines y una partitura vieja y casi exterminada por las polillas donde se llegaba a distinguir que algunas notas habían sido marcadas con carboncillo.

El piano era lo que mejor se le daba, pero las otras disciplinas no le eran indiferentes. Era lo único bueno de ser perfecta: sabía un poco de todo.

* * *

Un violín en un principio desafinado se oyó en el segundo piso. Luego, fue volviéndose cada vez más armonioso y agradable al oído, lo que llamó la atención de Andrew, cuyo despacho estaba bajo ese salón.

—¿Qué diablos? —preguntó al levantarse de golpe del sillón. Alguien estaba tocando su violín.

Apoyó los anteojos sobre el escritorio, salió a largas zancadas y subió las escaleras con prisa para ver quién había tenido la osadía de tocar sus objetos más preciados.

Abrió la puerta con brusquedad y vio a su esposa con el instrumento en la mano en tanto lo hacía sonar como si se tratara de música de ángeles.

—¿Qué se supone que estás haciendo aquí? —cuestionó de modo grosero.

Ella se asustó y, por accidente, el violín cayó al suelo y se rompió en pedazos por la falta de cuidado.

—Yo... estaba...

—Sal de aquí —pidió al tiempo que intentaba calmarse.

Claire tomó el instrumento roto y se dispuso a decir algo.

—¡Suéltalo y sal de aquí! —le gritó nervioso—. ¿No puedes mantener las manos quietas?

Ella soltó el violín, agachó la cabeza y caminó hasta su habitación con toda la dignidad que su educación le permitió, si bien se sentía lastimada. ¿Cómo sería ella misma si él no le dejaba ser quien era? Pensó que, al casarse, saldría de aquel infierno que significaba fingir que era perfecta, pero entonces se daba cuenta de que era el mismo martirio con un diablo diferente.

Cerró de golpe la puerta, y un sollozo rompió el silencio.

Sabía que su esposo no era el hombre más amable o educado de Inglaterra, pero el que la hubiera tratado así le hizo suponer que era un tirano.

Se recostó en la cama y abrazó la almohada.

No encontraba justificación para lo que había hecho. Romper el instrumento no había sido su intención, sino tocarlo para probar su afinación. Después de tanto tiempo en desuso, había pensado que quizá necesitara mantenimiento, y era obvio que así era.

CAPÍTULO 26

Andrew tomó el violín roto, lo observó y quiso colocar las piezas en su lugar.

Negó con la cabeza. Nada se podía hacer para rescatarlo. Estaba por completo inutilizable.

Miró los otros y se dio cuenta de que estaban sucios y opacos por la falta de cuidado.

—¿Qué fue ese grito, señor? —preguntó James.

—Permitiste que ella entrara aquí.

—Usted dijo que no dejara ningún lugar sin mostrar.

—¡Pues mira lo que hizo! ¡Lo rompió!

—¿Y por eso le gruñó a milady? Lo estaba tocando magnánimamente, como usted lo hacía antes. Usted hace años que no entra aquí y no deja que nadie toque nada, y ella tenía el mejor de los propósitos para con estos instrumentos —añadió el mayordomo al tiempo que tomaba el violín de las manos de Andrew—. Usted se ha vuelto como esta habitación, sir Andrew, está abandonado, sin nadie que le de cariño y, a quien intenta entrar, lo expulsa.

Andrew pareció pensarlo. De cierto modo, desde que Claire había aparecido, sus objetivos habían cambiando; su vida estaba cambiando.

Ya no era él solo quien desayunaba rodeado de la servidumbre, sino que ella estaba sentada cerca. Además, podía decirse que ya no dormía solo, dado que estaba ella ahí para calentarle la cama durante un rato hasta que él regresaba a su propio espacio.

Era el único hombre capaz de arruinar su matrimonio en cuestión de horas.

James se estaba retirando de la habitación cuando Andrew lo interrumpió.

—¿Qué hago para enmendar lo que hice? —preguntó al fiel sirviente.

—Pídale disculpas. Debe aprender a convivir con otros que no sean sus sirvientes.

—¿Solo disculpas? ¿No hay más? —consultó preocupado.

—Usted ya le ha asignado dinero e independencia en su casa. No hay mucho que se pueda hacer, algunas cosas no se pueden solucionar con frívolos regalos.

—No me presentaré ante ella sin una disculpa decente —asumió—. Debo pensar en algo.

—Entonces tómese su tiempo, porque le aseguro que usted no conoce a su esposa —sugirió James antes de salir de la habitación.

¿Conocía a la mujer con la que se había casado? Tenía modales exquisitos, era inteligente, servicial, una excelente artista, pero no conocía nada más de ella, de sus gustos o preferencias. ¿Acaso los tenía? ¿Qué deseaba?

Salió de aquella estancia luego de pensar en todo eso y se metió de nuevo en el despacho, pero ya no para concentrarse en los asuntos del banco, sino para reflexionar cómo hacer para que lady Hilton lo perdonara.

* * *

Amy entró a la habitación de Claire para llevarle ropa limpia, pero encontró a la dama entre sollozos en la alcoba.

—¿Qué le sucede, milady? —preguntó al tiempo que se acercaba a su patrona.

—Sir Andrew me ha gritado.

—¿Fue a usted a quien le rugió de esa manera? —se exaltó la doncella—. ¡Usted no merece esto!

—Fue mi culpa. Por torpe, rompí su violín. Lo tiré al piso con estas mantecosas manos.

—No se culpe, ese ogro no sabe lo que tiene a su lado —dijo Amy para confortarla—. ¿Desea que le cepille el cabello? Siempre la pone de buen humor.

Claire levantó la cabeza y asintió con una trémula sonrisa.

Los ojos de la dama estaban hinchados, pero era probable que fueran a regresar a la normalidad para el almuerzo.

Sin embargo, no fue así. Al llegar el momento, los párpados de Claire estaban tan enrojecidos que le producía vergüenza bajar y enfrentar el enojo de su esposo de aquel modo.

—Milady, el almuerzo está servido —avisó la doncella.

—No puedo ir así, no es presentable.

—Avisaré que no bajará —afirmó y salió de la habitación para hacer el anuncio en el comedor con gran placer frente al desagradable baronet que la había hecho llorar.

Andrew estaba sentado en tanto esperaba a que Claire apareciera por el comedor, pero fue la doncella quien lo hizo.

—¿Y mi esposa? —preguntó.

—Milady está indispuesta y desea que su almuerzo le sea servido en su habitación, señor —explicó con gusto al ver el rostro casi compungido de él.

Amy se colocó a un costado mientras los disgustados empleados le servían la comida a Andrew.

Todos habían escuchado la voz enfurecida del banquero al gritarle a su nueva esposa. Claire les había caído bien a varios integrantes de la servidumbre porque era estricta pero amable.

Andrew no podía meter tranquilo la cuchara en la sopa. Aquellos ojos que lo observaban parecían su conciencia. Además, era obvio que lady Hilton no lo quería ver y que por eso no había bajado.

—Retírense todos —ordenó con seriedad.

Los sirvientes cuchicheaban mientras salían del comedor.

—¡Salgan callados! —masculló con un golpe a la mesa, lo que sobresaltó a los criados, que corrieron, incluyendo a Amy.

Se tomó la frente y se fregó los ojos con los dedos. Todos lo creían un mal esposo y, en ese instante, con seguridad, un pésimo patrón.

—Sir Andrew —interrumpió James. Era el único que lo soportaba—, si me deja decirle...

—¡No! —lo cortó.

—Solo quería sugerirle que hablara con la doncella de lady Hilton. Ella conoce mejor a milady y podría recomendarle qué darle a su patrona para que lo perdone.

—¿Esa mujer? —bufó con disgusto—. Me odia desde que cortejaba a Claire. No creo que me ayude.

—Solo inténtelo. Quizás resulte.

—Está bien. ¿Crees que ella siga muy enojada y que por eso no haya bajado a comer conmigo? Debe de odiarme.

—Tal vez. Lo puedo averiguar si lo desea —ofreció.

—Te lo agradecería.

El mayordomo hizo una reverencia para dejar a Andrew comer y fue a la cocina junto a los demás.

—¡Sabía que era un ogro! ¡Milady no ha dejado de llorar por causa de ese hombre! El joven Helmut se lo dijo a mi señorita hasta el cansancio, que sir Andrew la haría infeliz y que merecía a otro caballero, como el conde de Granard —comentaba Amy con las otras mujeres del servicio.

—No hables mal de tu patrón, muchacha —regañó James—, y no menciones al joven Baxton, ni al conde frente a él. No querrás conocerlo enojado.

—Pues mi pobre lady fue víctima de su amo —afirmó.

—Eres muy petulante y arrogante para ser una simple doncella —la acusó reprobatorio.

—Los Baxton eran excelentes patrones, incluso tenía días libres, y fue en esas jornadas que apareció sir Andrew para entrarle por los ojos a mi señorita. Cuánto defendía a sir Andrew por solo darle algunos besos. Ese hombre incluso quiso comprar mi silencio. Vaya decencia y moralidad.

—Voy a llevarle el almuerzo a milady mientras usted continúa esparciendo rumores aquí. Espero que ustedes sepan que esta es la casa del señor Hilton y que aquí no admitimos que hablen mal del patrón —les recordó a los demás empleados.

James estaba empeñado en ayudar a Andrew para que ese matrimonio fuera diferente al de sus padres. Actuaría de cupido, pues veía que aquella pareja tenía gran potencial. Ninguno era en realidad lo que decía ser, en especial su patrón. Estaba seguro de que, en el fondo, aún se hallaba aquel joven lleno de vida y amor por la música.

—Disculpe, milady —se excusó James.

Claire ocultó el rostro con rapidez tras un anotador.

—Adelante, pase por favor —indicó.

—Le traigo su almuerzo. Amy le dijo a sir Andrew que usted estaba indispuesta. ¿Querría tomar un té después de la comida? —preguntó con amabilidad.

—Gracias, pero no me apetece. La limonada será suficiente.

—Como guste —dijo antes de retirarse.

—Espere...

—Dígame, milady.

—¿Por qué a sir Andrew le molestó que tocara sus cosas? —preguntó tras sacarse el anotador de la cara para permitir que James la viera.

—Esos instrumentos son muy valiosos para él. Nunca habla de esa etapa perdida de su vida...

—¿Qué hizo con el violín que rompí?

—Lo arrojaré a la basura, milady.

—¡Por favor, no lo haga! —pidió con vehemencia al tiempo que se levantaba de la cama y caminaba hacia un cajón del armario.

Sacó varias monedas de un bolso.

—Quiero que lo lleve a reparar. Creo que esto será suficiente —ordenó mientras extendía la mano para darle las monedas.

—Pero...

—Por favor, hágalo. Quizás, con eso, sir Andrew perdone mi torpeza.

—Mi señora... —Sonrió conmovido por el pedido. Nadie nunca hacía nada por el baronet, y ella pensaba en cómo hacer que él la perdonara. Aquella era la señal que indicaba que eran el uno para el otro—. Claro que lo haré. El señor me contó que usted toca el piano como nadie. Él tiene un excelente oído musical.

Claire se sonrojó por el comentario del hombre.

—¿En serio dijo eso? Creo que ha exagerado bastante.

—Él no se equivoca cuando se trata de música o de negocios, milady.

—Me encanta el piano. ¿Tienen alguno?

—No tenemos. A la madre de Andrew le provocaba dolores de cabeza y, como sir Anderson no estaba, no había quien lo tocara.

—Es una pena —se desanimó. Andrew no la escucharía mostrar su talento en aquel caserón.

—Me retiro, milady.

—No olvide lo que le pedí. Lo haría personalmente, pero no puedo salir aún, pues la gente murmuraría.

—Comprendo a la perfección. Mañana lo tendré todo listo.

—Gracias.

El hombre se retiró, y ella se quedó a pensar en que, si no funcionaba una restauración, nada lo haría, y su esposo la odiaría.

* * *

—¿Me mandó llamar? —preguntó tosca la doncella.

—Sí, le pedí que viniera. Espero discreción de su parte, pese a que me parece que usted no es muy fiable.

—Me ofende, mi señor. Supe guardar en secreto sus encuentros prohibidos con milady.

Andrew hizo un carraspeo con la garganta para cambiar de tema. No quería entrar a discutir esas cuestiones con la servidumbre.

—Quiero que me diga cuáles son los gustos de lady Hilton y cómo puedo ganarme sus favores. Específicamente, para que me perdone por lo de hoy.

—¿No debería preguntárselo a ella?

—Le aumentaré el sueldo.

Los ojos de Amy brillaron ante aquella oferta. No era lo mismo un soborno propiamente dicho que un incremento de salario. El último parecía más legal.

—Está bien. —Sonrió mientras se le acercaba—: Milady es aficionada a la escritura, por lo que un anotador sería un excelente regalo. Tiene muchas joyas, así que eso no...

Andrew la escuchó murmurar y murmurar sin pausa.

—También le gusta que le cepillen el cabello, la pone de...

—¡Basta, quiero algo específico!

—Hubiera empezado por ahí, sir Andrew.

Él tuvo que aguantarse las ganas de ahorcarla sin piedad.

—Entonces, cuénteme —pidió lo más calmado que pudo.

—La música. Ella ama el piano.

—Un piano —repitió. No tenía ninguno y tardaría días en conseguirlo.

—Gracias, Amy, puedes irte.

—No olvide mi aumento, señor —le recordó antes de esfumarse del despacho.

Él caviló y reflexionó acerca de cómo hacer para conseguir semejante instrumento. No podía tardar demasiado.

Tocó la campanilla, pero James no aparecía. Volvió a tocarla, y enseguida entró la cocinera.

—¿Desea algo, señor?

—¿Dónde está James?

—Salió para hacer un mandado.

—No preciso nada —contestó molesto.

—Me retiro.

En ese momento, se le ocurrió una brillante idea.

—¡Espera! Pide a alguien que vaya a buscar al duque y que le solicite que venga en su carruaje con blasón.

—Como ordene.

James había salido a llevar el pedido de la nueva patrona, mientras que Andrew necesitaba a Prince para algo muy delicado.

Claire continuaba compungida, sin ganas de bajar, decidida a evitar ver el enojo de su esposo. Prefería encerrarse y no tener que sentir su desprecio. Tenía todas las esperanzas puestas en esa restauración.

* * *

James había perdido toda la tarde en la tienda del lutier, pero valdría la pena porque lo tendrían listo en un día.

Al llegar a la casa, se encontró con el duque, que bajaba del carruaje.

—Excelencia, sir Andrew está recién casado.

—¿Y qué? Eso no le impidió mandarme llamar. De seguro quiere deshacerse de la dama.

—Aunque no lo crea, está muy animado con milady.

—Es digno de alabanza si ella puede soportar dos días a ese insoportable hombre.

Prince pasó con celeridad para no ser notado por la nueva esposa. No era bien visto que se interrumpiera la luna de miel.

—Espero que tengas una buena razón para hacerme venir ahora.

—Lo eché a perder, ¿es suficiente? Necesito un favor.

—¿Tan rápido le has confesado tu adicción al sexo? —preguntó burlón.

—Eso no lo sabe, pero creo que se dará cuenta más adelante. Pensé que estaba curado; sin embargo, no es así.

—¡Ya dormiste con ella!

—Es mi esposa, había que consumar el matrimonio.

—¿Es tan fría como parece?

—No discutiré esos detalles contigo.

—¡Anda, somos amigos casi desde el nacimiento, Andrew!

—Tú y tus perversiones...

—Solo quiero alegrarme por ti. Una sequía de años ha sido cortada por la más remilgada de esta sociedad. ¿Es una buena yegua?

—Excelente montura —confesó—, pero no te llamé para eso. Quiero que me prestes tu carruaje. Como estoy de luna de miel, no puedo salir de la casa, pero necesito con urgencia hacer un negocio.

—¿Y qué negocio es ese?

—Le compraré el piano al señor Baxton.

CAPÍTULO 27

No puedo creerlo —murmuró Prince—. Cuando dijiste “negocio”, directamente pensé en el banco. ¿Qué te ha hecho esa mujer?

—Tocó mi violín y se le cayó, lo que hizo que se rompiera.

—Me sorprende que siga con vida después de eso. Nunca dejas entrar a nadie en la habitación donde lo guardas, ni para limpiar.

—Es lo único que a veces me recuerda lo que fui. Deseo que todo quede como lo dejé.

—¿Recuerdas cuando te mostrabas tan excéntrico para conseguir mujeres? Solías jactarte de tus habilidades con los instrumentos.

—Soy mejor con la música que con los caballos. —Sonrió.

—Extraño a mi compañero de juerga que dormía con una joven diferente cada noche.

—Me gustaba cuando no tenía responsabilidades y no era dueño del banco, sino solo el heredero del patrón. Me gustaba el dinero como si no existiera un mañana hasta que mi padre me obligó a “regresar al camino” y cuidar el patrimonio.

—Un típico libertino: dinero, bebida y mujeres.

—Era demasiado joven e incauto. Me dejé deslumbrar por aquellos efímeros placeres. Ocupar mi mente me hizo bien. Lo mismo deberías hacer tú, mi buen duque. Estás viejo para esa vida.

—Viejo, pero he liberado todas mis tensiones, no como tú, que eres un cúmulo ambulante de represión. Bebes poco, no tienes mujeres y simplemente te has amargado.

—No estoy amargado.

Prince rio burlón.

—Entonces, ¿por qué te disgustó que tu esposa entrara a ver tus instrumentos?

—Porque son míos, mis recuerdos, mi vida, y ella se metió donde no debía.

—¡Es por eso que no estoy seguro de entrar al camino de los redimidos! ¡Las esposas son metiches!

—No es eso —alegó compungido—. Es que no quiero hablar sobre eso. ¿Qué pensaría ella de mí si le contara por qué ese lugar se encuentra así? Aquella habitación me recuerda que fui libre de entregarme a otras adicciones aparte del trabajo. No puedo contarle que he sido mujeriego, adicto, irresponsable y mil otros defectos. ¿Qué hay de la imagen que vendí para conseguir pareja?

—No lo tomes tan a pecho —sugirió Prince—. Quizás tu remilgada esposa no sea lo que dice ser, al igual que tú.

—Soy otro, mi vida cambió. Se transformó tanto que he escuchado que piensan que soy un vampiro en mi propia casa. ¡No conozco a la servidumbre, Prince!

—Era de esperarse.

—No puedo decirle todo eso; ella es diferente, es íntegra y perfecta. No querría que me rechazara por eso o que me impidiera compartir su cama. Fue una sola noche, pero, hasta ahora, la mejor de mi vida —recordó.

—Bien, yo también creería que ella es un vaso de agua en el desierto después de doce años. ¡Claro que sería una delicia aunque se tratara de un cadáver!

Andrew dejó escapar una carcajada de un modo al que no estaba acostumbrado.

—No pierdes el sentido del humor —continuó sonriente—. Espero tener muchas noches con ella. Quizás, si logra perdonarme, me invite a dormir bajo sus sábanas. Esa mujer puede volverme loco, pero es algo que quedará en secreto.

—Sería un halago para ella que le dijeras cuánto la deseas.

—Es una dama de cuna, se escandalizaría y me tiraría sermones como los de Patrick Baxton. ¿Sabes qué dijo el infeliz? Que yo era el dueño de tu burdel de aristócratas.

—¿Por qué creería que eres tú?

—Envidia del dinero que poseo, de los contactos y la influencia. Seguro piensa que, con todo aquello, fundé ese lugar. Pero ¿quién soy yo para sacarlo de ese error? Me da igual lo que crea o deje de creer.

—Esa es la actitud correcta, mi baronet. Ahora dime: ¿qué demonios hago para que tengas esa ansiada noche con tu esposa?

—Solo préstame el carruaje y quédate aquí.

—Como gustes. Pensé que ibas a pedirme que fuera contigo.

—No lo haría. Helmut Baxton podría oler el azufre en ti. Sabes que él desprecia a los disolutos como tú.

—Es cierto, ya me ha dicho cuánto me odia en varias oportunidades, y no es el primer Baxton que lo hace.

—Pídele al cochero que haga todo lo que le solicite. Tú puedes ordenarle a todos aquí cuanto gustes.

—Gracias, mi querido —dijo mientras empujaba a su amigo y se sentaba en el sillón con los pies sobre el escritorio.

—Si fuera tú, no haría eso —amenazó entre risas—. Ahora es un lugar sagrado. —Le guiñó un ojo antes de retirarse.

Prince no entendió el comentario hasta que vio que el escritorio estaba desordenado. Andrew era muy meticuloso con sus papeles.

—¡Qué asco! —exclamó mientras bajaba los pies.

* * *

Odiaba tener que regresar a aquella casa de locos. Si no fuera por su suegro, no lo haría.

Miró a los alrededores antes de descender del carruaje y caminar con premura hasta la entrada para golpear la puerta.

—Buen día, ¿en qué...? ¿Sir Andrew? —preguntó el mayordomo.

—¿Se encuentra el señor Baxton?

—Sí. Pase por favor, lo anunciaré.

Andrew se quitó lo guantes, pues las manos le estaban sudando por pedir al cielo que Helmut no estuviera.

—¡Primo! —saludó Dexter mientras se acercaba a él—. Le dije que esa mujer no le daría lo que necesita... Tengo muchas en Inferno que podrían aplacar su calor.

—Dexter, no molestes a mi cuñado —pidió Helmut, preparado con un traje de montar—. ¿Arrepentido de su adquisición? Claire no está sujeta a devolución. Ahora es su problema, dado que es probable que la restitución de su virginidad sea imposible —se burló con aquel tono arrogante que lo caracterizaba.

—Buen día, caballeros. He venido a ver a mi suegro para tratar negocios.

—¡Negocios el primer día de casados! ¿Qué clase de hombre abandona el lecho de su hermosa y joven esposa para hablar de transacciones con su suegro? —preguntó desconcertado Dexter.

—Solo un hombre tan frío y notablemente poco caballeroso haría tal cosa —respondió con desprecio el hermano de Claire—. Lo invitaría a montar, cuñado, pero me dijeron que esos menesteres no son lo suyo. Que tenga un buen resto del día y que sus negocios con mi padre le den más felicidad que atender a su esposa.

Andrew soportó los embistes de la familia. Lo único que podía hacer era guardar absoluto silencio.

—¡Patrick, solo quedas tú para saludar al primo! —gritó Dexter con la vista en las escaleras.

¡Lo que le faltaba! Aquello no podía empeorar.

—El señor Baxton lo espera, señor —avisó el mayordomo.

—Gracias a Dios —expresó en voz alta y con un suspiro por librarse aunque fuera de uno de los Baxton.

Caminó con largas zancadas hasta llegar al despacho, donde se recostó contra la puerta después de cerrarla.

—Buen día, hijo. ¿Te encuentras bien? —saludó Charles.

—Ahora me siento mejor, señor.

—Puedes llamarme como gustes, ya somos familia. Eres un Baxton.

Ser un Baxton, al parecer, era una horrible pesadilla.

—Prefiero decir que ustedes son Hilton —bromeó.

—Gran sentido del humor —rió—. Tengo bastante curiosidad. ¿Qué lo trae por aquí a tan pocas horas de su matrimonio?

—Debo ser honesto con usted, señor. Y breve. He venido a hacer negocios.

—No puede devolver a Claire si ha consumado el matrimonio. Lo sabe, ¿no es así?

—No pienso devolverla —aseguró Andrew en tanto intentaba no preguntar por qué insistían con lo del reembolso de la novia—. Lo que querría es comprarle el piano que Claire tocaba aquí.

—¡Oh, es usted un esposo romántico! No me lo esperaba —festejó mientras casi estrangulaba el cuerpo de su yerno con un abrazo afectuoso—. ¡Es suyo, lléveselo! Lo agregaré a la dote de Claire.

Era probable que ya amara a su suegro. Aparte de querer que hiciera negocios con él y de haber desposado a su hija para conseguir una rápida alianza, se dio cuenta de que tenía demasiadas cosas en común con Charles Baxton. Admiraba la practicidad de aquel hombre. No

tendría que desembolsar nada, sino que el instrumento pasaría a ser un activo más de la fortuna del banquero al juntarla con la dote de su esposa. Todos saldrían beneficiados con aquella unión.

* * *

—¿Y bien? ¿Hizo lo que le pedí, James? —preguntó Claire llena de ansiedad.

—Sí, milady. Estará listo para mañana.

—¿Mañana?

—No puede hacerlo antes.

—Está bien, James. ¿Sir Andrew está aún en su despacho?

—No. Al parecer, tuvo algo muy urgente que hacer y salió de la mansión.

Claire no quería sonar escandalizada por aquello, pero quizás habría ido a quejarse de ella con Charles Baxton y, si eso llegaba a oídos de la sociedad, tanto ella como Andrew Hilton serían la comidilla de la ciudad de por vida.

—Puedes... retirarte, James —concedió—. Bajaré luego a buscar algo para leer en la biblioteca.

—Como ordene, milady —apuntó antes de salir en tanto observaba a aquella nueva patrona, cuyo rostro, después de haberle dicho que sir Andrew no se encontraba en la casa, se había llenado aún más de preocupación.

—¡Cálmate, tu esposo no te está delatando! —se dijo en voz alta en tanto recorría de un lado a otro la habitación.

Se detuvo de una vez y luego marchó rumbo al despacho para buscar unos libros.

Entró y cerró la puerta tras de sí, pero se encontró con que alguien dormía en su sillón.

Ella caminó hasta acercarse y ver quién estaba tirado allí.

—¡Usted! —gritó con fuerza, lo que hizo que Prince perdiera el equilibrio y cayera al piso.

—¡Maldición, lady Hilton!

—¿Qué hace usted aquí? No me gusta que su pecaminosa presencia esté cerca de mi esposo.

—¿Pecaminosa? —se carcajeó Prince mientras se levantaba—. Empecemos entonces a sacar los trapos sucios, milady. ¿Ya le dijo a su esposo que usted frecuenta Inferno? No lo creo. De lo contrario, usted no sería la impoluta paloma que le vendió a mi amigo para casarse.

Ella guardó silencio. No discutiría con él. Tenía razón.

—Pero, como, pese a todo, soy un caballero, le guardaré el secreto. Nuestras reglas también se aplican a mí. No puedo abusar de mi poder.

—Gracias —fue lo único que dijo la joven después de aquello, y le dio la espalda para elegir un libro.

Prince la miraba mientras ella realizaba tal labor. En Inferno, nunca la había notado. Había tantas mujeres jóvenes, que no la había distinguido. La esposa de Andrew tenía muchos atributos para llevar a cualquier caballero a la locura.

—Lady Hilton, querría decirle que Diablo le envía sus saludos, aunque no sus felicitaciones por el matrimonio. Lamenta profundamente su enlace con Andrew. Estaba por completo convencido de que el conde de Granard era la mejor opción para usted.

A ella se le cayó el libro de las manos. Recordó aquella noche en que había ido a Inferno llena de decepción por el comportamiento sucio del conde. Había pedido la compañía de un caballero, pero luego todo se había tornado oscuro.

—¿Diablo?

—Sí. Somos más miembros los que dirigimos Inferno, solo que la identidad de los demás es secreta, pues sus reputaciones no pueden emparentarse con ese lugar. La mía está tan gastada que me he convertido en la imagen oficial del establecimiento —confesó sin vergüenza.

—Pensé que solo estaba Demonio.

—Diablo, Demonio y Orfeo. Pero Orfeo es muy bueno, un alma de Dios, muy caritativo —se burló—. En cambio, Diablo...

—¡Ya está...! —comenzó a exclamar Andrew hasta que vio a Claire conversar con el duque.

Prince estaba recostado contra el escritorio, y ella tenía la cabeza dada vuelta hacia él para escucharlo. Sin saber qué sentía, miró a su esposa con enojo.

—Lady Hilton —pronunció con frialdad.

Ella sintió que aquel título era como una flecha directa al corazón.

—Sir Andrew —respondió con una reverencia—. Me retiro. Queda en su casa, excelencia.

Prince se cuadró de manera correcta para despedirla y luego reprobó a su amigo con un gesto de cabeza después de ver salir a Claire.

—¿Qué hacías con mi esposa? —increpó con furia.

—Estaba hablándole. Soy un hombre educado —se defendió—. Lady Hilton vino a buscar un libro.

—¿Y dónde estaba el libro? La vi irse con las manos vacías.

—¿Qué insinúas?

—Eres un libertino...

—Pensé que me conocías mejor —pronunció decepcionado.

—Lo siento, Prince.

—No es a mí a quien le debes una disculpa. Por celos, creo que acabas de hundirte más con tu esposa.

—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Y mil veces más, maldición! —gruñó al tiempo que pateaba las sillas.

—Bienvenido al mundo de los vivos, Andrew —agregó guasón.

CAPÍTULO 28

—**V**en aquí, Andrew —lo llamó Prince y lo tomó de los hombros—. Estás muy tensionado, mi buen amigo. Te haré una bella y adorable sugerencia. Ve con tu esposa al campo como una luna de miel, hazle el amor todos los días, y todos tus tontos celos y prejuicios se irán.

—Pero el banco...

—¿Para qué tienes empleados si al final tú haces todo? Deberías tener colaboradores capaces.

Andrew suspiró mientras caminaba detrás del escritorio y cavilaba la opción que le había dado su amigo.

—Ya sé lo que haré —declaró.

—¿Qué?

—Voy a mandar a todo el personal a sus casas, salvo a la cocinera, a James y a la arpía que trajo mi esposa con ella, y no recibiremos a nadie. Eso te incluye.

—Estoy tan contento de que no vuelvas a pedirme que venga. No soy una criatura mágica que va a resolverte los problemas siempre que lo desees.

—Hoy, al menos, me has ayudado. Tengo el piano.

—Excelente. —Sonrió—. ¿Y ahora?

—A limpiar aquella habitación de música y subirlo ahí.

—Has dado un gran paso —lo felicitó el duque.

—Bien. Pues, al mal paso, darle prisa.

Andrew llamó al mayordomo y ordenó a todo el personal que fuera a limpiar el salón de música y a pulir los viejos instrumentos. Todo debía estar listo para que lady Hilton pudiera tocar el piano al día siguiente.

* * *

Claire solo podía recordar la mirada acusatoria que le había dedicado su esposo al verla conversar a solas con el duque.

¿Qué debía hacer para agradarle a Andrew Hilton? Quizás se tomaba demasiadas libertades que no le correspondían, o tal vez ella era una furcia para él. Se había ofrecido como una dama intachable, pero había descubierto lo lujuriosa que podía ser al lado del baronet.

—Milady, su esposo solicita su presencia para la cena —avisó la doncella.

—Dile que sigo indispuesta, por favor, y solo tráeme unas botanas.

—Sí, señora —obedeció con una sonrisa. Disfrutaba de antemano el bello rostro del patrón arrugado.

Amy bajó con lentitud las escaleras con aires de princesa, se dirigió al comedor y se colocó de nuevo en pose de servicio.

—Milady se encuentra indispuesta, señor, solo desea no ser molestada y unas botanas —informó.

El caballero intentó mantener la compostura ante la perspectiva de tener que comer dos veces solo. Su esposa no lo perdonaría con solo colocar ojos de perro y comprarle cosas.

—Gracias, pero yo tampoco cenaré —aseguró al tiempo que se levantaba de la mesa para ir a encerrarse en el despacho. Si quería hacerse tiempo para que la pareja se conociera un poco más, entonces adelantaría trabajo y dejaría instrucciones escritas para su asistente. El día siguiente sería decisivo.

* * *

—Ahora, los patrones no tienen hambre —rio Amy burlona.

—Si tienen dinero, pueden darse el lujo de desperdiciar comida. Milady debe de estar muy enojada con el señor Hilton —comentó la cocinera.

—No creo que esté enfadada. Ella es tan mojigata que, a este paso, sir Andrew se buscará una amante. Me he fijado en él, es bastante atractivo.

—No digas esas cosas, Amy. No deberías estar observando a tu señor.

—No lo hago con mala intención —se defendió—. Solo opino que lady Hilton debería ser más atrevida y lanzarse a esos fuertes brazos.

James escuchaba hablar a la doncella y la cocinera mientras preparaban las botanas para Claire. Aquella Amy necesitaba un escarmiento.

* * *

—Gracias —pronunció Claire cuando la doncella le pasó la bandeja con quesos, salchichas y pequeños vegetales para comer.

Ella masticaba mientras la jovencita buscaba un camisón para colocarle.

—¿Y sir Andrew? —preguntó, sin despegar los ojos de la comida.

—Está encerrado en su despacho trabajando, como siempre, milady. Antes no iba a visitarla por estar ocupado; ahora la tiene en casa y tampoco viene a verla. Es un desconsiderado —opinó.

—No hables así de él. Es digno de halagar cuánto se sacrifica por su patrimonio. Otros nobles malgastarían el dinero en mujerzuelas o bebidas.

—Disculpe el atrevimiento —susurró la doncella—, pero usted debería tener mano dura con su esposo. Es el primer día de casados, y ya la hace llorar. ¿Qué será de usted en un mes? Quizás la tengamos que recoger del suelo con trapos de tanto berrear. Mientras usted lagrimea, tal vez otra mujer podría calentar la cama de su esposo si no deja también usted de ser tan remilgada.

—¿Una amante? —inquirió con el estómago dado vuelta.

—Es común entre los hombres casados.

—Eso lo sé, pero... las esposas somos diferentes —justificó—. Somos damas, no tenemos ese... instinto que tienen las mujeres de mala vida.

—Su esposo es atractivo, milady, no dude de que debe de haber mujeres que se arrojarían a sus pies —advirtió cizañera.

Con todo lo que ya había hecho por molestar a Andrew, era obvio que él podría buscarse una querida con toda la razón del mundo.

—Cámbiame, Amy, y luego puedes retirarte a tu habitación.

—Sí, señora —obedeció mientras observaba la belleza detrás de aquella remilgada patrona. Claire tenía el placer de tener a un hombre adinerado y atractivo como esposo y lo desperdiciaba. No lo merecía por sosa.

Amy salió con lentitud de la habitación y descendió las escaleras a la planta baja. Todos se habían acostado, pero ella no lo haría.

Sir Andrew le parecía aborrecible, tanto como el joven Helmut, pero el último tenía menos humor que el nuevo patrón. Era tacaño, pero ella sabía negociar. No se dio cuenta de en qué momento el banquero se le había metido por los ojos; quizás hubiera sido cuando estaba visitando a la señorita Baxton.

Caminó hacia el despacho de Andrew y abrió la puerta sin permiso.

—James, no quiero que nadie me moleste —ladró desde el sillón sin mirar quién había entrado.

—Soy Amy, mi señor —repuso ella en tanto cerraba la puerta—. Vi la luz y creí que alguien había dejado una vela encendida. ¿Se le ofrece algo?

—¿Amy? —se sorprendió—. Gracias, pero no necesito nada.

—Veo que su copa de brandy está vacía. Se la llenaré —dijo ya con la botella en la mano.

¿A qué se debía tanta amabilidad de aquella poco estimable nueva empleada?

—Le aumentaré el sueldo, Amy, no tiene por qué mostrarse servicial para recordármelo —indicó.

—Pero si yo no he dicho nada, señor —mencionó inocente—. Creo que está muy presionado.

—Es la segunda persona que me lo dice hoy. Estoy empezando a pensar que es verdad —comentó mientras soltaba la pluma y se sacaba los anteojos.

—Hago unos masajes que siempre relajan a milady. Ella es muy estricta, y eso la tensiona. Podría hacerle uno si lo desea —ofreció al tiempo que se colocaba tras su sillón.

—No soy un hombre de masajes —pronunció antes de ser interrumpido por aquellas manos que se le posaron en los hombros para apretarlos con fuerza.

—Usted solo deje que yo me encargue. —Sonrió maliciosa mientras le abría el comprimido botón del corbatín y luego continuó hasta desanudarle la camisa, con lo que las manos de la doncella tuvieron contacto con la blanca piel de su patrón.

Aquellas manos tibias le recorrieron los hombros y el cuello, lo que resultó ser muy placentero.

Ella observó que Andrew tenía los ojos cerrados. Sentir la textura de aquella piel tan delicada, así como percibir el olor del perfume y el brandy, la llevaron a descender con el tacto hasta su pecho.

Amy sonreía con picardía. Quizás lograra algo más que solo acariciarlo. Si le resultaba agradable, podría conseguir lujos y muchas cosas más.

—Sir Andrew, es hora... —interrumpió James aquello.

Amy sacó la mano de la camisa de Andrew con rapidez, mientras él se mostraba sorprendido.

—Le decía que ya era hora de irse a dormir, tiene mucho que hacer mañana.

—Tie-tienes razón —tartamudeó.

—Ven conmigo, Amy. Nosotros también tenemos numerosos deberes.

Ella se alejó con una reverencia en tanto miraba a Andrew con descaro.

—Buenas noches, señor, vaya a descansar. Quizás su esposa necesite compañía —insinuó James antes de salir con prisa para alcanzar a la doncella.

Corrió tras ella y luego la atajó.

—¿Qué creías estar haciendo? —reclamó.

—¡Déjeme en paz! —gruñó mientras intentaba soltarse.

—¡No voy a soltarte hasta que me digas lo que hacías!

—Solo le serví brandy y le di un masaje como se los doy a milady.

—¡No seas mentirosa! No creo que acaricies a tu señora de esa manera. ¿Qué crees que conseguirás? ¡Tenemos suerte de que se haya casado!

—Solo es un masaje, no se exalte. Solo estaba siendo un poco amable.

—Se lo advierto, Amy: si la vuelvo a ver cerca de sir Andrew, lo lamentaré —amenazó, tras lo cual la dejó sola en el pasillo.

Amy masculló una maldición y fue a su habitación para seguir pensando en qué hacer.

* * *

James había ido temprano a buscar el violín reparado de sir Andrew para dárselo a Claire y que lo tuviera para cuando el caballero le mostrara el oasis que había estado construyendo para ella.

—¡Oh, James! Ha quedado como nuevo —expresó la joven emocionada.

—Estoy seguro de que, con esto, su esposo la adorará. ¿Bajará a desayunar con él?

—Creo que no me permitiría un desplante más. Soy la que se encuentra en falta, pero, con esto, confío plenamente en que él me perdonará. —Sonrió sincera.

—¿Desea algo más, milady?

—Llame a Amy para que me prepare uno de los vestidos más bonitos que tenga.

—¿Puedo hacerle una sugerencia, mi señora?

—Claro, lo escucho.

—Me permitiré el atrevimiento de aconsejarle que use algo con escote. Creo que eso le ayudará a conseguir con celeridad los favores de su esposo. O algo que resalte su figura.

Ella se sonrojó ante tal sugerencia, pero el hombre tenía razón. Si quería que la disculpara, debía ir con todos los mejores ánimos de consentirlo.

—Lo tomaré en cuenta —aseguró.

—Se lo comunicaré a sir Andrew. Con su permiso.

Claire asintió con la cabeza y pensó en cómo hacer aquello sin llegar a la vulgaridad.

* * *

—Amy, la patrona desea que la atienda. Vaya —mandó James.

Amy puso los ojos en blanco y se encaminó a ayudar a Claire.

James haría lo todo lo que estuviera a su alcance para frustrar a aquella doncella.

Fue hacia la sala, donde ya se encontraba el patrón, quien le echaba un vistazo al periódico.

—Buen día, señor. Hoy lady Hilton desayunará con usted.

El mostró una sonrisa en el rostro.

—¿Crees que esté de mejor humor y me perdone?

El empleado se acercó a él para colocarle de modo correcto el corbatín.

—Estoy seguro de que hoy será un buen día para los dueños de esta casa.

* * *

En la habitación de Claire, Amy ya estaba por matar a la patrona.

—Bonito, pero demasiado indecente —apuntó en referencia al vestido granate con pronunciado escote.

—Déjeme recordarle, milady, que usted lo compró y dijo que era hermoso.

—No sé en qué pensaba cuando lo hice —meditó.

—Colóquese este de color marfil con cintas doradas.

Ella lo observó, y sí, por fin había atinado a uno. Aquel vestido tenía un escote decente, con encajes sugerentes en el pecho, y se amoldaba a su figura.

—Es perfecto.

* * *

Andrew la esperaba ansioso en el comedor, sentado en la punta de la gran mesa que antes usaba solo.

Vio que primero aparecía Amy y luego, detrás, lady Hilton. De la impresión, se levantó con premura de la mesa y casi tira la silla. Se quedó inmóvil en tanto observaba a la dama acercarse. Se veía hermosa, más blanca que nunca, con los ojos más verdes y los labios más tentadores.

—Buen día, Andrew —saludó, pero su esposo no articuló palabra alguna.

Un carraspeo del mayordomo lo despertó del trance e hizo que lo mirara. El ayuda de cámara le hizo la señal para recordarle que retirara el asiento para que lady Hilton pudiera sentarse junto a él.

—¡Claro, claro! —exclamó mientras alejaba la silla para que ella se sentara. Había olvidado todas las normas de buen comportamiento social. Si James no hubiera estado allí, ni siquiera sabía qué habría sido de él.

Claire se sonrojó por la atención y tomó asiento.

—Buen día, Claire —la saludó—. Espero que haya tenido una buena noche.

—Dormí muy bien, ¿y usted? —preguntó al tiempo que se colocaba la servilleta sobre las piernas.

—Estuve en el despacho hasta tarde.

—No debería desvelarse, podría enfermar.

El desayuno les era servido en silencio. Andrew no sabía cómo abordar los errores pasados para pedir perdón, al igual que Claire no sabía cómo hacerlo sin que el hombre calmado que estaba frente a ella se convirtiera en una fiera y la descuartizara.

Ambos cruzaron miradas y se obsequiaron una sonrisa nerviosa.

Terminaron el desayuno. Él había decidido tomar la palabra.

—Yo... —dijeron los dos a la vez.

Claire también había decidido hablar.

—Diga, milady —pidió con voz trémula y suave. Los empleados lo miraban extrañados, pues parecía casi embobado por su esposa.

—Hable usted, yo lo interrumpí.

Le había cedido la palabra, ese era el momento.

—Yo... —Se puso de pie con brusquedad y alargó la mano para que ella la tomara—. ¿Puede acompañarme?

Claire se sobresaltó ante el repentino gesto, pero tomó su mano y sintió su calor. Él le sonrió y entrelazó un brazo con el de ella.

Ella no podía soportar el ardor en el rostro. Sentir el contacto de Andrew era maravilloso.

Ambos subieron en silencio las escaleras. Amy los quiso seguir, pero James la tomó del brazo y negó con la cabeza. Debían estar solos.

—¿No siente curiosidad por saber a dónde vamos, Claire? —consultó él para intentar dejar atrás los nervios.

—Sí, pero no debo pronunciarme con ansiedad. Las buenas damas esperan las sorpresas —comentó.

El banquero se detuvo frente a la sala de música y miró a la muchacha sin sospechar que ella era consumida por la culpa.

—Entre, por favor —pidió.

—Yo lo siento mucho, no quería romper su violín, no me haga entrar ahí. Fui muy torpe, no querría echar a perder otro de sus instrumentos —rogó mientras contemplaba los ojos de él.

—¿Crees que voy a acusarte de arruinar mis cosas? —preguntó sonriente.

Ella asintió avergonzada.

—No, Claire —pronunció en tanto abría la puerta—. Entra y toca todo lo que desees.

Ella ingresó impresionada a aquel lugar. Ya no parecía un ático abandonado, sino un salón de música real, todo pulido y ordenado a la perfección.

Se fijó en el centro del recinto y ahí estaba el piano familiar, recién lustrado. El corazón le latió con fuerza y se dio vuelta hacia Andrew.

—Es su piano, lady Hilton —comentó.

—¿U-usted... lo trajo? ¿Por qué? —cuestionó emocionada.

Él le tomó la mano y la miró a los ojos con gran arrepentimiento.

—Quería ganarme tu perdón, Claire, y sentía que las palabras no serían suficientes —confesó mientras le besaba la suave piel.

Si había algo capaz de derretirla, era aquello. Su frío esposo se había lucido.

—Es usted quien debe perdonarme —replicó antes de soltarse de él para salir corriendo.

¿Qué había sucedido? Su esposa simplemente se había ido y lo había dejado solo ¿No le había gustado lo que le había preparado?

Él se dio vuelta decepcionado, pero luego vio que ella se acercaba con el violín en la mano.

—También creí que no eran suficientes las palabras para expresarle mis disculpas, querido —habló con una gran sonrisa.

—¿Mi violín? —dijo a la vez que lo tomaba.

—Espero que haya quedado bien. No sabía si...

Claire no terminó la frase. Andrew la había callado con un apasionado beso.

CAPÍTULO 29

No podía describir la emoción con palabras. Aquel era su violín, y ella se lo había restituido.

Él sentía que solo aquel beso podría pagar la agradecimiento por habérselo devuelto intacto.

Claire colocó las manos en el cuello de su esposo mientras sentía cómo él la estrujaba contra sí.

—Usted no sabe lo que esto significa para mí —expresó Andrew al alejarse de ella en tanto colocaba el violín en posición de ejecución.

Una melodía clásica, llena de sentimiento, se desprendió de aquel instrumento.

Ella se acercó al piano, levantó la tapa y lo acompañó.

Andrew abrió los ojos, ya que no se había dado cuenta de en qué momento los había cerrado, tan solo se había sentido perdido al percibir cómo la música fluía en él. Su esposa lo devolvió a la realidad con ese acompañamiento.

Él le sonrió genuino, y aquello hizo que ella correspondiera el gesto con un incipiente sonrojo.

La curiosidad de los criados fue tan masiva al escuchar los dos instrumentos que tocaban a la vez la misma melodía que tuvieron que subir.

—¡Que a nadie se le ocurra pasar! —gruñó James de pie en la escalera. No quería que nadie echara a perder el despertar de su patrón.

Recostado en el piano de Claire, Andrew dio los últimos toques a la canción y acabó, al igual que ella.

Bajó el violín sobre el piano y levantó a su esposa en el aire.

—¡Siempre supe que usted me deleitaría con la música! —exclamó bajándola justo sobre sus labios.

Claire no podía decir nada, estaba por completo sorprendida y anonadada ante tanta atención que su esposo le prestaba.

No podía salir del asombro. Solo su propio padre la había alzado, y Helmut una vez cuando habían ido al campo y una serpiente se le había acercado.

—Usted toca de manera estupenda, Andrew. No me imaginaba que fuera un prodigio del violín —lo felicitó mientras retribuía los besos.

Ambos respiraban con dificultad y estaban extasiados por disfrutar de tal compañía juntos.

—Esposa, pensaba que lo ideal era quedarnos en casa por nuestro matrimonio, pero ahora necesito tenerla solo para mí. Sepa perdonar mi egoísmo —manifestó él mientras la veía sonreír—. Quiero que me acompañe a Middle Hall, en Lancaster. Tengo una casa de campo que nunca visito, ya sabe por qué: no sé montar muy bien.

—Estaría encantada. El campo es adorable, y yo podría ayudarlo a aprender —afirmó.

—No se diga más. Avise a su doncella que iremos al campo un mes.

—Como guste —aceptó Claire para ser besada de nuevo por él.

Con presteza pero sin perder la elegancia, ella salió del salón de música y encontró a todo el personal sorprendido ahí.

—Señores, vuelvan a sus quehaceres, ¿o acaso todos deben hacer algo justo aquí? —increpó la dama con las mejillas rosadas y los labios rojos por haber sido besada tan apasionadamente.

Todos corrieron con rapidez, salvo James y Amy.

—Ven conmigo, Amy —ordenó.

La doncella la siguió, y mayordomo entró al renovado salón de música.

Encontró a su patrón sonriente y con la mano en la boca. Casi parecía mordérsela.

—Fue tan grato volver a oírlo, señor —expresó emocionado hasta las lágrimas.

—Ella... —Se quedó sin palabras—. Me devolvió el violín mejor que antes...

—Milady es una mujer excepcional. Estaba muy preocupada porque usted no le dirigía la palabra.

—¡Soy un ogro desgraciado! —se insultó con rabia—. Me he quedado corto con el piano, James.

—¿No le ha agradado a la señora?

—Creo que lo amó, pero aún sigo creyendo que hace falta más para que me perdone.

—¿Y qué tiene pensado?

—Llevarla a Middle Hall. Es un lugar que no visito hace mucho. ¿En qué condiciones crees que estará?

—En calamitosa situación, mi señor, y aún más con sus perros ahí.

—Quiero a todos allá para arreglarlo ahora. Partiré con ella mañana, y avanzaremos con lentitud para ganar más tiempo.

—Como ordene, sir —obedeció.

* * *

En la casa de los Hilton, había un terrible alboroto mientras los empleados preparaban todo.

Desde que sir Andrew se había casado, todo estaba de cabeza para el personal de servicio, y no era por la nueva patrona, sino por el mismo baronet, que no los dejaba holgazanear como antes.

—Prepara los baúles, Amy, nos iremos al campo —ordenó Claire al tiempo que comenzaba a recoger todo lo que estaba sobre el mueble.

—¿Sucedé algo, milady? —preguntó la doncella.

—Sir Andrew... Digo, Andrew me ha invitado al campo, y estoy muy ansiosa por ir —contó emocionada.

—Usted no es de sentirse ansiosa. ¿Qué pensará mi señor cuando la vea en este estado?

—¿Crees que le incomode mi euforia?

—Ha sido siempre muy seria con él. Un cambio tan repentino quizás no le agrade.

—Tienes razón, pero no puedo evitarlo, siento como si flotara...

—Es muy bueno para su matrimonio —opinó la doncella con desinterés mientras iba sacando las ropas del armario para meterlas en los baúles.

Claire se quedó pensando en lo que le había dicho la empleada, pero ella solo quería más de ese extraño hombre que, al parecer, había desplazado al antipático esposo.

Ella estaba recogiendo parte de sus pertenencias para meterlas en un bolso de mano que iría en el carruaje con los artículos de primera necesidad cuando Andrew ingresó a la habitación sin tocar.

—Retírese, Amy —ordenó autoritario para quedar a solas con su esposa.

Ese tono no le había causado mucha gracia a Claire, ya que hizo que el corazón le latiera casi enloquecido.

La doncella bajó la cabeza para echarle una última mirada al patrón sin que él se diera cuenta antes de salir.

—¿Desea algo, Andrew? —inquirió con seriedad Claire.

Ambos volvían a ser aquel dúo sin emociones del principio.

—Quería decirle que... —pronunció mientras se acercaba a ella y le acariciaba el rostro.

Claire apenas respiraba por culpa de las palpitaciones que le producía la cercanía de aquel hombre.

—¿Qué? —preguntó sin aire.

—Partiremos mañana temprano para llegar por la noche —contestó en tanto observaba esos labios con ganas de devorarlos.

Él no podía seguir contemplando la boca entreabierta de ella, que parecía invitarlo a pasar y unirse a una danza demencial junto a esa lengua.

Se le abalanzó sin previo aviso. Claire le parecía irresistible. Solo deseaba tenerla con él, por supuesto, si era bienvenido, lo que, por el bien del banquero, ocurrió. Ella le devolvió aquel beso con la misma vehemencia con la que él se lo había dado.

—Perdone mi fogosidad. Su detalle ha sido tal que no alcanzo a agradecerle —dijo mientras descendía hacia la clavícula de ella y la llevaba hasta la cama para recostarla.

Le fue desatando las ligas del vestido mientras se inmiscuía entre sus faldas.

Claire no podía decir una sola palabra en su propia defensa. Con suerte podía respirar con aquella asfixiante pasión que la consumía.

* * *

Fuera de la habitación, Amy escuchaba los incesantes gemidos de su patrona, quien parecía pasarlo de maravilla con su compañero, y eso no le convenía.

—¿Qué se supone que haces espiando a los señores? —acusó James al tomarla del brazo para alejarla de la puerta.

—Estoy aquí por si se le ofrece algo a milady —se justificó con rapidez por el susto.

—Estoy seguro de que sir Andrew la está atendiendo muy bien. Ve a recoger tus cosas para partir con nosotros temprano —mandó mientras la empujaba por el pasillo—. Es la última vez que te sorprende cerca del baronet. La próxima ocasión, tomaré medidas, ¿entiendes?

—¡Pero si no hice nada! —se quejó mientras él la escoltaba hasta su habitación. Se aseguraría de que la doncella desapareciera definitivamente.

* * *

El paraíso pareció haberse abierto para Andrew y Claire, quienes se habían deleitado de nuevo en aquella pasión que los unía.

Al terminar, Andrew efectuó una inclinación de cabeza y salió con sus prendas en la mano.

Pasó hasta su propia habitación y tocó la campanilla para que James acudiera.

Unos minutos más tarde, el mayordomo apareció, presto para el servicio.

—¿Se le ofrece algo, señor?

—Quiero que sirvan el almuerzo, y dile a Amy que vaya a atender a mi esposa —pidió —. Daré las órdenes hasta que ella se acostumbre a nuestro ritmo en la mansión.

—Cuenta con ello. Le prepararé un baño —agregó al verlo desnudo y sentado en la cama con las piernas cruzadas mientras él recogía la ropa que Andrew había tirado al cruzar la puerta.

—Ayudaría bastante —le sonrió.

James llevó las vestiduras a la lavandería para que se hicieran cargo de ellas y buscó a la enfrascada doncella que estaba en sus aposentos.

—Ahora sí, la patrona te necesita —alegó al meter la cabeza en la habitación de Amy y luego cerró la puerta con violencia.

Ella compuso su más fingida sonrisa y se dispuso a atender Claire, que se había colocado un camisón para ocultar la desnudez.

—Milady, ¿necesita algo? —preguntó servicial.

—Un vestido ligero y un baño. Mi esposo desea comer junto conmigo. —Sonrió mientras se peinaba el cabello.

—Iré a buscar el agua y regresaré para acicalarla —avisó y regresó al área del servicio.

* * *

Andrew estaba metido en la tina, muy relajado, con el agua caliente y un informe que le había enviado su eficiente asistente en el que le recordaba una lista de probables clientes a captar. Él debería visitarlos al acabar la luna de miel.

—Iré a ver si el almuerzo está listo —informó James y desapareció con sigilo. A Andrew no le gustaba que lo interrumpieran en la lectura.

* * *

Del otro lado del muro, Amy le había llevado el agua demasiado caliente a Claire, por lo que debía esperar un poco para que no se quemara mientras le trenzaba el cabello para evitar que se mojara.

—El vestido de muselina que mi padre trajo de América, ¿dónde está? —preguntó.

—¿El amarillo?

—Ese mismo.

—Está un poco arrugado.

—Pues pláncalo. Lleva esta ropa para que la laven mientras me meto al hirviente baño que preparaste.

—Lo siento, milady, espero que sepa disculparme —dijo avergonzada la doncella mientras recogía las prendas del suelo.

Cuando terminó de levantarlas, de entre ellas, cayó el pañuelo que solía tener el exquisito sir Andrew cuando iba a galantear con la señora.

La doncella lo tomó y se lo metió dentro del delantal.

—Con permiso, milady —se excusó y salió como una bala.

Llevó la ropa al lavadero y extrajo el pañuelo suave y con aroma a él.

Una diabólica sonrisa se le dibujó en el rostro y subió para buscar el vestido amarillo. Claire era quisquillosa cuando se trataba de llevar las ropas sucias en una mano y las limpias en otra.

Amy vio que James estaba en la cocina, por lo que Andrew debía de estar solo en la habitación.

Corrió por las escaleras y, con una ceja elevada, se metió en los aposentos del patrón. Él estaba en la tina, de espaldas a la puerta, cuando se levantó y dejó los lentes, al igual que los papeles, en la mesa que James le había acercado.

—Sécame, James, mi piel ya se está arrugando —ordenó al escuchar que la puerta se había abierto y al pensar que el ayuda de cámara había entrado.

Ella lo miró de espaldas y luego tomó la toalla y la enrolló en la cintura de él. Era bastante atractivo ya con ropa, y aún más sin ella.

Andrew esperaba que el mayordomo hiciera lo mismo de siempre, pero no ocurrió, lo que hizo que se diera vuelta para reclamar, pero, al ver quién estaba ahí, resbaló y se cayó en la tina.

Amy corrió como alma que llevaba el diablo y salió del cuarto para entrar a la habitación de Claire por la puerta principal y no por la de comunicación.

Sorprendido y golpeado por la caída, Andrew se levantó furioso del agua. Había mojado todo alrededor con ese resbalón.

James entró a la habitación y vio que todo estaba empapado.

—¿Qué sucedió, señor? ¿Fueron malos números?

—Si hubieran sido malos números, esto estaría en llamas. La doncella de Claire se equivocó de habitación y, del susto, tropecé y casi me ahogo en el agua.

—No se preocupe, le daré una advertencia a esa chiquilla.

—No se lo digas frente a mi esposa, sería muy vergonzoso. Espero que esto quede entre nosotros.

—Así lo haré. Ahora, voy a secarlo.

En la habitación de Claire, con prisa, Amy buscó la ropa de la señora.

—¿Estás bien? —preguntó lady Hilton al verla tan agitada.

—¡Olvidé el vestido, eso es todo! Con permiso.

Claire, sin darle importancia, continuó enjabonándose las piernas con suavidad.

* * *

Al día siguiente, Andrew la esperaba en la escalinata de la mansión al tiempo que abría y cerraba el reloj de bolsillo.

—Disculpe la demora —se excusó.

—Buen día, lady Hilton —saludó al tomarle la mano y llevársela hasta los labios.

Cada contacto que tenía con su esposo significaba una apasionada promesa.

—Usted irá conmigo en este carruaje, y el servicio, en el siguiente —explicó en tanto señalaba los coches.

Ella se acercó al carro y esperó a que él le tendiera la mano para ayudarla a subir, pero el caballero parecía estar un poco más preocupado por el reloj, que se le había quedado sin cuerda.

El carraspeo de James y la mirada de “atienda a su esposa” hicieron que le diera el reloj al mayordomo y él pudiera dirigirse a la dama.

—Disculpe. Ya sabe, el óxido no se desprende con facilidad —bromeó mientras la ayudaba a subir y luego ascendía tras ella.

Se acomodaron, y el carruaje partió.

Andrew observaba Claire, callada y asiendo un pequeño libro.

Adoraba aquellas manos, que eran tan delicadas como voraces en la intimidad. Si quería una apertura con su esposa, necesitaba ser sincero, al menos en su punto de convergencia, que era la música.

—Ese violín fue un regalo de James —contó mientras miraba por la ventanilla.

Ella dejó el libro y le prestó atención.

—Él vio que no era muy bueno para montar, pero sí bastante talentoso con la música y también con las acuarelas. En aquel tiempo, mi padre estaba demasiado ocupado en ver cómo no quebrar para distraerse con los miedos y frustraciones de un niño. Por su temperamento, me prohibió pintar y me quitó los instrumentos. Quería que hiciera solo cosas de caballeros. Después de que una vez me caí de un corcel y casi muero, a sabiendas de que mi madre ya no podía darle más hijos, decidió que hiciera lo que quisiera, menos montar, pero no me ayudó.

No podía creerlo. Sir Andrew guardaba más de lo que parecía.

—James, en un gesto de mucho afecto, se gastó el salario de un año para comprarme el violín para que yo hiciera aquello que amaba.

—¿Y los otros instrumentos?

—Todos me los compró mi padre por celos por mi afecto hacia James, pero nunca los usé, están nuevos. Aquel lugar siempre será muy importante para mí. Fueron tiempos muy felices —
contó con una sonrisa—. Me recuerda el cariño diferente de dos personas del todo opuestas.

—Nunca podría haber imaginado tales acontecimientos en su vida.

—¿Y usted no tiene nada que quiera compartir?

Claire lo miró fijo, con deseos de confesarle algo.

—Usted me recuerda a mi padre, es un mundo de secretos. —Sonrió con la vista en el paisaje.

CAPÍTULO 30

Middle Hall era enorme, con grandes praderas y campos que se extendían a lo largo y a lo ancho del paisaje.

Una tenue lluvia los tomó por sorpresa antes de bajar del carruaje.

James se acercó con dos capas al transporte de Andrew y Claire.

—Señor, hemos guardado a los perros —avisó mientras le entregaba a cada uno un abrigo para que no se mojaran.

—Lo había olvidado. Los envié aquí antes de casarnos porque no sabía si les temías —comentó Andrew.

—Los perros son animales fieles —repuso Claire.

—¿Desea conocerlos? —preguntó dudoso.

—Conviviremos juntos, claro que deseo conocerlos.

—¿Están en las caballerizas? —increpó a James.

—Sí, y están hambrientos, sir —acotó a modo de aviso.

—Entonces, es mejor que se los presente más tarde —sugirió.

—¿Puedo alimentarlos?

—¡No! —exclamó efusivo Andrew, lo que asustó a la dama—. Lo siento, son poco amables cuando tienen hambre.

—Insisto —dijo ella.

El baronet miró a James para ordenarle con la mirada que fuera a las caballerizas.

Él le tomó el brazo de su esposa mientras caminaban bajo la llovizna y se acercaban con tranquilidad a donde los esperaba el mayordomo.

—Espero que no la asusten.

—Unos perros no me espantarán, Andrew. Lady Whistle tiene siete que parecen ovejas. Son adorables —comentó Claire.

—Estos no se parecen a los perros de lady Whistle...

Escuchaba los gruñidos de los animales encerrados en un enorme corral.

En dos cubos, se podían observar las piezas separadas de pollo, exclusivas para alimentarlos.

—¿Es este el alimento? —preguntó Claire un poco confundida.

—Es el bocadillo.

Claire tomó valor y pidió:

—Llámelos, quiero verlos.

—Como ordene —contestó y gritó sus nombres—: ¡*Mammon, Leviathan!*

—¿Llamó así a sus mascotas? —cuestionó sorprendida al ver aparecer dos enormes sombras negras.

Los perros eran de gran altura, delgados y con hocicos puntiagudos.

Cuando vieron a Andrew, ambos se acercaron y tiraron el cuerpo del baronet al suelo mientras agitaban las pequeñas colitas como si fueran dulces criaturas.

—Espero que se hayan portado bien. —Sonrió al verlos—. Quiero presentarles a alguien.

Los animales parecieron comprender y se dirigieron a la figura que estaba tapada con la capa.

—Ella... es Claire, mi esposa.

Ambos empezaron a gruñir y a tratar de saltar la cerca.

—¡Andrew! —gritó Claire, que se abrazó a él.

—¡*Mammon*, *Leviathan*, basta! ¡Ella es lady Hilton! ¡Abajo! —ordenó, y ellos lo obedecieron.

—¿Qué... Qué edad tienen? —preguntó.

—Son unos cachorros, tienen ocho meses.

—¡Ocho meses! —se sorprendió.

—¿Vamos a alimentarlos?

—Aún quiero conservar partes de mi cuerpo. Dejemos que lo hagan los criados —expuso nerviosa al verlos gruñir en tanto la observaban.

—Está bien, vayamos adentro.

Todavía le costaba caminar del susto, temblaba a cada paso que daba.

—¿Crees que, en un mes, podremos llevarlos a casa? —preguntó Andrew.

—¡Claro, por supuesto! —respondió, aunque habría preferido negarse.

La servidumbre bajó los baúles, y James les indicó dónde colocar todo.

—Ya guardé sus ropas en el armario, milady —comunicó Amy al tiempo que descendía las escalinatas y le echaba una mirada a Andrew mientras recordaba aquel atolondrado escape de la habitación del patrón.

—Subamos, le mostraré su habitación Claire —dijo Andrew y colocó la mano en la cintura de su esposa.

La joven quería sonreír como una tontuela, pero eso habría sido mostrar la ansiedad por estar otra vez a solas con él.

Mientras iban hasta el cuarto, las manos de Andrew prácticamente le acariciaban con descaro la espalda.

—Empezaremos por mi habitación —invitó al abrir la puerta.

Ella entró y comenzó a observarlo todo.

—No conozco su habitación en nuestra casa —murmuró mientras se acercaba al tocador, que estaba vacío.

Andrew, en tanto ella lo recorría todo, se aflojaba el corbatín e iba quitándose los gemelos.

Claire notó una imperfección en la pequeña mesa de cama.

—*Leviathan* duerme conmigo. Seguro sintió mi olor en esta habitación —justificó él—. *Mammon* es un poco más tranquilo.

Con una sonrisa nerviosa, ella continuó la revisión. Necesitaba con suma urgencia un cambio de aires.

—¿El presupuesto incluye modificar esta residencia? —preguntó mientras tocaba la tela de las cortinas.

—Si usted lo sugiere, se hará —musitó en tanto se le acercaba a la espalda para besarle cuello—. ¿Lo desea?

Ella respiró de manera entrecortada por el seductor significado implícito.

—Lo deseo con fervor, sir Andrew —contestó, pero no sabía si se refería al dinero del presupuesto o a las caricias de aquel apasionado esposo.

El toque inoportuno de la puerta hizo que ambos se separaran y guardaran la compostura.

—¿Se les ofrece algo? —curioseó Amy al adelantar la cabeza.

Andrew se dio vuelta hacia la ventana, pues tenía evidencias del deseo hacia su esposa y no quería que la criada volviera a observarlo.

—No —respondió enfadada Claire por la interrupción.

—La espero en su habitación, milady —dijo y cerró la puerta.

La sonrisa ladina de Amy le cubrió el rostro.

Claire observó a Andrew para ver si continuarían con lo que habían empezado, pero él estaba alejado y callado, lo que supuso que significaba una negativa.

—Es mejor que me retire a mi habitación —mencionó Claire.

—Disculpa, te llevaré, es por esta puerta —indicó y la abrió.

—Es muy amable. —Pasó sin mirarlo a su habitación—. ¿Usted descansará?

—Dormiré un par de horas, ¿y usted?

—También lo haré. ¿Lo veré en la cena?

—Así será —declaró y se despidió con una inclinación de cabeza.

Claire cerró la puerta, y Andrew se quitó las botas con varias patadas de rabia.

—¡Voy a traer a *Leviathan* para que ataque a esa doncella metiche! —gruñó cargado de frustración. Había estado a punto de tomar a su mujer otra vez, pero aquella cabeza que debía estar en la guillotina se lo había impedido.

* * *

Claire observó a la doncella como si nada sucediera.

—¿Necesita algo, milady?

—Ya no —respondió con enojo—. Amy, cuando estoy con sir Andrew, te agradecería que no nos molestaras.

—Solo deseaba que el señor no pensara que usted es...

—¡Es mi marido! —refunfuñó—. Retírate, voy a descansar y luego bajaré a cenar.

—Sí, señora —obedeció sin dilación.

¿Por qué se había enojado tanto por aquella interrupción? Claire estaba deseosa de estar al lado de Andrew, y la doncella lo había echado a perder. Deseaba retroceder el tiempo y que no los hubieran detenido.

Durmió hasta la hora de la cena, que fue cuando James la despertó para comunicarle que la esperaban para la comida.

Se colocó un vestido granate ceñido en el pecho que estaba hecho con una tela que le daba la sensación de flotar en lugar de caminar.

Andrew se levantó de la silla en la que aguardaba y la tomó del brazo para guiarla. Su esposa cada día era más hermosa.

—Gracias —susurró mientras él le separaba el asiento para que se uniera a la mesa.

—Cada día está más esplendorosa —la alabó al acercarse a los labios de la dama para besarla. Ella aceptó de buen ánimo aquel contacto.

—Es muy galante —agradeció sonrojada.

Andrew miró a James, y él fue echando al personal del comedor para que quedaran solos.

Sin más ojos que los de ellos, ambos empezaron a cenar.

—Creo que mañana será un día excelente para enseñarle a montar —manifestó Claire mientras tomaba una copa de vino y se la llevaba los labios con mucha gracia.

Él parecía sudar frío. Aquel tono seguro de que lo obligaría lo asustaba. Los caballos no eran muy adorables.

—He de pensar, esposa mía, que desea enviudar pronto. —Sonrió burlón—. Si el animal me mata, usted heredará mucho dinero.

—Será solo una práctica, no sea cobarde. Yo lo supervisaré.

—Es de valientes llamar “cobarde” a un esposo, lady Hilton —refutó Andrew.

Ella ladeó la cabeza.

—Quizás haya algún modo de convencerlo de subirse a ese animal.

—Puede que exista uno —respondió sugerente Andrew, lo que hizo que ella se sonrojara por la insinuación.

Después de terminar la cena, subieron cada quien a su habitación.

Amy había preparado a Claire para dormir, y James le había acercado a Andrew sus prendas para descansar.

Tras despedir a la doncella, la joven dama permaneció acostada con la mirada sobre la puerta de comunicación. Esperaba que Andrew quisiera montar al día siguiente.

La puerta se abrió, y una figura alta se acercó a su cama.

—Vine para que me convenza de cabalgar, milady —pidió mientras se metía entre las sábanas.

* * *

Por la mañana, Andrew, convencido de que estaba haciendo lo correcto, se colocó el traje de montar.

—Se ve usted excelente —halagó James al pasarle los guantes.

—Hay que lucir bien para morir, ¿no crees? Muerto, pero con clase —replicó mientras tomaba el fuste.

—Pero si usted es quien aceptó ir a cabalgar con lady Hilton.

—Más que aceptar es que ella tuvo gran destreza para convencerme —explicó sonrojado antes de salir de la habitación.

—¿Preparamos dos yeguas, señor? —preguntó James.

—¿Yo, subido a una yegua? Ni pensarlo. Supongo que no tenemos ningún poni. De esa manera, no dolería tanto la caída —justificó pensativo—. Mejor un macho calmado.

—Será como usted diga —aceptó James y se dirigió hacia las caballerizas.

Claire había escogido un traje de montar color esmeralda con un elegante sombrero a juego con una coqueta pluma blanca en lo alto.

—¿Desea que los acompañe, milady? —indagó Amy mientras aseguraba el sombrero en la cabeza de su señora con las horquillas.

—No, yo me encargaré de que todo esté correcto —masculló Claire, que se acomodó la falda antes de ir a buscar a su esposo para cabalgar.

Al tiempo que se golpeaba con la fusta el guante de cuero, miró por los pasillos de la mansión. Andrew no estaba.

Caminó hasta llegar a su despacho. Creía que empezaba a conocerlo y que su refugio contra todos los males eran los negocios.

—Supongo que no se estará escondiendo, Andrew —preguntó al verlo revisar unos papeles.

—Presumo que no está de más hacer un testamento en caso de no regresar —exageró al levantarse para ir hacia ella.

La figura alta y fina del baronet lo hacía parecer demasiado sofisticado como para subirse a un caballo, pese a que iba con traje de montar.

—Cuánta elegancia —mencionó ella y caminó al frente para salir del despacho.

—Si voy a morir, que sea con mis mejores galas —alegó mientras tomaba ventaja y se colocaba delante de Claire para ofrecerle el brazo.

Ella, sonriente y deseosa, agradeció aquel detalle, y marcharon hacia las caballerizas.

Leviathan y *Mammon* continuaban encerrados. En tanto observaban que su amo se acercaba, parecían pequeños y tiernos cachorritos.

—Hoy pediré que los liberen —le comentó a Claire—. A veces Prince se los lleva a su casa de campo cuando va de cacería.

—¿Y usted no suele ir a cazar?

—Carezco de tiempo, y a Prince le sobra —se excusó con una sonrisa—. Son excelentes cazadores de patos.

—Mi padre y Helmut disfrutan de la caza, en especial mi hermano. Él va varios días y luego vuelve con un gran festín —recordó con cierto afecto.

Los caballos estaban prestos para salir, y James, al lado, verificaba las sillas de montar.

—Ya están listos —avisó al verlos llegar del brazo sumidos en lo que parecía una amena conversación.

—El caballo bayo, para usted, señor —indicó Claire al tiempo que caminaba hacia el animal negro.

—¿Por qué el bayo? —cuestionó con los ojos en ella.

—Porque esa raza es más dócil, para que usted empiece —explicó—. Ese caballo asegura su supervivencia.

—Es una excelente justificación para subir. James —lo llamó—, ayúdame a montar. Sostenlo, no lo sueltes.

El mayordomo obedeció y lo ayudó a incorporarse sobre el equino mientras Claire los miraba y sonreía. Aquel hombre cuidaba y, al parecer, también sobreprotegía a su patrón.

—¿Esta listo, Andrew?

—Creo que sí —respondió dudoso.

—Tome las riendas con firmeza y, con un pequeño golpe, obligue a caminar al caballo —indicó Claire, que le mostró con el ejemplo cómo debía hacerlo.

Él siguió las instrucciones y pudo mantener el ritmo tras su esposa. Al tomar más confianza, recordó las antiguas lecciones y utilizó la fusta para ganar mayor velocidad, aunque también rememoró que casi lo habían llevado a la muerte.

Aquel miedo regresó de golpe y un brusco tirón de las riendas hizo que el caballo frenara la marcha con brusquedad y que terminara lanzándolo varios metros adelante.

Claire perdió el toque de dama fina al verlo volar como un ave sobre el animal. Sin que el caballo terminara de detenerse, ella bajó apresurada y corrió hacia su esposo.

—¡Andrew! ¡Andrew! —gritó con las faldas casi hasta las rodillas para acudir a ayudarlo.

El sombrero se le escapó a pesar de las horquillas, y el cabello se le desparramó por completo.

Vio que él se incorporaba con rapidez para regresar hacia el caballo.

—¡Espere! —pidió mientras lo seguía.

Lleno de polvo, él se dio vuelta para mirarla.

—¿Está bien? —preguntó al tiempo que observaba si estaba herido e iba palpándole las prendas para quitarles el polvo.

—Solo fue una caída —dijo sonriente antes de subir de vuelta al animal.

—Será mejor que...

—Esta vez, no va a vencerme.

—¿Quién no va a vencerlo?

—El miedo —contestó—. Recuerdo que, aquel día en que casi morí, mi padre me había presionado para que montara el nuevo caballo que había adquirido, uno muy agresivo. Iba bien, pero él deseaba que fuera más rápido. Me negué, entonces él se acercó y, con la fusta, azotó al caballo... me tiró, y luego... me pisó. Después de ese momento, ya no recuerdo nada.

—No debería haberlo obligado a hacer esto —expresó Claire al tiempo que se tomaba de los brazos para sobárselos.

—No es su culpa, es la mía —objetó él mientras descendía del corcel para tomar a Claire de ambos brazos—. Sin usted, no tendría las agallas para enfrentar este miedo. —Luego se acercó a la mejilla de la muchacha y depositó un beso en ella.

—Pero, si salió volando de su caballo, no puedo dejarlo subir de nuevo.

—Ayúdame a dejar atrás este temor, Claire. Si sigues este sendero, podrás ver quién fui alguna vez.

—Si sigo ese sendero, quizás también tú veas quién soy en realidad —replicó con la confianza de hablarle de “tú” en tanto dejaba que él le acariciara la mejilla.

Él se alejó de ella y recogió su sombrero, que había quedado en medio de la pradera, olvidado por la preocupación.

Ella no se había dado cuenta de que había dejado de parecer la educada dama que había salido de la casa para convertirse en la esposa harapienta y preocupada por que su esposo estuviera con vida.

—Se le olvidó su elegante sombrero, lady Hilton. —Sonrió Andrew mientras tomaba las horquillas que colgaban de los cabellos de la joven. Colocó el sombrero como creía que debía estar y lo ajustó—. Ya puede despedir a su doncella. Le hago mejores arreglos.

Ella se tocó el sombrero y su propia cabellera. No imaginaba que Andrew tuviera esos talentos. Sonrió y suspiro, no de cansancio, sino de afecto profundo.

CAPÍTULO 31

Aquella sería la primera de muchas cabalgatas que harían solo ellos.

De manera gradual, fueron adquiriendo más conocimiento mutuo y complicidad. Para Claire, eran los días más maravillosos de su vida.

Andrew estaba sentado con comodidad en la biblioteca. Mientras su esposa dormía, él continuaba mirando papeles. Vivía obsesionado con el trabajo.

Siempre había pensado que moriría ahogado en su despacho en el banco, pero se había dado cuenta de que aquella conveniente candidata había resultado ser más perfecta de lo que había esperado.

Sonrió mientras sorbía su té y luego continuó asentando comprobantes. Debía hacer ajustes en el presupuesto, como incluir los gastos para mejorar Middle Hall, las preciosas joyas que le compraría a lady Hilton cada mes, el aumento que le había prometido a la criada por la información, pues era un hombre de palabra, y demás.

La puerta se abrió con lentitud, y una cabeza se asomó a mirarlo.

—Vine a traerle más té —pronunció la melosa voz de Amy.

—Pase. Luego de servirlo, puede retirarse —autorizó sin levantar la vista, por lo que no pudo ver que la muchachita estaba usando uno de los antiguos vestidos de Claire, al que le había hecho muchas modificaciones.

Ella servía el té sin prisa.

—¿Ha despertado mi esposa? —preguntó mientras escribía.

—Aún no. Dormirá durante al menos media hora más. ¿Se le ofrece algo? ¿Quiere que le dé un recado?

—No —respondió con sequedad.

La doncella se dio cuenta de que el hombre estaba metido por completo en aquellos papeles, por lo que decidió derramar un poco de té para llamarle la atención.

Al levantar la tetera, unas gotas se escaparon y fueron a parar al abdomen de Andrew, quien se levantó de golpe por el susto.

Se sacó los lentes y miró a Amy, que no decía una sola palabra y tenía una mano en la boca mientras, con la otra, sostenía la tetera.

—¡Sir Andrew, discúlpeme! —rogó en tanto dejaba el té y palpaba la ropa de él como para secarla.

—Tenga más cuidado, he despedido a muchos por menos que esto —sentenció con mirada enojada al tiempo que colocaba los lentes en el escritorio.

—No se preocupe, me llevaré su saco para lavarlo.

Después de decir aquello, comenzó a desprender el saco de su patrón y se lo quitó con tranquilidad al tiempo que le rozaba los brazos con las manos.

Ella veía que no tenía ningún efecto en él en absoluto. Ni la había mirado siquiera, sino que estaba muy molesto.

—Llama a James —ordenó antes de volver a sentarse.

—Sí, mi señor —obedeció con la cabeza agachada y salió raudamente de la biblioteca.

Al llegar a la cocina, se encontró con el mayordomo, quien bebía un vaso de leche mientras comía unas galletas.

—Sir Andrew lo llama, James —comunicó Amy.

—¿Por qué tienes la ropa de mi patrón en tus pezuñas?

—Fue un accidente, lo lavaré ahora mismo.

—¡Tú tienes que atender a milady! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—¡No sea celoso, viejo, no le quitaré a su patrón! —masculló mientras se dirigía hacia la lavandería.

James fue a donde requerían su presencia. Mientras, la cocinera, que había oído todo lo que se habían dicho Amy y James, la siguió.

La doncella se colocó para comenzar a fregar la prenda.

—¿Y a ti qué te sucede? No puedes hablarle así a James y no debes insinuártele al señor Andrew. ¡Ella es la esposa, y tú no eres nadie!

Ella soltó de golpe la ropa.

—Pero puedo dejar de serlo. Estoy empezando a odiar ser la sirvienta de lady Hilton. En su casa, antes de que se convirtiera en la mujer de sir Andrew, la atendía con cariño y la cuidaba porque estaba sola todo el tiempo, me pagaban muy bien y no me sentía una criada. Ahora, tiene a mi señor postrado a sus pies, no se siente sola y prescinde de mí con rapidez. Nunca antes me había sentido como una sirvienta de medio pelo.

—Deja de ser tonta. El patrón está enamorado de su esposa.

—Pues todos los hombres son iguales. Solo necesitan una mujer que los llene por completo en la cama. Yo haría lo que lady Hilton jamás se atrevería a hacer con sir Andrew.

—Lo siento por ti, pero se lo diré a James. Se ha desvivido tanto para que sir Andrew abriera su mente y su corazón, y tú quieres echarlo todo a perder.

—Díselo. Tengo las de ganar. James es un simple sirviente, y yo soy una mujer que puede usar sus encantos para dar vuelta la situación.

* * *

James se presentó con tranquilidad frente a Andrew.

—James, trae a *Leviathan* y a *Mammon* aquí para que me hagan compañía.

—¿Se puede saber el porqué?

—Intrusas torpes. ¿Puedes llevarte esta tetera que me dejó aquí?

—Claro, señor —respondió diligente—. Opino que debería echarla.

—No puedo despedirla, es la doncella de Claire.
—Milady es su esposa, y usted hará lo que crea correcto para ella.
—¿Y cómo crees que puedo hacerlo?
—Es simple: díglele que se largue y dele una jugosa indemnización.
Andrew sonrió.
—Debería haberte contratado como mi asesor. Nunca me has dado un mal consejo.
—Estoy para servirle. Si me permite, iré a ver si lady Hilton desea alguna cosa.
—Trae a los perros y luego ve junto a ella.
—Por supuesto.

* * *

Claire despertó y no encontró a Amy por ningún sitio. La doncella debería estar atendiéndola. Por fortuna, ella sabía hacer de todo, ya que su madre la había capacitado y aconsejado para que estuviera preparada para cualquier situación.

Después de terminar de arreglarse y antes de salir de la habitación, escuchó que tocaban la puerta.

—Adelante —invitó.

James ingresó.

—Buen día, milady, ¿se le ofrece algo?

—Una doncella nueva. ¿Dónde está Amy?

—Manchó un saco de sir Andrew.

—¿Y cómo pudo haber sucedido algo así?

—Le sirvió té.

—Ella es mi doncella, no tiene por qué atenderlo a él —razonó con un atisbo de molestia en la voz.

—Es lo que le he dicho a ella.

—Se lo diré yo misma en cuanto termine de desayunar. ¿Dónde está mi esposo? No me lo digas, iré a sorprenderlo —alegó antes de salir con celeridad de ahí.

—¡Espere, milady! —masculló James y fue tras ella. Los perros estaban en la biblioteca.

Claire estaba deseosa de ver a Andrew. Era tan extraño preguntar por él y saber que no estaba dormido a esas horas, sino que estaba buscando alguna ocupación.

Tocó la puerta y escuchó la aprobación de él para pasar.

Los perros alzaron las orejas al oír el ruido y se levantaron al ver que la puerta se abría. Comenzaron a rugir cuando observaron que Claire ingresaba. Ella se quedó tiesa del susto al ver aquellos filosos dientes que se le acercaban.

Andrew estaba tan concentrado que no se había fijado en quién había entrado.

—¡Andrew! —gritó Claire cuando uno de los perros hundió los dientes en la tela de su vestido.

Eso hizo que él reaccionara con agilidad.

—¡*Leviathan*, *Mammon*, abajo! —expresó con tal autoridad y firmeza que incluso Claire estuvo a punto de sentarse, tan obediente como los cachorros, que, ya con el cuerpo contra el suelo, aún le mostraban la dentadura. Aquellos animales eran bastante gruñones. No quería aplicar el principio de que todas las cosas se parecen a sus dueños y pensar que su esposo fuera así.

Él se acercó a Claire y la colocó en sus brazos.

—Buen día, lady Hilton. —Sonrió antes de darle un beso y llevarla hasta el asiento.

—Será bueno para usted, pero yo casi fui devorada por esas bestias con nombres satánicos —aclaró mientras correspondía los besos.

—Creo que necesitará un vestido nuevo —musitó al tiempo que le besaba el cuello, con ella sentada en su regazo.

—¡Andrew, no es correcto! —espetó e intentó levantarse.

—¿Quién nos está viendo?

—¡Ellos! —señaló vehemente a los canes.

—No hablan, querida. Además, si bajas, van a devorarte de manera salvaje. Es mejor que permanezcas sentada y quieta —dijo guasón mientras observaba a la joven, que se apretaba más a él por el susto.

—¡Sácalos de aquí! —chilló al ver que uno se acercaba.

—No tengas miedo. Tócale la cabeza.

Claire se negaba, acurrucada en los brazos de Andrew, y él lo disfrutaba al sentirse su guardián.

—Atrás, *Mammon* —ordenó, lo que hizo que el perro retrocediera y se acostara con mansedumbre en el suelo.

Lady Hilton se sintió más aliviada y se relajó.

—Tengo una sorpresa para ti —anunció Andrew, tras lo cual levantó un papel en el que trabajaba.

—¿Y se puede saber qué es?

—Un presupuesto nuevo —dijo sonriente—. Derrocharás lo que gustes. Puedes incluso gastarme a mí si lo deseas, milady.

—¿Puedo verlo?

—Es tuyo.

Ella lo tomó y se levantó del regazo del caballero. Había olvidado que los perros estaban allí y caminó mientras observaba los números.

—Es magnífico. Convertiré este lugar en algo muy lujoso, lo prometo. No te decepcionaré —pronunció con una sonrisa.

—Claire, estás entre los perros —avisó Andrew.

—¡No me di cuenta, ven por mí!

—Te haría bien tratar un poco con ellos. Son tuyos.

—Creo que son demasiado grandes para mí —objetó—. Por favor, Andrew, ven.

Él se levantó y la tomó en brazos de nuevo para llevársela.

—¿Gusta desayunar, lady Hilton?

—Por favor —respondió pícara.

Al llegar a la puerta, la bajó y dejó que ella se acomodara la ropa, pues no podía parecer que había estado compartiendo gratos momentos con su cariñoso esposo.

* * *

A medida que avanzaban los días, la complicidad entre ambos crecía y compartían más actividades, lo que hacía que estuvieran más felices.

Claire no guardaba memorias de aquella clase entre sus padres, pues siempre estaban separados frente a ella y Helmut. Andrew tampoco recordaba que sus padres hubieran sido tan afectuosos en su momento. No los había visto correr detrás de los perros como él lo hacía con Claire.

—Creo que aquí —señaló el patio, muy cerca de la casa— estaría perfecta una enredadera de jazmín, ¿no lo crees? —preguntó a su esposo, que no era muy entendido en esas cosas, por lo que tenía la atención puesta en el periódico.

—Claro, querida —respondió con la cabeza casi pegada a las hojas.

Ella observó que él no le hacía el menor caso y, en lugar de enojarse, sonrió y miró a los perros.

—¿Qué te parece, *Leviathan*? ¿Te gustan los jazmines? Seguro que sí, para comerte todo lo que no deberías. Eres un demonio —bromeó Claire mientras acariciaba la cabeza del animal.

Mammon se acercó con la cabeza ladeada para poder recibir afecto. Ambos animales habían empezado a encariñarse con Claire, tanto que dormían a veces los cuatro juntos.

—Iré a pasear con los perros, Andrew —comentó, pero solo obtuvo un asentimiento como respuesta.

Partió con los canes sin rumbo alguno. Aún no había explorado toda la propiedad.

Después de al menos media hora de que ella se hubiera retirado, el baronet seguía inmerso en el mundo de papel hasta que por fin acabó la lectura.

—¿Mencionaste algo de...? —Miró alrededor. No había nadie—. ¿Dónde se habrá metido?

Lo último que recordaba era la pregunta de los jazmines, y nada más. Era un hombre que se concentraba mucho cuando se metía en algo. Podrían matarlo y él no se daría cuenta.

Andrew entró a la casa para buscarla, pero no la encontró.

—¿Viste a mi esposa? —preguntó a James.

—Fue con los perros hacia allá. —Indicó con el dedo hacia el paisaje de la izquierda.

—¿Crees que haya ido a la laguna?

—Quizás. Tal vez se sienta atraída por el agua. Hay hermosas vistas por ese lugar.

—¿Recuerdas que ese sitio tenía pozos?

—Lo recuerdo. Su madre cayó en uno de ellos al querer adentrarse al agua cuando era usted un niño. Por intentar que no le sucediera nada a usted, ella casi muere ahogada. Es un lugar muy traicionero.

* * *

En la orilla de la laguna, Claire, seguida por los perros, recorría con la vista los alrededores. Era un lugar precioso que Andrew no le había mostrado en casi todo ese mes que llevaban ahí.

Ella se acercó aún más a la laguna desde una piedra, y uno de los perros se mostró juguetón al ver que ella se agachaba para tocar el agua y la aventó de lleno a aquel peligro.

—¡Ayuda! —gritó al sentir que se hundía. No sabía nadar.

Los animales ladraron desesperados al verla chapotear con violencia para no sumergirse.

CAPÍTULO 32

Andrew se encaminaba con calma en dirección a la laguna hasta que escuchó el ladrido de los perros.

Aquello le produjo un mal presentimiento, por lo que aceleró el paso hacia el lugar de donde venían los aullidos.

Al llegar, los animales fueron junto a él y luego a la orilla una y otra vez.

—¡Claire! —masculló con el corazón en la mano al ver el cuerpo de su esposa en el agua.

Se arrojó a la laguna para llevarla hasta la orilla y ver si respiraba. Para su buena fortuna, ella fue escupiendo el agua que había tragado.

Al abrir los ojos y ver a Andrew allí, sintió un gran alivio y se pegó al pecho de él. Ya se había resignado a morir, dado que estaba sola con los excitados perros.

—¡No deberías haber venido sin mí! —gruñó Andrew por el susto de verla casi muerta.

—Quise... tocar el agua. Lo siento mucho —se disculpó Claire al tiempo que lo abrazaba con fuerza.

Él la tomó en sus brazos y miró a los perros.

—¡Están castigados por no cuidarla! —les gritó antes de subir a Claire al caballo y luego lo montó para sostenerla.

Durante el camino de regreso, los perros los seguían, mientras Claire estornudaba sin descanso.

—¡Sir Andrew! ¿Qué les sucedió? —preguntó James al verlos llegar mojados.

—Cayó al agua, y parece que está enfermando. Pide a la doncella que vaya a prepararle un baño, que la abrigue y que le haga un té —ordenó el baronet preocupado por el tiritar y el permanente castañeteo de dientes de la dama.

—Como ordene —respondió diligente y se fue a buscar a la inútil doncella.

Andrew la subió a la habitación y la abrigó sin dilación con una toalla.

—Es... estoy bien —pronunció Claire entre estornudos.

—No lo estás.

—Con un... baño caliente y un... té, estaré repuesta.

—Tomas tu salud a la ligera.

—No soy de enfermar, siempre he sido muy... cuidadosa.

—Me he dado cuenta —expresó sarcástico.

Amy abrió la puerta con cubos de agua caliente.

—Te dejaré con tu doncella. Vendré a verte después de que tomes el baño —masculló.

Claire iba a replicar, pero él le dio la espalda y pasó a la habitación contigua.

—El patrón parece enfadado —cizañó Amy.

—Es... mi culpa —lagrimeó con arrepentimiento.

—Sir Andrew tiene mal carácter, no se aflija. Está empezando a ser el mismo de antes.

—No es cierto, él es muy amable y me aprecia.

—Es porque están recién casados. Estoy segura de que busca conseguir su consentimiento para embarazarla aquí en Middle Hall. Luego, al regresar a Londres, volverá a ser ese hombre frío y crápula que conocimos en un principio, milady —acotó Amy mientras la desvestía—. Usted es muy bonita, pero, cuando cargue con el hijo de sir Andrew, él se aburrirá de usted y hará lo que los caballeros hacen: buscarse una amante. Él no es diferente.

—Estoy segura de que él no lo haría. Hablas así porque no lo soportas. Le arrojaste té caliente, es evidente que lo odias. Pensé que querías hacer las paces con él, pero, por estas cosas que inventas, me doy cuenta de que no estás interesada en ser amable.

Amy podía notar que la señora estaba ciegamente enamorada de su esposo, al igual que él de ella. Guardó silencio y continuó preparado el baño mientras contemplaba el enojo en el rostro de Claire.

* * *

En su habitación, Andrew también se disponía a disfrutar de un baño.

El susto aún no pasaba. Claire no sabía qué significaba para él, que estaba completamente loco por ella. La compañía de la dama era gratificante, las noches eran completas, y la vida de él tenía más significado. Había pensado varias veces en reducir el tiempo que pasaba en el banco cuando regresaran, dentro de dos días, para así pasar la mayor parte del tiempo a su lado. Luego, tenía planeado mudarse de a poco a la habitación de ella. No debía ser de golpe para no asustarla, pero tenía en mente no regresar a su propio cuarto.

—¿Se encuentra bien, señor?—preguntó James al verlo con el ceño fruncido.

—No. Estoy asustado por haber visto a mi esposa flotar como muerta en el agua.

—Debe calmarse y controlar su genio. No parece asustado, sino más bien enojado.

—¡Y estoy muy enfadado con esa mujer imprudente que casi me mata de los nervios!

—Cálmese, sir Andrew. Lo que importa es que lady Hilton está bien.

—Eso espero —pronunció aún con mal humor.

Después de asearse y esperar un tiempo prudencial, pasó a la habitación de Claire; ella se encontraba dormida.

Amy bordaba sentada en un sillón.

—¿Por qué respira de modo tan acelerado? —increpó Andrew a la doncella.

Ella se levantó y tocó la frente de Claire. Estaba ardiendo.

—Tiene fiebre —informó.

—¡Entonces, ve por algo para bajarla! —ordenó a los gritos.

Ella puso los ojos en blanco y fue a la cocina para buscar agua.

James y la cocinera estaban compartiendo un té cuando llegó la doncella y se sentó en una de las sillas.

—¿Sir Andrew te pidió algo, Amy? —quiso saber el mayordomo.
—No lo pidió, lo gritó —replicó.
—Será peor si tardas. No le gusta que lo hagan esperar —dijo la cocinera.
—Pues no es nada urgente. —Rio mientras tomaba una manzana que adornaba la cocina y la mordió.
—Iré a ver qué se le ofrece —indicó James al notar cómo la doncella comía, desinteresada.
Se levantó y se fue.
—¿Qué te pidió el patrón?
—Algo para bajarle la fiebre a lady Hilton, pero ya se curará sola.
—¡Amy, aquí no hay doctores!
—Estaba bromeando. Dame agua.

* * *

Andrew tocaba la sudorosa cabeza de Claire mientras esperaba a la doncella.

Estaba ahogándose de la preocupación. No imaginaba que tener una esposa a la que le hubiera tomado cariño fuera tan dolorosamente preocupante.

Al decidir cortejarla, solo pensaba en los beneficios para el negocio y para su propia casa. En verdad, no había visto ninguna otra ventaja.

A medida que el tiempo pasaba, ella había ido captando el interés del banquero, primero con la música y luego con la fascinación que mostraba por los asuntos económicos. El buen gusto y el apellido de la muchacha le aseguraban un lugar entre gente que deseaba invertir, lo cual abría nuevas oportunidades de aumentar su fortuna.

Sin embargo, ella tenía sentimientos, se interesaba por él, buscaba agradarle. Cada noche que él la deseaba, estaba presta a dejarse querer y entregarle todo de sí.

—Claire —susurró al acariciar el ardiente rostro de la joven.

—¿Necesita algo, sir Andrew?

—James, ya se lo pedí a Amy, debe de estar en camino para bajarle la fiebre.

—Ella...

Cuando James iba a decirle que la doncella lo había desobedecido, la susodicha apareció con el agua y la compresa.

—Con esto, mejorará —alegó Amy al colocarle un paño para calmar la fiebre.

—Gracias —mencionó Andrew.

—Usted deje a lady Hilton, que yo me encargo, señor.

—Vaya a descansar. Yo cuidaré de la señora con la doncella —apoyó James, que desconfiaba de la muchachita.

—Me quedaré un rato más.

Se quedó dormido en un sillón mientras la tensión entre James y Amy se incrementaba.

—La fiebre no disminuye. Es grave —opinó el empleado.

—Está mejorando —discrepó Amy.

—Iré a preparar un baño tibio para ella. Las compresas no funcionan.

Amy vio partir a James y se acercó a sir Andrew.

—¿Quién diría que usted estaría preocupado por ella? —dijo mientras le tocaba el rostro dormido—. Descansa de manera tan profunda...

Y lo besó sin más.

Andrew se movió, y ella se alejó.

—¿Amy...?

—Venía a decirle que fuera a su habitación. Milady está mejorando.

Él se levantó del sillón con tranquilidad, echó una última mirada a Claire y salió rumbo a su propio cuarto.

James preparó el baño para la dama, y la cocinera, junto con Amy, se encargó de meterla al agua.

Entre consciente y delirante, lady Hilton recordaba partes de su niñez. Aquellos momentos en que sus padres se abrazaban y besaban frente a ella, cuando parecían ser más que un simple matrimonio conveniente de una aristócrata con un hombre sin título.

También recordaba a Helmut y una conversación que había escuchado tiempo atrás, pero hablaban de un unicornio, y aquello no podía ser posible.

La recostaron en la cama y luego pasó la noche.

* * *

En medio de la madrugada, James entró a la habitación de Andrew y lo despertó.

—Sir Andrew, señor —lo llamó.

—Mmmm... ¿Qué?

—Necesitamos un doctor.

Eso lo despabiló.

—¿Qué sucede?

—Lady Hilton no mejora.

—Prepara el carruaje. Que vengán a recoger nuestras cosas después.

Andrew tomó a Claire en sus brazos y la metió en el carro. Ella murmuraba cosas inteligibles mientras desvariaba por la fiebre.

A un acelerado ritmo en el carruaje, arribaron a Londres después de que amaneciera.

Habían enviado a buscar a un doctor para que, al llegar, ya hubiera alguien que la atendiera. Andrew Hilton estuvo presente mientras el profesional verificaba la salud de la dama.

—¿Y qué tiene?—preguntó Andrew.

—Me temo que lady Hilton está con una gripe muy fuerte. No se preocupe, no es una pulmonía.

—Qué alivio.

—Dejaré instrucciones para la medicación y también para sus cuidados a su ayuda de cámara, señor.

—Se lo agradezco —expresó más calmado el baronet.

* * *

El día estaba pasando con rapidez, y no se veía aún la mejoría.

El carruaje con las pertenencias de ambos llegó a Londres, junto con los dos perros, que se mostraron contentos de regresar.

Los canes olfatearon el aroma de Claire y fueron a arañar la puerta para entrar junto a ella.

Andrew los dejó pasar, y ambos subieron y bajaron de la cama emocionados.

—¡Basta, van a lastimarla! —masculló para que ambos se calmaran.

Los miró reprobatorio mientras continuaba escribiendo una corta misiva a su suegro para que supiera sobre la salud de su hija.

* * *

—¿Que Claire está enferma? —gruñó el señor Baxton mientras arrugaba la nota.

—Se lo dije, tío, ese hombre no puede cuidar de ella —aseguró Patrick.

—Cualquiera se enferma —justificó Dexter en tanto bebía un trago—, no es culpa de nuestro inescrupuloso primo nuevo.

—Puedes decir cuanto gustes, pero yo iré a ver qué sucede —avisó Helmut antes de levantarse del sillón para buscar su sombrero.

—¡Te acompaño! —agregó.

—También voy —dijo Patrick.

—¿Quién más se invita solo? —preguntó Helmut con sarcasmo.

Todos los Baxton tocaron a la puerta de la residencia Hilton.

—Qué desgracia —anunció Andrew, desde la segunda planta, al verlos llegar y descender del carruaje.

James se acercó a mirar.

—El joven Helmut tiene mala cara.

—¿Cuándo ha tenido buena cara? Un corte en la pierna produce más gracia que su rostro.

—Sea educado, sir. Recuerde: son su familia.

—Es lo único imperfecto de mi esposa —concluyó mientras negaba con la cabeza.

Andrew se acercó a la puerta mientras James abría.

—Bienvenidos —saludó el mayordomo.

—¿Y mi hermana?

—Buenas tardes, Helmut —expresó Andrew.

—Mi hermana.

—Está en su habitación.

Subieron las escalinatas a la segunda planta mientras Andrew sentía las frías miradas Baxton en la nuca.

—Primo, te he defendido de mis otros parientes —informó Dexter sonriente—. He dicho que no eres el agente causante de su gripe. Salvo que no tenga gripe y haya quedado embarazada con asombrosa rapidez.

Andrew deseaba arrojarle por las escaleras para no escucharlo más. Temía darse vuelta y ver las acusatorias miradas Baxton que le apuñalaban la espalda.

—Es mejor no sumar razones —recomendó Patrick de manera juiciosa.

—Solo diga que no puede cuidar de ella, Andrew —insinuó Helmut con una media sonrisa burlona—. Ya consiguió que cayéramos en sus redes, ya no necesita a mi hermana.

Andrew se dio vuelta para replicar y lo asió de las prendas.

—¡Basta, ya somos familia! —gruñó Patrick, que intentaba separarlos. Los dos caballeros no dejaban de mirarse a los ojos.

—Tienes razón, Patrick —afirmó Helmut—. Quítame sus codiciosas garras de encima, Andrew.

—Y usted estrangúlese con su lengua —reprendió antes de abrir la puerta para que entraran.

—¡Ese fue un excelente golpe, primo! —congratuló Dexter con un aplauso que los demás familiares reprobaban.

—Los dejo para que la vean —mencionó Andrew y se marchó.

Helmut se acercó a su hermana y la observó.

—No se ve tan mal —murmuró Dexter—. Aunque no estaría de más buscar si le hincó los dientes en el cuello.

—Ya cállate —profirió Helmut al ver que ella abría los ojos.

—¿Helmut?

—Estoy aquí —sonrió al tiempo que le tomaba la mano—. ¿Estás bien?

—Creo que soñé contigo. Hablabas de un unicornio.

—No está nada bien. Helmut hablando de unicornios sería una escena de terror —replicó Dexter.

—Creo que está muy grave —opinó Patrick.

—¿No irás a darle la extremaunción, o sí? —increpó Dexter.

—¡Ya basta! No son capaces de callarse un minuto —gruñó Helmut y luego miró de nuevo a su hermana—. Sea lo que sea, no dudes en acudir a mí. No confío en tu esposo.

—Es muy bueno conmigo, se ha portado como un caballero.

—¡Bien, eso era todo! Está bien. Helmut, vámonos —sugirió Dexter.

—¿Por qué lo trajiste?

—No lo traje, se me pegó —explicó reprobatorio.

Eso hizo que Claire riera, y luego se volvió a dormir.

—No le hizo nada, Helmut, está segura —informó Patrick.

—Aún no termino de convencerme.

—El baronet es inofensivo. No es el Diablo de Inferno —intentó calmarlo su primo.

—¿Quién más querría dañarme con una invitación a ese vertedero de perdición y pecado? —cuestionó el hermano de Claire—. Seguro desea hundir mi reputación.

—Tu reputación de momia es inmaculada, Helmut —sentenció Patrick ante la poco afable observación del interlocutor—. ¡Es cierto!

Helmut les hizo una seña a los dos para que se largaran de aquel lugar.

Los tres estaban buscando al temido Diablo de Infierno, pues creían que era alguien que probablemente quisiera sacar los trapos sucios de los Baxton al sol.

* * *

Una semana después, Claire se sentía casi del todo repuesta. Luego de la visita de sus amigas y de todos los cuidados que había recibido, estaba dispuesta a pasar la noche junto a su abnegado y devoto esposo.

Despidió a Amy más temprano para poder preparase sola para hacer su primera aparición en la habitación de su esposo desde que estaban casados. Ya le había insinuado que entraría en secreto al cuarto de él en cualquier momento.

Andrew había terminado de bañarse y, con la toalla agarrada de la cintura, tomó la ropa de cama para ponérsela, pero entonces sintió que unas tibias manos le recorrían la espalda para luego arrastrarse por su torso.

Él sonrió. Sabía que Claire tenía planeado sorprenderlo. Estaba excitado y presto para la acción.

Se dio vuelta para tomarla de la cintura, pero aquella no era su esposa, sino la doncella.

La empujó y, por el impulso, ella cayó sobre la cama del baronet.

—¿Qué hace aquí?

Ella se acercó para acorralarlo.

—Sir Andrew, yo podría hacer todo lo que milady no quiere.

—¿Qué dice?

—Que me siento profundamente atraída por usted. No crea que lo odio. Usted despierta pasiones en mí —contó Amy al tiempo que trepaba sobre el tremendamente sorprendido Andrew.

* * *

Claire se retocó el cabello, se echó una última mirada de aprobación en el espejo y abrió la puerta.

Un grito ahogado salió de ella al ver a la doncella sobre su esposo.

Andrew escuchó a Claire y empujó a Amy lejos.

—¡Claire! —pronunció al verla turnar la mirada entre él y su doncella.

—Disculpe la interrupción —se excusó apenas antes de cerrar la puerta de golpe y colocar el seguro. Luego, corrió a la otra puerta para asegurarse de que él no entrara.

Se arrojó a la cama y comenzó a llorar.

—¡Claire! —gritó mientras intentaba abrir la puerta—. ¡Claire, abre, debo hablar contigo!

Ella no respondía del otro lado. La furia se apoderó de él, y tomó a Amy del brazo sin importarle si se lo arrancaba.

La arrastró por las escaleras hasta el recibidor con la toalla aún en la cintura.

—¡Lárgate de mi casa! —exclamó, lo que hizo que todo el personal de la mansión corriera hasta ahí—. ¡Estás despedida, ramera!

Al terminar, subió para intentar ver a Claire, pero ella no le abría. El dolor y la decepción de la joven eran tan grandes que apenas podía respirar sin ahogarse en las lágrimas.

Eso era lo que sucedía cuando una se enamoraba después de casarse: te destrozaban.

Estaba unida a aquel hombre hasta el fin de sus días, pero haría que vivieran cada una de esas jornadas como un matrimonio por conveniencia.

—Sir Andrew, no puede seguir aquí gritando a una puerta —intentó razonar James.

—¡No estoy gritándole a una puerta, sino a mi esposa, que está adentro!

—Está enfadada, déjela descansar. Ya mañana hablarán con tranquilidad.

—Asegúrate de que esa mujer promiscua se vaya de esta casa esta noche.

—Yo me ocupo, señor.

El caballero, dolido por el rechazo de su esposa y cansado de vociferar y rogar, fue a recostarse.

James lo vio irse y luego tocó la puerta.

—Soy James, milady. Estoy para servirle.

Para ella, el mayordomo era un hombre honesto y de confianza, por lo que decidió abrir la puerta.

—¿Quieres servirme de verdad?

—Sí, señora.

—Entonces, ve a buscar a *Leviathan*. Yo te esperaré en el área del servicio.

—Como mande, milady.

Claire recostó una oreja en la puerta de sir Andrew para asegurarse de que no se tratara de una trampa para que hablaran.

No escuchó nada, así que bajó y esperó al perro.

—Aquí está —indicó James con la correa en la mano—. ¿Qué hará con él?

Ella tomó la correa y fue a colocarse frente a la habitación de la doncella.

—¿Aún está aquí?

—Sí, milady. Está recogiendo sus cosas.

Claire le quitó la correa y luego lo tomó del collar.

—Haz honor a tu nombre, *Leviathan*. Atemorízala —ordenó antes de abrir la puerta para que el perro entrara, y luego cerró.

James tomó la llave y trabó la cerradura para que la doncella no escapara del imponente *Leviathan*.

CAPÍTULO 33

Claire se quedó junto a James para escuchar cómo *Leviathan* gruñía y Amy gritaba desesperada por salir de ahí.

—¿No cree que es suficiente, lady Hilton?

—Aún no.

James obedeció, le dio la llave y llamó a otras mujeres del servicio.

Claire exhaló con tranquilidad y abrió la puerta.

—Basta, *Leviathan*, afuera —ordenó lady Hilton, y el perro se alejó de la aterrorizada Amy.

—Mi... milady...

—¿Cómo pudiste hacerme esto?

—¡Mis pasiones por su esposo hicieron que me desviara del camino!

Se sintió morir al escuchar las devocionales palabras de la doncella por sir Andrew. Si algo podía dañarla más que un cuchillo, era la lengua de esa mujer.

—Es una pena que hayas decidido traicionar a tu señora... ¡Es mi esposo, sabes cuánto me costó conseguirlo!

—¡Lo siento, milady, perdóneme!

—Cada maloliente palabra que salía de tu boca para envenenarme contra él era porque tú ya le estabas haciendo compañía. Una cosa puedo asegurarte, y no como la esposa del hombre con el que te acostaste, sino como una Baxton, y es que no podrás conseguir trabajo nunca en toda Inglaterra. Te lo juro.

—¡Milady, por favor! —gritó desfigurada mientras se arrastraba hacia los pies de ella.

—¡No toques mi camisón! —exclamó asqueada Claire—. Mañana me encargaré de ti. ¡Ven, *Leviathan*, que no te vaya a contagiar algo!

Claire salió de la habitación de la doncella con la nariz alzada.

Sabía a quién acudir para que se deshiciera de aquella mujer aberrante, aunque no sabía aún qué hacer con su esposo. Verlo otra vez la destrozaría, y no sabría qué hacer. Era probable que terminara arrojándose a los brazos de él de nuevo.

La joven se acostó en la cama, y *Leviathan* la acompañó. *Mammon* era un poco más solitario y menos gruñón.

Jamás se le habría ocurrido que Andrew, el hombre que la había conquistado, era capaz de engañarla.

Lo tenía en alta estima, lo creía dulce e inteligente, pero a la vez ingenuo, y aquello era lo que había logrado enamorarla.

Saber que tenían tantas cosas en común era algo especial. Tenía con quien ser ella misma, o al menos eso había pensado. Se había mostrado tal y como era, le había entregado el corazón a un hombre de quien que creía que la pudiera amar, pero nunca debía olvidar la realidad: aquel era un matrimonio concertado y ventajoso, un ascenso para ambos en el escalafón social de Londres.

* * *

Andrew despertó por la mañana ansioso por hablar con su esposa y decidió aprovechar el desayuno para hacerlo.

Se dirigió al comedor para esperarla. Sin embargo, ella nunca bajó.

—James, ¿dónde está Claire?

—Milady no desea bajar a desayunar con usted, sir. Me ha pedido que le llevara el desayuno a la habitación.

—Ve y dile que aún la espero aquí.

—Sí, señor.

Sabía que la respuesta de la señora de la casa sería negativa. Ella estaba muy dolida.

Desde la noche anterior, mantenía las puertas bajo llave porque no deseaba que Andrew entrara.

Claire reconoció el toque de James, por lo que fue y le abrió la puerta.

—Dígame.

—Sir Andrew requiere su presencia en el desayuno, lady Hilton.

—Está bien, me sentaré con él y luego saldré —indicó, tras lo cual tomó su bolsa.

Andrew vio la elegante silueta de su esposa. Tenía los ojos rojos y el rostro impasible, lo que le recordó a cuando era la señorita Baxton.

—Buen día, sir Andrew —saludó con una reverencia, mientras él se levantaba y separaba la silla—. Que le sirvan el desayuno al señor —pidió al personal.

Los empleados acataron la orden con rapidez y se retiraron al sentir la tensión entre los patrones.

—Claire, yo... —pronunció Andrew al tiempo que tocaba la mano enguantada de su esposa, pero ella, con dolor en el corazón, se apuró a retirarla.

—Puede hablar conmigo sin tocarme, sir. Estoy segura de que eso es innecesario.

—Claire, sobre lo que viste anoche...

—Si en mí está decidir, prefiero olvidar el incidente —cortó con prontitud.

—Debo explicarte lo que sucedió.

—Le aseguro que comprendo todo. Si me disculpa, debo salir y conseguir una nueva doncella. Con su permiso —se despidió para levantarse de la silla y dedicarle una educada reverencia a su esposo.

El carruaje ya estaba listo. Buscaría a alguien de confianza en donde había gente que ya conocía: en su antigua casa.

Andrew Hilton se quedó solo en el enorme comedor. Era probable que su esposa lo odiara.

Como había perdido el apetito, tomó los guantes y el bastón para salir.

—¿A dónde va, señor? —cuestionó James al verlo desganado.
—A trabajar. No tengo nada que hacer aquí.
—Pero, ¿y su esposa?
—Fue a buscar una nueva doncella.
—¿Va a dejar que esto los separe?
—Ella no quiere hablarme. Quizás, en unos días, arregle todo para regresar temprano.
—Sí, mi señor —aceptó James preocupado.

El mayordomo sintió que no podía ser tan cruel con Amy, la doncella, como para echarla de inmediato. Sin embargo, debía hacer entrar a lady Hilton en razón para que entendiera que el baronet era inocente.

* * *

En la residencia Baxton, el mayordomo la recibió con una gran sonrisa.

—Milady, es un placer tenerla por aquí.
—Muchas gracias. ¿Y mi madre?
—Los señores Baxton han ido de viaje.
—Es una lástima. ¿Y Helmut?
—El joven está en el despacho de su padre. Sus primos, el conde de Inverness y Patrick Baxton, aún duermen.
—Pasaré para saludar a mi hermano.
Caminó regia hacia el despacho, tocó la puerta y esperó hasta escuchar la gutural voz que le dio permiso para que ingresara.
—Buen día —saludó.
Él miró extrañado a la joven.
—¿Claire? —mencionó al levantarse de la silla para ir a su encuentro—. Tienes los ojos rojos.
—No he dormido bien.
—O me cuentas lo que sucede o pagaré para que lo averigüen —amenazó.
—Es lo de menos. Necesito un favor.
—El que tú quieras.
—Necesito que te deshagas de Amy. No importa cómo ni dónde, la quiero lejos de mi esposo.
—Ya comprendo, tu esposo te engaña. ¿No deseas que te libre de él? Puedo hacerlo en persona, aunque hace tiempo que he dejado de ser tan macabro.
—No me mientas, Helmut. Sé de lo que eres capaz.
—Está bien, haré desaparecer a esa mujer. Confía en mí. Te previne que no creyeras en tu marido.
—No creo que sir Andrew sea una mala persona. Es normal que los hombres de su clase tengan amantes.
Él se acercó a ella y le frotó los brazos con cariño.
—Te diré algo que hará que cambies de parecer sobre tu buen esposo.

—¿Y qué se supone que es eso?

—Obtuve información de una fuente confiable y luego confirmé lo que me pasaron. ¿Recuerdas tu malogrado compromiso con el conde de Granard?

—¿Qué tiene que ver él con eso?

—Tu para nada tonto esposo engañó a nuestro padre con informes económicos falsos para hacerles creer a ambos que lord Granard era un cazador de dotes.

—Pero ¿con qué objeto lo haría? ¡Es imposible!

—Claire, querida —dijo Helmut en tanto la tomaba del mentón—, te lo explicaré. ¿También recuerdas a la estadounidense burda que está comprometida con el conde? Pues las codiciosas garras de tu esposo causaron aquella unión obligada. Aprovechó la ignorancia de esa niña millonaria para que la descubrieran con Granard. Fuiste el objetivo del baronet debido a nuestro padre. Estaba deseoso de que él invirtiera en el banco, ¿y qué mejor que desposar a la hija del acaudalado negociante e inversor Charles Baxton?

Otro golpe. Él había arruinado su compromiso con el conde de Granard de la peor manera posible. Le había mentido y la había utilizado para fines económicos. Cuánta frialdad en todos esos planes.

No pudo evitar que las lágrimas se le escaparan de los ojos frente a su hermano.

—No llores, hermana. Ese hombre no merece una sola lágrima tuya. Eres perfecta, no hiciste nada malo.

—Me lo advertiste, pero no hice caso. Deseaba casarme, y sir Andrew era amable.

—Todo fue por el dinero. Deja que yo me encargue de él y, al enviudar, podrás rehacer tu vida.

—Eso no es posible. Tengo un retraso.

Él colocó las palmas en el rostro de la muchacha. No podía dejar a su sobrino sin padre y sin dinero. Estaba atado de manos.

—No puedo confirmarlo aún, pero creo que estoy embarazada. No le hagas daño, te lo ruego.

—¡Es un maldito! ¿Qué hizo, embarazarte para que la inversión fuera mayor? ¡Nuestro padre enloquecerá con un nieto de ese rufián al que aprecia como a un hijo! —masculló Helmut lleno de frustración.

—¡Basta, me haces más daño con esas palabras!

—Todo es culpa de nuestros padres, ¡de esa mentira de la perfección Baxton! ¿Sabes qué somos, Claire? ¿Sabes qué soy yo? ¡El escándalo que mi padre tapó arrojando libras en cada puerta! Se robó a la prometida de otro hombre ¡por amor, Claire! ¿Y qué crees que nos enseñaron a nosotros? ¿Amor? No lo creo. Solo reglas y más reglas para que no fuéramos ridiculizados, ¡para ser un ejemplo! —confesó enfurecido—. Te lavaron la cabeza para que fueras una dama perfecta, y dejaron de lado tu verdadero ser. Te enseñaron a juzgar para que ellos pudieran ocultarse detrás de ti y de mí, pero yo los descubrí, descubrí la verdadera realidad de los Baxton. No todo es puro esfuerzo y una reputación intachable.

—Nuestros padres... ¿me han mentido? ¿Ellos se aman?

—Profundamente.

—¿Por qué nos hicieron esto? —preguntó sin poder digerir todos esos años durante los que había creído que un matrimonio por conveniencia, como el de sus padres, era lo mejor. En ese instante, ella se estaba enfrentando al que había sido quizás uno de sus peores errores por culpa

de creer en “la felicidad y durabilidad de un matrimonio sin amor”. Estaba atrapada en esa relación, pero con la diferencia de que solo ella amaba a su esposo, mientras que él tan solo la tomaba como un negocio. Su hijo sería como el interés que Andrew habría obtenido por la transacción.

—Confrontar a nuestro padre me costó un viaje obligado, y no de negocios, sino que me envió lejos para que no echara a perder la imagen que nuestros embusteros progenitores nos mostraron... Era por nuestro bien, para que encajáramos y no fuéramos rechazados. Tu atractiva dote no era solo por ser la hija de un hombre rico, sino para que los caballeros obviarán el origen de la familia. Tú eras el ejemplo de una esposa perfecta.

Las cosas que su hermano le decía terminaron por lastimarla aún más.

—Soy una mentira, soy un libro de modales ¡falso! Creí que sería feliz sin amor, Helmut, y luego pensé que mi esposo me amaba tanto como yo aprendí a amarlo, pero ese libro falso es el que me mantendrá con vida y el que evitará que Andrew note que me muero por culpa de su engaño.

—No sabía que te habías enamorado de él.

—Y yo no sabía que amar dolía tanto.

Después de que Claire casi se desvaneciera, el joven Baxton la recostó en el diván y le ofreció un té.

Sabía que su hermana necesitaba una persona de confianza para que la atendiera como doncella, así que fue a la cocina y pidió a todo el personal que se colocara en fila. Estuvo a punto de ordenarlos por altura también.

—Tú —señaló Helmut a una de las mucamas—. Prepara tus cosas, Iris, irás con Claire para relevar a Amy.

—Sí, joven —aceptó sin rechistar, pese a que casi le había provocado un infarto darse cuenta de que Helmut sabía su nombre.

Él miró sin sonreír al resto del personal y se retiró. Aquellos empleados pudieron seguir respirando, pero estaban muy inquietos por la curiosidad. Deseaban saber por qué habían despedido a Amy.

Helmut acompañó a Claire hasta el carruaje, seguidos por la doncella que iría con ella.

—Iris. —Le sonrió Claire.

—Iré con usted.

—Sube y espérame adentro.

Ella asintió e ingresó al carro para aguardarla.

—Enviaré gente de mi confianza para que busque a Amy, dado lo que le sucedió.

—Hazlo pronto, por favor.

—Descuida, esta noche se hará.

Besó la mejilla de su hermano, y luego él la ayudó a subir.

* * *

Andrew había logrado avanzar en el banco, pero no dejaba de pensar en Claire. Se sentía agobiado por el rechazo de ella. Le dolía no poder tocarla ni acariciarla, sentía que estaba muriendo al no tenerla con él.

Para sorpresa de los empleados, lo vieron salir muy temprano. Eso era algo que jamás hacía, ya que siempre esperaba a que todos se fueran y él terminaba retirándose casi a medianoche.

Regresó a la casa y encontró a una joven que subía las escaleras mientras llevaba unas sábanas.

—¿Eres la nueva doncella de mi esposa? —preguntó, lo que hizo que ella volteara asustada.

—Soy Iris, sir Andrew —respondió nerviosa.

—Bienvenida, Iris. ¿Dónde está ella?

—En la terraza del jardín.

Claire, con su cuadernillo, anotaba las necesidades de aquel lugar para restaurarlo. Sería agradable, para cuando naciera su hijo, poder mecerlo en aquella terraza.

—Buenas tardes, Claire.

Ella creyó, al escuchar la voz de Andrew, que desfallecería por las ganas de abrazarlo; sin embargo, debía contenerse.

—Señor, no debería estar aquí. ¿Y el banco?

—Salí más temprano para verte.

—Tengo muchas ocupaciones. Esta terraza demandará bastante tiempo.

—¿Piensas ignorarme para siempre? —increpó molesto.

—No estoy ignorándolo. Continúe con su vida, sir. La mujer que adquirió está haciendo lo que debería haber hecho desde un principio en lugar de perder el tiempo.

—¿Qué dices, Claire?

—¿Acaso no soy el negocio de su vida? ¡Ya tiene a Charles Baxton en su bolsillo, déjeme cumplir con lo que me corresponde!

—¿De dónde sacaste esa mentira?

—¡Confíese que fue tras la solterona Baxton porque su padre era un hombre poderoso y un excelente socio! ¡Niéguelo, sir Andrew, lo desafío a hacerlo!

—Siempre quise que tu padre se asociara conmigo, no podría mentirte.

—¿Y qué significaba cortejarme para usted?

—Una dama que atendiera mi casa y cubriera todas las necesidades aquí. Soy un hombre que no tiene tiempo para ocuparse de nada, necesitaba una esposa y tú eras la ideal, no solo por tu apellido. Admito que te tomé como una ventaja para ganarme a tu padre, pero con la intención de que fueras mi mujer por completo.

—¿Y qué hay del conde? ¡Estaba ilusionada con él! Yo había sido feliz con lord Granard, pero usted lo arrojó a los brazos de esa... ¡estadounidense maloliente! Llevaba tiempo esperando esa propuesta, era el caballero de mis sueños. ¿Cómo fue capaz de engañarme y de traicionar a mi padre de ese modo tan cruel, inaceptable y despreciable?

—Cúlpeme por luchar por lo que quiero. ¡Yo la quería a usted!

—¡Pues siempre lo tuve en mal concepto, sir Andrew! No dejo de pensar que es usted un vampiro aprovechado, alguien sombrío e inescrupuloso. Lord Granard era un caballero, no como usted. ¿Cómo pude creer que era un cazador de dotes? ¡Era *usted* quien estaba tras la inversión

de su vida!

Escuchar cómo defendía al conde lo llenaba de celos. Ella nunca lo querría si seguía pensando en aquel compromiso deshecho.

—Le dejo continuar sus menesteres, lady Hilton —se despidió antes de que se notara la decepción que lo agobiaba.

Ella esperó a que se retirara para sollozar lo más despacio que podía mientras se agarraba el pecho. Le dolía haber tenido que decir aquello, pero no era más que la verdad. Andrew había malogrado su vida y la había engañado. Ella no debería estar casada con él, sino con Granard.

CAPÍTULO 34

Llevaban casi un mes sin dirigirse la palabra. Andrew cada vez regresaba más tarde del banco a la casa, mientras Claire vigilaba, sentada en la ventana, que él llegara.

—Si tienes un matrimonio infeliz, volvamos a Inferno como antes —insinuó Constance un día, mientras tomaban un té en casa de lady Hilton.

—No querría dar malos consejos, pero me parece injusto que tu esposo sea tan evidente con sus amantes. No puede llegar de madrugada a su casa todos los días mientras tú permaneces encerrada aquí para cumplir con tu deber —opinó con resentimiento Angel.

—Dije que, cuando me casara, cambiaría de vida. No me hace falta Inferno, tengo una casa que atender y un hijo en camino que cuidar.

Constance se levantó de la silla y caminó por la renovada terraza del jardín.

—¡Claro, tú cumples con tus obligaciones, y él ni siquiera te visita por las noches!

—¡Basta, no quiero estar con alguien que se acostó con mi doncella!

—¿Entonces estás de acuerdo con que tenga amantes? —cuestionó indignada su amiga.

—¡No dije que estuviera de acuerdo! —gruñó—. No puedo afirmar que él me engañe o, al menos, ya no estoy tan segura de ello. James ha intentado explicarme, pero nada tiene sentido. ¡Yo los vi! Y ni comencemos a hablar del conde de Granard porque muero del infinito coraje que me produce recordar las artimañas de mi esposo.

—Pensé que era un tonto —contó Constance—, pero nos terminó engatusando a todos. Yo, en tu lugar, lo perdonaría y regresaría a esas placenteras noches de amor y pasión para olvidar aquello, o bien iría a Inferno a pasar el tiempo con mis amigas.

—No son muchas las veces que creo que de la cabeza de esta mujer sale un buen consejo, pero esta vez se acercó bastante —indicó Angel.

—No, no perdonaré a Andrew nunca —objetó Claire como una niña caprichosa en tanto cruzaba los brazos y alzaba la nariz.

—Eso significa que compartiremos la mesa de Inferno de nuevo. Así podré presentarte a Orfeo. —Sonrió Constance.

—¿Orfeo?

—Es mi dios personal de la música, un poeta, un...

—Un hombre que te ha llamado “inescrupulosa y sinvergüenza” —le recordó Angel.

—¡Eso es lo de menos! Que lance la primera piedra quien esté libre de pecado. Si va a Inferno, es obvio que no es un ángel, y menos un inocente. Que a mí no me venga con cuentos.

—¿Y qué sucedió con mi primo Dexter?

—¡Es demasiado sinvergüenza para cualquiera que se respete un poco! —exclamó sonrojada.

—Veo que sus vidas son más emocionantes que la mía. Entonces, iré —decidió Claire.

* * *

Andrew estaba concentrado en sus papeles, no podía hacer más que sumirse en el trabajo o estallaría.

La casa del banquero era todo un sueño de belleza y elegancia, algo que no había pensado fuera posible, pero permanecía igual de fría y vacía que cuando era soltero. Casi no veía a Claire. Había intentado entrar un par de veces a la habitación de la dama, pero la había encontrado cerrada.

Ella se había apoderado de aquel hogar, de la servidumbre y de los perros, dado que él ya casi no iba para no recordar lo feliz que había sido durante tan poco tiempo.

No sabía cómo encarar la situación. Cada vez que intentaba hablar con su esposa, ella le comentaba nuevos proyectos de la casa, y la última conversación que habían tenido lo había devastado.

—Tengo una propuesta, sir Andrew —había dicho Claire aquel día—. En vista de que tengo obligaciones que cumplir como su... esposa, para la consecución de un heredero para usted y ante su insistente búsqueda de ingresar a mi habitación, le propongo lo siguiente. —Ella había hecho una pausa para observar el interesado rostro de su esposo—. Puede visitarme una vez al mes, en la que usted claramente será beneficiado con su derecho como esposo, y yo me veré en la obligación de cumplir con mi rol como lady Hilton.

—¿Una vez al mes? Una vez al mes —había repetido incrédulo.

—¿Y qué esperaba? Le ofrezco lo que usted deseaba: un matrimonio por conveniencia. Cumpló con mis obligaciones como dama de esta casa. Ahora debo dejar que usted ejerza sus derechos, pero bajo mis condiciones.

—¿Se está burlando de mí?

—Jamás lo haría, esposo mío. Sin embargo, me parece justo que sea una labor mensual. De ese modo, evitaré caer en el pecado de la lujuria.

Andrew había golpeado la mesa y se había levantado iracundo, lo que había sobresaltado a Claire.

—¡Guárdese su trato, lady Hilton! —había exclamado—. No deseo que cumpla con su obligación de esposa si tanto le pesa ese menester. Provecho.

Creía que aquel había sido el último día que había visto a su orgullosa esposa, una semana atrás.

—Adelante —dijo a quien tocaba la puerta.

—Sir Andrew, el duque de Hamilton viene a verlo —anunció el asistente.

—Que pase.

Prince entró a la oficina de Andrew, que tenía papeles hasta en las orejas.

—¿Feliz matrimonio? He ido a tu casa durante días y no te he encontrado.

—Tengo mucho trabajo.

—¿Tanto como para no devolverme la visita?

—Lo siento, Prince. ¿Qué se te ofrece?

—Préstame a *Leviathan* y a *Mammon*. Los necesito durante dos días.

Andrew se quitó los lentes y miró a su amigo.

—Debes pedirle a mi esposa que te los dé, son suyos ahora.

—¡Por favor! ¿Se apoderó de mis tiernos y demoníacos cachorros? Ahora deben de ser perros con alas de ángel.

—Es la verdad. Ya casi no estoy en casa, y los perros necesitan atención; ella puede darles eso.

—¿Qué sucede? Dímelo, Andrew.

—¿Decirte qué? ¿Que mi esposa me odia, que me desprecia, que le doy asco? ¿Cuál de todos mis problemas te cuento primero?

—Intuyo que no puedes acostarte con tu perfecta dama.

—¡Estoy volviéndome loco por ella! ¡Estoy indignado! ¿Sabes qué me propuso la indecente? Que la visite una vez al mes, ¡una maldita vez al mes!

—Déjame rezar por tu alma; morirás.

—No lo haré, siempre tengo mi refugio, el banco.

Prince buscó en el bolsillo, sacó una invitación y se la dio.

—Siempre cargo esto conmigo. —Sonrió el duque.

El baronet abrió la invitación, que le proponía ser miembro de Inferno.

—No estoy interesado. —Se la devolvió.

—Puedo acabar con tu sequía amorosa de una vez.

—¿Estás insinuando que vaya a ver a una de tus damas?

—Es claro que esta invitación te ofrece ser miembro, y no uno cualquiera. Es un pase libre a lo que deseas. —Sonrió malicioso—. Será una sola vez, y tu esposa no se enterará.

—Prince...

—Tengo a una mujer que se llama Eliette, es hermosa. Se asemeja un poco a tu esposa, por si te sientes más cómodo o tienes alguna fijación por ella.

—Basta, Prince.

—Solo acompáñame esta noche para que veas que Inferno no es lo que piensas.

—No tengo tiempo para pensar en ese lugar. No me compete.

—¡Cuánta amargura alberga tu corazón, Andrew! Te esperaré.

—Deberás aguardarme sentado.

—Puedo asegurarte que no. —Sonrió.

* * *

Andrew había regresado a la residencia Hilton para buscar a los perros, que irían de caza con el duque.

Lo malo del caso era que los canes estaban en la habitación de Claire.

Tocó la puerta y esperó una respuesta o, más bien, una pregunta.

—¿Quién es?

—Tu esposo —respondió.

Claire, sobresaltada, tiró el libro que estaba leyendo y empujó a *Mammon* y *Leviathan* de la cama.

—¡Lo siento, es Andrew! —Se emocionó al pensar que era probable que hubiera aceptado el trato. Debería ignorar lo ocurrido con la doncella y cumplir como esposa, aunque no sería una obligación, sino que volvería a sentirlo junto a ella, por más que no fuera durante mucho tiempo. Cuando notara el aumento de su vientre con el paso de los meses, estaba segura de que él dejaría de asistir a su habitación, pues ya habría logrado su cometido.

Se acomodó el vestido y se acercó a la puerta para abrirla.

—Pase, sir Andrew —invitó con el rostro imperturbable—. Supongo que aceptó mis condiciones de la semana pasada.

—Es un error de apreciación, milady. He venido a llevarme a los perros. Irán de cacería con Prince.

¡Había ido por los sabuesos y no por ella, qué humillante! Claire moría de vergüenza por sus palabras.

—Bien, puede llevárselos —sentenció mientras señalaba a los animales.

—Afuera, *Mammon*, *Leviathan* —ordenó con tranquilidad.

Después de que los obedientes perros salieran, aquella tensión entre ellos regresó. Claire estaba enojada y ofendida. Había acudido a buscar a las mascotas. Y ella, ¿qué?

—Supongo que milady desea prescindir de mi presencia en su recinto —dijo al tiempo que se le aproximaba.

Estaba tan cerca que podía escuchar su corazón latir con fuerza. Quería tener a Claire de nuevo en sus brazos, arreglar aquellas diferencias que los separaban.

Sin previo aviso, Andrew se apoderó de los labios de la joven con salvaje pasión contenida. Ya no podía soportar un minuto más verla y no tocarla. Necesitaba tomarla como lo que era, su mujer.

Si bien Claire seguía molesta por todo lo que había sucedido entre ambos, moría por que él la hiciera suya como antes, cuando ambos entregaban todo de sí; pero no podía. La imagen de Amy sobre él la estaba matando.

Él recorrió su figura con ansiedad, le acarició las piernas bajo la falda y le estrujó la piel con desesperación.

—Sin manoseos, sir Andrew —exigió mientras él le besaba el cuello.

Iba a desatarle el camisón, ansioso por sentir aquellos generosos pechos, pero ella se apartó.

—Dejemos las reglas claras. Esto no es para el disfrute, sino solo para fines reproductivos, recuérdelo —mencionó mientras se recostaba como un animal muerto.

Por completo decepcionado y lleno de ira, se alejó de ella.

—¡Quédate con tus estúpidas reglas, Claire, y sé feliz con ellas!

—¿Y qué quieres? ¿Quieres que me entregue a ti como antes? ¡Eso no va a ocurrir! Solo debo darte hijos y nada más, habré cumplido. ¡Soy la esposa perfecta para ti!

—Es una pena que no tenga hijos, porque no aceptaré semejante trato que quieres darme, pero tampoco te obligaría a cumplir solo por tener un heredero.

—¿Entonces te niegas a que cumpla con mis obligaciones de esposa?

—¡Tú no eres una esposa, eres una ama de llaves con una asignación jugosa! —le restregó y salió por la puerta, tras lo cual la cerró con violencia.

Claire se quedó pálida ante aquellas palabras. Su esposo cada vez la odiaba más, y era por su propia culpa.

Andrew tomó a los perros y subió al carruaje para ir a casa de Prince. No saldría de ahí hasta que recuperara el buen juicio.

—¡Milady! —exclamó James al verla llorar en el suelo, sobre la alfombra—. ¿Qué le sucede? No podía hablar por los sollozos. Estaba desesperada por no poder estar con él.

—¡Ya no puedo con esto! ¡Amo a Andrew, pero no puedo perdonarlo!

—Cálmese, por favor. ¿En qué puedo ayudarla para disminuir su congoja?

—Lléveme a Inferno, James. Necesito ver a mis amigas.

—¿A ese club? —cuestionó sorprendido.

—Es una larga historia que te contaré en el carruaje.

Se vistió, se colocó una capa encima del vestido y tomó el antifaz para salir.

* * *

Los perros corrían por la mansión de Prince, contentos de verlo.

—¿Quiénes son los cachorros más malvados del mundo? —exclamó con una voz extraña, y los perros se volvieron locos al escuchar a Prince—. ¡Ustedes, que me harán compañía para hacer una que otra maldad!

—¿No te los ibas a llevar de cacería?

—No recuerdo haber dicho que los llevaría de caza.

—¿Para qué los quieres? Confiesa.

—Está bien. Tengo malos vecinos en Inferno, ¿sí? Deseo darles un escarmiento. Ya que piensan que soy un demonio real, ¿quién soy yo para discutirles? Y estos perros parecen unos cerberos llegados del inframundo, así que sentirán un poco de miedo.

—Es un buen uso el que les darás a mis mascotas —dijo sarcástico—. Tendrán más aventuras que yo.

—Ven a Inferno, acompáñanos.

—¡Hasta mis perros van a ese lugar!

—Deja la envidia y la paranoia.

—¿Cómo resguardaré mi identidad? No puedo ser reconocido por mis clientes o por alguna vieja cotilla y complicar más mi matrimonio.

—Tengo la máscara perfecta para ti. —Sonrió pícaro.

Prince le prestó una de sus prendas completamente negras y le entregó un antifaz para que no lo reconocieran.

Andrew subió al carruaje del duque con los sabuesos y se preparó para ver cómo ellos tenían más roce social que él.

* * *

James contempló el lugar de cabo a rabo, incrédulo y alarmado por lo que hacía Claire.

—Esto no le va a agradar al señor —pronunció temeroso.

—¿Eres chismoso, James? Pues solo si lo eres se enterará.

—Estoy preocupado por usted.

—He venido tantas veces que perdí la cuenta —confesó mientras bajaba del carruaje para entrar al local.

Mientras él se quedaba a esperar a lady Hilton, observó el carro del sinvergüenza duque de Hamilton.

—¡*Leviathan, Mammon!* —exclamó sin creer lo que veía. Luego vio a Prince descender acompañado de otro hombre vestido por completo de negro.

Por la intimidad con el duque y la presencia de los perros, solo pudo concluir que aquel tenía que ser sir Andrew.

—¡Esto sí que será un desastre! —masculló.

* * *

Al ver llegar a Claire, Angel y Constance abrazaron emocionadas a su amiga.

—¡Excelente decisión! —congratuló Constance en tanto le ofrecía un asiento.

—¿Qué hay esta noche? —preguntó Claire para conocer las novedades del club.

—El cuarto miembro del club aparecerá. Por fin lo conoceremos —anunció Constance.

—No sabemos quién es. Dicen que puede ser Hades —dudó Angel.

—¿De qué me perdí?

—De mucho —rio Constance—. Inferno tiene cuatro socios. El más conocido es Demonio, después viene Orfeo y luego el Diablo, de quien dicen que siempre está aquí, pero lo dudo. Se rumorea que es muy rico y, por sobre todo, alguien muy íntegro en la sociedad londinense.

—Debe de ser un político —opinó Angel.

—No creo, pero, en fin, el cuarto miembro es Hades. Afirman que es un ladrón descarado, pero nadie lo conoce. Quizás entre por la puerta trasera, como Diablo, y nos observe a todos.

—Estoy del todo confundida, es mucha información —rio perdida.

—¡Mis queridos integrantes de Inferno! —pronunció la potente voz del duque de Hamilton—. He de presentarles aquí a un nuevo miembro, un buen amigo. Lo conocerán después y, como ya saben, nuestras reglas son las mismas para todos: discreción y solidaridad, en especial de las damas.

Angel no se había acercado al balcón del segundo piso para que aquel acosador no la viera. Constance, en cambio, tomaba a Claire del brazo mientras se asomaban a mirar.

Lady Hilton observó al hombre que estaba con el duque. Parecía nervioso.

—Eres libre, quítate la capa —mandó Prince a Andrew.

Claire lo vio hacer eso y descubrió al instante que aquellas facciones eran las de su esposo. El cabello crecido y el rostro sin ningún tipo de vello lo delataban.

—Andrew... ¡Ese es Andrew! —masculló.
—¿El vampiro? Lo siento, ¿tu marido? —cuestionó Constance.
—Entonces, ¿él es Diablo o Hades?
—¡No, Angel! —gruñó Claire—. ¡Sabes lo que significa que esté aquí!
—Por supuesto, viene a buscar compañía —respondió y luego se tapó la boca.
Prince, con un dedo, pidió a una de las damas que se acercara hasta él.
—Complace a mi apático amigo, ¿quieres? —solicitó a la rubia con antifaz.
—Claro, mi bello Demonio. Llévalo a mi espacio.
—Como gustes, Eliette —respondió—. Vamos, amigo, te guiaré.
Prince tiró de él y se lo llevó hacia los salones privados, donde debía esperar a la mujer.
—Prince, no estoy seguro...
—Vamos, nunca tuviste problemas para estas cosas, no me salgas con que ahora no puedes.
Entra y espera sentado —le ordenó antes de empujarlo dentro de la habitación.

* * *

—¡Claire, no cometas una locura! —gritó Angel mientras corría por las escaleras tras ella.
—¡Voy a ir a buscar a mi esposo y me lo voy a comer vivo! —espetó enojada.
—No te descubras, habla con el duque —aconsejó Constance al alcanzarlas—. Que lo eche.
Tu eres un miembro antiguo y puedes hacerlo.
—Es cierto —apoyó Angel.
Sus amigas tenían razón, ella no deseaba que Andrew supiera que siempre había ido a Inferno.
Solo exigiría su derecho, y lo sacarían de allí.
Fue hacia las alas privadas del lugar para hablar con el duque.
Prince recogía algunas cosas del escritorio para guardarlas, pues no deseaba que nadie se inmiscuyera en la identidad de los concurrentes del establecimiento.
—¡Quiero que saque a mi esposo de aquí! —exigió Claire al entrar como tromba, furiosa, al despacho del duque.
—Buenas noches, lady Hilton —saludó—. Creo que demuestra que sus modales son solo una fachada.
—No vine a discutir mis modales. ¿Qué cree que hace al traer a Andrew aquí?
—Solo quiero darle lo que en su casa le niegan: un poco de atención.
—¡Cómo se atreve!
—¡Me atrevo porque usted destrozó el corazón de mi inocente amigo y tengo el derecho de preocuparme por su felicidad! ¡Si él está aquí es por su abandono! Él es un hombre desatendido.
—¡Vaya abandono! Es un embustero y mentiroso. ¡Me engañó en nuestra casa con mi doncella!
—¡Él sería incapaz de tal bajeza! Usted fue la primera mujer con la que estuvo después de doce años, debería estar agradecida de que él la rescató de su aburrida soltería. ¡Es usted una mujer soporífera, lady Hilton!

—¡Qué humillación! Que un hombre de su reputación me diga estas sandeces.

—Yo, milady, tengo a las damas a mis pies, mientras que usted agobiaba salvajemente a quienes se acercaban a conocerla. Muchos me lo han contado. No sé qué vio Andrew en usted, pero no lo merece. Ahora, váyase.

—No sin que cumpla con mi petición de que él no sea admitido. Es mi derecho.

—¿Por qué? ¿Él no puede ser feliz? Déjelo seguir con su vida lejos de usted. Es usted tan egoísta que piensa que usted puede venir aquí a deleitarse con caballeros y, mientras tanto, dejar que su esposo la llore en un rincón. No, milady.

—¡Usted permitirá que me sea infiel!

—Si usted le diera lo que debe, no lo habría traído. Cumpla como esposa, y él no regresará aquí. O mejor, tengo una propuesta —declaró—. Sea su amante. Sea usted, su propia esposa, quien lo complazca, lady Hilton. Deje la fachada de mujer correcta y vengativa y ame a su esposo. Él la necesita.

Deseaba con locura a Andrew, pero, por la manera de ser que tenía, no lo conseguiría.

—¿Cómo se llama la mujerzuela que lo atenderá?

—Eliette.

—Tráigala aquí, y haré lo que usted propone.

—Razonable. Disfrute su noche, *Eliette* —se despidió cínico.

Era una locura. Corría el riesgo de que Andrew la descubriera, pero, si no ocurría, sería una noche perfecta.

CAPÍTULO 35

Prince fue en busca de Eliette para que pudiera conversar con Claire.

La mujer entró al despacho mientras ella esperaba sentada, y Prince salió para asegurarse de que Andrew no desertara y quisiera huir.

—Señorita, he pedido hablar con usted porque quiero proponerle un trato ventajoso para ambas —pronunció Claire con seguridad.

—La escucho.

Lady Hilton observó a la mujer de pies a cabeza. Con aquella ropa vulgar, le pareció horrible ser una prostituta.

—Su cliente de esta noche es mi esposo —contó sin rodeos—. Le ofrezco todo el dinero que tengo en este momento y, si tiene más exigencias, puedo traerle más mañana, a cambio de que usted se retire y me dé sus prendas y su antifaz; aparte, claro, de cederme su nombre durante tiempo indefinido.

Claire extendió la mano con una bolsa para que ella la tomara.

Desconfiada, la empleada tomó el saco y miró dentro.

—Es bastante, mi señora.

—Y le daré más. Solo quiero que acceda a lo que le pido.

—Pues acaba de convertirse en prostituta. —Sonrió Eliette al quitarse la máscara y las ropas frente a ella sin vergüenza alguna.

Claire intercambió las prendas con las de Eliette, para lo cual también tuvo que desnudarse ante ella.

Era una situación extraña, pero valía la pena.

* * *

Andrew, en la habitación, daba vueltas, nervioso, mientras pensaba que no debería estar ahí. Debería estar en su casa, dormido.

Se acercó a la puerta y quiso abrirla, sin resultado alguno.

—¡Prince, maldición, abre en este instante! —masculló al tiempo que la golpeaba con fuerza.

—Guarda energías porque las vas a necesitar —se burló su amigo del otro lado de la puerta.

Lo más razonable era esperar y pagar por un servicio no recibido, algo que registraría sin documentos en su libro como una gran pérdida.

Claire salió del despacho con aquellas prendas apretadas que parecían lucían mejor en ella que en la misma prostituta.

—Es una pena que sea la mujer de mi amigo, lady Hilton. —Sonrió el duque de Hamilton con picardía mientras la acercaba hacia la puerta.

—No sea indiscreto —expresó enojada.

—Recuerde no ser remilgada o la descubrirá —recomendó.

—Lo comprendo. Sé exactamente qué hacer.

Ella giró la llave y se metió con lentitud en la penumbra, donde la luz de la luna alumbraba la alta figura de su esposo, que miraba por la ventana.

Él vio a la mujer entrar y caminó hasta ella para poder pagarle e irse de ahí.

—Señorita, yo quisiera...

Claire no lo dejó hablar. Tomó sus labios con rapidez y sintió la resistencia de su esposo ante aquel invasivo beso.

Él intentó alejarse, pero ella no lo dejaba. Le acariciaba el torso con ansiedad incesante.

Sin duda, Andrew iba cediendo de a poco, hasta que la llevó a la cama, dejó que lo desvistiera y luego hizo lo mismo con ella.

Se sentía terriblemente atraído por aquella mujer, y todo se debía a que su esposa se negaba a perdonar algo que nunca había sucedido, pero que, en ese instante, ocurriría.

Claire extrañaba a Andrew con todo su ser. Se estaba muriendo por decirle que estaba esperando un hijo. Sin embargo, no podía. Él le estaba siendo infiel con ella misma por su culpa.

* * *

La mujer estaba recostada en la cama, mientras él se colocaba las botas sentado en el mismo lecho.

Andrew estaba sin la máscara y se disponía a retirarse. Ella tomó el antifaz de la mesita de noche y asió al caballero por detrás mientras se lo daba.

—No se vaya —pronunció directamente en su oído.

—¿Cuánto le debo, señorita?

—Lo esperaré mañana. La casa invita —comentó antes de besarle el cuello.

—No regresaré. Fue solo por insistencia de un amigo.

Él, sin mediar más palabras, se retiró.

Claire se quitó el antifaz y se quedó sonriente en la cama. Al menos había encontrado una manera de estar con su esposo. Por más que le costara perdonarlo, lo quería a su lado.

Andrew entró al despacho de Prince y se agarró el rostro.

—¿Y qué tal? —preguntó su amigo con una mujer sentada en el regazo.

El baronet miró a la joven y luego a Prince.

—Retírate, querida, yo te busco luego —dijo para despedir a su acompañante.

El banquero escuchó la puerta cerrarse y exclamó:

—¿Cómo pudiste encerrarme ahí? ¡Soy débil! Me acosté con una mujerzuela. Ahora sí engañé a mi esposa —gruñó enojado.

—¿Y eso, qué? Tú eras libre de decir “¡aléjate, pecadora sensual!”.

—No estoy para tus bromas. Claire no querrá saber nada de mí si se entera.

—¿Cuál es la diferencia? No quería saber de ti cuando eras inocente. Haz lo siguiente: ven todas las noches, y Eliette, encantada, te atenderá mientras, en tu casa, tienes a la perfecta lady Hilton como pantalla frente a la sociedad. Al menos es lo que yo haré cuando me comprometa con la jovencita más tonta y ansiosa por casarse que encuentre.

—¡No lo entiendes, Prince! ¡Me siento culpable!

—Después de haberlo hecho, no hay lugar para remordimientos, mi buen baronet.

—No regresaré a este lugar nunca —pronunció enojado al levantarse del asiento para salir—. ¡Y mañana quiero a mis perros de vuelta en casa!

Andrew cerró la puerta de golpe. Iría a la residencia de Prince a buscar a su cochero y regresaría a su propio hogar.

* * *

Claire, con la vestimenta de Eliette, salió del local y se dirigió al carruaje en el que James la esperaba.

—¿Lady Hilton? —se sorprendió al verla subir.

—No diga nada, James.

—¿Y su ropa?

—Se la di a una mujer de mala vida —dijo, tras lo cual se quedó en silencio—. Me hice pasar por prostituta para estar una noche con mi esposo —confesó. Tenía que contárselo a alguien.

—¿Entonces vio a sir Andrew?

—Estaba ahí para buscar lo que yo le negué —lamentó entre sollozos—. Soy egoísta, James. No le he dicho que espero un hijo suyo y tampoco lo he perdonado por lo de Amy.

—¡Cuánta felicidad, lady Hilton! —festejó al saber lo del heredero en camino—. Con su doncella no sucedió nada, sir Andrew es incapaz.

—Tan incapaz que... No debo decirlo. Es por mi culpa, mi entera culpa.

—Pero puede solucionarlo. Solo debe decirle que lo perdonó.

—Despiérteme temprano. Hablaré con mi esposo sobre esto. No quiero perderlo.

—Es una decisión muy sabia, milady. Mañana a primera hora estaré frente a su habitación.

* * *

Andrew Hilton llegó una hora después a la casa. Había tenido que ir a pie para buscar su carruaje y luego regresar a la residencia matrimonial.

James, como siempre, lo esperaba dentro.

—¿Un baño, señor?

—No, solo deseo dormir. ¿Y Claire?
—Milady duerme, estaba exhausta.
—Seguro. Es una mujer muy buena en lo que hace, esta casa parece otra.
—Es excelente. No pudo haber escogido mejor esposa que ella.
—Pues creo no merecerla.
James negó con la cabeza y le pasó las prendas para dormir.

* * *

Como había prometido, el mayordomo despertó temprano a la muchacha, y ella se alistó para bajar a desayunar.

Andrew, sentado solo en la cabecera de la mesa, desayunaba con tranquilidad.
—Buen día —saludó Claire, cosa que lo sorprendió.
Él vio lo radiante que se encontraba aquella mañana, y la culpa comenzó a carcomerlo por haber estado con una prostituta.
Se levantó y le corrió la silla. Desde que estaba casado, había tomado hábitos educados y caballerosos para con su esposa, pues no quería desencajar con ella.
—Se... la ve muy bien esta mañana —murmuró, apenas audible. La vergüenza era un gran enemigo de la franqueza.

Claire pidió que le sirvieran el desayuno para luego encarar el problema que los aquejaba.
Para Andrew, ver que su esposa le sonreía a cada mordisco que daba lo hacía sentir peor. No lo toleraba. Moriría si seguía así.

—Andrew, quisiera hablarte sobre nosotros...
—Lo siento, milady, será en otro momento. Estoy atrasado para llegar al banco.
—Oh, claro, comprendo —dijo desanimada—. Que tenga una excelente jornada.
—Gracias —respondió y escapó como una bala de la casa.

La mente le gritaba incansablemente la palabra “adúltero”. Su esposa era tan hermosa, y él la había engañado con una mujer a quien no le había visto ni el rostro, pero a quien había recorrido ansioso para desahogar el dolor.

—Sir Andrew se siente culpable, lady Hilton —opinó James—. Lo conozco desde la cuna y, cuando se siente así, tan solo huye y se esconde.

—¿Y qué quiere decir, James?
—Que es probable que no lo veamos por unos días.

Claire, más desanimada que nunca, se propuso terminar con todo lo que tenía en la casa. Tenía que ver la comida de la semana, que la despensa estuviera llena e ir preparando con calma la habitación del pequeño.

* * *

—¿Ya tenemos al cuarto miembro? —cuestionó Diablo sentado en el salón mientras los lacayos limpiaban los restos de la noche anterior.

—Aún no. Tiene una crisis personal —respondió Prince.

—No lo soporto, pero necesito de su influencia para el club. Solo si me ayuda, dejaré que ese sinvergüenza viva.

—No acumules odio, mi querido Diablo.

—¡Bah! No odio a nadie, salvo a él. —Sonrió pícaro.

—Bien, debo irme. Tengo que devolverle los perros a Andrew.

—Déjalos, yo se los enviaré, y tú ve a descansar. Esperemos que pronto seas relevado como administrador por nuestro amante de los animales.

—Aún no se lo he propuesto. Quizás, más adelante, acepte unirse como socio.

—Es un hombre que sabe tomar ventajas, y este negocio le será conveniente —alegó mientras acariciaba la cabeza de *Mammon*—. Cómo extrañaba a estos animales.

—No te encariñes, debes enviarlos a su casa.

—No me dejas disfrutar de los pocos momentos gratificantes que tengo —gruñó.

Prince fue a su hogar para dormir y luego despertar por la noche para observar a la dama que le había llamado la atención para convertirla en su esposa.

* * *

Andrew, aquel día, no regresó a su casa, ni tampoco fue a Inferno. Estaba en el despacho del banco, pero no trabajaba, sino que tan solo bebía a pequeños sorbos un poco de brandy.

Llevaba dos días sin regresar a la residencia Hilton y en verdad no quería hacerlo, pues no quería ver a su esposa. Estaba avergonzado, y lo mejor que podía hacer era realizar un viaje para visitar a algún inversor difícil. Podía incluso hacer una lista de clientes y no retornar en meses.

Después de definirlo, se dirigió a la mansión.

* * *

—Creo que este cuadro es muy antiguo, deberíamos colocarlo en otro sitio. En el despacho de Andrew quedaría bien, ¿no cree, James? —preguntó Claire.

—Creo que a sir Andrew no le gustaría que su padre lo estuviera observando mientras trabaja. Le traería malos recuerdos.

Los dos escucharon que la puerta se abría.

—¿Dónde está James, Iris? —consultó Andrew a la doncella, que pasaba con una taza de té para Claire.

—Está decorando el comedor con milady.

—Dígale que lo necesito con urgencia.

—Sí, señor —obedeció veloz la mujer.

Él subió las escaleras, mientras la doncella llegaba junto a su patrona y el mayordomo.

—James, sir Andrew lo necesita con urgencia.

—Me retiro. Con permiso, señora —dijo con una reverencia.

—¿Cómo viste a sir Andrew, Iris?

—Pálido y cansado, milady.

—¿Crees que debería ir a verlo?

—Absolutamente.

Claire continuó probando cuadros nuevos en el comedor hasta hallar uno que encajara con el gusto del baronet.

* * *

Andrew se quitó el saco y los gemelos, se aflojó el corbatín y se sentó a esperar a James.

—¿En qué puedo servirle, sir Andrew?

—Prepárame un baño y luego mis baúles. Partiré a un viaje largo —ordenó cansino.

—¿Solo? ¿Y lady Hilton?

—Está muy cómoda en la casa, no querría interrumpir sus quehaceres.

—¿Durante cuánto tiempo se irá?

—Unos seis meses. Hice una lista de hombres que se han negado a invertir conmigo y tengo como objetivo traer a esas ovejas a mi rebaño.

—Sí, señor. Voy a prepararle el baño —alegó antes de salir de la habitación.

No bien había cerrado la puerta, corrió hasta donde se encontraba Claire.

Iris estaba sentada aburrida en tanto veía cómo la indecisa dama cambiaba una y otra vez de cuadros.

—¡Milady, milady! —la llamó el mayordomo.

—¿Por qué el escándalo, James?

—¡Sir Andrew se irá de viaje, y será uno demasiado largo!

—¿Qué tan largo? —preguntó con la mano en el pecho.

—Más de seis meses. Es probable que el niño nazca para esas fechas, y él aún no sabe que será padre. Milady, haga algo para que no se vaya. Está ocurriendo lo que le dije: está huyendo.

—Debo hablar con él —alcanzó a decir antes de tomar sus faldas y correr hacia la habitación de su esposo.

Abrió la puerta de golpe, lo que le produjo un sobresalto a Andrew, que estaba recostado en la cama. Ella había perdido por completo los delicados modales.

—¿Cómo es eso de que te irás? —increpó en tanto se acercaba a él.

—Es un viaje de negocios. Te dije que suelo viajar, Claire.

—Entonces, llévame contigo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es un viaje largo e incómodo —justificó.

—¿Dime la verdad! ¿Tiene que ver con que hayas desaparecido durante dos días?

—Claire, no voy a discutir contigo. Tú estás perfectamente bien alejada de mí.

—¿Eso es falso, no me dejas hablarte, no estás aquí! —reclamó.

—¿Es porque tú me expulsaste de tu lado!

Ella lo miró callada. No podía evitar darle la razón.

—Te fui infiel y no puedo soportarlo. No fue con tu doncella, sino con una mujerzuela. ¿Estás contenta? Te conté lo que me aqueja y me impulsa a irme tan lejos de ti como sea posible. No te merezco. Jamás debería haberme interpuesto entre tú y el conde de Granard. Tú lo quieres a tu lado, y yo... te dejo libre, Claire —pronunció con total honestidad, lo que le quitó un poco del peso de los hombros—. Por más que eso destroce mi propio corazón porque te amo. Te amo con una locura única. Eres lo más importante para mí, ya el banco dejó de serlo desde que me casé contigo. Ahora, me retiro. Esta es tu casa, y lo mejor es que te deje aquí.

—Andrew...

—Espero que algún día me perdones —dijo al pasar al lado de ella para abrir la puerta e invitarla a marcharse.

Ella se dio vuelta hacia él y caminó a la salida.

EPÍLOGO

Claire se detuvo frente a la puerta y la cerró de golpe, sin salir.

—No me iré sin que me escuches, sin que sepas quién soy en realidad.

—No hagas esto más difícil.

—¿Por qué huyes de mí, Andrew?

—Porque no soporto haberte engañado y odio tus malditas reglas. Pensé que solo quería una esposa que me arreglara la vida, pero me enamoré de ti y no sé en qué momento ocurrió. Lo único que sé es que mereces a alguien mejor a tu lado que una persona ruin como yo.

—Tienes que saber algo sobre mí, querido esposo —comenzó Claire—. No soy la perfecta señorita que pensaste que compraste en su momento. Soy una mentira. Quiero ser yo misma, pero mi educación nunca me lo ha permitido. Un día, recibí una invitación por parte de una dama desconocida y, desde aquella ocasión, soy miembro del club Inferno.

Andrew la miró confundido.

—¿No lo entiendes? Pertenezco a la parte oscura de la sociedad. Todo era una fachada. Con el conde, habría muerto de aburrimiento, Andrew. Tú te ganaste mi amor con tu música, tu dedicación y tu pasión por mí. No eres el único que sufre por estar alejados —confesó como un libro abierto—. Y aún no sabes lo peor de mí. Creo que jamás me perdonarás.

No podía articular palabra, estaba demasiado estupefacto para decir tan solo un vocablo.

—No me fuiste infiel, Andrew, ni con Amy, ni con Eliette.

—¿Cómo sabes el nombre de la mujer con la que estuve?

—Esa noche, te reconocí en Inferno, después de meses de no ir. Le pedí a Demonio que te expulsara del local, pero él se negó, y a mí no me quedó otra opción más que pagarle a la prostituta para cambiar lugares. Yo era la mujer con la que estuviste aquella noche.

En ese momento, ya no le era posible siquiera pensar. Su esposa había hecho eso para que no la engañara.

—Déjame ordenar mis ideas. Primero, no eres la esposa que pensé que eras, recatada y juiciosa; luego, eres la prostituta con la que me acosté, y esa parte me da mucho miedo, Claire; y, por último, ¿me amas? —preguntó incrédulo—. Debe de ser producto de mi imaginación o de la culpa, que acabará conmigo. Mi mente intenta justificar las cosas al inventar una falsedad.

—Todo es real, y lo más real de todo es el amor que siento por ti —confirmó al tiempo que se aproximaba a él para acariciarle el rostro.

—No juegues conmigo. Me prohibiste dormir a tu lado.

—Fue por pura maldad, pero estaba equivocada. Mi corazón me decía que no me habías engañado, y yo no le creí. No te sientas culpable por pensar que estabas con otra. Hiciste el amor conmigo, Andrew.

Con ambas manos, el caballero se tapó el rostro en tanto intentaba que todo ingresara en su mente.

—No puedo creerlo —murmuró mientras la miraba a los ojos luego de retirar las manos que le cubrían la cara.

—Si no me aceptas por lo que en realidad soy, eres libre de irte. Sé cómo guardar las apariencias frente a la sociedad. Mis padres y Helmut son muy buenos en eso.

Andrew se alejó de ella y dio un par de vueltas con la mano en el mentón. No podía negarlo, estaba más tranquilo, pero le pesaba algo en la conciencia.

—Dime que solo te entregaste a mí, Claire. Necesito saberlo —pidió.

—Soy solo tuya de cuerpo y alma, Andrew, y tú lo sabes, al igual que yo sé de tu inocencia.

Él le regaló una sonrisa, la alzó y luego la abrazó.

—No sabes el alivio que siento al saber que eras tú aquella mujer y que eres solo mía. Que seas miembro de ese club carece de importancia. Yo podría acompañarte siempre que lo desees. Somos esposos y cómplices. Nos tenemos solo a nosotros dos.

Ella negó con la cabeza.

—No somos solo dos, Andrew. Mi mayor pecado fue ocultarte la concepción de nuestro hijo. —Rompió en llanto—. ¡Déjame decirte por qué lo hice! ¡Lo hice para que tú quisieras aún estar conmigo! Creí que, cuando te dijera lo del niño, no volverías a visitarme en el cuarto.

Él la abrazó con más fuerza.

—¿De dónde sacaste esas cosas, Claire? Cada día y cada noche, deseo yacer contigo como un solo cuerpo, demostrarte mi amor con la pasión que despiertas en mí, una pasión que me consume como leño que arde en el fuego. —Andrew se emocionó con aquellas palabras—. ¡Un hijo nuestro, qué bendición! Prometo ser un padre bueno, no como el mío.

Ella no podía hablar, solo lloraba. Le hacía falta sincerarse con él. Todo se habría solucionado antes si lo hubieran hablado como marido y mujer.

—Te amo tanto, Andrew —confesó entre sollozos de felicidad por contárselo.

—No más que yo, mi amada Claire.

* * *

James e Iris estaban escuchando tras la puerta cómo se reconciliaban.

—No llores, Iris —pidió el mayordomo.

—Entonces usted tampoco lo haga —acusó al ver cómo al hombre se le escapaba una lágrima.

—Doncella chismosa, vámonos de aquí. Prepararemos una gran cena para ellos.

* * *

Andrew selló aquellas confesiones con un apasionado beso.

Ambos se sentaron en la cama y comenzaron a hacer planes.

Luego, James los interrumpió para que Andrew pudiera higienizarse. Iris también preparó un baño para Claire y buscó el vestido más favorecedor que tenía para que se lo colocara.

—Sir Andrew, hemos preparado una cena de reconciliación para usted y milady —dijo al pasarle una elegante prenda.

—No sé qué haría sin ti. —Sonrió mientras le ajustaba el corbatín.

—Disfrute de la agradable compañía de lady Hilton.

—Lo haré todos los días —rio enseñando los dientes, como pocas veces hacía.

* * *

Iris, mientras tanto, apretaba el vestido para que Claire luciera hermosa.

—Es suficiente. No querrás matarme, ¿o sí?

—¡Estoy tan emocionada como el día en que se casó!

—Hoy soy más feliz que aquel día.

—Puedo notar su inmensa dicha, y más ahora que tendrá una cita —insinuó la doncella con una ceja alzada.

—¿Una cita? ¿Dónde?

—En el salón de música.

—Es por eso que escogiste este vestido tan extravagante —dedujo Claire mientras miraba cómo le quedaba aquel atuendo.

—Ya no tiene por qué ocultarse de mi señor, milady.

—Tienes razón. Para los convencionalismos, está la sociedad, y para ser yo misma, está mi esposo.

Iris y James, en complicidad con la cocinera, habían preparado una cena especial de ambiente romántico para ambos en el lugar preferido de los dos, el salón de música.

Andrew llegó antes, tomó el violín y esperó a que ella pasara por la puerta para sorprenderla.

Claire, con una lentitud única, se introdujo al recinto y se detuvo al escuchar la melodía.

Su esposo la esperaba recostado contra el piano.

Ella se acercó y se sentó en el banco.

—Acompáñeme, esposa mía. Debemos alimentar el corazón de un nuevo artista —pronunció Andrew con grandes expectativas para el futuro de su hijo.

—¿Amará el piano o amaré el violín?

—Amará lo que nosotros le enseñemos a amar.

Era el primer progreso para conocerse y amarse como eran en realidad. No más reglas, no más prácticas correctas en su propia casa. Solo el amor que sentían los guiaría hacia la tan anhelada felicidad.

* * *

En la residencia de los Baxton, llegó una invitación para una elegante cena en la casa del baronet.

—Sir Andrew nos invita a una velada —anunció Charles durante el almuerzo.

—¿Es la letra de Claire? —preguntó Helmut mientras observaba hacia el jardín cómo limpiaban los empleados.

—El mismo sir Andrew nos convoca.

—¿Con qué objeto? ¿Devolver a mi prima? —cuestionó Dexter.

—No se puede hacer —contradijo Patrick.

—No puedo imaginarme el propósito de esa cena.

—Quizás quiera que Patrick o Dexter caigan en sus redes —alegó Helmut de mala gana.

—Él tiene mi dinero —le recordó Dexter.

—Y yo soy un simple clérigo, no querrá mis miserables libras —agregó Patrick con humor.

—Lo que tienes de pobre, lo ganas en reputación —lo defendió el señor Baxton—. En cambio, mi yerno no es santo de la devoción ajena.

—Salvo la suya, ¿no es así? —cuestionó el hijo.

—Ese muchacho es muy capaz, por lo que no me queda más que alabarlo. Tan joven y con un futuro brillante, casado con la más perfecta de las señoritas.

* * *

Durante la noche, todos los Baxton acudieron a la residencia de Claire y Andrew.

Claire acondicionaba correctamente la mesa con un guante blanco.

—Querida, deja eso —pidió Andrew—. Ya llegaron.

—Mi familia es perfeccionista —contestó concentrada en que ninguna copa tuviera dedos marcados—. Si encuentran algo fuera de lugar, dirán que se me han pegado tus mañas, esposo.

—Lo admito, pero ¿qué te pareció mi caligrafía en las invitaciones? Impecable, ¿no lo crees?

—Noté ciertas... imperfecciones, pero las dejé pasar porque usted es muy galante. —Sonrió mientras se acercaba para darle un beso.

—Disculpen la interrupción —expresó el mayordomo—, pero los Baxton los esperan en la sala.

Claire se sacó los guantes blancos y se colocó otros más elegantes.

Andrew caminó para dirigirse a la sala, pero ella lo detuvo.

—Toma mi mano, Andrew —pidió.

—¿Sabes que no es correcto agarrarnos en público, verdad?

—Son mi familia y deben acostumbrarse a que una Baxton sea quien en verdad es en su casa. No más apariencias frente a los que amo.

—Pues apriete fuerte para reunir valor, lady Hilton. —Sonrió guasón.

Ellos aparecieron frente a los invitados, que miraban a Claire como si no perteneciera al mismo universo que ellos. El único que había esbozado una sonrisa, aunque luego la había escondido tras una mano enguantada, había sido Helmut.

—Sean bienvenidos a nuestro hogar. —Sonrió feliz en tanto besaba a su padre en primer lugar, y luego, a su madre. Ofreció una mano para que sus primos apoyaran los labios en ella y luego quiso hacer lo mismo con su hermano.

—Conmigo no —dijo con seriedad y la besó en la mejilla.

—Pasen y acomódense —pidió Andrew mientras James servía copas de brandy para los caballeros y limonada para las damas.

Al ver que todos se sentaban en distintos lugares, creyeron que era el momento conveniente para hablar.

—Como cabeza de esta familia —disertó Andrew—, es un placer comunicarles que un nuevo miembro se nos unirá en pocos meses.

—¡Un nieto! —exclamó el señor Baxton, quien se levantó del sillón y corrió a estrujar directamente a su yerno.

—¡Claire querida! —La abrazó su madre—. ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Por qué eres tan íntima con tu esposo? —cuestionó secretamente en el oído de su hija.

—Porque lo amo, madre, y quiero un matrimonio por amor, como el tuyo, y no por conveniencia, como me hicieron creer toda la vida. Eso me causó un gran daño.

—Lo siento tanto, hija; no deseaba que sufieras como lo hicimos tu padre y yo. No quería que te señalaran como hicieron conmigo. Los matrimonios por amor son mal vistos y son propensos a ser odiados por los demás. La envidia muchas veces es muy grande, querida.

—Entiendo por qué lo hicieron y los perdono. Yo encontré el amor en un matrimonio por conveniencia, y no sabes lo mal que lo hemos pasado por no entendernos y pensar por el otro —rio—. Tantas tristezas nos habríamos ahorrado si tan solo hubiéramos sido sinceros mi esposo y yo.

—Es bueno que lo comprendas. Espero que algún día Helmut pueda perdonarnos.

—Algún día.

—Y yo que pensé que íbamos a llevarnos a mi prima para que hiciera un dúo en casa de mi tío —mencionó Dexter.

—Mis felicitaciones a la pareja —sonrió Patrick—. Un Baxton está en camino. Espero que podamos bautizarlo en tierras de Inverness.

—Como Hilton, se bautizará en la abadía —lo contradijo Andrew—. Es un Hilton.

—También es un Baxton —discutió Dexter.

—No nos alteremos. Estamos aquí para festejar la llegada de mi sobrino —manifestó Helmut para calmar los caldeados ánimos.

—¡Todo Baxton debe ser bautizado en Inverness! —exclamó de nuevo Dexter.

—¡Si es el hijo del Diablo de Inferno, es mejor que no se haga allí! —apuntó Patrick a Andrew.

—¿Sigue acusándome de eso? ¡Cuánta ridiculez!

—¿Llamaste a mi sobrino “hijo del Diablo”? —cuestionó incrédulo Helmut—. ¡Retira lo dicho!

Todos empezaron a vocear de manera escandalosa ante la sonrisa de Claire, que se sentó a tomar su limonada como si nada.

Unos meses después.

—El pequeño Arnold se durmió, lady Hilton —anunció Iris.

—¿Y James?

—Se quedó con él, le está haciendo compañía.

—Bien, voy a ir a sorprender a mi esposo al trabajo.

—Mucha suerte, milady.

Claire subió al carruaje y se encaminó a visitar a Andrew. Estaba segura de que se alegraría de verla.

Andrew había dejado su lugar en el despacho durante unos minutos y luego, al regresar, se encontró a la hermosa Perséfone, que lo esperaba en el sillón.

—Mi querido Hades —rio con picardía—. ¿Aún no se ha cansado?

—Aún no. Tengo muchas cosas que poner en orden —dijo al tiempo que se acercaba al asiento. Ella se levantó y le otorgó el lugar para luego recostarse en su regazo.

—Pues yo le ordeno que me lleve a una habitación y me haga suya —mandó con el pícaro rostro escondido tras el antifaz.

—Tengo mucho trabajo —se negó entre risas.

—¿Qué tal un adelanto de nuestro encuentro? —inquirió mientras lo besaba con pasión.

La puerta se abrió con brusquedad.

—¡No pensaba encontrarme con esto! —masculó Prince al ver cómo Andrew tenía las manos bajo las faldas de la mujer—. ¡Qué escándalo, lady Hilton!

—Tan bien que estábamos jugando —dijo con un mohín y luego quiso levantarse del regazo de su esposo, pero él se lo impidió.

—¿A dónde va, milady? —increpó mientras la tomaba de la cintura.

—Tienes trabajo, Hades querido. Mira a Prince, muere de envidia al vernos.

—No es nuestra culpa que el ángel se te volviera a escapar y que tengas que regresar aquí a hurgar en los archivos de Infierno para encontrar su nombre.

—Tu querida Perséfone se niega a decirme quién es.

—Y lo seguiré haciendo. Tienes una prometida.

—Le dije a Diablo que era una mala idea que se unieran al negocio.

—Es una pena que Diablo me haya dado la administración a mí. —Sonrió Andrew.

—Tienes trabajo, Hades. Deja el placer para después —se burló Prince.

—Creo que dejaré el trabajo por el placer —diferió al tomar a Claire de la cintura para acompañarla a la puerta—. Haré como si nunca te hubiera visto, Prince. Puedes hurgar lo que gustes y ver si descubres quién es tu amor secreto.

Claire rio ante aquello, y ambos salieron rumbo a una habitación.

* * *

La vida de Claire y Andrew era distinta de lo que habían deseado. El triste y austero matrimonio por conveniencia con el que habían empezado había sido reemplazado por uno lleno de afecto de pareja y hacia su hijo, Arnold, aparte de haber creado un nuevo mundo donde cada día fuera diferente como marido y mujer y como miembros de Inferno.

—No obtuve lo que quise de ti, Claire —manifestó Andrew recostado a su lado—. Obtuve mucho más.

—Ninguno consiguió lo que deseaba, pero sí lo que necesitaba. Solo ámame, Hades.

—Por siempre, mi bella Perséfone.

AGRADECIMIENTOS

A todos los que me animaron a continuar escribiendo, creando y creciendo con la escritura; a aquellos que siguen cada una de mis creaciones y me motivan a mirar al frente dejando lo malo de lado para ver lo bueno.